

A M E L I A C H A R D I N

Atrevete a  
SONIAR  
junto a mí



*Phoebe*

AMELIA CHARDIN

Atrevete a  
**SONAR**  
junto a mí



*Phoebe*

Primera edición: abril de 2020

Copyright © 2020 Amelia Chardín

© de esta edición: 2020, ediciones Pàmies, S. L.  
C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
phoebe@phoebe.es

BIC: FV  
ISBN: 978-84-17683-59-7

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®  
Fotografía de cubierta: Nick Starichenko/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

## ÍNDICE

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[EPÍLOGO](#)

[SINOPSIS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[LISTA SPOTIFY](#)

*Para Cris, que me acompañó en esta y otras aventuras desde el principio... ¡Y las que nos quedan!*

# 1

Creo que una parte de nosotros permanece en algunos de los lugares por los que hemos pasado y en ciertas personas a las que vamos conociendo. Algo de mí se quedó aquel día en esa calle, cuando lancé un último vistazo a mi alrededor mientras el taxista colocaba mi equipaje en el maletero de su Škoda blanco. Sí, una parte de mí estará para siempre en aquel suspiro antes de entrar en el coche, en ese trayecto hasta la estación de tren que entonces me pareció interminable. Recuerdo que intenté grabar en mi mente cada imagen, cada detalle de los edificios y de las aceras. Era curioso, pensé, que aquellas personas que se movían en las calles siguiendo su rutina continuarían con sus vidas mientras yo me precipitaba hacia lo desconocido. Tratando de ser fuerte y de no llorar, inspiraba el aire yodado por la ventanilla, el aire de Fuenterrabía, lugar al que sabía que no volvería.

Suponía que, si no hubiera tomado las decisiones que había ido escogiendo a lo largo de mi corta existencia, jamás habría llegado al punto en el que estaba entonces. A pesar de todas las circunstancias y los infortunios con los que me había topado, siempre conseguía salir adelante. Es verdad que en ese camino había sufrido alegrías y penurias. Había dejado gente atrás. Algunos tal vez ya me hubiesen olvidado, pero estaba segura de que aún conocería a personas que formarían parte de mi paso por este mundo.

—¿Aquí va bien? —preguntó el taxista, lo que me sacó de mis pensamientos.

—Sí. ¿Cuánto le debo?

—Son treinta y siete euros —dijo mirando el taxímetro.

Rebusqué en mi bandolera de tela azul hasta dar con la cartera, y le tendí dos billetes de veinte euros. Esperé a que me diera los tres euros de vuelta y salí al mismo tiempo que él. Nos dirigimos a la parte posterior del coche. Me sentía algo torpe mientras el taxista sacaba mis dos maletas y la bolsa de deporte, que depositó en el suelo. El golpe del maletero al cerrarse hizo que el nudo en mi garganta me dejase tomar una bocanada de aire, como si necesitara absorber la escena que estaba viviendo. Más recuerdos. Me colgué la bolsa en el lado opuesto a mi bandolera y agarré una maleta con cada mano, caminando con dificultad hasta la doble puerta enmarcada por un gran cartel con el nombre de la estación de Irún, la más cercana al pueblo del que me marchaba. Una vez dentro, miré la pantalla de llegadas y solté mis maletas para poder sacar del bolso el billete de tren. Estaba tan nerviosa que comprobé la fecha y la hora una vez más.

Al subir al tren, fue un alivio no tener un compañero de viaje en el asiento contiguo. Necesitaba llorar en silencio. No sé cuánto rato permanecí así, pero en algún momento me quedé dormida y, al despertar, un hombre se había sentado a mi lado, con auriculares y un libro forrado en papel marrón. Tenía la sensación de llevar años en ese tren. Volví a tragar saliva, esperando que el nudo de mi garganta desapareciera, pero seguía como en las últimas horas. Suspiré y decidí imitar al otro pasajero sacando yo también un libro de mi bandolera. Los amigos de papel son los únicos que consiguen calmarme y aliviar mi dolor, haciendo que me sumerja en páginas de aventuras y mundos creados a base de tinta.

—Señores viajeros, próxima parada: Madrid, estación de Atocha. Renfe les agradece la confianza depositada en nosotros para realizar su viaje...

Desconecté mi mente y no escuché el resto del mensaje después de saber que estaba llegando a mi destino. Tenía miedo. Tenía mucho miedo, pero supongo que es el sentimiento normal ante lo desconocido.

Cuando el tren entró en la estación, volví a colocarme la bandolera y cogí mis maletas, andando, arrastrando los pies, sintiéndome como un caracol por los andenes hacia la salida. No sabía si sería el cansancio acumulado, el viaje, las emociones de los últimos días o el conjunto de todo eso lo que hacía que me costara un esfuerzo supremo seguir hacia delante. Tenía la sensación de que en cualquier momento se abriría un boquete en el suelo y la tierra me tragaría. En parte, deseaba que ocurriese y así poder terminar rápido. Estaba cansada de todo, y para ser más específica, del último año de mi vida, que había devorado todas mis esperanzas, se había tragado mis sueños y había destruido todo lo que encontraba a su paso de forma violenta y dolorosa hasta dejarme a la deriva. Como si un tiburón hubiera atacado con sus afiladas fauces una humilde barca de madera y se hubiera obcecado con ella hasta reducirla a unas cuantas virutas. Pero una parte de mí me decía que siguiera adelante, que no podía rendirme, y que esto solo era otra piedra en el camino. Aunque a mí más bien me parecía una montaña cuya cima no veía.

Atocha resultó increíblemente grande. No me la imaginaba así para nada. Me quedé parada en medio de un pasillo con tiendas, viendo cómo cientos de personas, de todas las clases y edades, pasaban a mi lado, ajenas a todo. Un aroma a bollería recién horneada consiguió que mi estómago rugiera, recordándome que llevaba más de un día sin comer. Reemprendí la marcha siguiendo aquel olor, sintiéndome como un sabueso, hasta dar con una cafetería con taburetes altos. Un sitio sencillo, moderno y de paso. Una camarera con el pelo negro, recogido en un moño, sacó de un horno unas napolitanas, y se me hizo la boca agua. Aturdida y con la bolsa y la bandolera colgando, tomé asiento en uno de esos taburetes de color rojo, y coloqué mis maletas al lado. La camarera se giró y me dedicó una preciosa sonrisa pintada con esmero en un escarlata mate. Me sorprendió lo guapa que era, con esa tez pálida, lisa y perfecta. Se acercó mientras yo sentía cómo sus ojos, rasgados y perfilados en negro, me observaban con interés. No estaba acostumbrada a las facciones asiáticas, pero ella me pareció especialmente agradada.

—¿Qué te pongo?

—Una de esas napolitanas, por favor —dije, sin importarme el relleno que tuvieran y señalando la bandeja que acababa de sacar.

—¿Algo para beber?

—Un vaso de leche templada. Grande.

Pedí algo que me gustaba tomar de pequeña antes de ir a dormir, cuando era feliz y sin duda las cosas parecían mucho más sencillas. Enseguida la camarera regresó con la napolitana en un plato, un cuchillo y un tenedor. Lo dejó delante de mí y se volvió hacia la cafetera profesional, donde calentó la leche en una jarra. Mientras yo la miraba, corté un trozo de la napolitana y me lo llevé a la boca. Estaba deliciosa. Era de jamón y queso. No sé si fue por el tiempo que llevaba sin comer o por el cansancio, pero me pareció la mejor napolitana que había probado jamás.

—Aquí tienes. —Me sirvió el vaso de leche y volvió a mirarme—. ¿Quieres azúcar, miel o algo para acompañarlo? Tenemos ColaCao.

—No, gracias, así está bien.

Devoré el resto de mi napolitana en tiempo récord y la camarera puso delante de mí un trozo de tarta de chocolate.

—Invita la casa.

Nos miramos la una a la otra. Ella parecía incómoda por su ofrecimiento y yo estaba confusa al



recibir aquel gesto de amabilidad.

—¿Por qué? —me atreví a preguntar con un hilo de voz.

—Pareces necesitarlo. —Se encogió de hombros—. Además, nadie me había pedido nunca un vaso tan grande de leche sola. Creo que algo de chocolate es un buen acompañamiento. —Intentó quitarle hierro al asunto.

—Gracias —dije mostrando una sonrisa por primera vez en muchos meses.

Ella se giró a atender a un cliente que acababa de llegar, pero regresó antes de que me terminase el trozo de tarta.

—¿Está rica?

—Tenías razón. Creo que la necesitaba.

Se mostró satisfecha con mi respuesta.

—El chocolate siempre es buena idea. Hace una semana me dejó mi novio, y me habría gustado que alguien me hubiera ofrecido un pedazo de tarta. —Suspiró—. Llevábamos juntos seis meses, y ese cabrón me puso los cuernos con mi prima. La dejó embarazada, ¿te lo puedes creer? —añadió alzando con delicadeza sus cejas perfiladas.

—Oh... Vaya. —Fruncí el entrecejo—. Ha debido de ser horrible.

—¿Y a ti qué te han hecho? —Se cruzó de brazos esperando a que yo hablase.

Su pregunta me incomodó un poco. No la conocía de nada, aunque parecía agradable.

—Perdona, no debería haberte preguntado —se excusó al ver que no contestaba.

—Mi abuela ha muerto después de pasar por un cáncer durante casi un año. Me he quedado sin un sitio donde vivir, porque ella era la única familia que tenía. He venido a Madrid, no sé muy bien por qué... Bueno, sí. Porque en Fuenterrabía no tenía trabajo, no quería sufrir la compasión de los demás y ya no me quedaba nada.

Me sorprendió sentirme mejor después de soltar aquello. La miré. Estaba boquiabierta, paralizada.

—Lo... lo siento —susurró.

—Son cosas que pasan. —Sonreí amargamente y pinché un nuevo trozo de tarta con el tenedor.

—¿Dónde está Fuenterrabía?

—En el País Vasco. Justo en la frontera con Francia.

—¿Y eres de allí?

—Sí, bueno..., en realidad yo nací en Hendaya, que está al lado, así que a efectos legales soy francesa, aunque no recuerdo nada de mi vida allí.

—Te entiendo. Yo nací en China, pero cuando tenía un año mis padres vinieron a España. Así que técnicamente soy china, pero en realidad soy igual de española que todos estos —dijo haciendo un ademán con la mano en dirección a la gente que pasaba por delante del local.

Me gustó esa chica. Parecía simpática y, sin duda, con su gesto, demostró que tenía un buen corazón. Volví a sonreír antes de llevarme otro trozo de tarta a la boca.

—¿Y conoces a alguien en Madrid? —me preguntó. Yo negué con la cabeza—. ¿Has encontrado ya trabajo?

—No. —Dudé antes de continuar, pero me lancé a seguir hablando—: Ni siquiera tengo piso. Me alojaré en un hostel hasta que encuentre algo.

—¿Cuántos años tienes? —Achinó aún más sus ojos marrones.

—Diecinueve.

—Eres muy joven —comentó—. Y muy valiente.

—No seré mucho más joven que tú.

—Las asiáticas solemos parecer más jóvenes, o eso dicen, pero tengo ya veintitrés. —Sonrió,

observando cómo tomaba el último trozo de tarta antes de continuar—: ¿Qué tal es tu inglés?

—¿Me preguntas por mis idiomas? —Me confundió el giro de la conversación.

—Verás, algunas noches trabajo en un bar de copas y mi jefe está buscando otra camarera. Sería para los jueves, viernes, sábados y alguna que otra noche víspera de festivo. Sé que no es mucho, pero se gana bastante bien y los guiris suelen dejar buenas propinas.

—¿Harías eso por mí? —Me tembló la voz—. Ni siquiera me conoces.

—Bueno, te estoy preguntando por tu inglés.

—Hablo un inglés fluido, y también francés —me apresuré a responder—. En el instituto nunca bajé del notable alto en ninguna de las dos asignaturas.

—Lo imaginaba, tienes pinta de empollona, y además eres muy mona. —De su delantal sacó una libreta con un bolígrafo pinzado en la espiral. Anotó algo y arrancó la hoja—. Este es mi número de teléfono —dijo dándome el papel—. Me llamo Anna. —Sonrió antes de echar un vistazo hacia el otro extremo de la barra, donde ya había dos clientes esperando—. Tengo que seguir atendiendo, pero llámame, ¿vale?

—Muchísimas gracias —respondí emocionada, observando cómo se alejaba.

## 2

SIETE AÑOS DESPUÉS

Un repiqueteo empieza a taladrarme los oídos hasta sacarme del sueño en el que estaba metida. Trato de amortiguarlo girándome para quedar boca abajo y escondiendo la cabeza bajo la almohada, pero no funciona. Deben de ser esos malditos pájaros otra vez, que no entienden que, debajo de su tejado, una humilde humana como yo necesita descansar. Vuelvo a girarme para poner la cabeza sobre la almohada y miro hacia el techo inclinado de mi habitación, intentando recordar lo que estaba soñando, y, como de costumbre, no me acuerdo de nada. Me revuelvo entre mis sábanas azules con la intención de remolonear un poco más, pero el despertador de mi móvil no es tan benevolente y me recuerda que son las once de la mañana. Debo levantarme si quiero hacer la colada y limpiar un poco la casa antes de ir a trabajar a la tienda.

Con pereza, me arrodillo sobre la cama y alzo el brazo para subir las cortinas opacas que cubren las dos ventanas del tejado. Inmediatamente mi habitación se ilumina por completo. Parpadeo y vislumbro un precioso cielo azul, sin ninguna nube. Parece mentira que mañana el verano toque a su fin, y que, con él, yo cumpla veintiséis años e inicie mis deseadas vacaciones de otoño. En teoría son las que debía disfrutar en verano, pero como yo de eso nunca tengo, finjo adorar el otoño y engañarme a mí misma. Ante todo, ¡positividad!

Compruebo que mi pijama está en su sitio y salgo de la habitación.

La casa no es muy grande, pero es acogedora y generalmente la mantenemos organizada. Al salir de mi dormitorio, rodeo la barra americana que separa el salón de la cocina y voy directa a la cafetera. ¡Genial! Hay café hecho, aunque no está caliente. Imagino que Anna ha debido de prepararlo muy temprano, así que me sirvo bastante en una taza que encuentro limpia en el escurrerplatos que hay sobre la encimera y la meto en el microondas. Estoy tan atontada por las mañanas que parte de mi rutina consiste en quedarme observando cómo gira la taza durante todo el minuto que programo el pequeño electrodoméstico. Por fin suena la campanita y se apaga la luz. Saco mi café y me acerco con él en la mano hasta la nevera para rebajarlo con leche. ¡Ahora sí que está perfecto! Me siento en un taburete de la barra y lo pruebo.

—¡Puaj! —Me lo trago a duras penas y miro el líquido marrón con asco justo cuando sale Rai del dormitorio al lado del mío.

—¡Buenos días!

—Buenos días. —Le devuelvo el saludo de mala gana.

El tío, de dos metros, va vestido con una camiseta negra y unos pantalones cortos de color rojo. Se para en medio del salón y me observa mientras se despereza, levantando los brazos hasta tocar el techo con las manos. Odio que haga eso, pero después de vivir con este morenazo durante cuatro años, sé que de nada sirve regañarlo, y, además, las sombras amarillentas que ha ido dibujando poco a poco en el techo solo se pueden quitar ya con paciencia y una buena mano de pintura.

—Te saldrán arrugas feas si pones esa cara de asco tan a menudo —me dice mostrándome su

sonrisa de anuncio.

—Este mejunje es asqueroso. ¿Cuántas veces os he dicho que con el café no se racanea? Necesito empezar la mañana con buen pie —gruño.

Se rasca la cabeza, haciendo que los rizos negros que le sobrepasan los hombros se revuelvan con cada movimiento.

—Habrà sido Anna. La última vez yo compré el que su majestad me indicó. —Parpadea dos veces, haciendo que sus pestañas aleteen sobre sus grandes ojos marrones—. En fin, voy a entrar al baño, y créeme, no querrás ir después de mí, así que, si tienes que hacer cosas, te recomiendo que pases tú primero.

—Gracias por el aviso. —Dejo la taza en el fregadero y voy hacia la puerta que se esconde detrás de la cocina.

El baño es cuadrado, funcional y de baldosas blancas. Tiene lo básico: un lavabo, una bañera con ducha y un retrete, eso sí, sin tapa. Era de plástico endeble y no soportó aquel fatídico día en el que Rai se sentó para contemplar ensimismado cómo Anna se cepillaba su larguísimo cabello negro. Es lo que tiene ser un brasileño gigante, corpulento y bien definido.

Cierro la ventana que hay sobre el retrete y corro el colorido visillo que nos cosió la madre de Anna, aunque más bien parece que hayamos puesto la bandera del orgullo gay en el baño. Abro el grifo del agua caliente de la bañera y espero a que coja temperatura mientras me miro al espejo. Mi pelo, castaño cobrizo y ondulado, ahora tiene aspecto de matojo, donde bien podrían anidar los pájaros que habitan sobre mi dormitorio. Me estudio más a fondo. Todavía tengo algún resto de maquillaje rodeando mis ojos grises. Anoche tocaba hacer inventario, pues ahora trabajo en una tienda de ropa, y nos quedamos hasta tan tarde que cuando llegué no me apetecía dedicarle mucho tiempo a la tarea de desmaquillarme. Solo quería tirarme encima de la cama y dormir.

Tomo un coiletero abandonado sobre el lavabo y recojo la maraña de ondas que baja hasta la mitad de mi espalda. Con un par de movimientos lo convierto en un moño desenfadado para no mojarme el pelo en la ducha.

Una regla no escrita de la casa es que los coileteros son de todos, ya que los tres inquilinos tenemos pelo largo. En el fondo, esto resulta un asco, porque más de una vez nos ha llevado a discusiones por quién ha atascado la bañera, pero supongo que es parte de la convivencia.

Me quito la camiseta de florecillas que uso como pijama y entonces llama mi atención el agradable vapor que sale de la bañera. Me termino de desvestir rápido y cojo mi toalla azul, que estaba colgada en uno de los tres ganchos del baño, para dejarla sobre el lavabo. Así la tendré a mano cuando termine de ducharme. Entro a la bañera y corro la cortinilla decorada con lunares azules sobre un fondo blanco. La elegí yo, y supongo que es ya fácil de adivinar que el color azul es mi favorito.

Me entretengo más de lo normal bajo el agua caliente, que tan relajante me resulta. Estoy cansada... Llevo diez días de trabajo seguidos y siento mis pies hinchados por todas las horas que paso de pie en la tienda. Antes de salir de la ducha, abro el grifo del agua fría a tope y me rocío las piernas y los pies intentando aliviarme un poco. Cuando salgo, me rebujo en la toalla y me doy cuenta de que no me he traído ropa interior limpia para cambiarme. ¡Siempre me pasa lo mismo!

Aseguro bien la toalla alrededor de mi cuerpo y recojo la ropa que me he quitado minutos atrás formando una bola que sujeto en mis brazos. Abro la puerta del baño y lanzo una mirada furtiva para asegurarme de que Rai no está merodeando por el salón. Correteo de puntillas hasta mi dormitorio y me encierro en él. Lanzo la bola de ropa a un cesto de mimbre blanco y me tiro encima de la cama aún con la toalla puesta. Miro el cielo, tan azul, tan relajante. Me quedo embelesada, fantaseando con volar entre las pocas nubes que hay. Sí, a veces se me va la pinza un poco, lo reconozco. Pero es en lo

único en lo que me permito soñar. Volar, viajar algún día a cualquier parte, pero en avión. Me apetece tanto... Tuerzo el cuello hacia la mesita de noche y cojo el libro que descansa sobre ella. No me declaro fan de Shakespeare, pero vi *Romeo y Julieta* en el escaparate de la librería que hay al lado de mi trabajo, un día al salir, y me lo compré. Al fin y al cabo, hace unos años leí *Hamlet* y me gustó, así que ¿por qué no darle una oportunidad a este clásico?

En algún momento, me da por mirar el reloj y me sobresalto al ver que marca las doce y media.

—Mierda, mierda, ¡mierda!

Brinco de la cama y recojo los pantalones negros del uniforme, que dejé tirados en el suelo ayer. A saltitos, mientras me los pongo, voy hacia el armario y saco una camiseta limpia, también de color negro. Me calzo las zapatillas con los cordones por dentro, sin atar. Tengo tanta prisa que ahora no puedo perder tiempo en eso. Cojo el libro, salgo de la habitación con el bolso en la mano y corro hasta el baño. Meto el maquillaje como si fuera un ladrón robando joyas y me voy pitando de aquí.

—Alguien llega tarde —comenta Rai, que está zapeando tirado en el sofá.

—¿Tú no trabajas hoy? —pregunto rodeando la barra de la cocina para coger una manzana de la nevera.

—No —responde distraído y sin apartar la mirada del televisor—. ¿Sigue en pie lo de las siete?

—A mí me apetece. —Pienso en el pícnic—. Además, hay que aprovechar las horas de luz que nos quedan. —Agarro las llaves del cuenco de la entrada y me despido de él alzando la mano—. ¡Hasta luego!

A toda prisa, bajo las escaleras del edificio, saltando de dos en dos los escalones, y una vez en la calle, camino lo más rápido que puedo hasta el metro de Noviciado. Justo cuando llego, el tren está ahí, y consigo entrar en el último vagón antes de que se cierren las puertas. Al encontrar un sitio libre, me lanzo a por él. Suspiro apoyando la cabeza en el cristal. ¡Menuda carrera acabo de pegarme!

Lo primero que hago es atarme bien los cordones de las zapatillas y, después, saco un espejo y el maquillaje para comenzar a pintarme. Soy consciente de que alguna mirada indiscreta se posa en mí, pero me da igual. Termino justo a tiempo de llegar a la estación de Goya y me como la manzana de camino a la tienda, que no queda lejos. Increíblemente, llego cinco minutos antes de que comience mi turno, por lo que estoy bastante satisfecha.

La jornada no se da mal. La clientela resulta bastante simpática. Cero impertinencias y reclamaciones. Además, pensar que es mi último día y que mañana estaré de vacaciones hace que se me pase más rápido, y la insoportable de la encargada no asoma el hocico en toda la tarde, por lo que el día es redondo.

La tienda no parece muy grande cuando entras. El local hace esquina y tiene tres plantas. Una es el sótano; otra es la planta baja, por la que se accede desde la calle, y por último hay un piso arriba. Vendemos ropa *casual* tanto de hombre como de mujer.

Lo que más me gusta de mi trabajo es cuando se renueva la colección y me dejan colocarla a mi gusto en los expositores, o cuando me toca vestir a los maniqués. Las veces en que Anna viene a recogerme y ve el escaparate, siempre sabe si he sido yo quien lo ha hecho. Dice que los visto de una forma demasiado pija.

Odio tratar con clientes maleducados, pero lo que menos me gusta de todo es cuando los martes y los jueves viene el camión, porque tenemos que llevar las cajas escaleras abajo hasta el almacén. Sí, yo también me pregunto mil veces a quién se le ocurrió poner el almacén en el sótano, sin ascensor ni nada que pueda facilitar la tarea. El punto positivo es que no necesito ir al gimnasio, aunque me dejo la espalda en el trabajo. Sinceramente, no me veo ejerciendo esta profesión muchos años más, al menos a este nivel de estrés y cansancio. Anna pensaba lo mismo, y este año se armó de valor y

cambió a un sitio más tranquilo. Ahora está en Louis Vuitton, pero, claro, ella habla chino y yo, no. Se lleva unas comisiones con las que yo solo puedo soñar, y su uniforme de trabajo es bonito.

Supongo que dentro de poco me tendré que plantear lo mismo que ella, aunque la seguridad que me aporta un contrato indefinido con una antigüedad de cuatro años es notable, y más en mi situación: mi salario es bajo y apenas me permite ahorrar. Seré sincera: la vida en Madrid no es fácil. El alquiler es caro, la vida en la ciudad es cara y las distancias son largas. Pero Madrid engancha. Tiene algo que enamora, que atrae, y la calidad que ofrece una gran ciudad en cuanto a servicios y ocio no la puedes encontrar en cualquier parte. Nosotros tenemos suerte. Cuando Anna y Rai decidieron irse a vivir juntos, el compañero de piso de Rai se mudaba a Oslo, así que yo me quedé su habitación y el alquiler lo dividimos entre los tres. Esto, al ser una casa de dos habitaciones, hace que nos salga más barato.

Por fin dan las siete y salgo corriendo hasta la zona de las taquillas para recoger mi bolso. Sí, mi encargada me asigna turnos raros solo para putearme. Creo que me tiene manía porque soy de las que más venden y porque tengo clientela fija. Por lo general, las chicas no le duran más de un año, y yo llevo cuatro tragando esta situación. Cuando me cabreo o me rebelo con respecto a los turnos, suele darme tregua durante dos o tres semanas, con horarios más normales que me permitan comer caliente en mi casa, y no una manzana antes de entrar o unos ganchitos a escondidas en el almacén.

### 3

Hoy es un día especial. Rai ha quedado en pasar a buscarme con la bici, y vamos a ir al Retiro a hacer un pícnic hasta que llegue Anna, que tenía que hacer algo cerca de Atocha antes de venir. Después iremos a un bar por Malasaña para escuchar a La Cabra Filósofa, el grupo en el que Rai toca la batería.

—¡Paula! —Una compañera llama a la puerta del vestuario y me devuelve a la Tierra—. ¡Rai está fuera con la bici!

—¡Ya salgo! —grito en dirección a la puerta.

Me cambio la camiseta por una blanca con un poco de escote, me aplico desodorante y me rocío con el espray de agua de colonia con aroma a frambuesa que guardo en la taquilla. Me miro en el espejo que tengo pegado en el interior de la puerta y me cepillo el pelo. ¡Perfecta para una noche de fiesta! Me despido de mis compañeras y, una vez en la calle, diviso a Rai, con una guitarra enfundada a la espalda y dos bolsas de la compra, una al lado de la otra, en el manillar.

—¿Qué tal se ha dado, princesa?

—Bien.

—Sonríe más, que ya estás de vacaciones —me dice mientras se despoja de la guitarra—. Necesito que la lleves tú.

—Vale.

Me ayuda a ajustar las correas antes de que me siente en la parrilla trasera de la bici, con las piernas a un lado. Me agarro a su cintura y ponemos rumbo al Retiro.

Me encanta sentir el aire en la cara mientras despeina mi pelo hacia atrás. No puedo evitar cerrar los ojos e inhalar ese olor a verano, con una sonrisa tonta que no se me borra de la cara. Adoro el paseo que damos por Madrid, bajando todo recto desde el metro de Goya hasta la Puerta de Alcalá. Rai se mete en la rotonda y me agarro más a él, riendo a causa de la felicidad y el vértigo que me produce la sensación de girar tan rápido.

—¡Eres un suicida! No pienso volver a montar contigo en la bici.

—Eso lo dices siempre y al final repites —ríe también él.

Por fin accedemos al parque por la puerta que da a la plaza de la Independencia. Me encanta el paseo que se abre tras esa entrada. Avanzamos hasta el estanque y vuelvo la cabeza para poder observar a la gente que se divierte dando una vuelta en las barcas. Es algo que nunca he hecho, y me encantaría. Siempre decimos, Anna, Rai y yo, que algún día lo haremos, pero luego vemos la cola que hay para alquilar una embarcación y se nos quitan las ganas.

Seguimos adelante y torcemos a la derecha, hacia la puerta más cercana a Atocha. Así, a Anna no le será tan complicado localizarnos.

—¿Establecemos ahí el campamento? —Rai señala una zona de césped entre los árboles con sol y sombra.

—Es perfecto. No pensé que encontraríamos un sitio tan bueno.

Me bajo de la bici. Rai la deja en el suelo y yo le doy la guitarra antes de extender nuestro mantel gigantesco de cuadros azules y blancos.

—Traigo toda clase de comida basura, Coca-Cola Zero y unos bocadillos de jamón con queso.

—Suenan muy bien —digo husmeando una bolsa—. Propongo ir abriendo las patatas fritas.

—¡Se aprueba la moción! —exclama mientras saca la guitarra de la funda.

No sé cuánto rato permanecemos ahí. Yo comiendo patatas mientras Rai afina su instrumento, con alguna pausa en la que también coge patatas, aunque yo voy de una en una y él puede con un puñado entero de golpe. Al final, termino tumbándome en el césped. Siento las irregularidades del terreno y la frescura de la hierba en mi espalda, pero, aun así, me encuentro genial. Me incorporo de nuevo y saco de mi bandolera una chaqueta de punto que coloco debajo de la cabeza a modo de almohada. Ahora sí que estoy en la gloria. Observo cómo pasan las nubes por encima de las copas de los árboles que apuntan hacia el cielo en silencio, con una quietud tranquilizadora en ausencia de viento. Sí..., es perfecto. Rai comienza a tocar algunos acordes suaves con la guitarra. Parece que está intentando recordar alguna canción, o tal vez solo está improvisando. Entonces reconozco la melodía de *Across the universe* mientras lo escucho cantar muy bajito, como si lo hiciera solo para sí.

—Me encanta esa canción —susurro acariciando la hierba con las palmas de mis manos—. Aunque prefiero la versión de los Scorpions.

—Eres muy rara.

—*Nothing's gonna change my world.* —Me lanzo a cantar el estribillo—. *Nothing's gonna change my world...*

—Algún día algo cambiará tu mundo.

—No lo creo —digo distraída, jugueteando con las puntas de mi pelo—. Ahora que mi vida está ordenada y en completa armonía, nada va a alterarla.

—¿Ni siquiera Leo? —Deja de tocar y me mira.

—Ni siquiera Leo. —Suspiro, cansada—. Sabes que no busco nada con nadie.

—¡Venga, Paula! Es un tío legal. Lo conozco desde que llegué a España y confío en él. Además, sé que a ti no te propondría salir de no querer algo serio, así que, si es por eso, puedes estar tranquila.

—¿Ha hablado contigo para que tuviéramos esta conversación?

—Puede que un poco —ríe—. Al chaval le gustas de forma considerable. Es algo *nerd*, y creo que haríais buena pareja. ¿Cuánto hace que lo conoces tú?

—Lo mismo que a ti. Él estaba con aquella novia.

—¿Y no crees que igual alguien a quien conoces desde hace tanto tiempo puede ser la clave para que salga bien?

—Creo que eso es una tontería. —Suspiro—. Además, no he pensado nunca en Leo de ese modo, y no estoy preparada para tener una relación.

—¿Y si un día le concedes un café a solas?

—¿Por qué insistes tanto? Es el guitarrista de un grupo de música. Eso vuelve locas a las mujeres. ¡Podría estar con cualquiera! ¿Qué demonios tengo yo que no tenga otra chica?

—Eso podrías preguntárselo a él. Venga, solo un café y, si no funciona, podrás darle puerta.

—¡No me lo creo! —Me siento de golpe para poder mirarlo a la cara—. Raimundo, ¿le has prometido a Leo un café conmigo?

—Le dije que se lo conseguiría, sí. —Frunce el ceño—. Y no emplees mi nombre completo, no me mola oírtelo decir con ese tono.

—Te odio por momentos. —Cierro los puños con fuerza intentando contener mi ira.

—¡Paula! —escucho detrás de mí.

Esa voz me deja paralizada. Me recuerda a... ¡No puede ser! Giro la cabeza y la veo. Una chica alta y esbelta, de pelo liso, rubio y ojos marrones, me sonrío al lado de Anna, que parece divertida.



—¡Adela!

Me levanto y voy corriendo a abrazar a mi amiga de la infancia, con la que crecí, y que resultó ser como mi hermana. Sigue usando el mismo perfume de siempre. Uno con olor a zarzamoras, flores y sándalo que, aunque pueda sonar empalagoso, no resulta nada pesado, o tal vez es porque yo estoy acostumbrada y asocio ese aroma con ella. Mi amiga, que con su gran sonrisa transmite calidez y confianza; que hasta en invierno huele a verano.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto apartándome para mirarla mejor—. ¡No me creo que hayas venido!

—¡Sorpresa! —exclama comenzando a llorar.

En realidad, lloramos las dos. No me lo puedo creer. Mi camarada de toda la vida, mi compañera de juegos, de clases, pero también de momentos felices y de otros no tan agradables. La persona con la que crecí y a la que conozco desde que iba en pañales, con la que compartí cuna y con la que fui a la escuela. Mantenemos esa clase de relación en la que yo lo sé todo de ella y ella lo sabe todo de mí. Ese tipo de amistad en la que da igual si hablamos todos los días o estamos un mes sin saber nada la una de la otra. Seguimos siendo amigas. Seguimos siendo hermanas, aunque no compartamos sangre, y ambas sabemos que ni el tiempo ni la distancia podrán separarnos jamás, porque lo que nos une es mucho más fuerte que todo eso. Lo que nos ata es una vida en común en ese periodo de tiempo en el que lo descubres todo, en el que aprendes a vivir y en el que empiezas a forjarte a ti misma.

Más de un año ha transcurrido sin que hayamos podido vernos, y es que Adela es la que suele venir a Madrid para visitarme, porque yo no me puedo permitir un billete a Londres, que es donde vive ahora.

Aún recuerdo aquel día en que ella se mudó a la capital inglesa para asistir a la universidad. Ese día también lloramos. Nos prometimos mil cosas, entre las que figuraba el vernos cada tres meses como mínimo, pero ninguna de las dos pudo cumplirlo. Bendito Skype, que salva todas las circunstancias. En ocasiones, me sentía como Jane Austen, escribiendo cartas desde la lejanía. Qué bonito era y qué triste es que hayamos perdido la buena costumbre de escribirnos en papel, algunos sacando su alma de escritor y otros convirtiendo los acontecimientos del día a día en bonitos poemas. Nosotras nos escribíamos de todo y esperábamos con ilusión las cartas en el buzón, aunque al día siguiente fuéramos a vernos por la cámara del portátil. Ahora recordamos como únicos esos momentos en los que la pantalla se quedaba paralizada y pixelada mientras el sonido continuaba. Vaya gestos, qué ojos, y qué pena daban algunos de esos pantallazos congelados en el ordenador.

El primer año, Adela tenía previsto vivir a tope el inicio de su vida universitaria en la residencia, hasta que conoció a Edward y todas aquellas palabras se las llevó el viento. Al principio se odiaban, pues ella solo me contaba lo mucho que él la desquiciaba. Pero era demasiado sospechosa la frecuencia con la que el inglés protagonizaba nuestras conversaciones, y es que, en el fondo, ella estaba enamorada. Él cursaba tercero de Ingeniería industrial, la misma carrera por la que mi amiga se había decantado, y terminó por conquistarla, hasta el punto de que llevan ya siete años juntos, dos de los cuales, casados.

Sí, mi amiga se casó joven y llena de ilusión. El día que me dio la noticia de su compromiso, no me lo podía creer. Y sí, él se lo pidió en plan romántico. Por lo visto, alquilaron una barca de remos en Hyde Park y allí le propuso matrimonio, con un pedrusco de Cartier, nada más y nada menos. Pero es lo que tiene ser ingenieros industriales y gozar de un buen trabajo en las oficinas de una aerolínea. Reconozco que me dio bastante envidia, pero de la buena, no de la de morirte de amargura. También confieso que no pude alegrarme más por la única persona que me queda, y que es lo más parecido a una familia. Claro que Rai y Anna son como una familia, y los siento así, pero no es lo mismo que

con Adela. Me dolió no poder ser más partícipe en la elección del vestido de novia, como ella quería. Nuestros horarios de trabajo, los kilómetros que nos separan y el factor económico son tres puntos que siempre juegan en nuestra contra. Adela se esforzaba por hacerme llegar fotografías, audios, vídeos, y que así formara parte de aquellos momentos tan importantes para ella, mientras yo me escondía en el baño o en el almacén de la tienda para poder compartir su emoción y felicidad. Pero lo que más me dolió de todo fue no poder asistir a su boda, la cual se celebró en Nottingham, la ciudad natal del novio. ¡Incluso me saqué el pasaporte para poder asistir! Ellos se ofrecieron a pagarme los billetes, pero el problema fue la bruja de mi encargada. El enlace se celebró a principios de julio, fecha que coincidía con el inicio de las rebajas de verano, y, por tanto, en el trabajo me denegaron el permiso de tres días de vacaciones. Luché tanto por conseguirlo que hasta me amenazaron con despedirme si seguía insistiendo.

Pero, bueno, qué vamos a hacerle... *C'est la vie!* A veces, solo queda resignarnos.

Dos años después, aquí estamos. Hablamos hace solo dos días y la muy granuja no me dijo nada sobre su visita. Ahora estamos montando un espectáculo, abrazándonos y secándonos las lágrimas la una a la otra, pero nos da igual atraer miradas inquisidoras, risas o desconcierto. Nadie que no conozca nuestra historia podría comprendernos en este momento.

—Deja de llorar —me pide frotando mis mejillas.

—Lo mismo te digo. —La imito—. ¿Qué haces aquí?

—Soy una de tus sorpresas de cumpleaños.

—¿Qué?

—Y prepárate, amiga, porque yo soy solo el comienzo.

Parpadeo, perpleja, y me giro hacia mis otros dos amigos. Anna está sentada entre las piernas de Rai, que la abraza desde atrás, y me miran, contentos de verme feliz.

—Tranquila, prometo no pronunciar las palabras hasta mañana —asegura Adela.

Esas palabras impronunciables son las de «feliz cumpleaños». Por alguna extraña razón que se escapa a lo racional, no soporto que nadie me felicite antes del día de mi cumpleaños. Pueden hacerlo después. Días después, si lo prefieren, pero jamás antes. Eso no debe ocurrir nunca. Bajo ningún concepto.

Vuelvo a mirarla con una sonrisa y la estrecho entre mis brazos antes de lanzarme a abrazar también a Rai y Anna.

—Sois la mejor familia *nec sanguinem* que puedo tener.

—¡Por Buda! Ya está con sus terminologías raras. ¡Sabes que odio que nos llames así! —se queja Anna para quitarle sentimentalismo al momento.

—Y tú eres nuestra friki favorita —apostilla Rai.

—Ven aquí, hermanita *nec sanguinem*.

Adela me vuelve a abrazar, estrujándome tanto que casi no me deja respirar. Caemos al césped riendo y Rai enseguida cambia a Anna por la guitarra, mientras esta aprovecha para comer algo de lo que hemos esparcido por el mantel.

Yo, que no tengo ningún familiar de sangre vivo, pero sí tres grandes amigos, acuñé esa expresión de «familia *nec sanguinem*», que en latín significa algo así como «no sanguínea», ya que «amigos» es un término que se queda corto.

—Espero que no estés muy cansada, porque va a ser una noche muy larga —comenta Anna—. Lo siento, pero ya me ha costado demasiado callarme durante estas últimas semanas. —Mira a su novio y a Adela.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Yo te he planchado la colada. —Rai levanta una mano al decir eso—. Así que ya tienes ropa limpia para meter en la maleta.

—¿Cómo? —pregunto sin entender una sola palabra.

—Tranquila, las bragas no.

—¿Qué está diciendo? —Miro a Anna, esperando que alguien me explique algo.

—Anna y yo necesitábamos más intimidad y la casa para nosotros solos, así que te mandamos unos días a Londres con tu amiga —añade Rai, divertido.

—Es tu regalo —explica Adela—. Uno de tus deseos es montar en avión, ¿no? Pues lo cumplirás mañana por ser el día de tu cumpleaños.

—Te alojarás en casa de Adela, y aunque ella tiene que trabajar, intentará salir antes y te hará de guía para que visites la ciudad.

—Y tras cuatro años de convivencia, por fin podré amar a Anna en cada rincón de la casa sin preocuparme de que puedas sorprendernos —interviene Rai, que se gana una colleja por parte de su novia—. ¡Auch!

—Tienes la cabeza llena de semen.

—Y tú eres una bruta —se queja él.

—Lo siento. —Ella se arrepiente—. ¿Te he hecho mucho daño?

—¡Nah! Sabes que me gusta exagerar, amor. —La acerca a él para besarla.

—¿En serio me habéis regalado un viaje?

—Sí —responde Adela—. Salimos mañana a las once y media.

—Pero... esto es... demasiado caro.

—Tenía descuentos del trabajo, y nos hemos unido los tres para comprarlo —dice Adela.

Los miro a todos, emocionada, sin saber qué decir o cómo reaccionar. Mis amigos me han regalado un viaje. ¡Un viaje, nada más y nada menos!

—Adela también se ha encargado de comprar esto. —Anna saca un sobre azul de su bolso y me lo entrega.

—«A la mejor amiga del mundo» —leo en voz alta antes de abrirlo y sacar una tarjeta azul y blanca con el rótulo de «Oyster».

—Es una tarjeta para que puedas usar el metro. Te irán descontando saldo según las zonas y los trayectos. Tiene treinta libras, que deberían ser más que suficientes para una semana —explica Adela.

La tarde se nos pasa volando, o al menos es la sensación que me da a mí. Nos quedamos en el Retiro hasta tarde, y al final ponemos rumbo al bar donde actúa esta noche La Cabra Filósofa.

Adela y yo bebemos cerveza. Anna se dedica a los refrescos de limón, pues ella no bebe alcohol casi nunca. El tiempo pasa y las tres bailamos al ritmo de las canciones del grupo; sin estar segura de si son imaginaciones mías, me percato de que el guitarrista me mira, y no me siento tan cómoda después de lo que Rai me ha contado en el parque. Es ese mismo chico quien se acerca al micrófono del cantante y revela a todo el local que es mi cumpleaños. Rai hace un solo con la batería y, después, me dedican una versión del *Cumpleaños feliz*; bastante roquera que entusiasma a todos los presentes.

Adoro estos ratos, todos juntos, y en especial, trato de disfrutar todo lo que puedo de esta noche en la que las personas a las que más quiero están a mi lado, celebrando mi día, ese año más que sumo al conjunto de mis experiencias e historias.

—¡Cumpleañera!

Un chico de pelo negro bien cortado y peinado, con ojos risueños de color caramelo y una sonrisa cargada de felicidad, me abraza por detrás.

—Hola, Leo —saludo. Me pongo un mechón de pelo detrás de la oreja, nerviosa, pero tratando de parecer normal.

—No había tenido ocasión hasta ahora de acercarme —dice sonriendo.

—¡Hoy el concierto va genial! —Anna acude en mi ayuda al notarme tensa.

—Gracias. Me gusta pensar que cada día va mejor.

—¿Conoces a Adela? —le presento a mi otra amiga.

—¡Un placer! —dice él sin mostrarle el menor interés.

Para mi sorpresa, pasa un brazo por encima de mis hombros y me aproxima a él al mismo tiempo que susurra en mi oído:

—¿Podemos hablar en privado?

Lo miro y luego observo a mis amigas, que no saben muy bien qué hacer o decir para salvarme de esta situación. «Mataré a Rai», me repito una y otra vez. Al final, asiento y lo sigo detrás del escenario, donde hay algunos cables y un par de amplificadores enormes. Ojeo las cosas que encuentro a mi alrededor mientras hago tamborilear mis dedos en el botellín de cerveza.

—Hace ya unos cuantos años que nos conocemos, y no he podido evitar apreciar ciertas cualidades que me gustan de ti. —Leo parece nervioso mientras se dirige a mí—. No puedes negar que ambos tenemos muchas cosas en común.

—Eso es cierto.

Ambos leemos con frecuencia y hemos comentado más de un clásico, incluso hemos hecho lecturas al mismo tiempo, pero sin ninguna intención, por supuesto. Me mira y sonrío, como si mi comentario le hubiera proporcionado valor para continuar, y me arrepiento por momentos de haber abierto mi enorme boca.

—¿Te apetecería ir conmigo al cine mañana?

—Pues mañana me voy a Londres. Pero seguro que Rai y los demás pueden acompañarte. —Bendito viaje, que me ha servido como excusa. Sonrío; él trata de mantener su sonrisa, pero le cuesta.

—Es verdad, ¡el viaje! Había olvidado que era mañana... —dice pensativo. Está claro que todos estaban enterados menos yo—. De todas formas, no me refiero a ir al cine con La Cabra y los demás... Eh... —Duda, pero siento que ahí viene el gran golpe—. Pensaba en hacer algo solos, tú y yo, ¿sabes? En plan... una cita.

—¡Ah! —exclamo, fingiendo no tener ni idea—. Pues... —¿Qué le digo? No quiero hacerle daño, pero ni me interesa ni me atrae, y tampoco estoy buscando nada—. En realidad, yo no quiero... no puedo... empezar nada. —Veo la desilusión en sus ojos—. No es por ti, es que... No me veo capaz de tener nada con nadie, de momento. Creo que no estoy preparada, lo siento.

—Puedo darte el tiempo que necesites. Quedamos y...

—Leo, por favor —le corto, odiándolo por insistir y ponerme las cosas más complicadas—. No puedo, y no quiero hacerte daño. Lo siento.

Decido salir de aquí. Él se queda en el mismo sitio, y yo huyo en busca de mis amigas, que, en cuanto me ven, comienzan a hacerme señas con la mano.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Anna.

—Me siento como la mala del cuento, pero no estoy preparada para tener una relación, y a él tampoco lo veo de esa forma.

—No te preocupes. —Adela me abraza—. Cuando llegue el indicado, lo sabrás.

## 4

El timbre del telefonillo que abre la puerta de la calle suena de tal forma que parece que a alguien se le ha quedado el dedo pegado.

—¡Ya bajamos! —grita Anna tras descolgarlo—. Corred o formaremos un atasco.

—¿Has cogido todo, entonces? —pregunta Adela—. ¿Cepillo de dientes?

—Sí.

—¿Cepillo de pelo?

—Sí.

—¡Vamos, antes de que multen a Rai! —grita Anna; después se dirige a mí—: Lo que no lleves y sea vital para sobrevivir tendrás que comprarlo.

Pongo los ojos en blanco y agarro mi maleta de cabina seguida por Adela, que coge su gigantesco bolso rojo de Longchamp. Bajamos las escaleras a toda prisa, haciendo tal ruido que parece que una estampida de rinocerontes se dirige al portal. La puerta del primer piso se abre y se asoma una señora menuda, arrugada y con el pelo teñido de rubio.

—¿Qué ocurre? —pregunta con un claro acento de algún país del este.

Anna se para en seco, lo que provoca que Adela y yo nos tropecemos y que yo esté a punto de caerme por el hueco de la escalera. Bueno, tal vez exagero, pero mi maleta sí que ha estado a punto de precipitarse por él.

—Señora Babenko. —Mi compañera de piso se planta ante la mujer y la saluda con educación—. Paula se marcha unos días de vacaciones, pero si necesita que la ayuden a subir el carrito de la compra, avísenos a Rai o a mí —explica de forma amable a la anciana.

—Ah..., vale.

—Adiós, señora Babenko —me despido.

—Adiós —se despide también Adela, confusa.

Cuando llegamos a la calle, Rai está fuera del coche con el maletero abierto, y en cuanto nos ve, se pone al volante; justo un coche se aproxima, y tiene que frenar a la espera de que nosotras carguemos las maletas y montemos en el vehículo. Mientras Anna coloca el equipaje de Adela, yo pongo también el mío y nos subimos las tres al coche, apiñadas por el tamaño del Fiat Punto, blanco, de unos diez años, con los cristales traseros tintados y la chapa algo maltratada. Adela se abrocha el cinturón y, acomodándose en su asiento, saca un peluche de Hello Kitty sobre el que se había sentado sin querer. Me mira con los ojos en blanco y yo me río, encogiéndome de hombros. No tardamos en abandonar el centro y, mientras avanzamos por la M-40, aprovecho para bajar un pelín la ventanilla e inspirar el aire de Madrid, guardando este momento en mi colección personal de recuerdos significativos.

—Nos hemos encontrado con la señora Babenko en el rellano; le he dicho que nos avise si necesita ayuda para subir la compra —comenta Anna a nuestro conductor.

—Eso se traduce en que aquí un servidor tendrá que estar pendiente de la vieja mientras nuestra hermanita de la caridad está en Inglaterra.

—Oh, Rai, tampoco es para tanto —dice Anna.

—¿Hermanita de la caridad? —pregunta Adela.

—Solo la ayudo de vez en cuando al volver del supermercado. La pobre mujer no puede cargar todo escaleras arriba —aseguro.

—En Fuenterrabía cuidabas de los pájaros que se caían del nido y dabas de comer a los gatos callejeros. Aquí te dedicas a ayudar a las personas —comenta Adela con una gran sonrisa—. Siempre estaré orgullosa de ti y de tu buen corazón.

—Eso es muy bonito. —Veo que Rai mira por el espejo retrovisor al contestarme, y me sorprende que no lo acompañe de ningún chiste. Lo ha dicho de corazón.

Llegamos a la puerta de embarque que anuncia nuestro vuelo; una larga fila de gente se apelotona delante aguardando a que comuniquen que ya se puede acceder al avión.

—Nosotras tenemos embarque preferente, y tú lo conservarás para la vuelta. —Adela me guiña un ojo.

—Qué honor, señorita empleada de la aerolínea —digo.

—Y te he cedido la ventana —puntualiza mi amiga, orgullosa de sí misma—. Tu primera vez debe ser perfecta.

Ambas reímos por el comentario y yo me acerco a los ventanales, tras los cuales un avión blanco y azul es revisado antes de poner rumbo a su nuevo destino: Londres.

—Me parece más pequeño de lo que había imaginado. Es un A321, no tan pequeño, pero en realidad no sé qué me esperaba. Al entrar, tampoco contaba con encontrarme solo dos filas de tres asientos cada una, sino esas filas de dos, cinco y dos que suelen salir en la mayoría de las películas. En definitiva, me lo esperaba distinto.

Avanzamos con las maletas de mano por el estrecho pasillo hasta llegar a nuestros asientos. Me fijo en que todos los cinturones están cruzados, y las azafatas, vestidas con un traje azul marino, no dejan de sonreír, como si les hubieran estirado los labios, forzando así el gesto. El interior huele un poco a queroseno, por lo que imagino que acaban de repostar el aparato o lo están haciendo. Adela coloca primero su maleta y luego la mía mientras yo paso al fondo, junto a la ventanilla, para sentarme.

—Es pequeño.

—Bienvenida a la aviación comercial del siglo XXI. Y esto, créeme cuando te lo digo, es de lo mejorcito que encontrarás —dice Adela.

—Bueno, no importa. —Me emociono por momentos—. ¿Qué se siente al despegar?

—Es superdivertido notar cómo el avión acelera, cómo pone los motores al máximo y cómo sube. En media hora lo verás.

—Creo que me estoy poniendo un poco nerviosa.

—¡Oh, Paula! Por favor..., no me vengas con esas.

—¿Este aparato es muy viejo? —Miro a mi alrededor.

—El avión es el transporte más seguro del mundo, así que relájate.

Apoyo la espalda en el asiento y trato de tranquilizarme respirando hondo mientras el resto del pasaje termina de embarcar. No tardan en realizar la demostración de seguridad y, antes de lo que esperaba, el avión está en la pista, preparado para el despegue.

No sé si son los nervios de la primera vez ni si esto se pasa, pero supongo que es natural y humano tener miedo a lo desconocido. Me agarro a los reposabrazos y miro por mi ventanilla mientras escucho cómo los motores del avión rugen, y cogemos velocidad. El aparato comienza a levantarse y

alejarse de la Tierra. Al principio, la sensación es rara, y creo que voy a marearme, pero en realidad me gusta, me encanta, y es alucinante ver cómo dejamos Madrid atrás y cómo se va haciendo más pequeño, hasta que cruzamos un vapor que parece algodón de azúcar blanquecino. Y..., *voilà!*, estoy en el cielo, y me encanta. Es la experiencia más maravillosa que se puede vivir. Las nubes ahora parecen yogur, y me dan ganas de probarlas con una cucharilla. El sol, en el horizonte, es una luz cegadora, pero no me importa. Esto es impresionante.

El viaje se me hace más corto de lo que pensaba, pero supongo que mirar embobada por la ventana es un método infalible para que el tiempo pase más rápido.

Al aterrizar, noto cómo se me taponan un poco uno de los oídos, pero estoy tan emocionada y tan cargada de adrenalina que me da igual y ni siquiera considero comentárselo a mi amiga.

Estoy en Londres. Y creo que hasta que no lo pise, no me lo creeré.

Cuando el avión se detiene en la terminal, y mientras acercan la escalerilla, la gente, impaciente, comienza a levantarse de sus asientos y a coger su equipaje, aunque ni siquiera están las puertas abiertas.

—Tengo hambre —expone Adela, que observa de forma despreocupada el exterior desde mi ventana—. Ahora en el coche llamaré para encargarme una pizza y que nos la lleven a casa. ¿Qué te parece una de cuatro quesos? —Me mira y asiento con la cabeza—. Edward no volverá de Nottingham hasta la noche, así que tenemos toda la tarde para hacer turismo.

—Todo me parece buena idea.

Cualquier cosa que me propongan siento que me parecerá buena idea. Estoy entusiasmada, aunque también un poco descolocada. ¡Ha sido todo tan precipitado...! Todavía tengo la sensación de que en cualquier momento puedo despertarme y descubrir que ha sido un sueño.

Por fin, el pasaje comienza a desembarcar y nosotras podemos salir de aquí, recoger nuestras maletas y abandonar el avión. No han sido muchas horas, pero yo ya estoy un poco harta de tener tan poco espacio. Sigo a Adela, que camina por el aeropuerto como si se pasara media vida en él, y llegamos a unos tornos en los que tengo que mostrar el pasaporte para salir. Me siento perdida y torpe, pero consigo que las puertas metálicas se abran y me reúno de nuevo con mi amiga. En el aparcamiento, un Audi A3 de color azul nos recibe haciendo parpadear sus luces.

—¡Ese es mi sitio! —exclama Adela al ver que, después de dejar las maletas, me dirijo al asiento delantero de la derecha.

Ambas nos reímos y me cambio de puerta, recordando que en esta isla se conduce en sentido contrario y los coches están diseñados para ello. Debo reconocer que me da bastante impresión hacer el trayecto a este lado del vehículo y sin tener yo los mandos. La locura de entrar en Londres y la cantidad de improperios que salen de la boca de mi amiga hacia los demás conductores me hacen saber dos cosas: la primera es que jamás conduciré en este país, y la segunda, que no era consciente de la cantidad de insultos que se pueden proferir en dos idiomas en tan poco tiempo.

Al llegar a la casa de Adela, ella aparca frente a la puerta, pintada de verde pino, de un edificio de dos plantas con fachada blanca. Es precioso, y el barrio parece muy tranquilo. No tardamos en coger las maletas y subir las escaleritas que preceden a la entrada.

—Normalmente las casas tienen también un sótano, y en cada planta vive una familia, pero en esta calle todas las edificaciones son así. Nosotros disponemos de la casa entera —me explica—. El jardín de atrás no lo tenemos tan cuidado como me gustaría, pero ya sabes, el mal tiempo y la pereza no son una buena combinación.

Entramos y un olor a frutos rojos me golpea la nariz. Es demasiado fuerte, y algo artificial, para mi gusto. No tardo en encontrar la fuente del aroma, que no es más que un ambientador eléctrico que

tienen enchufado en la entrada.

—Lo sé —se lamenta Adela al verme arrugar la nariz—. Es horrible. Tengo que cambiarlo por otro más suave. Tal vez podrías ayudarme a elegir alguno. Iremos luego al Waitrose a hacer la compra.

—Si no te gusta, ¿por qué lo tienes?

—Odio el olor a humedad de esta ciudad. Termina impregnándolo todo.

La sigo hasta la cocina, que está a la izquierda del vestíbulo y es de madera blanca, un tanto *vintage*. Tiene todo tipo de electrodomésticos en color rosa, incluyendo uno de esos robots de cocina de KitchenAid que siempre me han parecido supermonos, pero que nunca he sabido usar. Todo es de la misma marca: la batidora, la tostadora y el hervidor.

Adela agarra este último para llenarlo de agua y ponerlo a hervir.

—Pronto estará el té.

Me gusta su nevera, una Smeg también en rosa. Me doy cuenta de que en el fregadero hay un par de tazas también rosas, por lo que deduzco que la vajilla es rosa. El gusto de Adela siempre ha distado bastante del mío, y eso causaba en numerosas ocasiones diferencias de opiniones a la hora de elegir las cosas o comprar regalos. Yo adoro el azul y detesto el rosa. Ella adora el rosa en todas sus variedades y solo soporta el azul si es oscuro.

—Ven, te enseñaré la habitación y luego ya tendremos tiempo de ver el resto de la casa.

Subimos las escaleras, cargadas con nuestras maletas, y hacemos crujir la madera de color claro que cubre el suelo. Son tablas anchas con pinta de antiguas, pero están restauradas. Avanzamos hasta la puerta del fondo a la izquierda y entramos en una habitación decorada con tonos blancos y verdes. Aunque es pequeña, me resulta acogedora. La cama es más grande que la mía, le calculo un metro y medio de ancho. Hay un armario pintado en blanco que, aunque no es muy grande, me recuerda al de la película de *La Bella y la Bestia* por la forma que tiene. Junto al ventanal, que llega hasta el suelo, hay un silloncito en verde claro acompañado de un puf a juego para poder apoyar las piernas.

—Ese rincón es perfecto para leer —señalo mientras busco el libro que llevo en el bolso. Me acerco y lo deposito sobre el sillón.

—¡Sabía que te encantaría! —exclama Adela juntando sus manos—. ¿Te gusta tu cuarto?

—Es fantástico. Millones de veces mejor que el mío de Madrid.

—Me alegro de que te guste. El baño está en la puerta de al lado y será solo para ti. Edward y yo tenemos baño en nuestro dormitorio, así que tendrás toda la privacidad del mundo. Siéntete libre a la hora de dejar tus cosas, y lo que te falte o necesites, me lo pides. Si tienes frío, hemos dejado una manta en el armario, y si quieres más perchas...

—¡Adela! —grito entre risas para hacerla callar—. Gracias, todo está perfecto, y es mucho más de lo que podía esperar.

El timbre de la casa suena en ese preciso instante, y mi amiga baja al grito de: «¡Pizza!». Yo miro una vez más a mi alrededor y decido bajar también.

Estoy convencida de que va a ser una semana estupenda.



## 5

Me despierto sobresaltada por el ruido que viene de la cocina. Es como si un centenar de cacerolas se hubieran descolgado de sus ganchos y hubiesen ido a rebotar unas con otras. Oigo que Adela le grita a alguien en inglés; intuyo que debe de ser Edward. Supongo que se habrá puesto nerviosa con el incidente que ha ocurrido ahí abajo.

Amanezco con la sensación de no haber descansado nada, y creo que es debido a la luz que se cuela por la fina cortina de la habitación. No me puedo creer que en esta ciudad no haya persianas; estoy valorando seriamente el comprarme un antifaz o algo que me permita dormir. La idea no la tengo del todo clara, ya que me da miedo pestañear y que se me meta la tela de la máscara en el ojo y me despierte; ¿eso puede pasar? Por otro lado, también pienso en la posibilidad de que la goma que lo ajusta me cause dolor de cabeza.

Lo sé, soy una paranoica y solo le saco pegas a la única opción que se me ocurre para poder dormir en Londres. Espero que conforme pasen las horas esté tan cansada que termine por caer redonda en la cama y que la luz de las farolas inundando el cuarto deje de ser un problema existencial para mí.

Me calzo las zapatillas y me desperezo extendiendo los brazos hacia arriba mientras abro la boca en plan el león de la Metro-Goldwyn-Mayer. Percibo que la habitación está fría, y miro con deseo el nórdico tan calentito de mi cama. Al final, consigo ganarle la batalla a la pereza y bajo a la cocina, donde me sorprende de ver solo dos cazos de acero sobre la mesa. ¿Esas dos cosas han sido las culpables de tanto estruendo?

—¡Oh! Por favor, Ed, no vuelvas a decirme que hablaremos de esto luego si no es verdad... —Mi amiga suspira contra el teléfono y se sienta en una de las cuatro sillas que rodean la mesa redonda de la cocina—. Sabes que odio esa clase de eventos... *Ok...* Adiós.

Desconozco de qué hablaban, pero algo me dice que él ha ganado la discusión.

—Buenos días —digo para hacerle notar mi presencia.

—¡Hola! —Parece sorprendida de verme aquí—. Perdona, ¿te he despertado?

—No, tranquila —miento, sentándome a su lado.

—He preparado té, ¿quieres que hagamos unas tostadas?

—Con un café me será más que suficiente.

—No tenemos café.

—¿Qué? —Parpadeo. Espero haber escuchado mal—. ¿No hay café? —pregunto en un tono más agudo de lo que debería.

—No, aquí solo tomamos té, lo siento. —Se levanta y enchufa el hervidor de agua—. Te lo cargaré mucho y te lo rebajaré con leche para que te parezca café.

—Oh... —No sé qué decirle. Por supuesto que no quiero ser descortés, pero dudo mucho que su invento vaya a parecerse al café—. De acuerdo. —Decido ser una buena invitada y acceder al menos a darle una oportunidad a su brebaje.

—Por cierto, ha surgido un imprevisto para hoy. Bueno, más bien un plan que Edward no me había dicho y del cual no me voy a poder escaquear, pero estaría genial que nos acompañaras y así tú y yo nos divertimos.

—¿De qué se trata?

—Es una presentación de los nuevos planes que una empresa americana quiere implementar junto con la aerolínea para modernizar la flota.

—¿En domingo?

—Sí. Será esta noche, y habrá que ir de etiqueta.

—Oh... Tranquila, me he traído un par de libros y casi no los he tocado, así que me quedaré de lo más ricamente en casa. Esa chimenea de mi cuarto tiene una pinta maravillosa para leer a su lado.

—Hasta tú has buscado una excusa para escaquearte.

—Bueno, Adela, es trabajo. Yo no pinto nada allí.

—Por favor, ven. ¡Acompáñame! Esas reuniones a veces son tediosas, y la gente va siempre acompañada de sus parejas o amistades.

—Tú irás con tu marido.

—No es lo mismo, porque los dos trabajamos en la misma empresa. Por favor... Me vendría bien poder escabullirme contigo y tomarnos unas copas para ponernos al día. Serán gratis.

—Pero yo no tengo ropa de etiqueta.

—¡Te dejaré un vestido que te irá perfecto! Y podemos ir antes a Primark a por unos zapatos para esta noche. Yo te los compraré si es necesario.

—Aunque lo pintabas como algo opcional, no tengo escapatoria, ¿verdad?

—Exacto. —Mi amiga sonrío y yo suspiro.

—Está bien.

La veo girarse y verter el agua en una taza junto con dos bolsas de té y un poco de leche.

—Te estaré agradecida de por vida —me dice dejando la taza delante de mí.

—Gracias. —Olisqueo el brebaje, tratando de poner buena cara.

—De nada. —Me dedica una gran sonrisa—. Voy a darme una ducha. Si quieres tostadas, hay pan en ese armario —dice señalando uno de los múltiples armarios que cuelgan sobre la encimera—. En una hora, si te parece bien, nos vamos a Oxford Street y visitamos unas cuantas tiendas. —Me guiña un ojo—. ¡Vamos a pasarlo de miedo!

—Seguro. —Sonrío, y se va.

Me decido a darle por fin un trago a ese extraño caldo marrón y me lo trago a duras penas. No lo dudo, y en cuanto escucho cómo se cierra la puerta de su dormitorio, decido tirarlo por el fregadero y limpiar las pruebas del delito. Me siento un poco mal por no serle franca a mi amiga con lo del té raruno que me ha preparado, pero no soy capaz de herir sus sentimientos. Más me vale investigar y memorizar dónde hay cafeterías cerca de la casa para poder proveerme de mi dosis de caféina matutina.

No tardamos en estar listas para salir. Adela me explica que vamos en metro porque conducir por el centro de Londres es imposible. De camino a la estación, diviso una pastelería francesa en la que seguro que venden café, y tal y como están las cosas, apuesto a que cualquier café me sabrá delicioso y me resultará estimulante. No tengo que convencerla: acepta parar de buen grado y me espera fuera mientras contesta unos mensajes pendientes de sus amigas de aquí, de la City. Una vez que llevo mi gran vaso de cartón cargado con buen café, puedo decir que estoy preparada para comenzar el día.

El metro de Londres no me termina de gustar. Adela me explica el funcionamiento de este mientras alaba lo rápido y eficiente que es. A mí me resulta agobiante la pequeñez de los pasillos, y me genera

una especie de ansiedad la estrechez del andén. No sufro claustrofobia, pero algo me dice que esta sensación se le acerca un poco. Tardamos casi media hora en llegar a nuestra parada, Tottenham Court Road. Mi amiga me advierte de que hay varias estaciones en Oxford Street, así como dos Primark, pero que esta es la que más nos conviene en cuanto a ubicación, y tiene razón. La tienda se levanta majestuosamente sobre su fachada, decorada con columnas que imitan el estilo romano, justo al lado de la estación, ultramoderna en comparación con los edificios que la rodean. No sé cómo me imaginaba que sería una de las calles más famosas del mundo, como creo que es Oxford Street, pero me decepciona un poco, o al menos esta parte. Tal vez mis expectativas eran muy altas. Los autobuses rojos de dos pisos tampoco son como yo creía. Todos son modernos vehículos que difieren bastante de la idea que me había hecho al ver los clásicos en las películas de los 90 ambientadas en la capital inglesa. Esquivamos gente y más gente, a pesar de estar al lado de nuestro destino; por suerte la tienda no está muy concurrida, o al menos no tanto como yo esperaba. ¡Punto positivo para este local!

Me vuelvo loca al ver un cesto con ofertas.

—¡Tres pares de calcetines negros por una libra! —exclamo, y me hago con dos *packs* de mi talla.

—Adoro Primark. —Mi amiga sonrío y me imita cogiendo más calcetines—. Necesitarás también un sujetador sin tirantes. El vestido que tengo para ti deja los hombros al descubierto.

—De acuerdo, no me vendría mal un sujetador —accedo de buena gana.

Me pruebo unos cuantos y ella se hace con tres conjuntos lenceros, dos de los cuales me parecen muy monos y otro un poco vulgar, por definirlo de alguna manera, pero supongo que cuando se tiene pareja, esas cosas están al día. Ella aprovecha para recordarme lo puritana que soy y comienza a hablar de dejarme llevar, de los chicos ingleses y de un primo de Edward que es abogado en la ciudad.

—¿Por qué no lo había pensado antes? —se regaña a sí misma—. Tengo que presentártelo. ¡Sin duda te va a encantar!

—Adela, no estoy interesada en conocer a nadie, ni mucho menos en mantener una relación a distancia —le digo, cansada.

—Hablaré con Edward y lo prepararemos.

Decido ignorarla, ya que no me escucha, y comienzo a mirar zapatos, levantando algunos de los que me gustan y dándoles la vuelta para poder comparar el precio. Me pruebo unos de charol azul marino y, al comprobar que me van perfectos de talla, no alargo más la tarde de *shopping*.

No soporto ir de compras con mis amigas. Me paso la vida trabajando como si no hubiera un mañana dentro de una tienda de ropa, por lo que mi paciencia en cualquier comercio es siempre bastante limitada. Suelo acudir poco, y cuando lo hago, voy directa en busca de lo que necesito. No soy de comprar cosas que no me hacen falta ni de probarme mil trapitos que no preciso en mi armario. Por ejemplo, si busco un jersey, antes de ir a comprarlo ya he decidido que lo quiero de algodón y de color mostaza, por lo que salgo en una especie de busca y captura del artículo en cuestión y no me entretengo con otras cosas. Tengo la suerte de que Anna es igual que yo en ese aspecto. Supongo que son gajes del oficio que ambas compartimos, y por lo general es la única persona con la que accedo a ir de compras.

—Yo ya estoy —anuncia Adela, sonriente—. ¿Pagamos y vamos a comer? Conozco un sitio de comida macrobiótica que te va a encantar.

—¿Comida macrobiótica? —La palabra casi se me atraganta—. ¿Qué has hecho con mi amiga? Nos gustaban la cerveza y las hamburguesas.

—Yo al principio pensaba como tú, pero créeme, te gustará, y es supersana. Nos acercamos a los

treinta años, amiga, y de ahí ya vamos cuesta abajo. Tenemos que empezar a cuidarnos.

—Está bien. —Trato de sonreír—. Supongo que tienes razón.

Aun a riesgo de que me ocurra como con el té que prometía ser igual que el café, decido seguirla y darle una oportunidad a esa comida tan sana que dice, y en esta ocasión reconozco que tiene razón. Me gusta. Mi plato consiste en una base de espinacas, carne a la plancha y un puré de calabaza que está delicioso. Insisto en ser yo quien pague, ya que ella es quien me aloja en su casa, y después caminamos hasta llegar a la orilla del Támesis, donde por fin vislumbro un reloj que me es muy familiar. Una sonrisa se me dibuja en el rostro al reconocer el Big Ben. Hasta ahora, una parte de mí no terminaba de creerse que estaba en Londres. Es en este momento cuando asimilo que estoy en la ciudad, que estoy cumpliendo mi sueño adolescente al lado de mi amiga.

—Se me había olvidado lo que era cumplir un sueño. —Suspiro, emocionada.

—¿Cuándo dejaste de soñar?

—Hace tanto que casi ni me acuerdo.

—Deberías retomar esa costumbre —me dice abrazándome.

Esa misma tarde, estoy en el baño privado de la habitación de Adela mientras la escucho hablar al otro lado de la puerta. Hemos puesto a Franz Ferdinand de fondo, por aquellas tardes después del instituto en que lo escuchábamos, tumbadas en la alfombra de la habitación de alguna de las dos, mientras hablábamos de libros, pelis, chicos y de sueños. Suena *Take me out*, y me siento bien. Me siento más que bien. Como si hubiera vuelto atrás en el tiempo, a cuando no teníamos preocupaciones y todo era de color verde, como la esperanza que albergábamos.

—¡Ya verás! —dice Adela juntando las palmas de las manos—. ¡Vas a parecer una princesa!

—Por fin el apelativo que siempre me pone Rai tendrá sentido. —Me río emocionada contemplando mi transformación en el espejo del lavabo.

El color del vestido me encanta. Es azul marino, con manga francesa y un escote tipo barco que se redondea un poco más al bajar por mi espalda, justo lo necesario para salvaguardar mi nuevo sujetador sin tirantes. Es verdad que se ajusta a la perfección, y no tengo la sensación de que se me caigan ni la prenda interior ni el vestido. Ambos parecen estar bien sujetos, y confío en que mi amiga esté en lo cierto y se queden así toda la noche. Decido abrir la puerta y salir al dormitorio, donde ella me espera.

—¡Serás perra! Te queda mejor a ti que a mí —exclama al verme.

Me hace a un lado para poder observarse ella también en el espejo mientras se acaricia el vientre.

—Desde que me he casado y lo único que hago es sentar el pandero en la oficina, estoy perdiendo mis formas.

—El vientre plano se consigue enseguida. Unos cuantos abdominales caseros y listo.

—Dijo la que come como un pajarito... —comenta riendo—. Estás demasiado delgada.

Pongo los ojos en blanco. Odio que todo el mundo me diga eso.

Adela me sienta en la silla frente al tocador y comienza a rebuscar entre los potingues esparcidos por ahí.

—A ver... —Elige una base de maquillaje de Dior—. Yo creo que este te irá perfecto. Ambas tenemos la misma piel de color blanco lechoso.

—A mí no me gusta estar morena —susurro distraída mientras observo todo lo que hay aquí: sombras de Chanel, rímel de Clinique, brochas de Marc Jacobs—. Qué envidia que puedas tener

tantas cosas bonitas.

—Deberías cambiar de trabajo como hizo Anna. —Comienza a distribuir el maquillaje por mi rostro con una de las brochas—. O mejor aún: ¡deberías venir a Londres! Podrías vivir con nosotros al principio y no te cobraríamos alquiler. Seguro que podrías encontrar un trabajo decente en alguna recepción o algo de eso. Te pagarían mejor que en España, eso seguro.

—Y trabajar solo de lunes a viernes, ¿verdad?

—Claro.

Pienso en Anna y en sus súplicas. Sabía que Adela intentaría arrastrarme con ella a Londres, pero no puedo pensar fríamente en algo así, al menos aún no, cuando todavía estoy conociendo la ciudad y todo me parece sensacional.

—No sé... De momento no termino de verlo... Tal vez me lance y busque algún empleo en otra tienda, como ha hecho Anna.

—Deja el comercio. Con tus conocimientos de idiomas, seguro que puedes dedicarte a algo mejor. ¿Acaso no confías en ti misma? Eres lista, aprendes rápido y hablas francés, inglés y español. Solo con eso ya machacas a muchas otras candidatas.

—No tengo una carrera universitaria.

—La universidad no lo es todo, ¿sabes? Míranos a Edward y a mí. Dos ingenieros industriales trabajando en el departamento de compras de British Airways. Pues tampoco es que tenga mucho que ver con lo que hemos estudiado en la universidad, pero es lo que hay. Al final, se trata de experiencia y de aplicar lo que conoces en el ámbito adecuado y, por supuesto, de adquirir nuevos conocimientos.

—Y de saber venderte —añado mientras superviso en el espejo los avances que ella va consiguiendo con la brocha.

—Sí, en eso coincidido contigo. Es primordial pasar el primer filtro de la entrevista, y eso lo haces dándote valor a ti misma.

—Bueno, no hablemos más de esto. —Destapo un pintalabios para ver el color, aunque al encontrarme un morado oscuro y azulado me echo para atrás horrorizada—. No conseguirás convencerme en solo una noche. Exploraré más de Londres y averiguaré qué oportunidades puede ofrecerme esta ciudad. De momento me parece cara. ¿Tienes algún rosa claro? —Le muestro el pintalabios horrible.

—¡No me seas mojigata! —dice rebuscando en un neceser y extrayendo un rojo de Mac—. Un *rouge* auténtico sería una buena elección. Quedará divino con tu piel clara y el vestido azul marino. Una bonita sonrisa roja junto a tus ojazos grises y dejarás a todo el mundo boquiabierto.

—Pero el rojo es un engorro, y hay que estar pendiente de retocarlo. No sé... Me da demasiada pereza el rojo.

—Este pintalabios es semipermanente. Hidrata, no cuartea y dura dos comidas. —Sonríe—. Está testado por una servidora, que no tiene que retocárselo en todo el día y lo ha llevado en varias ocasiones a la oficina.

—Deberías trabajar para la marca que lo fabrica.

—¡Ay! Si no quieres, no te lo pondré. Pero por una vez deberías lanzarte, arriesgarte y, sobre todo, ¡probar algo nuevo! No seas perezosa. ¡Porfa...!

—Está bien. Me fío de tu criterio de gurú de la moda.

—*Oh, yeah!* No te arrepentirás. Vas a estar preciosa, ¡arrebataadora!

—Sí... Que tiemble Londres —digo con sarcasmo, aunque, por lo que ella añade después, no sé si es que no lo pillas o que me ignora.

—¡Eso! ¡Que tiemble Londres! —Me guiña un ojo—. Y recuerda que lo que pase en Londres se

queda en Londres.

—¿No se aplica eso a Las Vegas?

—Definitivamente es aplicable a todas las ciudades en las que ni vivas ni conozcas a nadie que pueda resultar comprometedor.

Con eso sí que consigue que me ría, pero me paro en seco cuando se acerca a mí armada con el cepillo del rímel.

—Mejor me lo doy yo.

—Estamos jugando a las muñecas y quiero ponértelo yo.

—Siento corregirte, pero eres tú la que está jugando. Yo he adoptado el papel de muñeca, me temo.

—Y me encanta. —Se acerca a mí aún más—. Venga, abre el ojo y mira hacia arriba, sin miedo.

Al final, me dejo terminar de maquillar y accedo a todas sus peticiones, menos a la de perfumarme. Lo siento, pero yo le soy fiel a mi perfume y lo seré siempre. Voy en busca de mi frasco de Chanel n°5, ese que guardo para las ocasiones especiales y que me he atrevido a traer a Londres. Al fin y al cabo, llevarlo puesto me hace sentir feliz, más segura. Me hace ser más yo, y aunque lo considero un lujo caro, es mi único lujo, y consigo que me dure años. De hecho, este frasco ya está en las últimas. ¡Algún capricho aparte de los libros tenía que tener!

—Solo te falta una cosa —dice metiendo los dedos por mi pelo, a la altura de la frente, y esquivando mi flequillo.

—¡Auch! Que me has dado un tirón.

—Así estás mucho más sexy. El recogido ahora dice: soy elegante y sofisticada, pero también tengo mi lado de gatita.

—No creo que transmita eso, pero si tú lo dices... —Me miro al espejo, bastante satisfecha con el resultado de nuestra sesión de belleza.

## 6

—Llevas un vestido precioso —me dice en francés una de las chicas que está con nosotros.

—Gracias.

Sonrío de forma tímida cuando la chica vuelve a sumergirse en la charla que mantiene con Adela. Reviso la sala y a la gente que hay en ella. Casi todo son grupos de cuatro o cinco personas que, supongo, se encuentran sumidos en aburridas conversaciones como la nuestra, tratando cifras, porcentajes y especulaciones sobre si será una cosa u otra.

Mientras hago el recorrido de forma distraída, mis ojos se topan con un tipo de cabello castaño claro, corto, pero, aun así, algo despeinado, lo cual me parece divertido y nada acorde con su vestimenta de pingüino formal. Su espalda es ancha. Es probable que haga natación o pesas, y le calculo un metro noventa de estatura como poco. Siento que la garganta se me seca; me niego a dejar de observarlo. Viste un traje negro que sin duda le queda como un guante, y solo mirarlo me hace sentir un cosquilleo mezclado con una curiosidad que no consigo catalogar. O tal vez sí, pero no quiero reconocer que en realidad lo que ocurre es que me atrae. No puedo apartar la mirada de él, a pesar de que está de espaldas. Imagino cómo será su rostro. Está con otro grupo cercano al nuestro, y comienza a tentarme la idea de anunciar que necesito ir al aseo para pasar por delante de él y saciar mi curiosidad, pero entonces, como si supiera que alguien lo observa, se gira y me mira. Bajo la cabeza, nerviosa, concentrándome en mis pies y cortando así cualquier tipo de comunicación.

Mis pies... Suspiro. Me gusta cómo estos zapatos logran que parezcan más pequeños, aunque son tan duros que me están destrozando. Centrarme en ellos no consigue desviar mis pensamientos sobre ese tipo y, tratando de ser discreta, vuelvo a fijarme en él. ¿Qué demonios estoy haciendo? Me reprendo a mí misma. Esta vez me sonrío de forma encantadora, al mismo tiempo que realiza un gesto con su copa. Esa simple sonrisa dibuja sin querer otra en mí. Lo aparto de mi campo de visión, e intento prestar atención a la aburrida conversación en inglés que mantiene mi amiga y dejar de jugar a intercambiar miradas con un desconocido.

Al cabo de unos minutos, trato de localizarlo por el rabillo del ojo, pero ya no está en el mismo sitio. El juego ha terminado, y decido no darle más vueltas. Miro el reloj con disimulo, y empiezo a discurrir excusas para escaquearme y poder quitarme los zapatos o, al menos, no estar sobre ellos. No entiendo nada de lo que hablan, y, para más inri, los tacones baratos de Primark van a dejarme sin pies. No pinto nada aquí. ¿A quién pretendo engañar? Creo que no tenía que haber venido; pienso en mi libro, en la chimenea y en lo bien que estaría ahora leyendo con la manta sobre mis piernas y una taza de chocolate caliente, acompañada de algún dulce de la pastelería francesa que he descubierto esta mañana junto a la casa de mi amiga.

—Adela —susurro en su oído—, no aguanto con estos zapatos ni un minuto más. Voy a buscar un sitio para sentarme. —Ella asiente con la cabeza, sonriente, y sigue con su conversación.

Soportando a duras penas el dolor de mis pies, camino lo más digna que puedo e intentando no parecer un cervatillo. Al no encontrar asientos libres, me lanzo a explorar un pasillo iluminado por una luz tenue. A medida que avanzo, dejo de escuchar la música de la fiesta y llego a una puerta entreabierta. Me asomo con cuidado y accedo a una sala vacía, con varios taburetes ubicados frente a

unos ventanales, mesas de cristal y lámparas de diseño. Entro y me doy cuenta de que desde ahí tengo vistas de gran parte de Londres. Me giro, pues dudo si puedo quedarme. Es evidente que no debo estar aquí, pero los taburetes vacíos me tientan demasiado. ¿Por qué siempre tengo que seguir las normas? ¡Estoy en Londres! Y lo que haga en Londres se queda en Londres, ¿no?

¡Voy a hacerlo! Quiero sentarme, ¡mis pies me gritan que me quede! En cuanto me apoyo en uno de los asientos, siento alivio y ganas de quitarme, sobre todo, el zapato derecho. Es el que más daño me hace. Compruebo que el vestido me cubre de sobra los pies, así que lo hago; me quito el zapato y al sentarme se cae al suelo. De todas formas, no me importa mucho. Estoy sola y, aunque sigo dudando de si puedo estar aquí, necesito sentarme.

—*Mademoiselle* —escucho detrás de mí.

¡Mierda! ¿Tan pronto me van a hacer irme? Me giro y me encuentro con el tío de la sonrisa encantadora.

—¿Puedo invitarla a una copa de champán? —me pregunta en un francés con un claro acento que demuestra que no es su lengua materna.

—Oh...

¡No me lo creo! Ha tenido que seguirme para saber dónde estaba. Me quedo cortada al ver que me ofrece una de las dos copas que lleva, la cual acepto.

—*Merci*. —Le sonrío.

Al acercarse para darme la copa, su aroma me invade. Es elegante, y puedo distinguir notas amaderadas, rastros de especias y limón. Me regaño a mí misma, y me obligo a volver a la Tierra y dejar de flotar a su alrededor.

—¿De dónde eres? —pregunto también en francés.

—Soy americano.

—Podemos hablar en inglés si lo prefieres —le respondo, esta vez en su idioma, mientras pienso en lo bueno que está. ¿Qué demonios me pasa?

Lo veo quedarse boquiabierto y parpadear por la sorpresa. Luego ríe, cautivándome con los hoyuelos que se le forman y las arruguitas que aparecen bajo el atisbo azul de sus ojos. Son de un color tan intenso que me recuerdan a las plumas de los pavos reales, a las aguas profundas y peligrosas del océano. Ese azul que me vuelve loca y que ni se me había pasado por la cabeza encontrar en la mirada de una persona.

—No me lo puedo creer. Tu acento te delata —me suelta en un español perfecto, sin apenas acento, y ampliando su sonrisa—. ¿Eres española?

—Sí. —La timidez me invade, y no sé qué más decir. Decido no entrar en detalles con respecto a haber nacido en Francia. Al fin y al cabo, hace ya cinco años que decidí cambiar de pasaporte y de nacionalidad—. Así que eres americano.

—De Nueva York, pero ahora vivo en Madrid.

—¿En serio? Yo también vivo en Madrid.

Vuelvo a fijarme en su mirada, formada por esos dos zafiros brillantes. Es el azul más bonito que he visto jamás. Me siento casi hipnotizada, pero intento volver a concentrarme, y aparto la vista de él.

—Maravillosa coincidencia, ¿no crees? —Señala el otro taburete—. ¿Puedo sentarme a tu lado?

—Claro —medio balbuceo, y busco algo que decir—. Desde aquí el atardecer es maravilloso, aunque tengo la sensación de que no podemos estar en este salón.

—Seguro que no habrá problema.

Estoy tan nerviosa que no sé qué comentar, cómo moverme y, por un momento, creo que he olvidado hasta cómo pestañear. Bajo la cabeza y veo mi zapato abandonado. ¡Qué desastre! Le doy un



trago a mi copa; me parece la mejor opción. Beber, callar y sonreír. Él también sonríe, mostrando su perfecta y bien cuidada dentadura blanca. Sin duda su sonrisa también es preciosa. De nuevo me hace gracia su pelo, castaño claro y algo alborotado. No es el típico chico que pasa desapercibido, y supongo que se trata del clásico rompecorazones. Una parte de mí me alerta de que debería alejarme, pero la otra revolotea entre suspiros, encandilada por sus encantos. ¿Qué hace este chico maravilla sentado conmigo?

—Llevas gran parte de la fiesta muy aburrida.

—¿Me has estado observando?

—Sí, y no he sido el único que se ha fijado. Has entrado muy emocionada y sonriente detrás de una pareja, a la que creo que acompañas. Irradiabas luz propia, y eso hizo que atrajeras todas las miradas de la estancia. Pero con el paso de las horas esa emoción se ha ido desvaneciendo.

—Bueno, algunos temas han sido interesantes, pero, después, reconozco que pensaba que esto sería más divertido.

—Más divertido... —repite riendo. Bebe un trago de su copa y vuelve a mirarme—. ¿Qué te ha parecido interesante?

—Los aviones supersónicos para pasajeros. ¡Creo que son toda una revolución!

—Curioso. —Sonríe—. ¿Por qué lo crees así?

—Bueno... Estamos hablando de la aplicación de motores supersónicos para aviones comerciales en dos años. Dejaríamos atrás la historia del Concorde y de aquel Túpolev para presenciar algo que reduciría las distancias aún más de lo que ya hicieron en su momento. Un París-Nueva York en un par de horas es lo más impresionante que se ve desde 1969 en este tipo de aviación, pero... Lo siento, estoy hablando demasiado. Supongo que soy un poco friki.

—No, para nada. —Hace girar el champán de su copa. La apoya en la barra y me mira, más serio—. Por favor, continúa. ¿Qué «pero» es ese que ibas a decir?

—¿De verdad es factible esta idea? Un aparato así imagino que tendrá un precio muy elevado y un mantenimiento muy costoso, y esto, por lógica, influirá en el precio de los vuelos, así que no estará al alcance de todos. Cuando el Concorde volaba, sus altos precios apenas llenaban la mitad de su capacidad. ¿Qué aerolíneas estarán dispuestas a adquirirlo teniendo todo eso en cuenta?

El silencio entre los dos se alarga tanto que me incomoda. Él me mira fijamente, demasiado concentrado en mí, pensativo. Me revuelvo un poco en mi taburete, y entonces vuelve a hablar:

—¿A qué te dedicas?

—Eh... —Bajo la vista, me pongo detrás de la oreja un mechón de pelo de los que Adela me ha dejado sueltos y por fin respondo—: Trabajo en una tienda de ropa. Soy dependienta.

—No te gusta.

—Es un trabajo bonito. Cansado, sacrificado, pero bonito.

—No pareces muy convencida —dice después de unos segundos en silencio.

—Supongo que a veces querría poder aspirar a algo más.

—Hablas inglés, francés y español, por lo que veo. ¿Alguno más?

—Un poco de portugués. —«Lo que Rai me ha ido enseñando», pienso para mí.

—¿Qué estudiaste en la universidad?

—No fui a la universidad. —Agacho la mirada y la fijo en mi copa.

—¿Por qué?

No me gusta hablar de ese tema. Es una espinita que tengo clavada, y a veces pienso que estará ahí por siempre jamás. Me escuecen los ojos al pensar en los motivos que me impidieron llegar a la universidad. Me duele pensarlo... ¿Por qué se inmiscuye en esto? Lo miro tratando de sonreír.

—No podía pagarla —respondo con un hilo de voz.

Él se queda mirándome, pensativo. Apoya el codo sobre la barra de cristal, observa el horizonte por los ventanales y luego me mira otra vez. Parpadeo y vuelvo a enfocarme en mi copa, en las burbujas que van subiendo hacia la superficie.

—Te ruego que no me malinterpretes con esta pregunta, pero ¿cómo sabes toda esa información que acabas de citarme?

—Bueno, hace unos meses leí un artículo en el periódico donde contaban la historia de algunos aviones famosos y me llamó la atención. Me gusta leer la prensa a diario.

—¿Cómo te llamas?

—Paula, ¿y tú?

—Andrew Roberts.

Percibo su curiosidad, pero no termino de entender a este chico.

—Un placer conocerte, Andrew.

Le tiendo la mano, pensando en que la costumbre inglesa difiere bastante de la española de dar dos besos. Me pregunto si en Estados Unidos es igual, pero me limito a seguir aquello de «donde fueres, haz lo que vieres». Él me la estrecha de forma segura, ni con mucha ni con poca fuerza y manteniendo nuestras manos en vertical. ¡Odio a esas personas que hacen que la suya quede por encima de la mía! O a esas otras que parece que te la van a romper, aunque no sé si son peores que la gente que deja su mano muerta en la tuya. Creo que este gesto dice mucho de una persona, y sin duda el suyo me ha gustado.

Decido cambiar de tema.

—¿Hace mucho que vives en Madrid?

—Apenas un par de meses.

—Imagino que estás por trabajo. ¿Puedo preguntar a qué te dedicas?

—Sí; estoy de forma temporal por un proyecto que, en principio, me tomará unos cuantos meses.

—Duda unos instantes—. Trabajo en una empresa aeronáutica, aunque también nos dedicamos a otros asuntos relacionados con el transporte y el turismo.

—¿Eres ingeniero?

—No. —Niega con la cabeza y ríe—. Más bien me dedico a la gestión. —Bebe un trago de su copa. Después me mira con más curiosidad que antes, si cabe—. ¿Y quién es la pareja que te acompañaba?

—Edward y Adela. Ella es mi mejor amiga desde la infancia. Crecimos juntas, y ahora estoy unos días en su casa aprovechando mis vacaciones. Me convenció para venir hoy aquí, con ellos. —Dejo mi copa, vacía, en la barra.

—¿A qué se dedican?

—Trabajan en British Airways.

—¿Hasta cuándo te quedas en Londres?

—Hasta el sábado, ¿y tú?

—No lo sé aún.

—Qué incertidumbre, ¿siempre es así tu trabajo?

—No, solo si yo lo decido. En realidad, tengo la flexibilidad que quiera.

No sé cómo interpretar eso, siento que se me escapa algo. Creo que es misterioso, y no sé si me gusta o me asusta. En resumen, es un tanto raro el chico.

—¿Otra copa?

—No debería beber más. Aquí todo es muy diferente, y apenas he podido comer.

—¿Tus amigos te obligan a seguir los horarios ingleses? Yo los odio.

—Has dado en el clavo —digo—. Es lo que peor llevo, y solo han pasado dos días desde que llegué. —Él se ríe—. Ellos están acostumbrados y no he querido ser descortés. Al fin y al cabo, soy su invitada, ¡pero me estoy muriendo de hambre!

—A mí lo que no me gusta es el clima que tienen en esta maldita isla: lluvia, viento y más lluvia.

—Sí, eso es verdad... ¿Y sabes qué otra cosa odio?

—¿El qué? —Parece estar divirtiéndose.

—¡No tienen persianas! Es horroroso, porque en mi habitación solo hay unas cortinas de esas blancas y semitransparentes; ¡se filtra toda la luz! Me he fijado en el resto de las casas y ninguna tiene persianas. ¡No duermo casi nada!

—¿Sabes que lo de las persianas es muy español? En la mayoría de los países no las encontrarás.

—¡No puede ser cierto! —exclamo horrorizada—. Tendré que trazar un plan si no quiero volver a España zombi y con cinco kilos menos.

Se ríe a carcajadas, y me mira como si yo fuera un ejemplar único.

—No, por favor, ¡ya estás demasiado delgada! —apunta—. ¿Puedo invitarte a cenar?

Su ofrecimiento me pilla por sorpresa. ¿Cenar? ¿Dónde? Acabo de conocerlo, y no sería propio de mí irme con un desconocido.

—Vamos, ¿qué me dices? Yo también tengo hambre. —Vuelve a dedicarme otra de esas sonrisas tuyas y siento que me sonrojo.

—Bueno, es que he venido con mis amigos, e irme ahora no creo que sea lo más apropiado.

—Cenaremos aquí mismo. Solo dame un par de minutos y estaré de vuelta, ¿qué te parece?

—Vale —acepto, un poco nerviosa. ¿Qué estoy haciendo?

Sale de la estancia y me quedo mirando la ciudad, que, sin darme cuenta, se ha sumido en la oscuridad. Miles de luces titilan en el horizonte. ¿Qué diablos me pasa? ¿Por qué estoy tan vulnerable y tan nerviosa? Ojalá no note cuánto me arde la cara ahora mismo. Seguro que estoy como un tomate, pero es que este chico me resulta tan atrayente...

## 7

—Ya estoy aquí —anuncia, sentándose de nuevo, mientras teclea en un iPhone de ultimísima generación—. Enseguida tendremos comida.

—Genial. —No sé qué otra cosa decir.

—Quiero saber más de ti —añade mientras guarda el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Solo si yo también sé de ti —me atrevo a decir, y siento que me vuelvo a sonrojar. Qué estúpida soy, por favor...

—Me parece justo. ¿Qué quieres saber?

—No lo sé... Cosas. ¿Te gusta leer, por ejemplo?

—Apenas tengo tiempo para dedicarme a la lectura, a excepción de la prensa. En cambio, tú sí tienes pinta de leer bastante, ¿me equivoco?

—Me gusta mucho leer.

—¿Qué estás leyendo ahora mismo?

—Más bien, releendo: *Orgullo y prejuicio*.

—Jane Austen. —Muestra una sonrisa—. Así que eres de esas...

—¿Qué quieres decir con eso? Es mi escritora favorita —digo indignada.

—Nada. Me gusta. —Sonríe.

—¿Qué hay de la música? —Desvío el tema—. ¿Qué te gusta?

—Depende del momento. Rock, jazz, clásica... Soy bastante abierto en cuanto a gustos musicales.

—¿Te gusta la música clásica? —pregunto sorprendida.

—Sí. Franz Liszt, Händel, Vivaldi...

—Yo prefiero a Debussy. Me encanta escuchar el piano.

Ríe mientras niega con la cabeza. Coge su copa y bebe un poco.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Yo toco el piano.

—¿En serio? —Asiente con la cabeza—. Qué envidia...

—Debo confesarte que me pierdo por Elvis Presley.

—No te juzgo. A mí me encantan las canciones de las divas del jazz de la época de nuestros abuelos.

—Eran buenos tiempos para la música. Tengo unos cuantos vinilos de Ella Fitzgerald, Etta Jones y compañía.

—Qué envidia, y, además, ¡vinilos!

—Entonces... Debussy y Jane Austen. —Parece divertido—. Ese perfume que llevas ¿es el que usas de forma habitual?

—¿Qué le ocurre? —Me siento incómoda cuando menciona mi perfume.

—Es diferente, clásico, huele a los de antes. Es... elegante. Seductor. Resulta un alivio que no seas una chuchería andante, como casi todas las mujeres de hoy en día.

—Supongo que debo decir que gracias —respondo algo cortada mientras noto cómo aumentan el calor de mis mejillas y el pum-pum de mi corazón, más fuerte que nunca.

Aparecen unos camareros con bandejas de canapés, palitos de pan, hummus y sándwiches diminutos, que depositan sobre la barra. Al lado de Andrew colocan una cubitera con una botella de champán. Observo todo y me doy cuenta de que Andrew no deja de observarme a mí. Yo lo miro también y enseguida bajo la vista, concentrándome en mis manos, nerviosa, pero estúpidamente feliz. Una camarera aparece con dos copas vacías, que pone delante de nosotros, y una bandeja de pastelitos.

—Señor Roberts, ¿necesita algo más?

—Es todo, gracias —responde sin apartar la mirada de mí.

—Muchas gracias —le digo a la chica justo antes de ver cómo desaparece. Cierra las puertas de la estancia y nos quedamos a solas.

—Eres aún más bonita cuando te sonrojas. —Coge la botella de Moët & Chandon—. Es tan fácil conseguirlo que me resulta tierno y encantador, pero necesitas relajarte un poco. —Llena mi copa primero antes de proseguir con la suya—. Eso sí, come mientras tanto. Mi intención es conocerte, no emborracharte.

Esbozo una tímida sonrisa y me como un minisándwich en silencio antes de darle otro trago a mi copa.

—¿Practicar algún deporte? —Cojo ahora un canapé.

—Trato de ir al gimnasio casi todas las mañanas, pero no hago ningún deporte en concreto.

—Estos canapés están deliciosos. ¿Y sigues alguno por la televisión? ¿Fútbol, o tal vez béisbol?

—A veces sigo algún partido de la NBA. Me gusta el *basket*. —Come de la bandeja que le he señalado—. ¿Qué edad tienes? —pregunta entonces.

—Veintiséis, ¿y tú?

—Treinta y uno.

Nos quedamos en silencio y vuelvo a fijarme en la ciudad que se extiende ante mis ojos.

—Es increíble cómo se pierden los edificios en el horizonte. Esta ciudad es tan grande...

—No has viajado mucho, ¿verdad?

—No, y Londres me parece alucinante. Llevaba años queriendo venir, aunque me encantaría conocer otros sitios. De vez en cuando leo guías de viaje o novelas ambientadas en otros lugares y me imagino cómo sería estar allí.

—¿A dónde te gustaría viajar? Cuéntamelo. —Detecto ternura en su mirada.

—Bufff... —Sonrío mientras pienso—. Australia, Japón, Estados Unidos, Canadá... Hay tantos sitios...

—Te brillan los ojos solo con nombrarlos. —Bebe de su copa—. ¿Qué planes tienes para estos días?

—Pues... estoy improvisando sobre la marcha. Digamos que exploro la ciudad por mi cuenta.

—¿Qué harás mañana, por ejemplo?

—Por la mañana quiero ir a Camden Town, y supongo que comeré temprano para después ir al museo de Victoria y Alberto, porque aquí cierran todo superpronto.

—Otra cosa negativa de esta isla. —Reímos.

—¿Has estado en París?

—Sí.

—¿Y allí también cierran temprano y tienen horarios raros para comer?

—Depende de las tiendas y la zona. Es más parecido a España, si es a lo que te refieres.

—Ay... —Cierro los ojos dos segundos—. Cuando vuelva, empezaré a ahorrar para visitar otra ciudad.

—¿Con tu novio?

—No tengo novio. —Le sonrío.

Me hace gracia su manera de investigar, tan poco discreta. Menuda forma más directa de querer saber si tengo pareja. Me dan ganas de preguntarle lo mismo, pero decido no hacerlo. Solo estamos pasando un buen rato, y no puedo permitirme pensar en nada más ni montarme historias en la cabeza. Bebo un poco más de champán. Él no para de mirarme.

—¿En qué piensas? —me atrevo a preguntarle.

—En ti. Y en que tienes la mirada más bonita que jamás he visto. Es raro encontrarse con ese gris tan especial, aunque seguro que te lo suelen decir.

Ignoro su comentario, ya que, además, yo pienso lo mismo de él, pero no osaría decírselo. Por muy extraño que parezca, ninguno de los chicos a los que he conocido, a excepción de Leo, ha comentado nada sobre mis ojos. Bueno, hubo uno que dijo que le daban mal rollo, el muy imbécil.

—¿Y qué piensas de mí? —El champán debe de estar afectándome, porque se me han pasado los nervios y la vergüenza.

—En que eres toda una señora. —Alzo las cejas. ¿Acaba de llamarme «señora»?—. Además de inteligente, romántica y soñadora. Sospecho que, por algún motivo, la vida no te ha tratado muy bien, aunque eso te habrá hecho más fuerte. Sin duda, me resultas poco convencional. No es común encontrar mujeres como tú.

—Vaya forma de llamarme rara. —Trato de ignorar todo lo que ha dicho.

—En ese caso, me gusta lo raro. —Me guiña un ojo y después dibuja una sonrisa ladeada y, por qué no decirlo, canalla.

—No puedes afirmar eso tras una sola noche de conversación.

—Se me da bien calar a las personas.

—Quiero probar uno de estos minipasteles. —Intento cambiar de tema, pero al final mi lengua es más rápida que mi mente y termino formulando yo la pregunta—: ¿Y tú tienes novia?

—No.

Nos quedamos en silencio de nuevo mientras observa cómo disfruto del bombón de chocolate que me he llevado a la boca. El sonido de mi móvil me sobresalta y tengo que tragar rápido. Lo saco del bolsito que me ha prestado Adela y leo su nombre en la pantalla del teléfono.

—Perdona un segundo —le pido a Andrew antes de contestar, tapándome la boca con la mano como puedo.

—¿Dónde te has metido? —pregunta mi amiga desde el otro lado de la línea—. No te habrás ido a casa...

—No. Estoy en una sala que he encontrado por ahí. Los tacones me estaban matando.

—Nosotros nos vamos ya. Estamos en la calle. ¡Pensaba que te habías marchado al no verte! Baja, anda; me estoy congelando.

—Eh... —Miro a Andrew—. Vale, dame cinco minutos, por favor.

—Date prisa, Paula. ¡Está lloviendo un montón!

—Ahora bajo. —Cuelgo y lo miro a él. Me fastidia ponerle punto final a la velada tan pronto.

—¿Tienes que irte?

—Sí. No quiero volver sola luego.

—Puedo llevarte yo —me ofrece.

—No... Eso no, lo siento. —Me levanto, inquieta, y meto el pie en el zapato que me había quitado. Él no dice nada, aunque parece divertirse el detalle—. ¿Cuánto te debo por la cena?

—Te he invitado yo —responde poniéndose de pie también.

—Gracias, de verdad. —Sonrío y me vuelvo a pasar el mechón de pelo detrás de la oreja—. Bueno... —Me quedo de pie, esperando no sé el qué, en realidad—. Será mejor que me vaya ya.

—Ha sido un placer conocerte, Paula.

—Lo mismo digo.

Me giro y echo a andar.

Estoy confusa, triste, y me siento estúpida por momentos. ¿Por qué no me ha pedido el número de teléfono? ¿Debería habérselo pedido yo? ¿Qué me pasa? ¿Qué demonios ha sido todo esto?

Antes de abrir la puerta, me doy la vuelta, dubitativa, y lo veo plantado donde lo he dejado. Me mira, lo miro, y decido salir de aquí. ¡Estúpida, estúpida, Paula! Voy a recoger mi abrigo al guardarropa y después me dirijo al ascensor, que por suerte llega enseguida. Bajo sola. No me apetece ahora mismo estar con nadie. En realidad, me gustaría poder estar en mi habitación de Madrid, sola, entre mis sábanas.

Llego abajo y veo a Adela dándole un beso a Edward dentro del coche.

—Hola, perdonadme —digo en inglés mientras entro en la parte trasera del vehículo—. Estos tacones son horribles.

—¿Dónde estabas?

—Descubrí un escondite con asientos y vistas a la ciudad y estaba bien allí. Se me ha pasado el tiempo enseguida.

—Venga, volvamos a casa. —Sonríe, y Edward pone en marcha el coche.

## 8

Mi primer pensamiento del día es para él.

¡Maldita sea!

Me gustaría entender qué pasó. No quiero pensar en él. Pero ¿qué hago repasando lo que ocurrió (o no ocurrió) con ese tío raro? Bueno, «poco convencional», como él se refirió a mí. ¡Ese americano sí que era poco convencional!

Me pierdo en mis pensamientos encendiendo mi Spotify y remoloneando en la cama mientras escucho una y otra vez *Skinny Love*, de Bon Iver, hasta que en algún momento decido levantarme y darme una ducha que me ayude a comenzar el día y, sobre todo, hacerlo más llevadero. Salgo a la cocina y encuentro una nota de Adela deseando que lo pase bien y avisando de que volverán tarde del trabajo.

Suspiro.

Me siento igual de sola que en Madrid, solo que en una ciudad más grande, más fría, más lúgubre, pero, al menos, supongo que más interesante. Aunque eso último tal vez sea porque es desconocida para mí. Hoy no me soporto, y son solo las nueve y media. Estoy negativa, pero me gustaría poder pasar más tiempo con mi amiga.

Me asomo a la ventana y veo que llueve. ¡Qué asco! Además, recuerdo que no hay café. ¿Por qué solo beben té en esta casa?

Subo de nuevo a la habitación para vestirme. Unos vaqueros negros, un jersey de rayas y mi abrigo de paño gris. ¡Ya estoy lista para salir a por un café! Cuando abro la puerta, un viento gélido me golpea y revuelve mi pelo. Me lo aparto de la cara y pongo rumbo hacia la pastelería francesa que descubrí ayer. Cuando llego, miro el escaparate mientras un olor a bizcocho recién horneado hace que me sienta mejor. Entro, y no tardan en atenderme. Me pido el café para llevar y, cuando salgo, observo a mi alrededor en busca de la parada de metro. Sé que está cerca, y enseguida recuerdo qué calle debo enfilar para encontrarla. Hace frío, así que me tapo con la mano que tengo libre; me abrocho bien el abrigo, aunque echo en falta una bufanda.

La lluvia no tarda en darme los buenos días. Lluvia y viento, que no ayudan a estar divina en vacaciones. Yo, que quería parecer una londinense glamurosa, me siento como una guiri siniestra al hacerme un selfi con el logo del metro. Me resguardo por fin cuando entro en la estación y me fijo en la diversidad de la gente que me rodea, a la que no parece importarle nada de lo que ocurra en torno a ella. Estoy atenta a las paradas que van pasando y, cuando llego a mi destino, ojeo las peculiares tiendas y paseo por los diferentes tenderetes que se extienden entre edificios de ladrillo de dos plantas. Algunos están completamente pintados. Hay uno blanco; otro naranja con un dragón en la fachada; otro azul con zapatillas gigantes de escayola en sus ventanas. Quiero recordar cada detalle, el olor a viejo y a humedad tan característico del lugar.

Sigo caminando hasta llegar a una plaza con varios restaurantes y una tienda de la que sale una música a todo volumen. Está en un edificio de ladrillo marrón en cuya fachada leo el nombre de Cyberdog. Desde fuera se ven tantas luces de neón y artículos fluorescentes que me da la sensación de estar frente a una discoteca. Dudo si entrar; compruebo la hora en mi móvil y decido que es mejor



comer algo rápido si quiero llegar al museo. ¿Cómo se me ha podido pasar la mañana así? Aunque es un poco caro, me paro en un local que me llama la atención y me pido un *buddha bowl*. Soy consciente de que debería dejar de comer fuera y prepararme algún que otro sándwich o no llegaré al viernes con el presupuesto que me he marcado para el viaje, pero ¡estoy de vacaciones en Londres!

Cuando vuelvo a mirar la hora, casi son las dos. El museo cierra a las cinco y media, así que, si quiero verlo tranquila y con tiempo, más me vale ir ya. Camino hasta el metro de Camden Town y reviso el mapa para saber cómo llegar a South Kensington, la parada más cercana a mi destino. En media hora, salgo a la superficie de nuevo, sonriendo al ver que ha dejado de llover y que me encuentro con un barrio diferente, más majestuoso, y con el museo frente a mí.

La entrada es gratis, detalle que me hace emocionarme un poquito. ¡Más presupuesto para comida y *souvenirs*! Me fijo en algunos carteles que no captan mi atención, hasta que leo el de Japón. La cultura nipona siempre me ha atraído, y sin duda me resulta interesante. Me paro en una vitrina donde reposan tres armaduras imponentes. De nuevo, trato de grabar en mi mente cada detalle.

—Fascinante la cultura de los antiguos samuráis —escucho detrás de mí.

Ese acento, esa voz... Por unos instantes dejo hasta de respirar. Me giro y confirmo que es Andrew. No digo nada. No soy capaz de articular ni una palabra, y mi cara debe de ser un poema.

—Paula —pronuncia mi nombre y sonrío.

Lleva un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata gris a juego. Parece tranquilo; en su brazo izquierdo sujeta un abrigo de paño negro y una bufanda de cuadros oscuros. Ahí está, plantado como si nada, delante de mí.

—¿Qué haces tú aquí? —consigo decir por fin.

—Mencionaste que estarías aquí por la tarde. Te debo una disculpa. —Al ver que no respondo, continúa—: Anoche no debí dejarte marchar así.

Me siento paralizada, no me salen palabras, y cuando él se da cuenta, vuelve a hablar:

—No sé si a ti te pasará lo mismo, pero me gustaría que siguiéramos conociéndonos, siempre y cuando tú también quieras, por supuesto.

¿Esto está ocurriendo de verdad? No sé qué responder. Lo de ayer sin duda me fastidió, pero también es cierto que no he podido ignorar las sensaciones que me causan su voz, sus ojos azules, su sonrisa... Todo él. Llevo desde anoche pensando en él, y ahora aparece aquí. Frente a mí. Ha venido a buscarme, y aunque eso es raro, bueno, poco convencional, me gusta descubrir que está interesado. ¿A quién no le gustaría?

—Vale.

Me recoloco el abrigo entre los brazos y me miro los pies. Un simple «vale». No sé qué me pasa, pero es lo único que consigo decir. Supongo que no estoy acostumbrada a esto, y mi escueta respuesta tendrá que bastarle.

—Nunca había estado en este museo —dice él intentando relajar el ambiente.

—Es interesante. —Lo miro y por unos instantes me pierdo en el azul de sus ojos—. ¿Sabías que la palabra «samurái» significa «el que sirve»? —pregunto para tratar de no atorarme en su mirada.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Lo leí en algún libro. —Sonrío.

—Cuéntame más. Se suicidaban por honor, o algo así, ¿verdad?

—Se hacían el harakiri. Algunos, para no ser capturados por el enemigo, y otros, como castigo si habían cometido una ofensa o similar.

—Es terrible. —Parece horrorizado.

—¿Sabías que las mujeres, en lugar de hacerse el harakiri, se hacían un corte en la garganta?

—¿Había mujeres samuráis?

—Técnicamente eran mujeres guerreras. —Carraspeo—. ¿Te apetece un café? —me atrevo a proponer.

—Sí, por favor —contesta de inmediato, y me dedica otra de sus maravillosas sonrisas.

—*Let's go!* —digo poniéndome el abrigo. Él me imita y salimos a la calle. Me sujeto con las manos el cuello del abrigo y caminamos calle abajo—. Allí hay un Costa Café —sugiero al ver el letrero—. Mi primer día aquí, tomé un capuchino en una cafetería de esa franquicia y me pareció el mejor café del mundo, aunque puede que fuera porque estaba congelada. —Río.

—Vayamos entonces a comprobar si al final es el mejor del mundo.

Al llegar, pedimos y él paga los cafés. Enseguida nos los entregan, y llevo nuestra bandeja hasta una mesa con dos sofás. Me quito el abrigo y lo dejo en el sofá en el que voy a sentarme, y en cuanto me acomodo, agarro la taza con las dos manos para calentarme. Mmm, adoro el olor a café; junto a la sensación de calor que me transmite, es una de las sensaciones más maravillosas del mundo. Solo me falta un buen libro, pero en esta ocasión, si sustituyo libro por hombre ideal, también hace que el momento sea estupendo. Yo diría que mil veces mejor que con uno de mis habituales acompañantes de tinta y papel.

—¿Tienes frío?

—Mucho. Mi abrigo no es tan calentito como me gustaría. ¡Y tengo los pies congelados!

—¿Quieres que pasemos por Harrods? Está aquí al lado; allí encontrarás botas.

—No, tranquilo. En cuatro días estaré de vuelta en Madrid, y podré sobrevivir hasta entonces.

Adela dejó bien claro que Harrods es sinónimo de «caro», por lo que decido salir por la tangente e intento pensar rápidamente en un nuevo tema de conversación.

—Nueva York es muy frío en invierno, ¿verdad?

—Sí, no te haces a la idea, pero este año me libraré del hielo y lo cambiaré por un poco de sol.

—¿Solo este año? —Siento que necesito saberlo. Pero no contesta de inmediato. Bebo de mi café y comento—: ¡Está delicioso!

Él sonríe, apoya los codos en la mesa y forma un triángulo cuando entrelaza los dedos. Con calma, posa el mentón en sus manos y me escruta con la mirada durante unos segundos que para mí resultan eternos.

—Si continuamos viéndonos, debes saber que no me quedaré en Madrid. Eso es algo inevitable.

—Bueno, ya mencionaste ayer que estabas de forma temporal. —Intento quitarle importancia, como si no fuera conmigo la cosa.

—Sí.

Con esa afirmación, aparto la mirada de sus ojos. No me atrevo a mirarlo. Me concentro en mi café y vuelvo a beber. Me fijo en la gente que pasa del otro lado del ventanal de la cafetería y luego miro a los que están dentro. Algunos hacen cola, esperando su turno mientras la máquina de café emite ese ruido tan característico cuando están haciendo la espuma de la leche. ¿Qué demonios siento yo entre todo este barullo? ¿Por qué me afecta que vaya a irse de Madrid?

—Hay un barco que quiero visitar, no sé si habrás estado.

Virar nuestra conversación radicalmente se está convirtiendo en un comodín para mí. Él sigue mirándome, pero al final parece que se relaja un poco y se apoya en el sofá.

—¿Qué barco?

—El HMS Belfast.

—¿El que está anclado en el río?

—Sí. —Sonrío—. ¿Te apetece verlo conmigo?

—¿No habrá cerrado ya? —Mira el reloj de su muñeca—. Son las cinco y cuarto.

—Oh, no... Es verdad. —Pensativa, le doy golpecitos a mi taza de café con el índice de forma inconsciente.

—¿Por qué quieres ir a verlo?

—Me parece interesante. Es parte de la Historia, y he leído que estuvo en la guerra de Corea y en la batalla de Normandía.

—Participó en el hundimiento de un acorazado nazi, aunque no me acuerdo del nombre. —Prueba su café.

—Eso no lo sabía. Entonces, ¿ya lo has visitado antes?

—No, pero me encantaría visitarlo contigo mañana.

—Estupendo. —Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Puedo tomarme el día libre. Me apetece también hacer turismo por Londres. ¿Qué te parece esta idea? Podríamos ir por la mañana al barco no sé qué Belfast ese, luego te invito a comer y por la tarde, si todavía me aguantas, damos un paseo para que puedas seguir explorando la ciudad.

—Es un buen plan.

—Genial. —Deja su café de nuevo en la mesa—. Ya tenemos organizada nuestra primera cita.

—¿Una... cita?

—Sí. —Sonríe, y me sonrojo—. Deberíamos intercambiar los números de teléfono —añade sacando su móvil del interior de la americana.

—Deberíamos —coincido.

Dejo el café y rebusco en mi bolso hasta dar con mi teléfono. Al lado del suyo, es un objeto prehistórico. Le dicto mi número y él me hace una llamada perdida para que pueda memorizarlo en mi agenda. Cuando vuelvo a guardar el aparato, descubro un panecillo de leche envasado y totalmente aplastado dentro de mi bolso.

—¡Vaya!

—¿Qué ocurre?

—Se me ha aplastado el bollito. —Saco el paquete y lo dejo sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —Su cara es un poema.

—Es parte de mi *kit* de supervivencia. Soy adicta a estos bollos, y reconozco que últimamente como demasiados.

—Pues ten cuidado o se te quedará cara de bollito —dice muy serio.

Lo miro con el ceño fruncido y entonces estalla en carcajadas.

—¿Así que te va eso de picar a la gente? —Trato de no reír yo también.

—Déjame averiguar qué tiene de especial ese bollito. —Lo alcanza, lo abre y come un trozo—. Esta mierda está deliciosa —reconoce. Muerde otro trozo—. Muy buena.

No sé cuánto rato pasamos aquí, pero está claro que a ambos nos resulta agradable la compañía del otro, porque Andrew me invita a una segunda ronda de cafés, esta vez descafeinados y con un trozo de *cheesecake* para compartir. Cuando veo la hora en el móvil, son más de las ocho de la tarde y la cafetería se ha vaciado casi en su totalidad.

—Debería irme ya a casa —comento, aunque no me apetece nada separarme de él.

—¿Cómo vas a volver? ¿Puedo acompañarte?

Me tomo unos instantes para repetirme su frase: «¿Puedo acompañarte?». No me creo que me haga esa pregunta.

—¿A casa de mi amiga y su marido? —Hago notar que hay gente esperándome.

—Sí. Es de noche, no conoces la ciudad, no quiero separarme todavía de ti y, para tu tranquilidad,

no insinuaba nada.

—Ya sé que no insinuabas nada —admito sonrojándome.

—Pues tu cara dice lo contrario.

—No te lo tomes a mal, por favor. No era mi intención ofenderte.

—Ahora cogeré mis cosas y me marcharé —ríe—. Es broma, no me lo tomo a mal. Ya te dije que eras poco convencional, y con esto lo reitero, señorita malpensada.

—¿Y qué quieres que piense?

—Pues que todavía quedan caballeros. —Me sonrío, y yo le devuelvo la sonrisa.

—No sabía que aún se estilaba eso de acompañar, pero me gusta.

—Y a mí me gusta que te guste. —Se levanta al ver que yo lo hago y nos ponemos los abrigos—. Entonces, ¿está muy lejos?

—Sí, un poco. Iremos en metro.

—Curioso. —Arruga la frente—. Nunca he viajado en metro.

—¿Qué?! —Lo miro como si de repente fuera un alienígena—. ¿Qué persona normal no ha viajado en metro? —No puedo evitar abrir mucho los ojos—. ¿Y yo soy la rara? Eso sí que es raro...

—No puede ser tan poco convencional —dice él guiñándome un ojo.

—¡Vamos! Habrá que comprarte una Oyster Card.

Salimos, y el viento gélido que me despeina esta vez es aún más frío que por la mañana. Andrew debe de ver mi cara, porque me coge de la mano para llevarme hacia él y después se quita la bufanda, ofreciéndomela.

—No —rechazo, abochornada.

—Sí —insiste, y me la coloca alrededor del cuello—. Tú la necesitas mucho más que yo.

No soy capaz de negarme ante ese gesto. Su aroma a madera, especias y limón me rodea ahora, y me hace sentir más vulnerable con respecto a él y sus encantos. Ni siquiera me había percatado de que tengo los ojos cerrados, y cuando los abro, él está muy cerca de mí, demasiado. Pone su mano en mi rostro, acariciando con su pulgar mi mejilla. Nos sostenemos la mirada, y entonces siento cómo la suya desciende hasta mis labios. Yo no puedo evitar cerrar los ojos, flotando, deseando no sé qué... Bueno, en realidad sí que lo sé. Pero entonces percibo cómo se aparta de mí y vuelvo a la realidad, confusa.

—Te has puesto a temblar —susurra.

—¿En serio? —me percató de que es cierto. Estoy temblando, pero no tengo excesivo frío ahora mismo. Lo que sí me siento es nerviosa. ¿Qué demonios me pasa?

—Debes de estar helada. —Me abraza y me frota la espalda para hacerme entrar en calor.

Eso sin duda: me ha pillado por sorpresa, y agradezco su reacción al pensar que soy una especie de cubito de hielo. Explicarle, o que hubiera intuido, que más bien me he asustado habría sido patético, o raro... Bueno, poco convencional, si aplicamos su terminología.

—¿Estás mejor?

Asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra. Estoy demasiado bien entre sus brazos, sintiéndolo tan cerca. Creo que hasta me ha calmado los nervios, y el frío, que al fin y al cabo era su objetivo.

Nos ponemos en marcha hacia la boca de metro más cercana, y después de adquirir una Oyster Card, debato en voz alta y para mí misma cuál sería nuestra mejor opción frente al mapa. Cuando lo miro, parece estar conteniendo la risa.

—¿Qué?

—Nada. Tú eres la que sabe dónde viven sus amigos. Yo me dejo guiar.

—¿Sabrás volver luego a... —no sé dónde se aloja en Londres— a donde sea que te hospedes? —Lo hago reír de nuevo.

—A mi hotel. Estoy alojado en este hotel de aquí, junto al puente de Londres. —Indica el punto exacto—. ¿Lo ves?

—No sabía si te quedarías con algún amigo o algo así. —Me encojo de hombros—. Bueno, ya podemos ponernos en marcha.

Comienzo a caminar y él me sigue, al lado. Ambos descendemos por los túneles en silencio hasta llegar al andén. Allí, continuamos sin decirnos nada. Él parece divertido, observando todo a su alrededor, y yo empiezo a creerme que no haya viajado nunca en metro. Guarda las manos en los bolsillos y esboza un gesto que no sabría descifrar, como asombrado. Me pilla mirándolo y desvío la vista hasta el «*Mind the gap*» pintado en el borde del andén, en un amarillo ya algo desconchado.

Decido romper el silencio.

—En realidad, el metro de Londres es un lugar que se me hace angosto. Adela, mi amiga, dice que es el metro que mejor funciona del mundo, pero yo lo pongo en duda. No sé, el de Madrid creo que va genial. Además, las estaciones son más amplias. Esto es pequeño. No sé a ti, pero a mí me agobia.

—Por algo lo llaman «*the tube*».

—*Touchée*. —Sonrío—. Parece un tubo.

—¿Entonces tu conclusión es que el metro de Madrid es mejor?

—Sí. No te he traído al mejor metro para tener tu primera vez. —Nos reímos, pero luego meneo la cabeza—. Perdón, creo que estoy hablando mucho.

—Me gusta escucharte.

Suspiro, y el tren llega, trayendo consigo un ligero olor a alcantarilla y alborotándome el pelo. Intento apartármelo de la cara y hago que vuelva a su sitio como buenamente puedo, pero, como nota mental, me digo que mañana tengo que recogermelo en una trenza o algo.

—Reconozco que, si tuviera dinero suficiente, me movería en taxis en esta ciudad. Tal vez un día lo haga; al fin y al cabo, forma parte de la experiencia turística.

—Si quieres, podemos añadirlo a la lista de cosas que hacer mañana.

No sé cuánto tiempo pasamos divagando, pero, por suerte, él está atento a las paradas y no nos saltamos la nuestra. Al salir, esas casitas tan típicas con sus puertas de colores nos reciben, respetando nuestro silencio, roto únicamente por el sonido de nuestros pasos y por alguna hoja empujada por el viento. Ni siquiera hay tráfico que altere la calma que aquí se respira.

—Me encanta el barrio de Adela.

—Tiene su encanto. Esta es una buena zona para vivir.

—¿En Nueva York cómo son las casas?

—Hay de todo. Depende. —Se encoge de hombros.

—¿Vives en un barrio así, de casitas bajas, o en un apartamento como el de *Friends*?

—«Un apartamento como el de *Friends*» —repite negando con la cabeza, divertido—. No, qué va. Yo vivo en un rascacielos. —Me mira por el rabillo del ojo.

—¿En serio? ¡Debe de ser alucinante! —Con la emoción, levanto tanto la voz que casi lo digo gritando.

Andrew emite una leve carcajada ante mi reacción.

—La verdad es que sí. Acabas acostumbrándote, pero siempre es estupendo ver toda la ciudad. Es un lugar increíble.

—¡Oh! Es aquí, el número cincuenta y dos. —Me paro y observo la casa—. Supongo que te veré mañana.

—En eso hemos quedado, ¿no?

—Sí.

No sé qué hacer, así que subo los escalones que dan a la puerta principal y me giro para despedirme con la mano.

—No, esta vez no te me escaparás tan fácilmente. —Lo miro sin entender—. Vuelve aquí, bollito —añade, sonriendo, antes de que yo pueda decir nada.

Pongo los ojos en blanco por el apelativo de «bollito» y bajo hasta detenerme frente a él. No sé por qué, comienzo a sentirme nerviosa. Miro mis pies mientras el exceso de calor en mis mejillas reaparece.

—Paula.

Lo miro, y dibujo esa sonrisa suya que tanto me gusta. Aparto la vista de sus labios y me centro en su mirada.

—Es tan sencillo hacerte sonrojar... —Acerca sus manos a mi rostro y me acaricia los pómulos—. Contigo es todo tan... diferente. —Y de pronto, vuelve a acercarse a mí como al salir de la cafetería. Inclina la cabeza e invade mi espacio vital por completo hasta juntar nuestros labios.

Me besa. Me ha besado. ¡Me está besando! Al principio es solo un roce, un beso casto, pero luego se esmera más, y yo le devuelvo el beso. Pensaba que se me había olvidado lo que era besar a alguien, pero supongo que es como montar en bicicleta. ¡Esas cosas no se olvidan! No puedo creer que haya vivido todos estos años sin esa sensación. Es deliciosa, gratificante. Cuando para, parpadeo unos instantes y siento cómo mi pecho sube y baja por la respiración acelerada que causan los latidos, muy rápidos, de mi corazón. No espero a recobrar el aliento y, sorprendiéndome a mí misma, me pongo de puntillas para besarlo yo a él. Rodeo su cuello con mis brazos. Deseo que el tiempo se pare y poder seguir disfrutando de este agradable momento eternamente. Una sacudida electrizante recorre todo mi cuerpo y, cuando ambos necesitamos normalizar nuestras respiraciones otra vez, nos detenemos y apoyo mi frente en la suya. Me río bajito, y él también.

—Parecemos adolescentes.

—Pues yo voy a ser un buen chico y voy a dejarte en la puerta de tu casa —me dice carraspeando, pero más bien creo que se lo dice a sí mismo—. Vamos. —Me coge de la mano, subimos los escalones y nos quedamos ante la puerta. Saco las llaves del bolso y lo miro—. Mañana te confirmaré a qué hora paso por aquí a recogerte. Buenas noches.

—Buenas noches.

Posa sus labios sobre los míos y después se aparta. Abro la puerta y me despido con la mano antes de cerrarla tras de mí, con él ahí fuera, como un cachorrito abandonado.

Suspiro. Dentro hace un calor agradable. Me apoyo contra la puerta e intento recuperarme inspirando mientras me aflojo su bufanda. ¡Su bufanda! Se me ha olvidado devolvérsela. Cierro los ojos e inhalo su aroma. De nuevo esa sensación electrizante, ¡tan excitante! ¿Qué estoy pensando?

—¿Estás bien? —Adela me sorprende.

—Sí. —Trato de recobrar la compostura.

—¿Y esa sonrisa?

—Me encanta Londres —digo encogiéndome de hombros—. Aunque estoy congelada. ¿Te importa si subo a darme una ducha caliente?

—¡En absoluto! Luego me cuentas qué has visitado hoy. Al final tendré razón y querrás mudarte con nosotros —añade antes de volver al salón.

## 9

Me he despertado varias veces durante la noche. Miraba la hora en mi móvil y el reloj avanzaba sin que yo consiguiera pegar ojo. Al final solo daba vueltas en la cama mientras me reprochaba que debía dormir o, de lo contrario, amanecería con ojeras de zombi. Pero de nada servía imaginar el aspecto con el que despertaría: yo solo seguía pensando en lo ocurrido ayer y en los besos de ese hombre que todavía me resulta un gran desconocido. En algún momento, sucumbí al mundo de los sueños, y al final amanezco mucho más tarde de lo que me hubiera gustado.

Miro la hora en el móvil, que descansa sobre la mesita de noche y, debajo de las once menos diez que marca el aparato, encuentro un mensaje de Andrew. Lo abro y sonrío al ver el «Buenos días, bollito» que me dedica. Lo que le sigue es una proposición para vernos a las doce en el puente de Londres. Me apresuro a levantarme y confirmo que asistiré. Miro a mi alrededor pensando en qué me pondré, para llevarme la ropa al cuarto de baño y tenerla lista después de la ducha. Apenas tengo tiempo, así que me decanto por unos vaqueros, unas deportivas blancas y un jersey gris antes de correr a ducharme y arreglarme el pelo sin que parezca un nido de pájaros. Otra cosa que detesto de esta ciudad es la humedad, que solo contribuye a encresparme el cabello, algo que en Madrid no ocurre.

Al final no sé cómo lo hago, pero consigo llegar con tan solo diez minutos de retraso, y habiéndolo avisado de mi demora, por supuesto.

—Perdón, ¡perdón! —digo al verlo, casi sin aliento debido a la carrera que me he dado hasta localizarlo.

—Hola. Alguien no es muy madrugadora.

—Un segundo. —Le enseño el dedo índice y me agacho para poder respirar—. Vale, ya estoy mejor.

Ambos reímos, y entonces él se acerca y me besa. Me encanta sentir el roce de sus labios, de su lengua, y ese sabor a menta que deja en mi paladar. Parpadeo al menos tres veces antes de ubicarme. Sus ojos azules me observan divertidos, aunque no comenta nada.

—Otro —le pido, y él no tarda en cumplir mis deseos, regalándonos esta vez más tiempo el uno al otro.

—Delicioso. —Me mira—. Y acompañado de esa mirada gris, dulce e inocente, aún me gusta más.

—No soy inocente —le digo, intentando restarle romanticismo al momento.

—Permíteme que sea yo quien valore eso.

—Por cierto... —Voy a quitarme su bufanda, la cual llevo alrededor del cuello.

—No. —Él me frena, adivinando mis intenciones—. Tú la necesitas, y yo hoy llevo otra.

La visita al barco resulta más divertida de lo que esperábamos, y ambos sacamos un montón de fotos con el móvil, incluyendo un selfi de los dos besándonos en la cubierta, junto a los cañones que apuntan a los edificios que bordean el río.

Guardo esa foto como un tesoro que más tarde podré contemplar, para recordar los momentos que pasemos juntos hoy.

—¿Puedo preguntar cómo es que tu madre es madrileña?

—Ella era azafata en Iberia y solía volar al continente americano —me —explica—. Una de las veces que voló a Nueva York, mi padre y ella se conocieron. La tripulación se alojaba en el hotel donde él trabajaba. Al entrar, el viento le quitó el sombrero del uniforme a mi madre y fue a parar a los pies de mi padre. Por lo visto, fue amor a primera vista.

—¿En serio? —Me llevo las manos al pecho inconscientemente mientras recreo su historia en mi cabeza—. ¿Y qué más?

—Veo que, además de ser fan de Jane Austen, te gustan otras historias de amor.

—Lo siento si me he inmiscuido en la historia. —Me ruborizo.

—¡No digas tonterías! —Me da un beso en la mejilla—. Mi madre intentó que le asignaran más vuelos a Nueva York, pero no siempre era fácil. El caso es que, a los cuatro meses de haberse conocido, mi padre viajó a Madrid y se presentó en casa de mi madre, que entonces vivía con sus padres y tres hermanas más. Había aprendido el español justo para decirle a mi abuelo que quería casarse con su hija.

—¡Madre mía!

—Mi abuelo era muy conservador y los hizo casarse en Madrid; ¿cómo permitir que su hija se fuera soltera con ese hombre a otro país? El caso es que mis padres tenían tantas ganas de estar juntos que mi padre organizó todo y en dos semanas estaban ya casados y viviendo en Nueva York.

—¡Guau! —Suspiro—. Vaya historia...

—Estoy seguro de que a mi madre le gustarías mucho si os presentara —comenta.

—¿Siempre te ha hablado en español? Apenas tienes acento.

—Sí, claro. Ella quería que yo no perdiera el contacto con mis raíces, y muchos veranos los pasamos en Mallorca o en Marbella, además de que visitábamos también una vez al año a la familia en Madrid. Se implicó mucho en criarme ella. La mayor parte de los niños con los que estudié pasaron por varias niñeras. A mí me cuidaron solo un par, y en etapas muy concretas.

—¿Y no tienes hermanos o hermanas?

—No. Cuando yo nací, el parto se complicó mucho y mi madre estuvo a punto de morir. Después no pudo concebir más hijos.

—Vaya...

—¿Cómo fue tu infancia?

—Mi infancia —repito mientras una sonrisa amarga se dibuja en mi rostro.

—Me gustaría saberlo. ¿Algún hermano? ¿A qué se dedican tus padres?

—Ningún hermano. —Respondo a lo que resulta más fácil de explicar—. Yo nací en Hendaya, que era donde vivían mis padres. Ellos eran españoles, pero eran dueños de un restaurante allí. No llegué a conocerlos. Bueno, sí que los conocí, pero murieron en un atentado cuando yo tenía dos años, así que no los recuerdo.

—Vaya... —Se pasa la mano por el pelo, despeinándose, y me mira—. Es horrible, lo siento.

Ese gesto suyo de despeinarse empiezo a creer que lo hace cuando se pone tenso o nervioso. Continuamos paseando, en silencio, el uno junto al otro, hasta que me decido a seguir contando mi historia.

—Desde entonces crecí con mi abuela en Fuenterrabía. Soy francesa de nacimiento, pero mi pasaporte es español. Toda mi familia es española, he crecido y he vivido en España, y me siento de allí.



—¿Entonces te crio tu abuela?

—Sí. Era viuda y trabajaba como costurera. Mi abuelo había muerto de un infarto hacía unos años y le había dejado muchas deudas, por lo que hubo que vender la casa donde vivía e irse de alquiler a las afueras, a una casa de campo. Teníamos hasta jardín. Se esforzó mucho por sacarme adelante. Ella era la única familia que me quedaba.

Miro a mi alrededor tratando de encontrar alguna distracción. Hablar de mi infancia siempre me emociona. Las rayas de las baldosas ya no me valen. No quiero ponerme aún más dramática con Andrew al lado.

—Te referes a ella en pasado —apunta él, como queriendo saber más.

—Sí. Justo cuando terminé el instituto le diagnosticaron cáncer de pulmón.

—No... Lo siento. —Se adelanta al final que ya imagina.

—Estuve con ella y la cuidé hasta el final. Lo compaginaba con un trabajo en una panadería. Entraba de madrugada para salir pronto por la mañana y poder estar a su lado. En realidad... ese fue el principal motivo por el que no fui a la universidad.

—Lo entiendo.

—Me habían aceptado para estudiar Literatura en la universidad de Toulouse. Cuando pasó esto, perdí todo. Nuestro casero aprovechó la muerte de mi abuela para rescindir el contrato y convertir la casa en un parador rural. Yo me vi sin nada. Apenas tenía dinero, me quedé sin casa y sin sueños. La panadería casi no me daba para sobrevivir, así que lo dejé y me fui a Madrid. Allí salí adelante. Conocí a mi amiga Anna, mi compañera de piso. A ella le debo mucho, porque sin su ayuda, creo que jamás lo habría logrado.

—Siento que tuvieras que pasar por algo así. Debió de ser duro.

—Soy una superviviente. —Sonríe—. Por cierto, ¿ya sabes hasta cuándo te quedas?

—Me iré mañana —responde, observándome por el rabillo del ojo.

Su respuesta me deja un poco tocada. Esperaba que se quedase un poco más, y busco una excusa que me distraiga y no me haga pensar en mañana. Veo que hay un Starbucks justo a mi izquierda, en una especie de patio que da a la amplia acera por la que paseamos.

—¿Te apetece un chocolate caliente?

—Claro. —Sonríe.

—¿Puedo invitarte yo esta vez? —Lo veo dudar—. Por favor, quiero poder invitarte a algo yo también.

—Está bien.

Caminamos hasta el Starbucks y, al entrar, el calor me invita a aflojarme un poco la bufanda. Él me imita mientras elige su bebida en las pizarras.

—¿Vas a querer nata en tu chocolate? —Me mira con demasiada curiosidad.

—Por supuesto. ¿Y tú?

—Claro que sí, bollito —confirma guiñándome un ojo.

Llega nuestro turno y pido las bebidas. Veo un bizcocho de naranja que me llama la atención y, antes de pagar, le pregunto a Andrew si comparte conmigo un trozo. Él me responde divertido con un «*Yes, sweetie*», y entonces me doy cuenta de que, al comunicarme con la camarera en inglés, a él le he hablado en ese mismo idioma. Pago con mi tarjeta de débito y nos dirigimos a esperar las bebidas a un mostrador redondeado cerca de la caja.

—¿Dónde aprendiste a hablar mi idioma?

—En el instituto.

—Imposible. En España os enseñan el inglés británico, y el tuyo claramente tiene acento americano.

—Bueno, casi todas las series que sigo son americanas. Siempre las veo en versión original, así que supongo que eso ha hecho mella en mí.

—¿En serio? ¿Ves todo en versión original?

—Sí.

Se muerde el labio inferior y se queda junto a mí cogiéndome de las caderas.

—Empiezo a creer que no eres real. —Me da un casto beso en los labios. Al fin y al cabo, estamos en una cafetería llena de gente y los dos debemos comportarnos.

—¡Paula! —exclama un camarero al leer mi nombre en uno de los vasos—. ¡Andrew! —añade después de leer el otro. Los deja en la barra y yo voy a recogerlos. Le tiendo el que lleva su nombre a mi acompañante y volvemos a salir al paseo que recorre el Támesis.

Su móvil nos interrumpe, y él se aleja para contestar mientras yo me quedo aquí, observando el puente de Londres, majestuoso, imponente e inalterable. Observo cómo la gente lo atraviesa ajena a lo que ocurre a su alrededor. Hay muchos turistas, pero también trabajadores que terminan sus turnos en las oficinas de la zona. Miro en dirección a Andrew y presiento que va para rato, así que saco mi móvil, el cual tiene aún los auriculares conectados, y me coloco estos en los oídos. Reproduzco una de mis listas de Spotify, y con la música percibo Londres y la vida de forma diferente. ¿No os ha pasado nunca? Es como ponerle banda sonora a la vida.

Subo un poco más el volumen y me quedo observando el puente, apoyada en la barandilla que me separa del río. Desde aquí la vista, ya nocturna, es preciosa, con las luces, el viento soplando de manera suave, pero lo suficiente para sentir cómo acaricia mi cabello y lo ondea hacia atrás. Escondo la nariz en mi bufanda, bueno, su bufanda, e inhalo su aroma, aunque percibo que ya está mezclado con mi perfume. Suspiro y cierro los ojos unos instantes. Al abrirlos de nuevo, Andrew está a mi lado, sonriendo. Me quita un auricular y se lo lleva a la oreja para escuchar mi música. Su sonrisa se amplía.

—Billie Holiday. —Niega con la cabeza. Me lleva hacia él y me abraza—. ¿De dónde has salido y por qué he tardado tanto en encontrarte? —me susurra al oído.

Me sorprende lo que hace entonces. Deja una mano en mi cintura y con la otra busca la mía, elevándola cuando lo agarro. Empezamos a bailar, cada uno provisto de un auricular, al ritmo de *I'm a fool to want you*. Yo, que pensaba que no sabía bailar, me muevo fácilmente guiada por él. Soy consciente de que la gente nos mira, pero no me importa. En este momento solo existimos nosotros dos, y es perfecto. Cuando la canción está a punto de acabar, me besa, y yo rodeo su cuello con mis brazos. Quiero que todo esto dure para siempre. Él me acaricia la mejilla.

—¿Estás triste? —me pregunta arrugando la frente.

—Es solo que me apena que vayas a marcharte tan pronto.

—Tengo que irme, aunque todavía nos queda un rato mañana. —Me besa la punta de la nariz—. Además, quiero que disfrutes de lo que te queda de Londres con Adela. No es justo que yo te robe esta experiencia con ella.

—Ya, pero...

Me silencia con otro beso, esta vez en la boca.

—Te estaré esperando cuando regreses a Madrid. Te lo prometo.

El día pasa como si fuera un suspiro. ¿Por qué será que cuanto mejor estamos más rápido pasa el tiempo? Antes de que nos demos cuenta, ya ha anochecido y vamos rumbo a la casa de mis amigos.

Volvemos a quedarnos frente a la puerta, sin decirnos nada, solo entregándonos en besos y caricias que me incitan a ir más allá. Lanzo una mirada furtiva a la fachada y creo ver una sombra en las ventanas, por lo que decido ser yo quien inicie el ritual de despedida.

—Tu bufanda —le digo quitándomela—. Esta vez no se me olvida.

—Quiero que te la quedes.

—Se nota que es buena, de lana... Debe de haber costado una fortuna, y no puedo aceptarla.

—Sí que puedes. —Me planta un beso—. Y yo quiero que la tengas tú.

Al final, acepto de buena gana, en parte convencida mediante sus besos y atenciones y, por otro lado, porque a mi instinto primario lo vuelve loco la idea de tener algo suyo y que aún conserva su aroma.

Estamos ahí un rato hasta que nos despedimos y, de nuevo, cuando entro, Adela me sorprende otra vez

—¡Hola, exploradora urbanita!

—Hola. —Le sonrío.

—Me encanta verte tan feliz.

Está claro que la sombra de la ventana se quedó en eso, en una simple sombra al pasar. No me ha pillado, ya que, si lo hubiera hecho, ahora estaría sometida a un interrogatorio.

# 10

Otro día más que tengo que tachar en mi calendario de aventurera londinense y otro primer pensamiento que vuelvo a dedicarle a él. Un bullicio causado por menaje de cocina llega desde abajo. Miro la hora en el móvil: las siete y cincuenta y ocho minutos de la mañana. El olor a pan quemado invade mi habitación, por lo que intuyo que la tostadora se ha vuelto a atascar.

—¡Oh, por favor! —Me tapo la cara con las manos y dirijo una mirada de odio a la ventana.

La habitación está iluminada por el amanecer, igual que por la noche estaba inundada de la luz anaranjada de las farolas. Además, el encuentro con mi americano la tarde de ayer no me ayudó nada a conciliar el sueño. ¿Qué voy a hacer para poder dormir?

Salgo de la cama y meto los pies en las zapatillas prestadas de Adela. Somnolienta, bajo la escalera agarrándome a la barandilla de madera y voy a la cocina con la intención de participar en el desayuno.

—Buenos días —me saludan en inglés mis amigos casi al unísono.

—Hola —digo en el mismo idioma y algo adormilada.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta Edward, levantando la mirada del iPad, donde lee el periódico.

—Creo que necesito comprarme un antifaz —respondo malhumorada—. ¿Cómo lo hacéis para dormir aquí?

—Costumbre. —Él se encoge de hombros.

—¿Té? —pregunta mi amiga.

Instintivamente, arrugo la nariz y el mal genio se apodera de mi ser al oler la infusión. Debo de parecer un gatito erizado. Eso sí, intento ser lo más educada posible mientras pienso en mi proveedor de café matutino: la pastelería francesa.

—No, gracias —rechazo, cordial—. Me prepararé un vaso de leche —digo de camino a la nevera.

—Vaya... —Ella se acerca a mirarme—. Londres te sienta bien. Estás muy guapa, y eso que te acabas de levantar.

Consigue hacerme reír con su comentario.

—Tonterías. Así no harás que me mude.

—¡Lo digo en serio! Tu cutis ha mejorado.

—Será para compensar las ojeras debidas a la falta de sueño.

¡Mierda! Debería intentar no ser tan gruñona por las mañanas.

—Alguien se ha levantado con mal pie —comenta Edward sin despegar la mirada del iPad.

—Bueno, esta tarde es probable que logre salir temprano. —La buena de Adela ignora mis bufidos—. ¿Quieres que hagamos algo especial?

—Eh... En realidad tengo planes.

Me siento egoísta. Cuando ayer Andrew me propuso quedar, no pensé que ella fuera a escaparse antes de la oficina. Intento pensar algo rápido, y despertarme del todo, ya que estamos.

—Depende de la hora a la que termines, creo que podríamos quedar. —«Siempre y cuando no alargue mi última cita con Andrew antes de que regrese a España», pero eso no lo digo.

—¿Tienes planes? —Parece confusa.

—Adela, te digo que podré acoplarme a lo que quieras. —Al final pienso en decirle la verdad o excusarme ante mi yanqui.

Cojo la garrafa de leche y me sirvo un vaso. Aún me parece divertido que aquí el envase sea una garrafa de plástico en lugar del clásico tetrabrik de España. Me siento a la mesa junto a Edward justo cuando suena el timbre.

—Es el repartidor de Amazon con mis nuevos auriculares —anuncia él sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Tan pronto? —pregunto, aunque nadie contesta. ¡Qué país más raro!

—¿Otros, cariño? ¿En serio? —pregunta Adela, enfadada, antes de ir a abrir la puerta—. Buenos días —la oigo saludar—. ¿Qué es esto?

—¿Paula Martínez? —escucho decir al repartidor con cierta dificultad.

—Eh... Un momento... ¿Paula, puedes venir?

Voy hacia la puerta mientras Edward se columpia hacia atrás en la silla para poder enterarse de qué es lo que ocurre en la entrada. Me quedo boquiabierta al ver un ramo con una docena de rosas rojas, decorado con paniculata blanca, celofán transparente y un lazo marrón, rústico, que lo ata con elegancia. No me salen las palabras.

—¿Quién envía esto? —pregunta mi amiga.

—Andrew Roberts —lee el mensajero, impaciente—. ¿Eres Paula Martínez sí o no?

—Sí, soy yo. —Me siento como una niña, con ganas de gritar y ponerme a saltar.

—Pues necesito tu autógrafo. —Me extiende un iPad y firmo; después cojo el ramo y Adela cierra la puerta.

—¿Qué está pasando? —Mi amiga está flipando.

—Eh... Conocí a un chico en la fiesta. Nos hemos visto un par de veces.

—¿En la fiesta? —Tiene los ojos muy abiertos—. ¡Dime que no es el Andrew Roberts que creo que es!

—¿El magnate? —Edward sale al vestíbulo, manifestando su perfil de señora cotilla, que le puede —. *Wow!* —exclama señalando el ramo.

—¿De qué habláis? Este Andrew trabaja en Madrid.

—Es alto, pelo castaño, ojos azules... —dice Adela.

—Hay mucha gente que puede coincidir con esa descripción. —Me siento acorralada por los dos.

—¡Si lo conociste en la fiesta, tiene que ser ese Andrew Roberts! —grita Edward echándose a reír y volviendo a la cocina.

—No puede ser el Andrew que decís.

Me están agobiando y, además, no entiendo nada.

—¿Por qué no me lo habías contado? —pregunta Adela.

—¿Es este? —dice Edward, que ha vuelto de la cocina, enseñándome su iPad. En la pantalla, una foto de Andrew, mi Andrew, sonrío a la cámara.

—Sí... —Estoy muy, pero que muy confusa.

—Paula, ese tipo es superimportante.

—¡Y está forrado! —exclama Edward con un tono de voz agudo y moviendo las manos. No puedo evitar mirarlo extrañada. Ese gesto ha sido muy gay—. La revista *Forbes* lo clasificó en el puesto 48 de los hombres más ricos del mundo.

—Es un picaflor. Un golfo —le dice mi amiga a su marido.

—Bueno, es lo que tiene el dinero, supongo —apostilla él.

—Aquí hay una tarjeta. —Adela señala el ramo.

—Necesito sentarme —digo tomando asiento en la escalera.

—Abre la tarjeta —dice mi amiga.

Me están agobiando los dos, tan eufóricos, a mi lado. Le doy el ramo a mi amiga y retiro la tarjeta enganchada en el celofán. Con las manos temblorosas, la abro mientras Adela acerca su cabeza a la mía para leerla.

*Buenos días, bollito.*

*Pasaré a recogerte a las once en punto.*

*Andrew*

—¿«Bollito»? ¿Te llama «bollito»? ¿Habla español? —Adela sigue flipando.

—Es una tontería para hacerme rabiar, y sí, lo habla perfectamente. Su madre es madrileña.

—¿Y cómo conseguiste acercarte a él?

—No fui yo. Fue él quien vino a buscarme. Es más, ni siquiera intercambiamos los teléfonos hasta que antes de ayer fue a buscarme al museo. No habíamos quedado ni nada... —Empiezo a sentirme incómoda—. Edward, por favor, ¿me prestas tu iPad?

Él me lo cede y tecleo «Andrew Roberts» en Google. Lo primero que sale es un enlace a Wikipedia.

«Andrew James Roberts (nacido en Nueva York, Estados Unidos) es un magnate de negocios y filántropo norteamericano. Fundador de Air Cloud y único heredero de Roberts Enterprise, fundada por su padre, el difunto Philip James Roberts...».

Me quedo asimilando todo lo que he leído y decido hacer el primer clic en el enlace del nombre de su padre. Me duele el pensar que lo perdió siendo tan joven.

«Philip James Roberts (nacido en Nueva York, Estados Unidos – fallecido en Seattle, Estados Unidos) fue un magnate norteamericano fundador de Roberts Enterprise, grupo actualmente formado por la cadena hotelera Golden Star, Red Point Mechanics y Air Cloud. Philip Roberts falleció a los cuarenta y nueve años cuando sobrevolaba la costa de Seattle en su avioneta».

Vuelvo atrás para seguir leyendo sobre Andrew y bajo hasta casi el final del índice; el apartado 5 se titula «Vida sentimental».

«Aunque según la prensa amarilla norteamericana su fama con el género femenino lo precede, son dos las relaciones serias que se le han atribuido. La más duradera declaró haberla mantenido en la universidad, con la alemana Olivia Luttenberger, futura heredera de Industrias Químicas Luttenberger. También se le atribuyó una relación con Fang Wu, hija del magnate hotelero chino Qiang Wu».

No puedo evitar buscar información sobre ellas, con mi amiga y Edward sentados detrás de mí en las escaleras. La alemana está casada y tiene dos niñas gemelas que bien podrían protagonizar un anuncio de pañales, con sus rizos rubios y los ojos azules. La asiática me parece una mujer preciosa; está casada, aunque sin hijos, de momento. Si es verdad que «su fama con el género femenino lo precede», tiene más peligro del que pensaba, y el tipo de chica con el que ha estado no se asemeja en nada a lo que soy yo. ¿Qué ha podido ver este yanqui en mí que lo atraiga? Tengo todas las papeletas para salir malparada de cualquier posible relación con un hombre así.

Continúo bajando por el artículo, y me llaman la atención los programas de ayuda social en los que ha participado, el plan de becas para estudiantes universitarios con pocos recursos que ha fundado en

Estados Unidos, su compromiso con la igualdad de género y cómo ha colaborado personalmente en África durante los dos últimos años en la lucha contra el hambre.

—Paula..., con tu historial, no sé si este hombre te conviene —dice mi amiga poniendo una mano sobre mi hombro.

—¿Os habéis liado? —Edward va al grano.

—Define «liar». Solo hablamos y hablamos... —Les hago un resumen de mi historia lo más breve posible—. Habíamos quedado hoy para seguir conociéndonos.

—¿No te ofreció llevarte a su hotel ni nada por el estilo? —insiste él.

—No. —Nos quedamos los tres en silencio—. Esto es un error. Le diré que he cambiado de idea y no saldré con él.

—Espera, espera... —dice Edward—. Tampoco seas tan radical. No te pongas una tirita sin saber antes si hay herida.

—¿Qué mierda de reflexión es esa? —Adela lo mira componiendo un gesto extraño.

—Me refiero a que no puedes cerrarte una puerta solo porque hayas leído esas memeces.

—Pero ha estado con cientos de tías, y no le dijo quién era él en realidad —insiste mi amiga.

—¿Y qué si ha estado con otras? Yo también estuve con otras personas antes de estar contigo, Adela. Si lo que busco es follar, no me tomo tantas molestias. Tenemos cierta edad y sabemos lo que hay. ¿Qué sentido tiene hablar y hablar si solo buscas sexo? Es una pérdida de tiempo, y sería agotador. No digo que vaya a ser el hombre de tu vida, pero puede que no quiera solo un polvo. Si fue a buscarte a un museo, te trajo a casa y no te propuso nada más que otra cita, no sé... Si solo quisiera «tema», hoy no quedaría contigo para hacer lo que sea que estéis haciendo en vuestros encuentros. Los hombres somos más simples de lo que vosotras pensáis.

—Sal hoy con él e invítalo a cenar en casa con nosotros esta noche —termina proponiendo Adela.

Me quedo pensativa y vuelvo a contemplar su foto en el iPad.

—No, eso no. Hoy regresa a Madrid.

—Yo pongo esto en agua, ¿vale?

—No, dámelas. —La detengo. Mi amiga me mira sin entender—. Es la primera vez que me regalan flores y quiero disfrutarlas un poco más.

Ella pone los ojos en blanco ante mi respuesta. Sin hacerle caso, subo a mi habitación con el ramo y lo dejo encima de la cama. Lo miro mientras deambulo de un lado a otro de la habitación, mordiéndome la uña del pulgar derecho. Cojo mi móvil, que descansa en la mesita de noche, y decido llamarlo.

—Buenos días, preciosa.

—Hola. Solo quería agradecerte el detalle de las flores.

Me doy un golpe en la frente con la mano por sonar tan tirante.

—No hay de qué —añade con cierta cautela—. ¿Ocurre algo?

—He... Yo... he visto tu entrada en Wikipedia.

—Entiendo. —Hace una pausa—. ¿Y qué has pensado?

—Me has mentado. No me contaste a lo que te dedicas.

—Permíteme que discrepe. No te menté, solo omití parte de la información. Te dije a lo que me dedico, que es a la gestión de varias empresas.

Está claro que tenemos una percepción diferente de lo que es la mentira y la omisión de información. —Yo te he sido sincera desde el principio; ¿por qué no me lo contaste?

—No quiero hablar esto por teléfono. ¿Puedo pasar a recogerte antes de la hora y tratarlo en persona?

—En treinta minutos —respondo de inmediato.

—Te veo en media hora entonces —me dice justo antes de que yo corte la llamada.

No lo pienso dos veces y vuelo hasta la ducha, cogiendo un jersey y unos vaqueros para vestirme sin perder mucho tiempo. Miro el reloj. ¿Por qué le habré dado solo media hora? ¡No es tiempo suficiente para terminar de arreglarme! Bajo a la cocina con el ramo y le pido a mi amiga que lo ponga en agua. Cojo el iPad que Edward ha dejado en la encimera y me lo llevo a la entrada, donde me siento a esperar en las escaleras. Enseguida Adela se une a mí, aunque no decimos nada.

Leo en silencio los proyectos de ayuda a los más desfavorecidos en los que ha participado, las becas que otorga cada año en Estados Unidos, y contemplo una foto de él en África con un bebé en brazos.

Decido apagar el iPad y apoyo la cabeza en el hombro de mi amiga. Ella me acaricia el pelo.

—En el fondo, creo que es un buen tío.

—Ya lo veo. —Suspiro.

—Aunque llega tarde —comenta. Yo miro el reloj y niego con la cabeza.

—Solo pasan tres minutos de la hora acordada.

—Las flores son muy bonitas.

—Sí que lo son.

—No seas dura con él. Seguro que tiene sus motivos.

—¿Ahora has cambiado de opinión?

—No sé... Llevas mucho tiempo sola. Si esto es solo echar una canita al aire, Andrew es una buena opción. Una muy buena opción.

—No soy de canitas al aire.

—Lo sé, pero tal vez deberías cambiar el chip. —Me guiña un ojo y baja la voz—. Está muy bueno.

El timbre suena en ese momento y Adela casi salta para llegar a la puerta.

—Abro yo —anuncia—. Buenos días —saluda con una sonrisa encantadora.

—Buenos días. Soy Andrew. Estoy buscando a Paula. —Escucho su voz y me asomo por detrás de mi amiga.

—Hola. —Al verlo, los nervios vuelven a mí.

—Paula, ¿entonces te esperamos a cenar esta noche? —Edward aparece de pronto, sonriente y usando esa pregunta como excusa para poder ver a mi acompañante.

—Eh... —Miro a Edward queriendo matarlo; después a Adela, que sigue sonriendo, y luego a Andrew—. Esto... eh... yo...

—Voy a aprovechar para presentarme: soy Adela, la amiga de Paula. —Le estrecha la mano a Andrew—. Él es Edward. —Presenta a su marido, a quien Andrew también estrecha la mano.

La situación se vuelve un poco violenta, y aprieto los dientes conteniendo las ganas de cargarme a mis amigos por su presentación. Sin duda ha sido como intentar meterse un zapato dos números más pequeño con un calzador metálico de bordes abultados. Superagradable (modo irónico ON). Trato de sonreír y pienso en las posibilidades de que se abra en este instante un boquete en el suelo y me trague la Tierra, pero no lo veo probable, así que intervengo antes de que la situación se vuelva más complicada.

—Nos vamos ya. —Me pongo mi abrigo y cojo la bufanda de Andrew.

—Un placer haberos conocido —les dice él a mis amigos antes de que yo cierre la puerta en sus narices.

Me fijo entonces en un Bentley gris que espera justo delante de la casa. Hay un chófer fuera que abre la portezuela al verme. Entro; Andrew da la vuelta al vehículo y entra por la otra. Al principio no decimos nada, y yo me distraigo mientras acaricio el cuero de los asientos. El coche huele a



concesionario, por lo que sospecho que no tiene mucho uso, aunque no es mi estilo. Y en el fondo, espero que tampoco el de mi yanqui.

—Hablemos —dice él cogiéndome de la mano.

—¿El chófer no entra?

—No. Así podemos tener más privacidad.

Chasco la lengua y decido lanzarme.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Es verdad que pude decírtelo, pero me gustó que quisieras conocerme por cómo soy y que no te acercaras solo por lo que tengo.

—Esa respuesta suena ensayada —mascullo.

—Pues es la pura verdad.

—¿Y por qué no iba a querer conocerte?

—¿Lo ves? Eres muy inocente, Paula, y esa cualidad, aunque no tiene por qué ser mala, puede jugar en tu contra.

—¿Qué? —Lo miro sin entender—. Ese comentario no me ha gustado.

—No me malinterpretes. —Suspira—. Pero hay mucha cazafortunas ahí fuera, mujeres a las que solo las mueve el interés, y aunque te sorprenda, eres la primera que no sabía quién soy yo. —Suspira de nuevo—. Fui egoísta, y me agradó la sensación de normalidad entre nosotros. Te confieso que me resultabas fascinante ya antes de saber que nunca habías oído mi nombre, aunque reconozco que prefiero que lo sepas.

—Pues era mejor no saberlo. —Quiero llorar y, para evitarlo, parpadeo varias veces seguidas. Me siento tan decepcionada... Al hablar con él es como si todo se hubiera hecho real: él, rico y con éxito, y yo, una miserable en tantos aspectos de mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora que lo sé... —No sé cómo seguir. Me duele pensarlo, pero es lo que tengo que hacer—. Creo que no debería... no deberíamos... —No consigo terminar la frase, no consigo continuar hablando. El corazón me duele, pero la razón me dice qué es lo que debo hacer—. No tengo nada, no puedo ofrecerte nada, y nuestras diferencias sin duda acabarán siendo muy notables. No quiero, ni puedo, terminar dañada, y después de todo esto está claro que saldré muy malparada.

—¿Qué diferencias son esas? ¿Acaso en la presentación había diferencias? ¿Ayer en la cafetería había diferencias? ¿Hay diferencias en nuestros besos? —Hace una pausa en la que me mira. Me escuecen los ojos, pero no voy a ser tan cría como para llorar por alguien a quien solo he visto unas pocas veces—. Creo que esto te sirve como excusa porque tienes miedo. Tenías miedo antes de saberlo y ahora estás aterrada haciéndote historias en la cabeza. Puedes ofrecerme mucho, tienes mucho, créeme. Para empezar, posees una bondad increíble. Te dije que es difícil conocer a una mujer como tú, y lo reitero.

Acerca su rostro al mío y me besa, desesperado, necesitado. Yo le devuelvo el beso, preguntándome de nuevo cómo he podido estar tanto tiempo sin esto. Esa corriente eléctrica que vuelve a recorrer todo mi cuerpo, haciendo que quiera más, acariciándolo. Él rodea mi cintura y me lleva más cerca de su cuerpo, pero entonces para. Yo, aún con los ojos cerrados, trato de recobrar el aliento, y siento que apoya su frente en la mía.

—Si me dijeras que tú no sientes nada después de esto, te dejaría ir, pero sé que no es así, y por eso no pienso perderte a la primera de cambio.

—Me haces sentir muchas cosas con solo un beso —admito, más calmada. Su sonrisa se ensancha aún con su frente contra la mía.

—Entonces, concédeme una oportunidad. Hoy, ¿de acuerdo? Después te dejaré decidir si quieres seguir adelante o no, pero necesito una oportunidad.

—No sé, Andrew, yo...

—Por favor. No paro de pensar en la chica de ojos grises refugiada en sus pensamientos mientras mira por los ventanales en la presentación, y ¿sabes qué? Cuando me miraste por primera vez, hiciste que el mundo a mi alrededor frenase por unos instantes. Y sí, fue extraño, lo confieso, porque ninguna otra mujer me ha hecho sentir como lo haces tú. Sé que tienes miedo, porque yo también lo tengo, pero necesito avanzar y saber a dónde me lleva el seguir conociéndote. Suena a locura, y te seré sincero: a día de hoy no puedo prometerte nada, pero tengo que conocerte más, porque, si no, me arrepentiré el resto de mi vida. Así que, por favor, te lo ruego, dame una oportunidad, danos esta oportunidad.

—Está bien.

Me lanzo a besarlo de nuevo, olvidándome de dónde estoy, del chófer, de todo... Convirtiéndonos solo en besos, caricias y respiraciones agitadas.

—Para... —me pide apartándome, igual de alterado que yo.

—¿He hecho algo mal?

—No, en absoluto, pero si sigues así, me será tan difícil portarme bien contigo que daré al traste con todos los planes que tengo para hoy. Y vamos a tomarnos esto con tranquilidad, porque sé que necesitas ir despacio.

—Yo no he dicho eso.

—Pero yo sí lo he dicho, y es lo que haremos.

—Gracias. —Le brindo una sonrisa de agradecimiento—. Gracias por entenderme. Y gracias por el ramo de rosas. —Me apoyo en el respaldo del asiento—. Es la primera vez que alguien me regala flores, y me han encantado.

—¿De verdad nunca te habían regalado flores?

—Te lo juro.

—¿Pero con qué clase de gente has estado tú?

Me encojo de hombros, y él baja un poco la ventanilla para indicarle al chófer que nos vamos.

# 11

Los dos días que me quedan en la ciudad pasan volando, y en parte me arrepiento de vivirlos entre suspiros, recuerdos y esperanzas que intento no avivar mucho. Son días interrumpidos por algún que otro mensajito de Andrew, que me hacen sonreír bajo este cielo gris y encapotado que no me aporta la positividad que encuentro en el azul celeste que suele vestir Madrid.

Adela se esfuerza por compartir más tiempo conmigo, y acepto tomar el famoso *afternoon tea* en un hotel de lujo donde reservó una mesa hace días. Al parecer forma parte de la experiencia británica que no debo perderme. Me ha hecho ponerme mis mejores galas, que consisten en un pantalón negro y un jersey verde oliva con una blusa debajo. Cuando llegamos, un botones nos abre la puerta doble del hotel, que bien podría ser en realidad un castillo. Atravesamos un vestíbulo de techo alto y abovedado hasta llegar a un salón redondo, con mesas y silloncitos que me recuerdan a las películas ambientadas en la época de Versalles, antes de la Revolución francesa. Hay bastantes plantas y enredaderas que trepan hasta un balconcito, donde una mujer ataviada con un sobrio vestido negro toca el arpa. Me encantan las notas que salen del instrumento, y que transmiten esa paz y bienestar que hacen que el ambiente sea perfecto.

—Has estado antes aquí, ¿verdad? —le pregunto a Adela, que parece conocer bastante bien el sitio.

—Sí, alguna que otra vez. ¿Te gusta?

—Mucho. Es muy bonito.

Le soy sincera en cuanto al lugar, pero me guardo para mí el hecho de que, por mucho que lo intentemos, odiaré el té, el Nестea, el helado de té y todo lo relacionado con esa dichosa infusión.

Nos acomodan en una mesa para dos y no tardan en traernos una fuente con varias alturas, compuesta por tres platitos muy cuquis repletos de miniemparedados. A su lado, depositan otra bandeja más sencilla con unos cuantos *scones*, mermelada y crema para untar.

—Creo que de aquí voy a salir con unos cuantos kilos de más.

—Te los mereces —dice Adela entrecerrando los ojos. Luego estalla en carcajadas—. En serio, Paula, tienes que engordar unos cuatro o cinco kilos como mínimo. ¿Me lo prometes?

—No puedo prometerte conseguirlo, pero me esforzaré. —Pongo los ojos en blanco, ya un poco harta de que todo el mundo me inste a aumentar mi peso. ¿Tan delgada les parezco?

Observo entonces a un camarero de muy buen ver, larguirucho pero con un rostro bonito, el típico rompecorazones. El chico se dedica únicamente a dar vueltas despacio mientras empuja un carrito rebosante de bombones y trozos de tarta. Una señora levanta una mano para que se detenga y le sirva dos bombones, y de nuevo realiza el que parece su cometido: pasear el carrito de los chocolates.

—No me puedo creer que solo haga eso —comento sin apartar la mirada de los dulces—. Es un bombón.

—¿Hablas del chico o de los chocolates?

—De los chocolates. —Rompo a reír yo sola por el comentario—. Tenemos que pararlo para pedirle unos cuantos, por favor.

—Eso está hecho. ¿Quieres que pidamos el champán también?

—¿Champán?

—Sí, normalmente se sirve después del té y la merienda.

—¿Y no podemos cambiar la tradición y pedirlo antes?

—¿Sabes? A la mierda con la tradición. —Levanta la mano para llamar la atención del camarero—. ¡Una botella de champán!

No tardan en satisfacer nuestra demanda. Observo las burbujitas que parecen nacer desde el fondo del cristal y luchan por subir hasta lo más alto de mi copa, para morir cuando alcanzan la superficie.

—Espero que no se nos vaya de las manos.

—¡No seas mojigata! —exclama, y alza la copa para brindar—. Por nosotras y por el amor.

Adela se bebe media copa de un trago y, cuando la deja sobre la mesa, se decide a atacar el primer minisándwich de la tarde. Aún con la boca llena, vuelve a dirigirse a mí:

—Ese tío, Andrew, ¿te gusta?

—¿Por qué me lo preguntas? —Casi me atraganto con el mordisquito a uno de los *scones*.

—Porque a mí me gusta para ti, aunque solo para una canita al aire, que quede claro.

—Pues al principio tenías algunos contras sobre todo esto.

—Ya, pero lo he estado pensando y, aunque mi opinión no debería influir, siento que debo compartirla contigo, porque te conozco desde hace demasiados años, lo hemos compartido prácticamente todo y me importas mucho.

—Vale, dispara. —Apoyo la espalda en la silla y me cruzo de brazos, esperando a escuchar lo que Adela quiere decirme.

—Como ya te he dicho, Andrew me gusta para ti. Estos días te he visto mejor, y sé que no ha sido por el hecho de estar en Londres. Te veo feliz, con luz propia, pero al mismo tiempo no se me ha escapado que estás acojonada, y tú, Paula, eres valiente, y ese hombre parece una buena persona... No quiero irme por las ramas: perdiste a tu familia, tu felicidad y la oportunidad de cumplir los pocos sueños que tenías. Tal vez la vida te esté recompensando, y creo que deberías darle una oportunidad a... Tú ya me entiendes —dice guiñándome un ojo—. Eso sí, creo que deberías tener claro que solo será una noche. No me seas enamoradiza, y si crees que puedes pillarte por él, aléjate desde ya.

—Adela... —Trato de interrumpir su discurso, pero ella me hace un gesto con la mano.

—Déjame acabar, por favor; aún no he terminado.

—Vale.

—A veces los miedos nos impiden lanzarnos, y debemos superarlos para ir hacia delante, para poder avanzar. No podemos permitir que esos temores se interpongan en nuestro camino para ser felices.

—Eso último que has dicho es bonito, y será verdad, pero es más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo cuando no eres tú la que tiene que arriesgarse.

—¿Arriesgar el qué? ¿Qué vas a perder?

—¿Mi estabilidad emocional? Yo ya no quiero ser feliz ni soñar ni nada de eso. Me conformo con vivir el día a día de la forma menos dolorosa posible.

—Pues creo que los sueños son los que le dan sentido a la vida y nos impulsan en el breve tiempo que estamos aquí.

—De todas formas... —reparo con los dedos el contorno de uno de los tenedores mientras hablo, distraída— Andrew no se quedará para siempre en Madrid, y aunque no voy a negar que ha despertado cierta curiosidad en mí, no estoy segura de dejarlo entrar en mi vida y que ponga todo patas arriba para que luego desaparezca sin más.

—Y lo entiendo. Por eso, decidas lo que decidas, será lo correcto, porque solo tú puedes saber qué es lo mejor para ti.

Nos sonreímos y ella incluso trata de abrazarme, pero en el fondo sus palabras han hecho mella en mí. —No es nada que no supiera, pero a veces es necesario que alguien lo diga en voz alta para recordártelo. ¿Y a quién voy a engañar? Lo que ese americano ha despertado en mí no es solo curiosidad, sino algo más. Algo terrible y hermoso al mismo tiempo. Algo que no he sentido jamás y que se acerca a lo vertiginoso. ¿A esto se le llama amor? Ni siquiera lo conozco, pero el simple hecho de estar a su lado, de escuchar su voz o saber que, como me dijo, estará esperándome en Madrid, hace que la vida se vea y se sienta diferente.

La tarde pasa volando, y Adela vuelve a casa para adelantar trabajo mientras yo doy un último paseo por la capital inglesa. Respiro el aire de Londres intentando quedarme con todos los matices que espero poder recordar cuando la nostalgia me invada ya de regreso en mi casa. Pronto me veo obligada a ponerle fin, ya que se pone a llover y el frío hace que ya no sea tan divertido.

Cuando llego a casa, me sorprendo al escuchar desde las escaleras música de fondo y risas de varias personas. Me quedo parada con las llaves aún en la mano. No tardo en decidirme a entrar, avanzando hasta el salón, donde Edward ejecuta algún paso de baile junto a un hombre de su misma edad, muy alto, delgado y con el pelo rubio tan corto que me recuerda a los marines americanos que aparecen en las películas bélicas.

—Hola —saludo en inglés, confusa.

Ambos paran y mi amiga junta las palmas de las manos, emocionada.

—¡Paula! Ha venido Ben, el primo de Edward.

—Un placer —dice el aludido, que se acerca para estrecharnos la mano—. Adela y Ed no han parado de hablar de ti desde que he llegado.

—Encantada. —Trago saliva, nerviosa por la encerrona en la que me encuentro—. ¿Podemos hablar, Adela?

Las dos nos vamos a la cocina; ella muy sonriente mientras no para de alabar las bondades del susodicho que espera en el salón. Me pregunto cómo es posible que en un trayecto tan corto puedan enumerarse tantos rasgos positivos de alguien.

—¿Y te he dicho ya que fue a Harvard?

—No me importa dónde estudió —indico, con los labios convertidos en una línea tensa en mi rostro.

—¡Pero es un partidazo! Y de confianza...

—Estoy viéndome con Andrew.

—No pasa nada porque conozcas a otras personas. Es el primo de Edward, ¿seríamos una especie de cuñadas! ¿No te parece genial?

—No me gustaría vivir en Londres. No tengo nada en contra del tal Ben, pero sabes que ahora estoy pensando en otra persona.

—¡Por favor! —Se echa a reír—. Paula, ¿en serio crees que puedes picar tan alto? Es Andrew Roberts, ¡venga ya!

—¿Cuál es el problema?

—En serio, usa a Andrew si quieres para saber qué se siente al tirarte a un ricachón, pero céntrate, porque esto es la vida real, y empiezo a creer que no tienes muy claro a qué puedes aspirar y a qué no.

—Me parece increíble que estemos manteniendo esta conversación. Haré como si no hubiera ocurrido porque sé que, en el fondo, la mujer que ha aparecido aquí, ahora mismo, en esta cocina, no

es mi amiga. La auténtica Adela de Fuenterrabía no es así. Me niego a creerlo.

Al día siguiente, hago por última vez una parada en la pastelería francesa y pido un café para llevar antes de subir al Audi azul de Adela, que me deja en el aeropuerto, según ella, demasiado temprano debido a mi impaciencia y cabezonería.

La verdad es que el ambiente entre nosotras es tenso. Evitamos cruzar las miradas, una frente a la otra, mientras la gente pasa a nuestro lado ajena a todo. Siento que nuestra relación se ha resquebrajado, que algo se ha perdido, pero una parte de mí se niega a reconocerlo.

—Siento lo de ayer. Debí avisarte al menos. —Me sorprende que me brinde una disculpa.

—No logro entender por qué me organizaste esa encerrona. Pensé que todo había quedado claro en el *afternoon tea*.

—Lo sé, y lo siento. —Suspira y se cruza de brazos, observando, nerviosa, todo lo que hay a nuestro alrededor—. Estamos bien, ¿verdad?

—Sí, supongo... Pero prométeme que no me harás pasar por algo así de nuevo, por favor —le pido.

—Prometido. —Me abraza—. Vuelve pronto, ¿vale?

—Haré lo que pueda. —Trato de sonreír, no muy convencida de ello.

Un rato después, ya sola, debo admitir que Adela tenía razón sobre lo temprano que salimos de casa hasta que veo en las pantallas de la terminal que la puerta de embarque de mi vuelo no será anunciada hasta dentro de una hora. Busco una cafetería donde sentarme y, después de tomar el segundo café del día, enciendo la pantalla de mi móvil para mirar la hora. O, en realidad, para hacer cualquier cosa que me distraiga. Supongo que por eso pulso de nuevo para que se ilumine, porque la primera vez no la he visto de verdad. ¿Os ha pasado alguna vez? A mí demasiadas, sobre todo cuando tengo que esperar el metro o el autobús.

Todavía falta lo que se me antoja una eternidad para que embarquemos, así que aprovecho para hacerme un resumen mental de estos días en Londres. Es entonces cuando decido enviarle un mensaje a Andrew.

*Ya estoy en Gatwick.  
Sin ti esta ciudad no habría sido tan especial.*

Dudo antes de enviarlo, pero al final lo hago. Voy a guardar el móvil cuando lo siento vibrar en mis manos. Es un mensaje de Andrew.

*Para mí también ha sido increíble, y estoy deseando volver a verte.  
¿A qué hora despegas?*

*A las 16:20, hora local.  
Yo también quiero verte pronto.*

Mi corazón late de emoción.

*Debo entrar a una reunión, pero escribeme cuando aterrices.  
Besos y buen vuelo, bollito.*

Como aún queda un rato, decido llamar a Anna, aunque no sé qué turno tiene, pero por suerte contesta al móvil.

—Hola, tía, ¿a qué hora llegas? —Su voz alegre resuena en mi oído.

—Sobre las ocho de la tarde aterrizamos en Barajas.

—¿Quieres que vayamos a recogerte?

—No hace falta, iré en metro —respondo, abstraída en arrancar un hilo suelto de la costura de mi pantalón.

—Estaba pensando en pedir unas pizzas y así nos cuentas todos los detalles del viaje. ¡Me dan mucha envidia las fotos que me has ido enviando!

—Genial; pide una barbacoa para mí y te la pago luego.

—He comprado Coca-Cola Light en el supermercado, y la tengo enfriando en la nevera —me confiesa como si fuera algo grandioso.

—¡Estamos tirando la casa por la ventana!

Reímos.

—Había que celebrar tu vuelta. ¡Rai ha comprado cerveza para parar un tren!

—Tengo que contarte algo —suelto entonces.

—¿Sí? ¿Es bueno o es malo?

—Es bueno. —Tiro más fuerte del hilo y me hago daño en los dedos.

—¿Vas a esperar a llegar a casa o me das un adelanto?

—En casa mejor. —Desisto con el hilo y miro más allá de los ventanales, donde un avión de la compañía con la que vuelo se aproxima a la puerta de embarque.

—¿Adela ha conseguido convencerte y te mudas a Londres?

—No —me río.

A Anna eso siempre le da miedo. No soporta que mi amiga intente llevarme con ella. Tiene la teoría de que en Londres no sería feliz.

—Ufff..., qué alivio. Por un momento me había asustado.

—Oye, Anna, te dejo, ¿vale? Te veo en un rato.

—Vale, ¡que tengas buen viaje!

Activo el modo avión del móvil, apoyo la espalda en la silla, levanto las piernas y las pongo encima de mi maleta para mantenerla sujeta.

Esto se acabó.

Y ha sido increíble...

## 12

Al llegar al control de pasaportes, la nostalgia comienza a adueñarse de mí. En una semana regresaré a la rutina, pero al menos me queda tiempo para hacerme a la idea.

—Bienvenida. —El policía me sonrío y me devuelve el pasaporte. Yo le respondo con otra sonrisa y continúo.

Saco el móvil y desactivo el modo avión para poder escribir a Andrew y a Adela.

«Ya estoy en Madrid!», escribo al primero.

Bajo por la lista de contactos hasta dar con la conversación que tengo abierta con Adela.

*Acabo de aterrizar en Madrid.  
Gracias por todo.*

Me paro a mirar si obtengo respuesta a ese mensaje después de cómo nos despedimos, así que bloqueo el teléfono y lo guardo en mi bolso antes de cruzar unas puertas automáticas y opacas. Un montón de personas esperan detrás de una cinta negra mientras otras se reencuentran con familiares, amigos, parejas... Me da mucha envidia y al mismo tiempo me emociona. ¿No son curiosos los aeropuertos y las estaciones? Los momentos tan emotivos que vive la gente al reencontrarse, al despedirse, y todas esas historias que deben de guardar...

Suspiro y sigo adelante hasta que, de pronto, lo veo a él en medio de todo el revuelo. Andrew esboza su increíble sonrisa y yo, sin pensarlo, abandono mi maleta para lanzarme a sus brazos. Me alza en el aire y nos besamos. Le paso la mano por el pelo, despeinándolo y profundizando en ese beso que tanto necesitaba.

Paramos y cojo aire. Él ríe al fijarse en mi gesto.

—¿Qué haces aquí?

—Te prometí que te estaría esperando en Madrid. —Se encoge de hombros.

—¡Estás loco! Me encanta que hayas venido.

—No sabes cuánto me alegro de oír eso. —Agarra mi maleta con la mano derecha y a mí con la izquierda—. Vamos. Estarás deseando llegar a casa.

—¿Te gusta la pizza? —pregunto, recordando la cena con Anna.

—Claro. —Sonríe.

—¿Cenarías una pizza de Domino's con una china, un brasileño y conmigo? En mi casa. Esta noche. Es probable que lo acompañemos con una partida de Trivial, la Nintendo Switch o algo similar.

—¿Qué? —Estalla en carcajadas—. ¿Tú juegas a reunir a un individuo de cada continente o algo así?

—Ciudadanos del mundo. —Sonríe—. Son mis compis de piso.

—Ya lo imaginaba. ¿Significa eso que voy a conocer tu casa? —Me mira por el rabillo del ojo.

—Sí, pero te aviso de que no es gran cosa.

—Me apunto.

Salimos y nos dirigimos a un BMW negro, de cristales tintados. Un hombre de metro setenta,



moreno, con el pelo y los ojos oscuros abre el maletero cuando nos ve acercarnos y Andrew le tiende mi maleta.

—Él es Fran. —Me presenta y va directo a abrirme la puerta del coche.

—Encantada. —Le estrecho la mano—. Yo soy Paula.

—Un placer, señorita.

Me subo al coche. Andrew cierra y rodea el vehículo por detrás para entrar por el otro lado.

—Usted dirá a dónde. —El chófer entra también y me mira por el espejo retrovisor.

—La calle del Pez.

Nos ponemos en marcha y le cojo la mano a Andrew.

—¿Cómo ha ido el vuelo?

—Bien, aunque se me ha taponado un oído. —Me llevo la mano a la oreja derecha—. El descenso ha sido muy molesto.

—A veces pasa. Cuando te ocurra, tápate la nariz, cierra la boca y trata de soltar aire así. Otra opción es bostezar.

—Dice el experto... —río, y hago lo primero que me dice. Oigo un «pop» en mi oído y noto cierto alivio.

—¿Qué tal?

—Mmm... —Me quedo pensando en cómo me siento—. La verdad es que considerablemente mejor.

Él sonrío satisfecho.

Apenas tardamos media hora en llegar a mi casa; al bajar del coche, Fran sale y me entrega el equipaje antes de despedirse con la mano y marcharse. Me quedo parada, casi sin reaccionar, hasta que Andrew vuelve a hablar.

—Así que vives en este barrio. —Mira a su alrededor.

—¿Habías estado antes?

—No. ¿Hace mucho que te mudaste aquí?

—Cuatro años, pero Anna y yo llevamos siete conviviendo juntas. —Sonrío—. Ahora que lo pienso..., vas a ser toda una sorpresa para Anna y Rai.

—¿No están acostumbrados a que traigas chicos a casa? —trata de averiguar.

—Yo jamás he traído chicos a esta casa.

—¡No te creo! Alguno habrá venido contigo.

No respondo. Nos detenemos delante del portal y rebusco las llaves en el bolso. Cuando entramos, él no pierde detalle. Todo está oscuro y polvoriento.

—¿No hay ascensor?

—No, pero nos ponemos en forma subiendo y bajando a diario.

—Eso es estupendo —dice con sarcasmo.

—Tengo que ser positiva.

—No me lo digas —se asoma por el hueco de la escalera—: tu piso es el último.

—¡Vamos! Es el último, pero solo es un cuarto.

Subimos en silencio y, cuando abro la puerta de mi casa, se escucha un grito y Anna se levanta del sofá de un salto. Lleva su fabulosa bata larga de flores y unas zapatillas de Hello Kitty que le quitan todo el glamur. No suelta el cigarro para venir a saludarme, pero entonces se para en seco al ver aparecer a mi acompañante. Sus ojos rasgados parpadean, perplejos, cuando se topa con los de Andrew.

—Hola —saluda, confusa, al verlo.

—¡Hola, tía! —La estrujo entre mis brazos. Luego me giro hacia el fabuloso chico que me acompaña—. Andrew, ella es la famosa Anna. —Lo cojo de la mano para que pase—. ¡Vamos, entra!

Adoro estar por fin en casa. No es gran cosa, pero es mi hogar y me encanta percibir su aroma, ese olor que solo detectas cuando llevas días fuera. Huelo el tabaco que está fumando Anna, pero también las notas del incienso rojo que enciende de vez en cuando, y el olor a jabón de Marsella del Carrefour, que me indica que han tendido una colada hace poco.

—*Wo ta míngzì shì Andrew* —saluda de pronto mi invitado, levantando la mano que le he dejado libre.

Entrecierro los ojos. Seguro que eso ha sido un farol. No tiene pinta de hablar chino. ¿Cuántos idiomas más va a manejar si no?

—¡Vaya, pero si habla chino! —Anna sonrío de oreja a oreja, sorprendida.

Le da una calada a su cigarrillo mientras veo que mira hacia mi mano, que aún tengo entrelazada con la de Andrew, de la que me suelto al percatarme de ello. Mi amiga me observa con interés y una sonrisa.

—¿Y cómo os habéis conocido?

—Eh... en una fiesta. En Londres —explico—. Él también vive en Madrid.

La sonrisa de ella se amplía con este último detalle.

—¡Ya pensábamos que te habían secuestrado! —dice Rai saliendo de su habitación; lleva el pelo suelto. Se dirige entonces a Andrew—. Hola, soy Raimundo, el novio de Anna, pero llámame Rai.

—Encantado. Yo soy Andrew. —Se estrechan la mano.

—Se han conocido en Londres —interviene Anna. La noto muy feliz.

—¡Pues vaya *souvenir* que te has traído! —ríe Rai.

—¿Por qué no vas a por las pizzas? —propone ella, dándole unos golpecitos en los hombros a su novio—. ¿Tú de qué la quieres, Andrew?

—No he comido nunca en esa pizzería, así que jamón, queso y beicon. Esa combinación siempre es un acierto.

—¡Qué gran verdad!

Me fijo en que Rai le acerca el puño como gesto amistoso y Andrew lo choca con el suyo. Me encanta que mis amigos lo hayan recibido tan bien.

—Bueno, me voy a cazar esas pizzas. —Rai le da un beso a Anna antes de salir.

—Será mejor que deje los trastos en mi cuarto —anuncio.

—Yo voy a seguir con mi gran proyecto arquitectónico en *Los Sims*. Sed buenos. —Anna me guiña un ojo, se da la vuelta y regresa al sofá con su ordenador portátil.

—Eh, bueno, pues... te enseñaré mi cuarto —le digo a Andrew señalando la puerta más cercana a la cocina—. Es aquí.

—Creo que lo recordaré. —Parece de buen humor.

## 13

Entramos y dejo la maleta junto a la pared. Él se queda en medio, mirando cuanto lo rodea. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero que tengo detrás de la puerta.

—¿Me das tu abrigo? —pregunto, y después lo coloco junto al mío—. ¿Quieres tomar algo? ¿Té, agua o una cerveza?

—No, gracias. —Me sonrío y se aproxima a mi estantería; debe agacharse bastante debido a la inclinación del tejado en esa zona—. Tienes muchísimos libros.

—Sí... Y siempre encuentro hueco para alguno más.

Me resulta extraño que esté aquí, en mi habitación, en mi espacio.

—Supongo que este cuarto no es muy cómodo para ti —comento. No dice nada. Sigue ojeando mis libros—. Andrew...

Pronuncio su nombre y se vuelve hacia mí. Me fijo en su sonrisa, en esos ojos que consiguen sumergirme en un océano de sensaciones. Lo sorprende aferrándolo por la corbata y acercándolo a mi rostro. Rozo mi nariz con la suya y lo beso.

—Siempre he querido hacer eso. —Inconscientemente, me muerdo el labio inferior.

Él ríe, vuelve a besarme y logra que me pierda en el beso. Siento sus labios presionando los míos, y cómo su lengua se abre paso hacia mi boca. Me guía hasta caer sobre su pecho, en mi cama. Nos miramos fijamente a los ojos y le acaricio el pelo.

—¿Cómo puede ser que sienta tanto con un solo beso? —le digo.

—Te aseguro que yo me hago la misma pregunta.

Pasa el dedo índice por mi labio inferior y luego vuelve a besarme mientras nos abrazamos. Rodamos por la cama hasta quedar él sobre mí. Empieza a descender por mi cuello mientras suelta habilidosamente los botones de mi camisa estampada. Siento que se me va a salir el corazón de lo rápido que late, y mi respiración se agita aún más cuando lo que repasa esta vez con sus labios son mis pechos.

—Andrew... —Enredo los dedos en su pelo.

Él no responde. Sigue entretenido besando cada trozo de piel que va descubriendo de mí.

De pronto soy consciente de que tengo la camisa abierta, y mi cuerpo se tensa. Unos nervios inesperados me asaltan, y me invade la necesidad de zafarme de sus brazos, tal vez con demasiada brusquedad, y lo alejo de mi lado.

—¿Qué ocurre? —pregunta, serio. No respondo—. Paula, por favor...

—Perdona, es solo que... aquí y ahora... No estoy preparada para algo así. —Me incorporo y empiezo a abrocharme la camisa, nerviosa y con dedos temblorosos.

—¿He hecho algo mal? —Frunce el entrecejo sin entender—. Si es así, lo siento, pero necesito saberlo, por favor.

—No eres tú.

—¡Venga ya! No me vengas con esas... Solo te pido hablar para entenderlo, para comprenderte.

—Yo... No he tenido experiencias muy buenas. Bueno, en realidad apenas he tenido experiencias, y punto.

—¿Qué...? ¿A qué te refieres con eso? Necesito que me expliques qué te ocurre—me pide.

—¿Por qué? —No me gusta la idea de compartir mi escaso pasado sentimental, pero, tratándose de Andrew, comienzo a dudar.

—De verdad que necesito saberlo. Quiero poder entender mejor todo esto, porque me estoy volviendo loco. A veces parece que todo va bien y luego te pones un poco esquiva y no entiendo nada... Por favor... Cuéntamelo.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Suspiro y miro a mi alrededor, como si eso fuera a ayudarme, aunque supongo que me hace centrarme un poco más, me hace encontrar las palabras para iniciar mi relato.

—Conocí a un chico. Hablamos, salimos alguna vez y, al final, una noche, nos emborrachamos y nos acostamos. —Hago una pausa, dudando si añadir lo que estoy a punto de decir, y finalmente me decido—: Era la segunda vez que me acostaba con alguien. Él terminó y se marchó de mi casa. Yo me quedé en la cama sintiéndome usada, sucia y horriblemente mal. Ya no podía borrar lo que acababa de pasar. —Me atrevo a mirarlo, y veo que me escucha con atención—. No supe nada de él hasta el otro sábado, a las tres y pico de la mañana. Me despertó llamándome al móvil y lo mandé a paseo. Hizo lo mismo el siguiente fin de semana, y el tercero ya me di cuenta de que la había fastidiado pero bien. Supongo que me confundí. Intentaba no ser como esas chicas ingenuas que terminan con el tío equivocado, pero yo metí la pata hasta el fondo. Otra vez. Al menos me dejó en paz. Pero entonces comprendí..., bueno, más bien decidí, que prefería estar sola y alejada de todos esos problemas. Está claro que no se me da bien mantener una relación sentimental.

—Eso es una estupidez. Lo que ocurre es que tienes que encontrar a la persona adecuada para algo así.

Me tiende la mano y se la doy. Me siento a su lado y permito que me atraiga hacia él. Pasa su brazo por mi espalda, y posa la mano que le queda libre sobre las mías.

—Yo solo quería..., no sé..., sentirme querida. A veces la soledad es muy mala, pero he aprendido que ciertas compañías pueden resultar peores.

—¿Cuánto hace de eso?

Cuatro años.

—En Londres me dijiste que hacía cuatro años que no salías con nadie. —Está pensativo—. ¿Fue el último chico con quien tuviste algo?

—Así es.

—Pero has dicho que era la segunda vez que...

—Sí, eso he dicho. —Lo interrumpo cerrándole la boca con los dedos índice y corazón para que no lo repita. Me levanto de la cama, nerviosa. Me quedo de pie, frente a él y con los brazos cruzados, como si quisiera abrazarme a mí misma.

—¿Qué pasó con el primer tío con el que estuviste? —Está serio, y me sorprende que me pregunte eso.

—Me conquistó, me mintió diciendo que estaba soltero, me desvirgó y regresó con su mujer. —Me muerdo la uña del pulgar derecho—. Tengo miedo. Bueno..., creo que me aterra la idea de volver a pasar por lo mismo otra vez.

No quiero seguir hablando de esto y, con mi respuesta, veo que él tampoco.

Su mandíbula se tensa; cierra los ojos y suelta aire antes de mirarme de nuevo.

—Paula —se pone de pie y me toma las manos—, sabes que en mí puedes confiar, ¿verdad?

—Creo que me cuesta un poco fiarme de las personas y entregarme a alguien.

—Ahora entiendo mucho más tu forma de ser. —Se pasa una mano por el pelo, despeinándose con el gesto—. ¿Por qué no querías hablar de ello?

—No sabía cómo ibas a reaccionar. —Lo noto nervioso, y mi ansiedad aumenta—. No quiero que desaparezcas porque te haya contado esto. Solo necesito un poco de tiempo para... tener más seguridad, supongo. Tengo que ir un poco más despacio.

Me agobio por momentos. No quiero perderlo. Mi respiración va más rápido de lo normal, y eso llama su atención.

—Eh, Paula, tranquila. No voy a irme a ninguna parte. Es solo que no me esperaba algo así. Nunca me he encontrado con nadie a quien le haya ocurrido algo parecido. —Sus palabras consiguen tranquilizarme un poco—. Eres la mujer más buena que he conocido en la vida, y siempre que esté en mis manos, trataré de que no te hagan daño de ningún tipo. Nunca. Nadie. Jamás. Y si te lo hacen, intentaré estar a tu lado. Ya has pasado suficiente. —Las lágrimas corren por mi rostro—. No llores. No quiero que llores; quiero que a partir de ahora solo sonrías y seas feliz. —Su mano en mi barbilla me alza el rostro.

—Sé que es raro que con mi edad tenga tan poca experiencia en... eso que ya sabes. —Suelto una carcajada amarga y me seco las lágrimas con las manos—. Mis dos únicas veces fueron tan horribles que no sé qué esperar.

—No te preocupes por eso. —Esboza una sonrisa ladeada—. Siendo egoísta, te prefiero sin experiencia. —Vuelve a tumbarme sobre la cama y se pone a mi lado, sobre su costado, para poder verme bien.

—Tengo miedo de que vuelva a sucederme. De sentirme abandonada y usada. Temo entregarme a alguien y que luego me engañe y desaparezca.

—Lo entiendo, es comprensible —dice mientras me acaricia el pelo—. No me importa ir lo despacio que necesites y ayudarte a superar esos temores, pero necesitaré que tarde o temprano los superes. Podemos hacerlo juntos, siempre y cuando tú quieras.

—¿Lo dices en serio?

—No me atrevería a bromear con algo así. —Suspira—. Te agradezco que me lo hayas contado. Significa mucho para mí.

—Es un alivio que no salgas huyendo después de saberlo.

—Paula, oye... Te repito por última vez que no voy a desaparecer. Sé cuándo algo vale la pena. Tú vales mucho más de lo que crees, y no voy a alejarme de ti. —Me aparta un mechón de pelo y luego me da un beso en la punta de la nariz.

—¿Aunque ya no sepa qué esperar y tenga miedo?

—Lo que tienes es el aprendizaje de vivencias anteriores y de los errores cometidos para no volver a tropezar con lo mismo. El miedo se supera, pero debes poner de tu parte y emplear fuerza de voluntad para ello.

Alguien llama a la puerta de mi cuarto entonces, y ambos miramos en esa dirección.

—Tortolitos, las pizzas no esperan. —Es la voz de Rai, al otro lado.

—¡Ya vamos! —grito yo. Luego trato de sonreír a mi yanqui.

Se escucha música de fondo y nos levantamos de la cama.

—Espero que se porten bien contigo y que no te bombardeen con muchas preguntas —digo antes de abrir la puerta.

—De momento, la música me gusta —apunta sonriendo.

—No la conozco; tiene toda la pinta de ser una de las listas de reproducción de Anna.

—¿No sabes quién canta? —Alza las cejas mientras yo abro la puerta—. ¡Es Alice Cooper!

—¡Sí! —exclama Anna, que nos escucha al salir mientras lleva las pizzas a la mesa pequeña entre los sofás y la tele.

—*I wanna love you but I better not touch* —canta de repente Andrew.

—*I wanna hold you, but my senses tell me to stop* —le sigue Anna, emocionada y soltando un gallo al cantar.

—Qué raros sois.

—Raros no, bollito. —Andrew me da un toquecito en la nariz—. Poco convencionales, recuerda.

—¡Sois raros! —secunda Rai mientras conecta un cable en el televisor—. Yo estoy contigo, princesa. —Me guiña un ojo.

—No hagas caso de Rai —dice Anna.

Decido ayudar a mi amiga llevando vasos a la mesa.

—Andrew, coge una cerveza de la nevera y ven —le invita Rai.

—¿Qué demonios haces? —decido preguntar al verlo pelear con los cables de detrás de la tele.

—Juegan los Knicks.

—¿Eres fan de los Knicks de Nueva York? —indaga Andrew.

—Sí, tío... Pero no estoy convencido de conseguir que esta mierda funcione.

—Te ayudo.

—Chicos, las pizzas se enfrían, y no pienso esperar a ninguno —anuncia Anna cogiendo el primer trozo.

—Mi amor, danos un segundo.

Por suerte, no tardan en poner el partido y ambos se sientan a verlo embobados, a pesar de que ya está empezado.

—¡Me encanta ese pintaúñas! —exclamo al ver las manos de Anna.

—¿Te gusta? Me lo compré en una tienda nueva que...

—¡Shhh! —Rai nos manda callar—. Cuando estáis viendo vuestras pelis ñoñas, yo no me pongo a hablar.

—Argh... —Anna coge otro trozo de pizza y se acomoda en el sofá para ver el partido.

—¿Qué es esto? —Agarro la mano de mi amiga y me quedo mirando un pedrusco de color rojo engarzado en un anillo de oro—. ¿Es de verdad?

—Eh... —Mi amiga duda, y me fijo en que Rai se ha puesto colorado como un tomate; esta vez no nos manda callar—. Íbamos a decírtelo esta noche... Mientras estabas en Londres nos prometimos.

—¡¿QUÉ?! —exclamo—. ¿Os habéis prometido? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo habíais dicho? ¿Quién se lo pidió a quién?

—¿Cómo que quién se lo pidió a quién? Pues yo, por supuesto.

—Oye, la mujer también puede pedírselo al hombre; ¡bienvenido al siglo XXI! —protesta Anna.

—No digo que no pudieras ser tú quien me propusiera compromiso, pero encima de que me lo curro para hacerlo romántico y escoger un anillo en condiciones, la duda de quién fue el que lo pidió casi ofende —dice Rai.

Está claro que Rai está nervioso por la situación. No puedo evitarlo: estallo en carcajadas y todos terminan imitándome, como si mi risa fuera contagiosa.

—Enhorabuena, chicos. Me alegro muchísimo por vosotros. —Me levanto y le doy un abrazo a Rai, que enseguida trata de apartarme.

—Gracias, princesa, pero, en serio, quiero ver el partido.

—Enhorabuena a los dos —felicitamos a Andrew, que hasta ahora se había mantenido al margen—. ¿Ya habéis pensado una fecha?

—Hoy he estado en el ayuntamiento informándome y había un hueco para febrero. —Anna sonrío—. Lo hemos reservado.

—¡Eso está a la vuelta de la esquina!

—¿Podéis ponerlos al día acerca de la boda más tarde? Aquí estamos intentando ver el partido, en serio.

Las pizzas nos las terminamos pronto, y las cervezas caen a pares por cabeza, a excepción de Anna, que bebe Coca-Cola.

—¿Queda mucho? —pregunta mi amiga cansinamente.

—No —responde Andrew sin apartar la mirada del televisor.

Me acurruco a su lado y él pasa la mano por encima de mis hombros para quedar más cerca. Apenas estamos así diez minutos, que es lo que tarda en acabar el partido, pero son mis diez minutos de placer tras la cena.

—¿Sigues los partidos?

—Sí, me gusta el basket.

—No eres inglés —puntualiza Rai después de darle un buen trago a su cerveza.

—No, soy americano.

—¿Ah, sí? ¿De qué parte?

—De Nueva York.

—¡No jodas, tío! —Rai alza las cejas sorprendido.

—Rai vivió casi dos años en Nueva York antes de venir a España —explica Anna recogiendo los botellines de la mesa.

—Una ciudad alucinante. No hay otra igual —continúa el novio de mi amiga—. Yo vivía en Queens. Había una cerveza que me encantaba, tío, la Brooklyn Lager. Cómo la echo de menos...

—La conozco. ¿No se puede comprar aquí?

—Es complicado encontrarla sin que te pidan un riñón como pago. Ya sabes, importación, y americana... Un botellín aquí es un timo.

—Entiendo.

—Y bueno, ¿de qué zona eres tú?

—Manhattan.

—Joder, sí que se lo monta bien el chaval —comenta dirigiéndose a mí—. ¿Dónde? ¿Inwood?

—Eh... No, bueno...

—¿Harlem?

—El Upper East Side —dice finalmente.

Los labios de Rai dibujan una O, pero no dice nada más al respecto. Asiente con la cabeza y bebe de su cerveza. Por suerte, Anna interviene a tiempo para salvar el silencio que se ha instalado.

—¿Por qué no jugamos un rato a la Nintendo?

—¡Sí! Bueno, si te apetece —le digo a mi invitado.

—Claro.

Solo tenemos dos mandos, así que tendremos que hacer dos grupos. Primero juegan dos, luego los otros dos, y los ganadores se enfrentan entre sí después.

—Que empiecen las chicas —propone Rai.

—Vale, ¡me pido a Peach! —Anna enciende la consola e inicia el juego.

—¡No! ¿Por qué siempre tienes que pedirte a Peach? —le digo cogiendo el mando que me da.

—Porque me la pido yo primero. —Me saca la lengua.

—Es divertido verlas discutir —le explica Rai a Andrew, que nos observa con interés.

—Pues entonces me quedo a Yoshi —afirmo.

Configuramos los vehículos; yo escojo una moto bastante mona entre cuyas ventajas están la aceleración y la ligereza. El circuito que elige Anna es la Pradera Mu-Mu. ¡A ambas nos encanta!

—¡Vas quinta! —exclama Rai al comprobar mi pantalla—. ¿Cómo puede ser? ¡No te dejes adelantar!

—¡Qué vergüenza! —lloriqueo.

—¡Dale, dale! Tienes que concentrarte —me anima Andrew.

—¿Qué hacéis los dos apoyando al enemigo? —se queja Anna—. ¡Rai, tú tienes que estar en mi bando!

—Siempre nos machacas a todos jugando al Mario Kart, así que tengo que apoyar a Paula.

—¡Bah! Seréis blandos... —farfulla mi amigo sin apartar la vista de la pantalla.

—¡Nooo! —exclamo cuando la televisión se queda negra—. ¡Maldito calamar! ¡No veo nada!

—Lo importante es que no has perdido posiciones —comenta Andrew cuando todo vuelve a aclararse—. Una vuelta más, ¡vamos!

Me encanta la sensación que tengo ahora mismo. Los cuatro en el salón. Andrew, participando e integrado en el piso. Es verdad que suelo quedar segunda o tercera, ya que es imposible ganar a Anna, pero con él aquí estoy un poco más tensa y torpe. Supongo que es la novedad, y que en realidad me gustaría estar abrazada a él, diluyéndonos en besos y caricias, confirmando que todo es real, que soy feliz y tengo esta ilusión en el pecho. Anna pega un salto, acompañado de un grito, que me hace volver a la realidad. Ha ganado, pero eso no es ninguna novedad.

—¡Os toca!

—Le cede su mando a Rai y yo le hago entrega del mío a Andrew. Se colocan en el sofá, los dos de cara al televisor, concentrados y en silencio.

—Soy una princesa, ¡y soy divina!

Me río junto a los demás. Ver a Rai jugando con Peach sí que es nuevo. Decido darle una pista a Andrew, que parece algo perdido.

—Si aprietas este botón y lo sueltas antes de que se pase el último segundo, previo al pitido que anuncia la salida, la aceleración será mayor y tendrás ventaja —le resumo todo lo rápido que puedo. Él asiente con la cabeza. Creo que nunca ha jugado a este juego.

—No lo ayudes, ¡eso es trampa! —Rai protesta justo cuando están indicando la salida y, por despistarse, el coche no arranca—. ¡Qué cabrón! ¡Joder! ¡Octavo! ¡No!

Los dos comienzan a picarse. Andrew va segundo, y a duras penas lo mantiene. Rai avanza posiciones y, al pasar junto a un cubo de los que dan obsequios, consigue una concha que lanza justo cuando se acerca a Yoshi, que es Andrew.

—¡Me has tirado una concha! —se queja mi chico. ¡Es tan mono...!

—¡Destrucción! ¡Muerte!

—Imagínate, si se pone así de violento jugando al *Mario Kart*, cómo se pone cuando juega al *Call of Duty* —le dice Anna a Andrew.

—Amor, calla y recógeme el pelo, ¡rápido, por favor!

Mi amiga pone los ojos en blanco y se quita una de las múltiples gomas de pelo que lleva en la muñeca izquierda. Recoge todos los rizos negros de su novio en un moño y, cuando termina, le da un tirón como propina.

—¡Eh! —grita él—. No te pases, nena.

—Esto está por encima de mis capacidades —suspira Andrew.

Miro su pantalla. El pobre va décimo y está a punto de cruzar la línea de meta antes de la última



vuelta.

—*Uuubbb, shit!*

—Bueno, era la primera vez —le consuelo.

—¡Me toca! ¡Me toca! —grita mi amiga.

—No sé si quiero seguir jugando a esto. —Rai apaga la consola.

—¿Por qué la apagas? —Anna se queda entre el sofá y la tele mirando a su novio con la boca abierta. Se enfrascan en una discusión.

—Te pones insufrible cada vez que ganas.

—¡No es verdad! —Mi amiga se indigna por momentos.

—¡Sí que lo es!

—Es que tú tienes muy mal perder. —Le saca la lengua—. Quiero la revancha, ¡capullo!

—¿La revancha?

Los dos se miran furiosos y yo empiezo a arrepentirme de haber aceptado jugar. Comienzo a idear alternativas para escabullirme con Andrew y excusarme por la situación cuando, de repente, Rai carga a Anna como si fuera un saco de patatas.

—¡Bájame! —grita ella dándole golpes como puede—. ¡Serás gilipollas...!

Él la lleva hasta la habitación y cierra la puerta.

—¿Qué demonios...? —Al escuchar las carcajadas de mi amiga, Andrew no termina la pregunta.

—¿Te apetece que salgamos a por un helado? —Me pongo en pie muy nerviosa, con los ojos como platos. Estos me las pagarán mañana. Bueno, si me atrevo a decirles algo. Jamás se habían comportado así delante de una visita; ¿qué les ha pasado? *Sweetest thing*, de U2, comienza a escucharse al otro lado de la puerta, y me relajo al pensar que al menos amortiguará los sonidos que hagan ahí dentro—. Esto no... —empiezo, pero no sé qué decir. Me tapo la cara con las manos.

—Una de las desventajas de compartir piso, supongo.

Andrew se ríe negando con la cabeza y me lleva hacia él en el sofá. Le miro los labios. Me muero por darle un beso, y, entonces, es él quien me lo da. Un beso lento, delicado pero intenso, de esos tan suyos que logran que solo exista él. Parpadeo al notar que se aparta y me mira con curiosidad.

—Me gusta causar este efecto en ti —comenta como si hubiera leído mis pensamientos. Yo me sonrojo, como siempre—. Me gusta hacerte sonrojar. —Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—Seguro que les pasa a todas. —Carraspeo intentando quitarle romanticismo al momento. Necesito ir despacio y pisar terreno seguro. Andrew es complicado, experimentado y, además, se marchará. Debo conservar la mente clara y tener en cuenta todo eso.

—No, a todas no. Pero si te digo que solo me ha pasado contigo, seguro que no me vas a creer.

—Puede que te crea. O puede que no.

—Esa armadura que te pones al intentar hacerte la durita solo lo estropea —alega, serio—. Te he dicho antes que contigo voy a ir a tu ritmo. Pero necesito que confíes en mí. No me gusta que de repente te muestres tan a la defensiva.

—No es mi intención estropearlo, lo siento.

—No hace falta que te disculpes. Es solo que da la sensación de que no me crees, e intentas mostrarte esquiva cuando no viene a cuento solo porque te asustas. Sé que no es esta tu forma de ser realmente, pero aun así me haces daño con ese comportamiento. Si solo hubiera querido una noche de sexo, ahora no estaría aquí. Cuando actúas así, consigues que me replantee todo, porque no te paras a pensar en mis sentimientos. Yo puedo tener paciencia, pero tú podrías creer en mí.

Se levanta del sofá y va directo hacia mi habitación. Lo sigo, pero cuando llego a la puerta, él ya sale

con sus cosas.

—Andrew, espera, por favor. —Lo agarro del brazo y lo insto a mirarme—. No te vayas así.

Lo último que quiero es parecer desesperada en mi intento por que se quede, así que renuncio. De nada sirve mi súplica. Él da un portazo y, dejándome en medio del salón, sin saber qué hacer, desaparece de mi piso. Cierro los ojos, y la puerta de la habitación de Anna se abre.

—¿Qué ha ocurrido?

La observo, sorprendida al verla vestida, y me doy cuenta entonces de que en realidad no ha pasado nada entre Rai y ella, que han montado ese numerito porque querían dejarnos solos a mi yanqui y a mí.

—¿Paula? —dice, y me abraza.

Yo sacudo la cabeza, sin encontrar las palabras.

—Soy idiota.

—No eres idiota, solo necesitas superar todo —susurra estrechándome aún más—. Y creo que, si te atreves con este chico, encontrarás la red de seguridad que necesitas.

—¿Por qué estás tan convencida?

—Porque te mira como Rai me miraba al principio a mí.

# 14

Me detengo delante de la entrada del gran hotel y lucho por no darme la vuelta e irme. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Y si no está aquí? Un botones me abre la puerta y accedo a un *hall* enorme y bastante ostentoso, a mi parecer; trato de llegar a la recepción atravesándolo sin abrir la boca. No estoy acostumbrada a tanto lujo. El aroma que percibo me recuerda un poco a las floristerías. Huele como a rosas, y me percato de que hay montones de jarrones con flores frescas. Teniendo en cuenta que mi olfato no es prodigioso, solo hay que imaginarse la cantidad de flores que hay para que yo llegue a distinguirlo.

Avanzo sin quitarme las gafas de sol, pues temo que no se me hayan deshinchado los ojos todavía. Me siento torpe mientras camino hacia el mostrador, admirando los techos y las columnas. He pasado miles de veces por delante de este edificio, y nunca me había parado a imaginarme cómo era por dentro. Una chica alta, con su melena rubia recogida en una coleta y unos preciosos ojos almendrados, me sonrío mostrando un aparato en los dientes, de esos medio transparentes.

—Buenos días, señorita. ¿Tiene reserva?

—Eh...

No he planeado lo que diría cuando estuviera aquí. Para mis adentros, me estampo la palma de la mano en la frente. He estado tan ocupada pensando en qué decirle a él que olvidé que tendría que pasar por una recepción. Además, ni siquiera sé si estará aquí. Todo esto es ridículo. Solo espero no meterme en ningún lío. ¿Por qué no lo habré llamado? Cuando veo que la chica me mira desconcertada, decido que es hora de decir algo, ¡cualquier cosa!, antes de empeorar la situación.

—Venía a ver a Andrew —consigo articular por fin.

—¿Disculpe? —Alza las cejas sorprendida—. Creo que necesitaré algún detalle más específico.

—Andrew Roberts.

—¿Y tenía cita con el señor Roberts?

—Sí —miento.

—Indíqueme su nombre, por favor.

—Paula.

—¿Paula qué más? —Creo que estoy agotando su paciencia.

—Martínez.

Contengo la respiración al ver que se dirige al otro lado del mostrador, descuelga un teléfono y se mantiene a la espera. ¿Significa eso que Andrew sí vive en el hotel? Creo que mi actuación no ha convencido del todo a la recepcionista, pero, para variar, el miedo no me ha podido esta vez. La veo susurrar al teléfono, observándome de refilón. Cuelga y se acerca a mí.

—Quinta planta. *Suite* quinientos trece —me anuncia. Señala a su derecha—. Al fondo encontrará los ascensores. El señor Roberts la está esperando. —Sonríe, y yo dudo.

Vale, ha colado. Bueno, Andrew ha dejado que colara. Si no quisiera verme, esta rubia me hubiera devuelto a la calle de una patada. Pero... ¿que suba yo? ¿Es que acaso no piensa bajar él?

—Gracias.

Camino hasta donde me ha indicado y llego justo cuando un ascensor se abre para dejar salir a

varios huéspedes. Una vez que se ha vaciado, entro. Estoy sola. Subir, con esa música tediosa, se me hace eterno. El sonido de una campanita me anuncia que estoy en la quinta planta. Las puertas del ascensor se abren y me asomo a un pasillo gris con moqueta negra. Es diferente al estilo de la recepción, y menos iluminado. Me quito las gafas de sol para poder ver mejor. Esto es más contemporáneo, y está sumido en un silencio sepulcral.

Una placa plateada me indica con una flecha la dirección de la habitación que busco. Bueno, perdón, la *suite*. Avanzo despacio hasta pararme frente a una puerta doble de color blanco con el número metálico atornillado. Cojo aire y después llamo con los nudillos. Unos pasos al otro lado se acercan a abrir. Ahí está, en calcetines, con unos vaqueros que le quedan supersexis y una camiseta de algodón, blanca y ceñida, que deja muy poco a la imaginación. Su pelo está más alborotado que nunca, y un tanto mojado, como si acabara de ducharse. Me mira, y sus ojos muestran evidentes signos de haber descansado poco.

—Hola. —Acompaño el saludo con un gesto de mi mano.

—Hola. —Se aparta a un lado—. Adelante, por favor.

Al pasar junto a él, el olor a jabón y a limpio me invade las fosas nasales. Sí, está claro que acaba de ducharse, y está más guapo así que con el traje.

—Imaginaba que estarías aquí. Sé que debí haber llamado primero, pero...

—¿Quieres tomar algo? —me interrumpe.

—No, gracias.

Me tiende la mano y la acepto. Me guía por el salón hasta un sofá Chesterfield de cuero marrón. Se sienta sin soltarme, y hace que me siente a su lado. Recorro la estancia con la mirada. Todo está ordenado, en su sitio, impoluto. Las paredes son de un azul petróleo muy intenso y el suelo es de madera oscura, casi negra. Las puertas y los rodapiés forman un contraste en blanco. Hay una librería de madera, pero no tiene apenas libros, solo algún objeto de decoración. Me gusta la mesa grande de comedor. Es de cristal y metal, a juego con la mesita que tenemos delante del sofá, que es como una miniatura de la otra. Dejo el bolsito, que aún llevaba cruzado, sobre esta última y después me fijo en la manta que hay doblada sobre el reposabrazos del sofá. Paso los dedos por ella, pensativa.

—No quiero hacerte daño. No soy una mala persona —digo antes de mirarlo a esos ojos que tanto echaba de menos.

—Lo sé.

—Te prometo que voy a tratar de no asustarme tanto.

—No se trata de eso, se trata de que confíes en mí, y solo podré conseguirlo con tiempo.

—No me gustó que ayer te fueras enfadado.

—No es que estuviera enfadado..., y tal vez no debí salir así, pero estaba cansado y bastante molesto. —Se pasa la mano por el pelo y suspira apoyando la espalda en el sofá—. Es que vi tu casa, me soltaste toda esa información que apenas tuve tiempo de procesar y luego no pude pensar ni decir nada porque estábamos con tus amigos, y no sé... Todo fue... extraño, nuevo y diferente para mí.

—¿Y ahora sigues enfadado?

—No. Ya te he dicho que no estaba enfadado exactamente. Aunque no voy a negar que todavía necesito asimilar muchas cosas.

—Somos muy diferentes —expongo con un hilo de voz.

—Oye, no pienses lo que no es. —Con delicadeza, me toma por la barbilla para que lo mire.

—Pero es la verdad.

—No voy a dejarte escapar a la primera de cambio. Conocerme ha supuesto un antes y un después, y sé que para ti también.

—¿Por qué yo?

—No estoy muy seguro. Hay algo que me impide separarme de ti... Eres diferente a todo lo demás. Tienes buen corazón... —Entonces sonrío—. De lo que sí estoy seguro es de que hacía muchos años que nadie conseguía que me parase siquiera a pensar en intentar algo más.

No paro de observarlo mientras sopeso sus palabras. Lo dice de verdad, algo me indica que puedo creerle, que puedo fiarme de él, y siento que mi interior se relaja. Como si me quitase un peso de encima, uno muy grande. Todavía es pronto para confiar al cien por cien en él, pero sé que he dado un paso hacia esa complicidad que quiere, que me pide y que ambos necesitamos. Sí, es un paso, pero para mí es tremendo.

Apoyo mis manos en su rostro y lo beso con necesidad. Él me corresponde con la misma intensidad, la misma hambre de mi ser que tengo yo del suyo. Necesito recobrar el aliento, y aprovechamos para volver a mirarnos a los ojos. Y es que me pasaría el tiempo perdida en el azul de su mirada. Es como transportarse a un paraíso tranquilo y lleno de bienestar.

—No has dormido mucho —comento pasando los pulgares por sus ojeras.

—Tú has llorado mucho.

Bajo el rostro para que no pueda seguir escrutándome.

—Aunque agaches la cabeza, y por mucho maquillaje que te hayas puesto, no vas a poder ocultármelo. —Hace una pausa—. ¿Por qué no vas al baño, te quitas todo eso de la cara y nos echamos a dormir un rato? Ambos lo necesitamos. Yo salgo de madrugada para Nueva York, así que necesito descansar.

—¿Te vas a Nueva York?

—Solo serán cuatro días. —Duda unos instantes antes de volver a hablar—. Estás de vacaciones... ¿Y si te vienes conmigo?

—Eh... ¡Guau! —No sé qué decir. Una parte de mí se iría con él al fin del mundo sin pensarlo dos veces, pero la otra, la más racional, me ordena que frene—. Acepto tu proposición de dormir, pero no creo que Nueva York, de momento, sea una idea con la que me sienta cómoda.

—Vale, pero, de todas formas, Nueva York está ahí, y te convenceré más pronto que tarde para llevarte algún día. —Me guiña un ojo—. Que aceptes quedarte a dormir ahora ya significa mucho para mí, y sé que para ti también.

—¿Tus toallas son blancas? —pregunto entonces, preocupada. Él me mira sin entender—. Es que no quiero mancharlas de maquillaje —me explico.

—Mánchalas —ríe—. ¿Necesitas que consiga algo para quitártelo?

—No te preocupes, utilizaré jabón. —Me levanto del sofá—. La próxima vez meteré toallitas desmaquillantes en el bolso.

—¿La próxima vez? —Se levanta conmigo, divertido—. Me encanta cómo suena eso —susurra en mi oído.

Me guía a través de una puerta corredera que da acceso a otra sala más pequeña. Los colores siguen siendo los mismos, pero mi atención se desvía hacia una de las paredes, que está forrada de loseta irregular en gris mate y donde hay incrustada una chimenea cuadrada.

—¡Tienes chimenea!

Suelto su mano y voy hacia esa zona que ha captado mi atención. La contemplo, aunque está apagada, e imagino lo bien que se tiene que estar en invierno, acurrucada en ese sofá blanco con un buen libro, una manta y un café sobre la mesa baja que hay en medio. Al lado del sofá, un escritorio mira hacia la chimenea. Sin duda, parece un lugar agradable para trabajar. Me giro y me percato del piano de cola negro al otro lado de la estancia, junto a la puerta que da acceso a la terraza. Andrew

me mira con las manos dentro de los bolsillos de los vaqueros, sonriendo.

—Un piano precioso. Esta habitación es... ¡increíble!

—Todavía no has visto el resto.

—Da igual, seguro que no puede superarlo. ¿No pasas horas aquí?

—Hasta que conocí a cierta española, sí —dice mientras se acerca al piano y se sienta en la banqueta frente a él. Toca una tecla y me mira; de pronto una sonrisa traviesa aparece en su rostro—. Espero acordarme... —murmura, y hace sonar unas notas que me resultan muy familiares.

*Rêverie*, de Debussy.

Identifico el título y el compositor de la canción y me siento en el sofá para escucharlo, observándolo boquiabierto. Cuando me dijo que tocaba el piano, jamás hubiera pensado que tocaba así de bien.

—Veo que te acuerdas de las cosas que te dije que me gustan.

Su sonrisa se agranda ante mi comentario y entonces las notas cambian hasta que se transforman en otra melodía. Me reclino en el sofá y me pierdo en la música. Me relaja, me conmueve y me transmite paz.

—¿La conoces? —me pregunta él.

—No, pero me encanta. ¿Qué es?

—*Liebesträume* —contesta.

Alzo las cejas y me río.

—¡Qué pronunciación! ¿Franz Liszt?

—Veo que tú también recuerdas lo que te dije que me gustaba. —Deja que las notas mueran y se levanta.

—¿Hablas alemán?

—Poco. —Se sienta a mi lado.

—Sé que «*liebe*» significa «querer», pero no sé qué es «*sträume*».

—¿Y cómo sabes tú eso, listilla? —pregunta pasando un brazo por detrás de mis hombros.

—Lo leí en algún sitio.

—Lo leíste, ¿eh? Tu respuesta para todo. —Me besa—. «*Liebesträume*» significa «sueño de amor».

—¿Qué idiomas sabes además de inglés, francés, español y alemán?

—Chino.

Mi boca vuelve a abrirse por la sorpresa.

—Y yo que pensaba que lo de ayer con Anna solo fue un farol... —Él ríe ante mi comentario—. ¿Y cómo es que tocas tan bien el piano?

—Eso me viene por mi abuelo paterno. Desde muy pequeño me gustaba verlo tocar, y me llamaba la atención el instrumento. Al despertarme tanto interés, mis padres me apuntaron a clases a los seis años, y no dejé de asistir hasta la universidad.

—Me encantas.

Acaricio su mejilla con amor y él aparta mi mano de su rostro con delicadeza para besarla.

—Todavía no te he enseñado el resto.

—Veámoslo, pero ya te he dejado claro que esta es mi habitación preferida.

Ríe, se levanta y lo sigo hasta la siguiente puerta corredera. Él abre para mostrarme el dormitorio, que es casi tan grande como mi casa entera. La gama de colores es la misma que la del resto de la *suite*. La cama es gigante: le calculo dos metros de largo por otros dos de ancho. Tiene un cabecero de cuero marrón y las sábanas son de un blanco impecable. Hay cuatro almohadas mullidas y perfectamente colocadas.

—El baño está tras esa puerta del fondo. —Señala al otro lado de la estancia.

—Vale. —Apenas lo digo en un susurro. Él me mira divertido y vuelve a meter los pulgares en los bolsillos de sus vaqueros. Se muerde el labio, y me dan ganas de besarlo para que deje de hacerlo—. ¿Qué? —pregunto entonces.

—Es solo que no me creo que hayas accedido a dormir conmigo.

—Y yo tampoco, pero eso no lo verbalizo. Sonríe y voy hacia el cuarto de baño, consciente de que me observa hasta que me encierro en él—. Guau... —se me escapa al entrar.

Me tapo la boca con las manos esperando que no se me haya oído fuera. Esto es increíble. Las paredes del baño están revestidas de azulejos grandes en gris oscuro y mate. Hay una bañera enorme, ovalada y blanca en medio de la estancia. A la izquierda está la ducha, amplia, de efecto lluvia, con piedras en el suelo y acristalada.

El sonido del piano me indica que Andrew toca mientras me espera. Está claro que le gusta, y además, se le da bien. Decido no hacerme de rogar y voy directa a la encimera, donde sobresalen dos lavabos de porcelana blanca. Me miro en el alargado espejo que los custodia y después busco entre los botecitos alineados frente a mí. Cojo uno donde se lee «*Gingerlily bath & shower gel*». La marca, Molton Brown, me suena de haberla visto en el cartel de alguna tienda en Londres. Abro el botecito y me lo acerco a la nariz. No sé qué es el *gingerlily*, pero huele de maravilla. Vierto un poco de producto sobre la palma de mi mano izquierda y abro el grifo esperando a que el agua salga tibia. Me esmero en quitarme el maquillaje, sobre todo el de los ojos, pero llevo tanto que tengo que repetir la operación. Andrew tenía razón: esta vez me he pasado con los potingues para la cara. Me seco y dejo algo de rímel en la impecable toalla blanca.

—Mierda...

Me miro al espejo y me veo horrible. Siento que la confianza en mí misma va disminuyendo según me voy percatando de algunos detalles, como que tengo los ojos hinchados y los pómulos enrojecidos. Además, juraría que me está saliendo un grano en la frente. No sé si ha sido peor el remedio o la enfermedad, pero de nada vale arrepentirse ya, porque no puedo volver atrás. Me aliso la falda de mi vestido, aunque para nada, ya que está perfecta, pero estoy tan nerviosa que no sé qué otra cosa hacer. Decido salir e ir en busca de Andrew, que sonrío al verme sin parar de tocar.

—Me gusta... ¿Es tuya? —pregunto.

—No. —Deja el piano y viene hacia mí—. Se titula *Le matin*. Es de Yann Tiersen.

—No lo conozco.

Sonríe y se para a unos centímetros de mí. Me rodea la cintura con su brazo derecho y, con el dorso de la mano izquierda, acaricia mi mejilla, observándome. Cierro los ojos ante este gesto de cariño y me abrazo a él.

—Estás preciosa al natural.

No lo contradigo. Lo abrazo más fuerte, queriendo alargar el momento y detener el tiempo. Me siento tan segura, tan protegida y tan feliz entre sus brazos que temo que llegue el día en que ya no disfrute de todos estos sentimientos, nuevos para mí.

—Paula. —Levanto la vista hacia sus ojos justo antes de que me bese.

Todo mi ser tiembla de deseo. Le rodeo el cuello con los brazos y le correspondo. ¿Cómo consigue que sienta tanto con un beso? Él me sorprende cogiéndome en brazos.

—¿Qué haces?

—Llévate a la cama.

—Así parezco una princesa. —Río a carcajadas ante la escena.

—Tú no eres una princesa. Tú serás mi reina —me dice antes de dejarme sobre el colchón, pero

con los pies por fuera. Comienza a soltarme la hebilla de una de mis sandalias.

—Puedo desabrochármelas yo. —Me apoyo sobre los codos para poder verlo.

—Pero quiero ser yo quien lo haga, así que ¿por dónde íbamos? —Suelta la otra sandalia y después me mira, primero a mí, luego al cabecero—. ¿Y si seguimos trepando cama arriba para estar cómodos?

—Escalemos. —Me muevo hasta alcanzar las almohadas—. Estas cosas pasan por tener una cama tan grande.

—¿Pero a que te gusta?

—Sí. Quiero una igual, aunque me temo que ocuparía todo el espacio de mi cuarto. —Abrazo la almohada al apoyar mi rostro en ella. Es divina. Es perfecta. Cierro los ojos y suspiro—. Cómo te envidio ahora mismo. También quiero muchas almohadas así.

—Bueno, eso es más fácil de conseguir.

—Sí. Yo que tú las contaría antes de que me vaya, por si me guardo una en el bolso.

Vuelve a reír y rueda hasta colocarse casi encima de mí. Me aparta el pelo de la cara y me besa. Me sorprende sentirme tan relajada, sin miedo, sin nervios. Solo somos él y yo. Bueno, y la cama. Adoro esta cama. No sé durante cuánto tiempo nos besamos, pero terminamos siendo solo caricias, besos y dos respiraciones agitadas que prácticamente son una. Estoy tan centrada en cómo su lengua vuelve a abordar mi boca que no soy consciente de que ha ido más allá hasta que noto de repente su mano dentro de mi ropa interior. Abro los ojos como platos.

—No vamos a hacer nada hoy. Esto es solo para ti. —Me da un beso en los labios antes de volver a hablar—: Pero si no quieres, pararé ahora mismo.

No respondo. Mi cuerpo se ha puesto en guardia, pero, por otro lado, empiezo a sentir unas oleadas de placer que consiguen que me replantee la situación y abandonar mis miedos por completo.

—¿Entonces? ¿Quieres que pare?

Niego con la cabeza y busco sus labios de nuevo, pero aparta su rostro del mío antes de que lo alcance.

—No te oigo. —Parece divertirse a mi costa—. ¿Quieres que pare?

—No.

—Pues relájate —susurra en mi oído.

De nuevo me besa, y mueve su mano por el centro de mi placer, con tanta habilidad que me está volviendo loca. Mi cuerpo se estremece ante las sensaciones que experimento y que se apoderan de todo mi ser, haciendo que mi espalda se curve.

—Oh... Andrew...

Es lo único que puedo decir antes de sentir cómo exploto en mil pedazos entre sus brazos. Él me besa, como si quisiera atrapar mi aliento, en esa última convulsión. A continuación, me deja un poco de espacio para que me recupere mientras mi pecho sube y baja a gran velocidad.

—Nunca nadie me había hecho sentir así. —Me llevo las manos a las mejillas, que me arden, y lo miro.

—Lo imaginaba. —Se gira para apoyar la barbilla sobre su almohada, escondiendo los brazos debajo de esta y observándome—. Creo que voy a ser el primero en muchas cosas, pero no quiero que me lo digas. No me siento cómodo pensando en los dos cabrones con los que has estado. Tampoco quiero que tú lo hagas.

Me giro sobre mi costado y le paso la mano por el pelo. Él la atrapa y se lleva mi palma a los labios, donde deposita un suave beso.

—No lo haré —le digo. Sonríe y me besa la punta de la nariz—. Esto me ha gustado mucho.



—Que pronunciaras mi nombre me ha vuelto loco —confiesa—. Y que ahora me digas esto... Yo que tú me iba hacia el otro extremo de la cama, porque me va a costar mucho ser tan buen chico y dejarte dormir, pero mantendré mi palabra. Quiero que estés segura. Y aunque me marche unos días a Nueva York, sabes que volveré, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Prometo que te llamaré.

Asiento y me acerco para darle un beso. Ambos nos miramos mientras él me aparta el pelo de la cara, colocándolo detrás de mi oreja.

—Intentaré dejar Madrid el menor tiempo posible, pero siempre que tenga que viajar te ofreceré venir conmigo.

—Eso suena genial, pero no creo que pueda acompañarte casi nunca. Apenas tengo vacaciones o días libres suficientes para poder salir de la ciudad.

—Pues cuando no esté aquí, hablaremos por teléfono o por Skype.

—Me gusta la idea.

# 15

El sol de la tarde se cuele por la ventana entreabierto del techo de mi habitación y confiere a la estancia una atmósfera agradable. Aún huele a verano, aunque no estemos en esa estación. Sentada en la cama, con la almohada separando mi espalda de la pared, trato de continuar con la lectura de *Jane Eyre*. Aunque lo intento, no consigo centrarme en la novela, que, a decir verdad, tampoco me está apasionando; dudo que llegue a acabarla. Es lo que tienen estos clásicos, que o los amas, o los detestas.

Pienso en la inmensidad del azul de su mirada. Miro el libro que tengo en la mano. Es azul, por eso me recordará a él. Sigo leyendo, pero no termino el párrafo.

Pienso en su mano dentro de mi ropa interior.

¿Cómo puede hacer tanto calor a principios de octubre? Nos estamos cargando el planeta.

Su voz susurrándome al oído que le dijera lo que quería...

Pues a él. Lo quiero a él. Lo necesito a él.

¡Maldita sea! ¿Qué me pasa?

Deseo sentirlo en lo más profundo de mi ser, pero... todavía no puedo. No quiero perderlo. Tengo miedo, aunque espero no fastidiarla por culpa de mis miedos. Yo tampoco quiero esperar más. ¿Por qué me contradigo tanto? ¿Por qué no me dejo llevar?

¿Y si no me gusta? Con los otros no me gustó; me sentí mal, horrible, usada... Pero jamás había necesitado tanto algo como me pasa con él. Lo deseo, lo devoraría, lo comería a besos...

Ufff.

Lanzo el libro al suelo y me deslizo por la cama hasta quedar tumbada, mirando el azul del cielo. Suspiro y trago saliva al recordar su olor a madera, a algo cítrico y a especias. O antes de ayer, cuando olía a jabón porque acababa de ducharse. Oh... Andrew... Escondo la mano en mi ropa interior, igual que hizo él la última vez que nos vimos. Cuando mis dedos rozan mi clítoris, me estremezco pensando que es él y me dejo llevar más allá, imaginando lo que deseo y cómo lo quiero.

La melodía que anuncia una llamada entrante en mi teléfono móvil comienza a sonar a todo volumen, al mismo tiempo que lo noto vibrar como un loco junto a mi oreja.

—¡Joder! —exclamo, llevándome la mano al corazón por el susto.

No me había dado cuenta de que tenía ese aparato infernal tan cerca de mí. Leo su nombre en la pantalla. Parpadeo para asegurarme de que es real y contesto:

—Sí, ¡hola!

—Sí, ¡hola! —me imita él riendo.

—Hola —repito, nerviosa y con la respiración aún agitada.

—¿Estás bien?

—Sí, de maravilla. ¿Cómo va todo?

—Muy bien —responde con cautela—. ¿Y a ti cómo te va todo?

—Bien. —No sé qué más decir. Todavía me está regresando la sangre al cerebro, supongo.

—Llamaba para hablar un rato y saber qué estabas haciendo.

—Pues... eh... Estaba leyendo. —Carraspeo y me incorporo mientras observo el libro tirado

bocabajo en el suelo—. ¿Y tú?

—Estoy en la cama y pensaba en ti.

Trago saliva al escuchar esas palabras. Qué sincero, y yo diciendo que estaba leyendo... Aunque, bueno, técnicamente, es lo que estaba haciendo tres minutos antes de que me interrumpiera.

—¿Pero qué hora es allí? —Miro el reloj de pulsera que descansa en mi mesita de noche—. Aquí es la una y cuarto.

—Son las siete y cuarto de la mañana.

—Buenos días, entonces —río. En ese momento, decido proporcionar alguna pista más—. En realidad, yo también estaba en la cama... esto... pensando mucho en ti.

—¿En serio? ¿No me dirás eso solo porque crees que quiero oír algo así?

Me da la tos y siento encendidas las mejillas.

—Vale, eso es que vas en serio. —Lo escucho reír al otro lado de la línea—. Entonces, no estabas leyendo.

—Bueno, sí, pero he dejado que el libro se me cayera al suelo. —Observo la pobre obra de Charlotte Brontë.

—Esto sí que es interesante, bollito.

Se instala un silencio en la línea que se me hace eterno. Yo no me atrevo a decir más, y él tampoco añade nada. ¿He metido la pata? Tampoco es que le haya especificado lo que estaba pasando en mi cuarto.

—Ojalá estuvieras aquí —lamenta entonces con un suspiro.

—A mí me encantaría tenerte aquí ahora mismo —le digo de todo corazón—. Echo de menos tus besos, aunque suene muy cursi.

—Y yo los tuyos. Pero, volviendo a lo de antes..., ¿qué demonios hacías?

—Trataba de recordar lo que pasó en tu hotel el otro día —confieso antes de hundir la cara en mi almohada, como si así pudiera ahuyentar la vergüenza.

—*Wow!* ¿Y seguro que lo estabas haciendo bien? —Intenta ponerse serio—. Si quieres, puedo ayudarte.

—Eh...

—¿Dónde estás ahora mismo? —me pregunta.

—En la cama. Sentada.

—Pues tumbate y cierra los ojos, Paula. Imagina que estoy ahí contigo.

Hago lo que me dice y lo imagino a mi lado.

—Me encanta probar tus labios, pero aún me encantaría más probar otra parte de ti... En realidad, hay muchas cosas que quiero hacer contigo.

Sus palabras consiguen que me derrita de placer. Me muerdo el labio inferior y consigue que me retuerza imaginando de todo.

—Pero, de momento, iremos despacio, ¿eso te parece bien?

—Sí.

—¿Te sientes más cómoda?

—Sí.

Continúa susurrándome palabras con las que logra que enloquezca, diciéndome qué quiere que haga bajo mi ropa interior, y así, perdiéndome en su voz, mi espalda no tarda en curvarse, entregándome a esa corriente arrebatadora que me lleva hasta el orgasmo.

Tardo unos segundos en abrir de nuevo los ojos. Miro hacia el teléfono, que descansa al lado de mi oreja otra vez. Lo agarro y me aclaro la voz.

—¿Esto se ha considerado sexo telefónico? —Trato de contener una risita nerviosa.  
—Más o menos. Diremos que para nosotros, sí.  
—Vale. Ha estado bastante bien.  
—¿Cómo que «bastante bien»?  
—Me ha gustado. Mucho —corrijo riendo.  
—Bien. A mí me gusta que te haya gustado como dices. Te llamaré en otro momento para mantener otra de estas sesiones. ¿Te parece bien?  
—¿Esta noche?  
—¿Qué? —Estalla en carcajadas—. Supongo que podría sacar un rato, pero recuerda la diferencia horaria, bollito. Además, te aseguro que después de esto tengo que darme una buena ducha fría.  
—Oh... Vale. —Dudo si preguntar—. ¿Mañana?  
—Estoy creando un monstruo. —Se ríe más que antes, y pongo los ojos en blanco.  
—Bueno, que tengas un buen día, Andrew —digo antes de colgar.  
No tardo en recibir un mensaje suyo, casi de inmediato.

*No te enfades, bollito.*

*Siendo sincero, me encanta que te guste tanto esto.*

*Si a las doce de la noche estás despierta, házmelo saber.*

Leo su mensaje y se me dibuja una gran sonrisa, pero no le respondo. Dejo el móvil y decido que yo también me he ganado una ducha.

Ese día apenas hago nada, excepto vagar, y tampoco salgo de casa, excepto para bajar al supermercado y comprar los ingredientes necesarios para la elaboración de *cupcakes*. Desde que Anna y yo empezamos a ver la serie de *Dos chicas sin blanca*, me apetece lanzarme a hornear esas cestitas de felicidad y azúcar. A veces, Rai también se sienta a ver la serie con nosotras, pero finge ser demasiado macho como para reconocer que le gusta.

Antes de comenzar mi tarea como repostera, me esmero en limpiar todo bien y busco un lugar donde colocar el teléfono móvil, con la receta visible y a salvo de posibles salpicaduras o percances. No tardo en comprender que estos postrecitos tan monos parecen mucho más sencillos de elaborar en la televisión que aquí, en mi cocina. A veces dudo de las cantidades, de si habrá que seguir batiendo, de si tal vez —y aunque no lo indique la receta— sería buena idea dejarlo reposar o si esa ocurrencia sería la excusa perfecta para hacer descansar mi brazo. De tanto batir con las varillas, empiezo a pensar que o desarrollo el brazo de Hulk o me causo una lesión permanente. Al final consigo triplicar el tiempo que, según las instrucciones, se tarda en preparar los *cupcakes*, pero parece que han salido bien, y montar el *frosting* por encima es una tarea que, además de relajarme, me encanta.

—¡Ya estoy en casa! —oigo gritar a Rai mientras entra en el apartamento—. ¡Caray! Esas cosas tienen una pinta increíble.

—Estas cosas... —comienzo a decir sin apartar la vista de la manga pastelera y el *cupcake* que estoy decorando en este preciso momento— se llaman *cupcakes*.

—Son magdalenas de toda la vida, pero más bonitas.

—No voy a discutir contigo. —Por fin lo miro, y mi mandíbula se desploma—. ¿Qué llevas puesto?  
—pregunto al verlo con una camiseta larga, claramente cortada para convertirla en una prenda de

tirantes con el cuello más ancho, y una Hello Kitty retocada con rotulador negro para darle un aspecto *punky*—. ¿Has ido con eso a trabajar?

—¡Y a mis maduritas les ha encantado! ¿Te gusta? —añade estirando la camiseta para mostrar mejor el dibujo.

—¿Eso no era antes un camisón de Anna?

—Nunca se lo ponía porque decía que le quedaba demasiado grande y se le enroscaba mientras dormía.

—Te va a matar, ¿lo sabes?

—No entiendo por qué.

Como yo pronosticaba, cuando Anna llega se monta la Tercera Guerra Mundial en casa, pero Rai es así de único y puede vestir una camiseta de Hello Kitty y seguir pareciendo un tipo duro.

El timbre del telefonillo comienza a sonar entre los gritos de protesta de mi amiga y las súplicas de Rai por que no lo golpee con un elefante de peluche. Pongo los ojos en blanco y me acerco a contestar, pero los chillidos me impiden oír nada, así que abro a quien sea y decido asomarme por el hueco de la escalera para comprobar de quién se trata.

—¿Hola? —pregunto.

Un mensajero vestido con el uniforme de DHL se asoma por la barandilla y me mira.

—¿Eres Paula? Te decía que traigo un paquete para ti.

—Vale, espera ahí, no te haré subir todas estas escaleras. —Entorno la puerta del piso sin llegar a cerrarla y bajo al encuentro del hombre.

—Muchas gracias por el gesto. Llevo un día de locos.

—No hay de qué. —Observo la enorme caja.

—Es grande, pero no pesa nada —comenta ante mi gesto de horror.

Con las dos manos busco una etiqueta o algo que indique quién es el remitente, y me sorprendo al leer el nombre del hotel de Andrew. Sin más dilación, firmo en la tableta que me muestra el hombre y me despido. Cargo la caja hasta arriba. Al entrar, mis amigos se quedan en silencio. Anna viene al trote para investigar el paquete.

—¿Qué es? ¿Qué has comprado? ¿Por qué es tan grande? ¿Puedo agitarlo e intentar adivinarlo? —empieza a bombardearme a preguntas mientras rodea la caja, que he dejado sobre la mesita de lo que supuestamente es nuestro salón.

—No lo sé. Creo que lo manda Andrew.

—¿Tu novio parará algún día de ponernos el listón tan alto a los demás novios de la Tierra? —pregunta Rai, acercándose con un cuchillo para rasgar el precinto.

—¡No es mi novio! —exclamo a la defensiva—. Es mi amigo.

—Mi amor, portadora de mi corazón y futura esposa —le dice de pronto a Anna, que lo mira divertida—, te juro que, a pesar de ser amigo de esta mujer, jamás me he comportado ni me comportaré como sus otros amigos. —Luego se dirige a mí—. Creo que no tienes muy clara la definición de la amistad.

—Paula solo necesita tiempo, ¡y ahora rasga el precinto de una vez! —Anna le da unos toquitos al cartón.

Por fin, se decide a abrir el paquete, y ambas nos lanzamos a ver el interior, donde me encuentro cuatro almohadas y la cara de incredulidad y confusión de Anna.

—¿Almohadas?

—¡Almohadas! —digo yo feliz, sacando una de ellas de un envoltorio de plástico y abrazándola—. Adorables, suaves, mullidas y perfectas almohadas. —Cierro los ojos y suspiro.

Mi amiga no tarda en imitarme y, entonces, lo entiende. Desde luego es un regalo muy peculiar y, como poco, curioso, raro, ¡poco convencional!

Sé que quiere una para ella, y, como son tan grandes y mi cama, tan pequeña, le digo que puede quedarse la que ha cogido. Duda y me repite durante un buen rato si estoy segura de esa decisión, pero la convengo de que puede quedársela y, feliz, corre a la cama para tumbarse sobre su nuevo juguete.

# 16

Los siguientes días me da la impresión de que se evaporan, de que avanzan por el calendario más rápido de lo que me gustaría. Andrew continúa llamando, a veces solo para hablar y otras para mantener uno de nuestros particulares *meetings* telefónicos. Mientras él está en Nueva York, yo intento aprovechar en Madrid cada uno de mis últimos días de vacaciones. Hago limpieza en mi armario, ordeno mis libros y, cuando comienzo a estresarme por la idea de volver a mis turnos infernales en el trabajo, me pongo a cocinar un postre nuevo. He descubierto que la cocina me alivia, ya que me ayuda a deshacerme de los pensamientos negativos, y que lo único que se me da bien es la repostería. Lo malo de mi nuevo pasatiempo es que los ingredientes cuestan dinero, y me estoy dejando una fortuna en comprar artículos como vainilla, esencia de azahar, cacao en polvo o cerveza negra. Sí, habéis leído bien: cerveza. Estoy haciendo tarta de Guinness, y francamente tengo muchas esperanzas en que salga bien.

Es tarde, miro el reloj que tenemos apoyado sobre el microondas y me sorprendo de que sea medianoche. ¿Cuánto llevo con mi último experimento? Vuelvo a leer la receta y decido improvisar la parte final, el *frosting* que estoy batiendo con queso crema, azúcar glas y nata montada. ¡Qué ganas de que lo vean mis amigos! Y como si ese pensamiento fuera la clave para que aparecieran, escucho el sonido de las llaves en la cerradura de la puerta.

—¡Ya estamos en casa! —grita Rai—. ¡Oh, joder! ¿Tú quieres acabar con mis arterias? —dice al verme, dejando la bolsa del gimnasio junto al mueble del televisor. Anna aparece tras él y mueve la nariz, igual que un ratoncillo olisqueando sus frutos secos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Anna. Se sienta en uno de los taburetes de la zona de la cocina y pone un montón de revistas encima de la barra.

—Tarta de cerveza Guinness. —Sonríe mientras comienzo a cubrir el pastel marrón.

—Un postre hecho con cerveza. —Rai analiza en voz alta las palabras—. Me gusta el concepto.

—Paula. —Anna me observa con preocupación—. ¿Cuándo vuelve Andrew?

—Mañana por la noche.

—No quiero que me malinterpretes, pero empiezo a pensar que todo esto de la cocina es una vía de escape...

—Ni se te ocurra seguir por ahí. —La apunto con la paleta de cocina embadurnada con la mezcla blanca que estaba extendiendo por la tarta.

—¡Hey! ¡Que manchas la *Cuore*! —exclama Rai rescatando las revistas.

—¿Qué es todo eso? —Aprovecho para cambiar de tema.

—Mis revistas. —Comienza a mostrármelas una por una—. La *Vogue*, la *Cosmo*...

—¿Te das cuenta de qué clase de revistas son?

—*Avion Revue* —me dice ignorando mi comentario y mostrando una de aviones—. Llevo toda la semana leyendo las etiquetas de vuestros champús porque las revistas de ahí dentro —señala hacia el cuarto de baño— tienen más de un año y me las he aprendido de memoria.

—Joder, Rai, ¿por qué siempre tienes que especificar detalles que no queremos saber? —digo con cara de asco.

—Así soy yo, princesa.

Dicho esto, lo veo desaparecer con las revistas mientras Anna sigue prestándome atención.

—¿Qué? —le pregunto.

—A veces los miedos nos impiden hacer lo que queremos; ¿necesitas hablar?

—No, ya está todo hablado entre nosotros.

—¿Se lo has contado todo?

—Sí.

—Vale. —Asiente—. De todas formas, si necesitas algo, sabes que puedes contar conmigo —añade cogiendo un poco de *frosting* con el dedo y llevándoselo a la boca para saborearlo—. Está muy rico. Si a Rai le gusta, tendrás que darme la receta. Pero haz el favor de dejar de cocinar estas cosas, o tendré que ponerme a dieta.

—¿De dónde venís tan tarde, por cierto? —me decido a preguntar.

—Hemos estado en una agencia de viajes y después hemos ido al McDonald's para ahogar nuestras penas —resume.

—¿Y eso?

—Queríamos ir a Hawái en la luna de miel, pero...

Rai la interrumpe.

—Benidorm se ha convertido en nuestra opción *number one*.

—¿Tan caro es? —pregunto, triste por ellos.

—El triple de lo que yo pensaba —explica Rai.

—Vaya mierda.

—Pues sí. —Anna se va a su habitación resoplando y Rai se encierra en el baño.

Me gusta cómo huele el pintaúñas que me ha prestado Anna. En realidad, me gusta el olor de prácticamente todas las lacas de uñas. Este es de un color rojo que me encanta. No es como los míos, que son demasiado oscuros o demasiado claros. Anna tiene un don especial para escoger los rojos perfectos dentro de ese gran abanico de tonalidades escarlatas donde Rai dice que él solo distingue el rojo del granate.

Saco la brocha y dejo que gotee en el interior del frasco antes de quitar el exceso de producto contra el borde del cristal. Decido que no es el momento de pintarme las uñas y hago brillar la pantalla de mi móvil para comprobar que todavía es pronto, por lo que concluyo que voy a dedicarme exclusivamente a mimar mi cuerpo. Para planificar mi mañana, repaso la lista de Spotify y hago que la asombrosa Ella Fitzgerald, acompañada por Louis Armstrong, me interpreten *Dream a little dream of me*.

Me tiro sobre la cama y me pierdo en el intenso azul del cielo a través de las claraboyas de mi techo, al mismo tiempo que enumero lo que planeo. Primero, una ducha caliente, de esas que llenan todo de vapor, y en la que probaré el nuevo gel del súper con aroma a vainilla. Luego, me untaré alguna loción corporal, secando antes mi pelo a conciencia para que quede sedoso. Por último, remataré la mañana haciéndome las uñas, e intentaré dejarlas lo más perfectas posible, aunque siempre acabo rodeada de palitos de naranja y cantidades industriales de algodón con acetona para tratar de eliminar el sobrante. Y todo esto lo hago para sentirme bien conmigo misma, porque yo lo valgo y me lo he ganado. Aunque confieso que también lo hago para no pasarme el día subiéndome por las paredes, siendo diana de los chistes de Rai, porque hoy regresa Andrew. Ha prometido llevarme a cenar *sushi* a



un restaurante cerca de Nuevos Ministerios, y me apasiona la idea. Hace mucho que no como *sushi*. Suele ser caro y no lo preparan bien en muchos sitios, por lo que en casa lo evitamos.

Pierdo la noción del tiempo en el cuarto de baño y, cuando estoy lista, me doy cuenta de que otra vez me he olvidado la ropa limpia en mi cuarto. Abro la puerta, dejando escapar una gran nube de vapor, y, al no divisar a Rai por el salón, corro de puntillas y sujetándome bien la toalla que rodea mi cuerpo. Cuando llego a la puerta de la habitación, me sorprende al verla entreabierta. Juraría que la había cerrado...

Paso al interior de mi dormitorio y ahí está, medio tumbado en mi cama, con unos vaqueros, una camiseta blanca con un Cadillac rojo estampado, una chaqueta de cuero marrón y leyendo mi guía de Lonely Planet sobre Nueva York.

—¿Qué haces aquí?! —pregunto escandalizada, afianzando la toalla en torno a mi cuerpo.

—Leer —responde con un gesto inocente.

—¡Ah! —Cierro la puerta de mi cuarto y voy hacia él—. ¡Eso es privado! —digo, muerta de la vergüenza porque haya encontrado justo ese libro en mi mesilla de noche.

—Es una guía de viaje. —Me mira sin entender.

—Ya, pero... es de Nueva York y no quiero que tú la veas. —Me estoy comportando de forma ridícula, así que decido ir a lo importante—. ¿Cómo has entrado? Quiero decir, ¿qué haces en mi cuarto?

—He sobornado a un brasileño. —Sonríe, pero luego veo la duda en su rostro—. ¿Estás enfadada?

—No, pero...

—Me gusta que leas esto. —Me muestra la guía—. Hay muchas cosas que quiero hacer contigo en mi ciudad. —Veo casi la alegría de un niño en él; bajo sus ojos se dibujan unas arruguitas muy monas. Me derrite y me entenece.

—Y a mí me gusta que estés aquí —reconozco, aunque noto cómo mis mejillas se encienden.

—¿Lo dices en serio? —pregunta. Deja la guía en la mesita de noche.

—Creo que es la mejor sorpresa que podías darme.

—Mmm... —Se muerde el labio inferior y se levanta mientras me mira de arriba abajo—. La verdad es que no esperaba que me dieras la sorpresa de estar desnuda.

—¡Andrew! —exclamo riendo, avergonzada y levantando la mano a modo de aviso.

—Tenía tantas ganas de abrazar a la protagonista de nuestra línea erótica particular... —Me da un beso en los labios y luego arruga la nariz—. ¿Mi bollito huele a vainilla?

—¿No te gusta?

—Sí, pero prefiero tu perfume de siempre.

—De ese ya no queda, así que, por ahora, tendrás que acostumbrarte a otras opciones.

—Ni en broma. Dime cuál es y te lo compraré.

—No. Y ahora necesito que me des privacidad para poder vestirme.

—No.

—¿No? —pregunto abriendo los ojos.

—Te propongo que hoy nuestro *meeting* telefónico sea presencial. —Carraspea y me mira, intentando contener la risa—. ¿Qué me dices?

—Eh... —Estoy deseando aceptar su propuesta, pero dudo—. Rai está en casa.

—No haremos ruido, y podemos seguir sus pasos y escuchar a U2.

—No, a U2 no. —Frunzo el entrecejo y cojo mi móvil para repasar mi Spotify—. Seamos más originales.

Me arrebató el teléfono y teclea en él. Sube el volumen; las dulces notas de un piano resuenan en mi

habitación. Deja el móvil sobre el desordenado escritorio que hay frente a mi cama.

—Me gusta Alicia Keys —dice sonriendo.

Reparo en cómo se quita la chaqueta y la pone en la silla delante del escritorio. Observa por encima las cosas que hay y se vuelve con gesto triunfante.

—¿Qué?

—No guardas muy bien tus secretos. —Muestra mi preciado bote de Chanel N°5, ya vacío. Quita el tapón rectangular y se lo acerca a la nariz—. Me gusta mucho más cómo huele en tu piel.

—Oh, Andrew, ¡venga! —digo riendo.

—¿La señorita está impaciente?

—No. —Me sonrojo *ipso facto* con su comentario.

Se acerca a mí y me acaricia el rostro con el dorso de su mano, antes de besarme lentamente y de una forma delicada que enseguida se convierte en un juego de nuestras lenguas, buscando profundizar más el uno en el otro, buscando devorarnos.

—¿Tienes un pañuelo de esos para el cuello?

—¿Un pañuelo? —pregunto sin comprender.

—Sí, un pañuelo. —Busca en mi perchero y encuentra un fular fino, de poliéster azul—. Como este.

—¿Para qué lo quieres?

—Del cero al diez, ¿cuánto confías en mí? —susurra. Sus palabras me producen un cosquilleo en el vientre.

—Nueve —respondo de manera sincera.

Sabe que lo digo de verdad. Asiente y me incita a soltarme la toalla, que cae al suelo y me deja expuesta ante sus ojos. Soy consciente de que me recorre de arriba abajo con la mirada hasta detenerse en mis labios, los cuales no tarda en reclamar con su boca.

—Date la vuelta —me pide con voz ronca.

—Hago lo que me dice y me tapa los ojos con el pañuelo, que ata en la parte posterior de mi cabeza.

—¿Así está bien?

—Sí. —Trago saliva, nerviosa pero expectante.

Siento cómo me lleva hasta la cama, y ahí me sorprende repasando todo mi cuerpo con su boca, haciéndose eterno, haciéndome sentir tan deseada, tan bien y tan a gusto por tenerlo aquí explorando toda mi piel... Esta vez no son sus dedos los que tantean mi placer, sino su boca, y lejos de darme pudor, como siempre pensé que me daría una situación así, me sorprende a mí misma disfrutando de las caricias de su lengua. Soy consciente de que, cuanto más avanzamos, va penetrando un poco más en mi corazón, y eso duele porque sé que no será eterno.

Me evado de mis pensamientos y me abandono a las sensaciones que me atraviesan como dulces descargas eléctricas, sucumbiendo al placer que él me descubre. No tardo en sentir esas convulsiones deliciosas que, en esta ocasión, me llevan más alto de lo que jamás pensé que llegaría, tanto que hasta me hacen gritar su nombre cuando alcanzo la cima.

Mientras estabilizo mi respiración, Andrew se tumba a mi lado. Arrastro el pañuelo que cubre mis ojos hasta mi frente. Busco su mirada y lo encuentro observándome, divertido.

—Te brillan los ojos. Tienes las mejillas sonrojadas y los labios encendidos. Estás preciosa al natural. —Se deleita contemplándome y, después, me da un beso que se me hace salado en la boca.

Su teléfono suena y sus ojos se entrecierran, frustrados por la interrupción. Saca el móvil del bolsillo de sus vaqueros y examina la pantalla.

—Lo siento, solo será un momento —me dice. Contesta la llamada y se levanta de la cama.

Yo aprovecho para imitarlo, y me visto rápidamente con unos vaqueros y un jersey amplio antes de salir en busca de una buena taza de café.

—Buenos días, Alicia Keys. —Rai me sonríe desde la barra. Está comiendo un trozo de la tarta de ayer, y parece rumiar en su mente algún comentario perverso de los suyos.

Decido ignorarlo. ¿Sospechará algo? Por su gesto, estoy convencida de que sabe lo que ha ocurrido ahí dentro, o tal vez piensa que ha pasado más de lo que en realidad hemos hecho. Finjo indiferencia y mi vista se desvía a unas diez latas que hay esparcidas por la encimera.

—¿Por qué está la cerveza fuera?

—Andrew me ha traído un montón de Brooklyn Lager, y era necesario hacerles un hueco en la nevera.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué no te puedes creer? —Andrew aparece detrás de nosotros.

—Lo has sobornado con cerveza.

—Este tío sí que sabe. —Rai alza la mano hacia mi yanqui, con el que choca los cinco—. Puedes venir siempre que quieras, y si es para ver el *basket*, ¡mejor!

—La semana que viene hay partido de los Knicks —le dice Andrew—. Te iba a sugerir repetir con unas pizzas. ¿Qué turno llevas, Paula?

—El infernal de doce a siete.

—Su encargada es una cabrona —le resume mi compañero de piso a mi... mi lo que sea—. Acostúmbrate a turnos raros y días libres entre semana en lugar de en fin de semana.

—A veces también tiene ventajas. Voy a trabajar tantos días seguidos y acumularé tantas horas que en dos semanas me unifican sábado, domingo y lunes libres. Y, desde luego, casi nunca tengo que madrugar —digo.

—Y casi nunca puedes comer —contraataca Rai.

—Pero tengo que buscarle el lado positivo.

—No hay nada positivo en trabajar en esa mina —dice Rai.

—Desde luego, el apodo parece apropiado para la descripción que estáis dando —comenta Andrew pensativo—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando ahí?

—Casi cuatro años —respondo mientras lleno una taza de café. Está frío, pero no me importa. Me lo llevo a los labios para darle un sorbo y me lo trago a duras penas.

—Ya empezamos... —Rai pone los ojos en blanco al ver mi mueca—. ¿Cómo demonios puedes detectarlo?

—No soporto el café de marca blanca. Es peor que veneno. —Dejo la taza junto a las latas de cerveza. Me dirijo hacia Andrew, que parece divertido por la escena que estamos representando y que tanto se repite en el apartamento—. Voy a por una sudadera y nos vamos a buscar café en condiciones.

—¿Ya tenéis planeado el viaje para vuestra luna de miel? —oigo que se interesa Andrew mientras yo me dirijo a mi cuarto.

—Tío, soñábamos con Hawái, pero es mucho más caro de lo que pensábamos. Probablemente busquemos una opción más económica.

—Lo de Benidorm sería una broma, espero —le digo cuando vuelvo con ellos.

—Claro que sí, yo nunca le haría eso a Anna. Lo más probable es que vayamos a Canarias.

—Eso tampoco está mal. Son islas.

—Bollito, ¿en serio piensas comparar Canarias con Hawái?

—Vale. —Pongo los ojos en blanco—. Mejor me callo. —Cojo la bandolera que ayer abandoné sobre el sofá y me la cuelgo mientras compruebo que llevo todo—. ¡Nos vamos!

—Andrew, cuando vengas, pídele a tu novia que nos haga tarta de cerveza —dice Rai, haciendo repiquetear el tenedor en el plato, donde ya solo quedan unas migajas—. Es como subir al cielo de los dulces.

—¡Rai! —Llamo su atención entre dientes, avergonzada y enfurecida por habernos puesto el apelativo de «novios», pero, por suerte, a mi yanqui le entra la risa, lo cual me deja confusa.

—¿De qué sirve salir contigo si no me preparas dulces a mí también? —me pregunta.

—Prepararé la tarta de nuevo, pero pídele a él que no la devore en cuestión de horas, como si hiciera días que no come —gruño.

Salimos del apartamento y comienzo a bajar las escaleras, ya más calmada. Rai me va a escuchar cuando vuelva a casa.

—No sé cómo lo has hecho, pero creo que te ha aceptado en su manada.

—Soy un buen chico y me aprueba.

Oigo el ruido de una puerta que se abre más abajo y me paro en seco; Andrew choca contra mí.

—Mierda, mierda, ¡mierda! —Me doy una palmada en la frente—. Tienes que volver a casa. —Rebusco en mi bolso y le tiendo las llaves—. Espérame allí, yo volveré en treinta minutos.

—¿Qué?

—¿Paula? —se escucha a una mujer.

—¡Ya voy! —grito asomándome por el hueco de la escalera. Andrew me imita. Mi vecina se ajusta las gafas para poder vernos. Tiro de Andrew para que se aparte del campo de visión de la anciana y le hago un resumen rápido—: Le prometí a la señora Babenko que hoy la ayudaría a hacer la compra. Ella no puede cargar sola las bolsas por las escaleras.

—¿Y haces eso a menudo?

—A veces. Espérame en casa, por favor.

—Quiero acompañarte, y así yo llevaré lo que necesitéis.

—¿Qué ocurre ahí arriba? —vuelve a preguntar la vecina a través de la escalera.

—Eh... Está bien, vamos. —Reanudo el paso y la saludo al llegar a su rellano—. Buenos días, señora Babenko.

—Buenos días. —Observa con detenimiento a mi acompañante—. ¿Quién es?

—Es mi amigo Andrew.

—Pues es un amigo muy guapo.

—Un placer. —Él le extiende la mano, que ella acepta con gusto.

—Guapo y educado —añade, dedicándome una miradita que no sé cómo interpretar—. ¿Qué tal con Pasternak?

—Reconozco que no es de mi estilo. Creo que necesito algo más contemporáneo.

—Ya... Creo que estás descentrada. Voy a por mi cartera —ríe antes de entrar a su piso.

—¿Quién es Pasternak? —pregunta Andrew achinando los ojos.

—El autor de *Doctor Zhivago*.

—Eres muy friki —comenta dándome un beso en la sien—. Y me encanta.

El paseo por el supermercado con la señora Babenko se me hace más largo de lo normal, pero supongo que es por culpa de mis nervios y la presencia de Andrew, que se muestra atento a nuestra conversación y colabora transportando las cosas, tal y como me dijo. Cuando terminamos, lo acompaño hasta un parking cercano.

—¿Has venido conduciendo?

—Sí.

—¿Y Fran?

—Ya no lo necesitaremos tanto.

Hace parpadear las luces de un Mercedes deportivo, descapotable, en gris mate y con los asientos en piel marrón. No doy crédito al cochazo que veo, y él sonrío ante mi gesto mientras me aparto para poder apreciarlo mejor.

—¿Qué es esto?

—Un coche —responde, burlón.

—Es... muy bonito. —Me quedo pensativa unos instantes, hasta que sonrío y digo—: Poco convencional.

—Ya sabes lo aficionado que soy a lo poco convencional. —Me abre la portezuela para que pase y cierra una vez que estoy dentro. Rodea el vehículo y entra él también.

—Entonces, ¿es tuyo?

—Claro que es mío —dice estallando en carcajadas—. Tenía ganas de poder conducir y de que dispongamos de más independencia cuando estemos juntos.

—¡Es una pasada! —Lo estudio por dentro mientras nos ponemos en marcha—. Significa que... ¿piensas quedarte en Madrid más de lo que esperabas?

—Todavía estaré aquí unos meses, pero no puedo quedarme. —Paramos en un semáforo y le da unos toquitos al GPS—. Vayamos al restaurante, ¿vale?

—¿A qué restaurante?

—Prometí llevarte a un japonés.

—¡Cierto! Me ha entrado hambre solo de pensarlo.

—Eres estupenda. —Sonríe y vuelve a arrancar cuando el semáforo cambia a verde.

Llegamos enseguida, y aparcamos en otro parking subterráneo que hay al lado del establecimiento. Salgo del coche con cierta torpeza, pero Andrew viene hacia mí, cierra la puerta, me apoya sobre esta y comienza a besarme, hasta lograr que me pierda entre sus caricias con los ojos cerrados. De pronto, se detiene. Cuando vuelvo a mirarlo, está mordiéndose el labio inferior, pensando.

—¿Qué haces conmigo que cada vez me cuesta más alejarme de ti? —pregunta, sin esperar respuesta, porque no tarda en coger mi mano y poner rumbo al restaurante.

# 17

Amo con locura el café de calabaza especial de Halloween que venden en Starbucks. Hoy me han confirmado en la barra que era el último día que podrían prepararlo, así que he pedido un vaso gigante que me ha durado una hora. Adoro ese sabor que engancha y te deja con mono un año entero, hasta que vuelven a venderlo al siguiente. Antes de ayer fue la noche de las brujas, y, por tanto, doy por finalizada la época del buen rollito que transmite el calor que quedaba y el *Pumpkin Spice Latte* de la famosa cadena de cafeterías norteamericana. Suena raro, pero yo las estaciones las customizo poniéndoles mis fechas propias.

Hace ya unos días que tuve que sacar el abrigo del armario porque estamos entrando en esa época del año que odio, en la que hace frío, anochece pronto y todo presenta un color grisáceo, como mi humor. Lo peor es que dentro de poco decorarán las calles, llegará la Navidad y, con esto, las largas filas frente a la caja registradora de la tienda, los probadores a rebosar hechos un asco, ¡y empalmamos con la campaña de rebajas! Como veis, es todo maravilloso. (Sí, esto último es irónico).

Las cosas con Andrew están un poco estancadas. A veces me rayo por el hecho de que vaya a volver a Nueva York en algún momento, y otras me sorprende a mí misma soñando con que se queda en Madrid. Yo, que no me permito soñar para no llevarme después las desilusiones pertinentes, estoy volviendo a suspirar por algo. ¿Pero a quién quiero engañar? No es viable que eso ocurra y, además, no avanzamos en la relación. Aunque ¿qué historia se supone que tenemos? Eso es algo que no me atrevo a hablar, y que él tampoco ha definido. Básicamente, llevamos poco más de un mes viéndonos, aunque solo cuando podemos, ya que él viaja bastante, y no precisamente por la península Ibérica. Esta semana ha vuelto de Kuala Lumpur, que, por si no lo sabéis, es la capital de Malasia. Yo, al menos, tuve que buscarlo en un mapa cuando volví a casa.

Pero, como decía, nos vemos cuando podemos, y la verdad es que él lo intenta siempre que está en Madrid. Por supuesto, seguimos con nuestras particulares llamadas telefónicas; nunca Skype, siempre teléfono. Somos prudentes, y no termino de fiarme de lo que pueda circular por internet. Estoy deseando que regrese de Asia, y esta vez creo que me lanzaré a por algo más, no sé si entendéis a lo que me refiero. El caso es que ni quiero ni puedo seguir esperando para ir más allá con Andrew. Jamás me he sentido como me siento con él.

A mi encargada le desquicia verme contenta, o al menos no para de preguntarme por qué llevo semanas con una sonrisa de idiota en la cara todo el tiempo. Es su forma de interesarse por mi felicidad. Por supuesto que yo no le contesto. Prefiero que se consuma en su propio veneno. Otra cosa positiva de todo esto es ver el tic que le sale en la cara cuando Fran viene a traerme de extranjería una cajita del restaurante del hotel. El hombre viene, me saluda, me pregunta qué tal estoy; yo hago lo mismo con él y después se va. No tardamos ni un minuto, pero cuando está ella presente, la situación la saca de sus casillas, y puedes ver cómo pone cara de gatito mojado. ¡Hasta se le cierra un ojo repetidas veces!

Desde que Rai le habló a Andrew de mis turnos imposibles y de mi poco tiempo de descanso, se ha empeñado en hacerme llegar cajitas con comida. Muy pocas veces me las puede traer él, por eso suele ser Fran quien realiza el cometido. Las cajitas se han convertido en una rutina que no deja de

sorprenderme, ya que, a pesar de tener solo veinte minutos para engullir algo, siempre aparecen cosas realmente apetecibles. Desde el clásico sándwich de jamón y queso hasta otros más elaborados con espinacas, queso azul y pasas, o queso con nueces, o salmón con base de aguacate... Otros días me he encontrado con alguna sorpresa, como *sushi* o, incluso, una hamburguesa. Además, siempre hay un vasito de fruta troceada que varía según el día: fresas, mango, piña, melón, pero jamás me he encontrado kiwi. Andrew sabe que odio el kiwi, y creo que se lo ha hecho saber al personal del restaurante.

Entro al vestuario a guardar mi cajita de hoy, no sin antes echarle un rápido vistazo, y me sorprendo al descubrir una miniensalada, dos empanadillas con una pinta que hacen rugir mi estómago y hasta un flan. ¡Estoy deseando que llegue mi descanso! Antes de volver a la tienda, reviso el móvil, que guardo en el bolso, y leo los mensajes de Anna. Me propone pasar a buscarme para que la acompañe a buscar zapatos para la boda, y, por supuesto, aunque odio ir de compras, acepto ser su compañera de misión. Después escribo a Andrew dándole las gracias por enésima vez.

Por suerte, la jornada transcurre deprisa, aunque no tanto como me habría gustado, y puedo decir que hoy no ha habido muchas arpias que vinieran a tocar las narices. Me doy cuenta de que son las siete cuando Anna llama mi atención desde fuera de la tienda, sonriendo y haciendo gestos con las manos, por lo que voy como un rayo a por mis cosas y me despido reencarnada en la imagen del correccaminos, dispuesta a vivir lo que me queda del día acompañando a mi amiga por un centro comercial cerrado, sin ventanas, con música y luces brillantes que nos harán perder la noción del tiempo, tratando de localizar las salidas cuando ya no soportemos permanecer ahí dentro ni un minuto más.

—Sigo pensando que deberíamos encontrar antes un vestido, ¿no crees? Empezar por los zapatos es como comenzar una casa por el tejado —comento mientras observo unos de raso fucsias que me recuerdan a la Barbie de mi infancia.

—De momento solo voy a mirar. Además, son zapatos. Se supone que como quiero un vestido blanco, el calzado que escoja debe ser sencillo y del mismo color, ¿no?

—¿Y por qué no hacerlo más divertido? Si tu vestido al final es corto, podrás darles protagonismo a los zapatos. Puedes llevarlos rojos, o verdes, o amarillos.

—Empiezo a pensar que no estamos en la misma onda. —Alza las cejas—. Una novia con zapatos amarillos, ¿en serio? Además, ¿eso no daría mala suerte?

—El amarillo no da mala suerte. Es un mito que algún sociópata inventó para que la gente no lo usara. También puedes llevarlos azules; ¿no se supone que debes llevar algo azul?

—¡Estás como un cencerro! —ríe mi amiga—. Por cierto, ¿hoy también has recibido caja de comida?

—Sí. Supongo que lo echaré de menos cuando todo esto se acabe.

—Pero si todavía está empezando... ¿Por qué no te paras a disfrutarlo?

—Porque quiero mantener los pies en la tierra y no colgarme por este tío, o de lo contrario sufriré aún más.

—Paula, siento ser yo quien te lo diga, pero ya estás colgada por Andrew. Además, no le pongas fecha de caducidad tan rápido. No sabes cómo puede evolucionar la situación. Tal vez termine quedándose aquí, en España.

—Ya sabes que no me permito soñar.

—¿No te lo permites porque no quieres hacerte ilusiones o porque te da miedo?

—Digamos que no me atrevo a soñar.

Mi amiga agarra otro zapato, pensativa, antes de desviar la conversación, lo cual me indica que

prefiere dejar el tema de Andrew aparcado.

—Me encantan estos —dice mostrándome unos esarpines blancos con perlas en torno a la abertura—. ¡Doscientos euros! —exclama al ver el precio pegado en la suela—. Está claro que no. Pensaba que mirar zapatos me aclararía las ideas, pero he fallado en mi estrategia. Te invito a un café, ¿qué te parece?

—Solo si dejas que yo te invite a donuts o algo para acompañarlo.

—¿Está aquí Andrew?

—Sí, ¿por qué?

—Rai y yo vamos a salir esta noche a cenar y llegaremos bastante tarde; tal vez podrías proponerle cenar en casa y, ya sabes, dar el salto.

—¿Cómo sabes que todavía no ha pasado?

—Soy tu amiga y vivimos juntas.

—¿Tan obvio resulta?

—Sí, pero para entregarte a alguien, antes debes conocerte y quererte a ti misma, y no tener miedo de pertenecer en ese momento a otra persona, aunque solo sea un poquito.

—Eso no me da miedo, y lo tengo claro.

—Pues entonces, ¿a qué esperas para vivir algo que estás deseando? Llámalo y enciende unas cuantas velas en nuestro piso para crear un poco de ambiente.

No me hago de rogar. Me alejo; saco el móvil para llamarlo y proponerle el plan. La verdad es que me apetece mucho, y solo la idea hace que un terremoto de sensaciones recorra mi cuerpo mientras me muerdo el labio inferior, olvidándome por un instante de dónde me encuentro, hasta que su voz consigue que regrese a la realidad de golpe.

—Hola, bollito.

—Hola, ¿cómo va el día?

—Bien. Ha habido mucho trabajo, pero todo controlado. ¿Y el tuyo?

—Bien. Ahora estoy con Anna eligiendo zapatos para su boda, aunque vamos a abortar la misión en breve. —Le suelto la proposición sin más preámbulos—: Me preguntaba si esta noche te apetecería venir a cenar a mi casa. Ya sé que igual se ha hecho un poco tarde, pero podría pasar por el súper y cocinar algo, si te parece bien.

—Podemos quedar para salir a cenar; paso a buscarte cuando quieras.

—El tema... —intento concebir una excusa rápida— es que estoy cansada, y me apetece tanto verte que por eso quiero que sea en casa. Anna y Rai no estarán, así que solo seremos tú y yo.

—De acuerdo; en ese caso cocinaré yo.

—¿Tú? —No puedo evitar parpadear y preguntarme si he oído bien.

—Sí. Me gusta, ¿sabes? Y debo reconocer que no se me da mal.

—Eh... vale —accedo, aún sorprendida.

—¿A las nueve?

—¡Genial!

Vuelvo hacia donde se encuentra Anna, que sonrío al verme llegar.

—¿Qué ha dicho?

—Que vale, y que cocina él.

—¿También cocina? ¡Pero qué partidazo de chico! —Me da un apretón en el brazo.

—Le mandaré un mensaje para avisarlo de que yo llevo el vino. ¿Podemos pasar por ese sitio *gourmet* a que me recomienden uno?

—¡Claro!



No nos entretenemos mucho más, pero llego a casa tan solo diez minutos antes de la hora acordada. Si no hubiera perdido aquel metro, no habría ocurrido esto. ¡Maldita sea! Tenía el tiempo medido, si no hubiera sido porque el tren se fue delante de mi cara a pesar de que presioné varias veces el botón de apertura de puertas. Pero nada. No hubo manera.

El salón está medio recogido y con eso me vale, dada la situación y gracias a que encenderé velas, que atenuarán lo que hay por ahí tirado; decido no darle mucha importancia. Corro hasta mi cuarto y hago la cama. Con que parezca todo decente, también me vale. Cojo un vestido de manga larga y estampado de flores y reviso el cajón de la ropa interior, pero lo único que tengo limpio lleva a Hello Kitty serigrafiada; ¿en qué demonios estaría pensando cuando lo compré? Como el tiempo no va a esperarme, cojo las braguitas y voy corriendo hasta el baño para darme una ducha no rápida, sino exprés. Y tengo suerte, cualquiera diría que he cronometrado el tiempo, ya que, en cuanto me pongo el vestido y me subo la cremallera, suena el timbre de abajo.

Andrew viene con un par de bolsas y prepara una ensalada *caprese* y un *magret* de pato a la naranja, mientras yo intento ser su pinche de cocina. Me quedo con la boca abierta en varias ocasiones por los conocimientos que tiene sobre gastronomía.

*Like a star*, de Corinne Bailey Rae, suena de fondo mientras cenamos. Compartimos anécdotas sin relevancia, aunque para nosotros significa continuar descubriéndonos más el uno al otro, y me encanta.

—Creo que, si no me hubiera dedicado a lo que hago, sería chef.

—¿Chef?

—Sí. —Bebe de su copa—. A veces me escapo de todo esto, a la montaña, y me dedico a vivir de una forma más llana. Es en la vida sencilla donde encuentro la plenitud y la paz. Me encanta evadirme, pensar y poder disfrutar de cosas tan sencillas como el aroma de la noche o el placer de preparar tu propia comida. Supongo que eso me viene de mi madre, que a veces huía de Nueva York para refugiarse en Madrid, con la familia, siempre llevándome a mí con ella.

—Eso suena muy bien. Tienes un plan B.

—Sí. Aprendes a vivir de otra manera. —Examina la etiqueta de la botella de vino y sonrío—. Es un buen vino; tendré que memorizarlo para otra ocasión.

—Me alegro de que te guste. —Carraspeo y me preparo para lanzarme—. Estaba pensando que tal vez podrías quedarte a dormir conmigo. —Me muerdo el labio inferior, nerviosa por mi atrevimiento y deseosa de que acepte.

—Quedarme a dormir... ¿No sería más cómodo que te quedases tú a dormir otro día en mi hotel?

—Sabes a lo que me refiero. —Trago saliva antes de realizar la siguiente pregunta—: ¿Tienes preservativos?

—Esa proposición no me la esperaba. —Bebe de su copa y me mira a los ojos.

Su comentario me sorprende tanto que no puedo evitar fruncir el ceño y fijar la mirada en la servilleta que he extendido sobre mis piernas. ¿Qué demonios le pasa?

—Paula, no me malinterpretes. Solo quiero que tú estés segura.

—¿Cómo no voy a estar segura? —Lo miro y estrujo la servilleta, como si así me armase de valor—. Si tú no quieres, puedes decírmelo y punto.

—¿Cómo no voy a querer? —Se levanta de la mesa, se acerca a mí y se agacha para quedar cara a cara conmigo y mirarme a los ojos—. Llevo imaginando mil formas de hacerte el amor desde que te

conocí en la presentación de Londres. —Se fija en cómo agarro la servilleta y pone una mano sobre las mías, haciendo que me relaje—. Lo que quería decir es que quiero que confíes en mí.

—Confío en ti. ¿Acaso aún no te has dado cuenta?

—Solo quiero que estés segura. —Me besa—. Mañana debo madrugar, y, aunque suene raro, yo quería que fuera especial. —Se levanta.

—¿Especial? Pero...

Pone un dedo en mis labios para que no continúe y se muerde el labio inferior.

—No quiero que follemos —suelta entonces—. Quiero que sientas, que hagamos el amor. Que despertemos juntos y sin prisas para poder amarte otra vez por la mañana.

Me deja sin palabras. Siento la garganta seca; el centro de mi deseo tiembla de ganas por lo que acaba de decir.

—Además, ya te pedí que me reservases esos tres días libres que tienes esta semana.

Me da un toquecito en la nariz con su dedo índice y, con ese gesto, me hace sonreír. Me levanto para poder quedar frente a él y paso mis brazos alrededor de su cuello.

—Bésame.

No tarda ni dos segundos en cumplir mis deseos. Me besa y yo casi quiero devorarle la boca. Me entretengo haciendo que mi lengua juguete con la suya; la paso por sus labios con delicadeza, deleitándome en el contacto y el hecho de estar entre sus brazos. Le doy un último mordisquito cariñoso en el labio inferior y, cuando lo miro, sus preciosos ojos azules me parecen más oscuros de lo normal, como ese azul denso que advierte de lo peligroso que es seguir adentrándote en lo más profundo del océano.

—No me hagas caer en la tentación —susurra, casi suplicante—. Contigo quiero que sea especial. —Vuelve a besarme y me separa de él. Suspira—. Esperemos solo dos días más. Te prometo que no te arrepentirás.

# 18

Y antes de lo que pudiera imaginarme, aunque más tarde de lo que me gustaría, llega el viernes en que Andrew y yo... yo y Andrew... ¡ya sabéis! He estado nerviosa todo el día, y encima he tenido que acceder a hacer un turno horrendo de diez de la mañana a ocho de la tarde porque ayer mi encargada se arrepintió de haberme juntado tres días libres, así que la convencí y he trabajado diez horas seguidas. Diez malditas horas en las que no he podido dejar de mirar el reloj y en las que en más de una ocasión me he sorprendido a mí misma doblando y desdoblando la misma camiseta una y otra vez.

Estoy nerviosa, feliz, un poquito asustada, deseosa y no controlo mi propio cuerpo. Es como si mi ser estuviera dentro de mí, pero al mismo tiempo, no. Como si me encontrara en el limbo. Un agujero en el estómago me ha impedido terminarme la cajita que Fran me ha traído hoy, y creo que es a eso a lo que se refieren cuando hablan de tener mariposas en el estómago.

Cuando termino la jornada, me arrepiento de haber quedado con él a la salida. ¡No estoy preparada! Quiero decir, para eso sí, pero es que después de diez horas necesito darme una ducha y descansar. He dormido realmente poco desde que quedamos en dar el paso hoy. En el vestuario, me cambio torpemente el uniforme por unos vaqueros negros y la blusa azul que me compré con Anna el otro día. Me parece una buena ocasión para estrenarla. Trato de asearme como puedo, me recojo el pelo en un moño rápido y me rocío con el espray de frambuesa, aunque no mucho, pues quiero sutileza para esta noche. Salgo de la tienda y trato de recordar si me he despedido de mis compañeras, pero deja de importarme cuando lo veo apoyado en su coche, luciendo una amplia sonrisa.

—Cada día estás más guapa —dice antes de besarme.

—No tienes que decirme cosas bonitas, ¡ya me tienes ganada!

—Pero es verdad, ya no siento solo hueso cuando pongo las manos en tus caderas. —Me da a propósito con un dedo en el costado.

—¿Me estás diciendo que he engordado?

—Sí, y se te ve muy guapa y más saludable.

Decido dejar el tema, pues es verdad que esta semana me ha costado cerrarme el botón de los pantalones de mi uniforme, pero no pienso reconocerlo delante de él.

Me abre la puerta del coche para que entre y después rodea el vehículo hasta aparecer en el asiento del conductor, a mi lado.

—He pensado que podíamos cenar en un italiano que me han recomendado; espero que tengan mesa.

—¿No vamos a tu hotel?

—Después. —Sonríe, divertido—. ¿Tan impaciente estás?

—No —miento, revolviéndome en el asiento.

—Llevas trabajando todo el día, y he pensado que una buena cena nos vendrá bien.

No añado nada. Me percató de que un mechón se escapa de mi moño y me lo pongo detrás de la oreja. Me fijo en el tráfico al mismo tiempo que siento el latir acelerado de mi corazón, tan fuerte que me resulta curioso que él no pueda oírlo. Frenamos en un semáforo, y Andrew aprovecha para poner

su mano sobre la mía, que descansa en mi muslo.

—Quiero ir al hotel —digo mirándolo—. Podemos pedir cena allí, ¿no? He estado en la tienda demasiadas horas, y no me apetece estar en un restaurante lleno de gente un viernes por la noche.

—Vale —accede. Vuelve a poner ambas manos en el volante y acelera el motor con un rugido cuando el semáforo cambia a verde.

Ninguno de los dos dice nada más. Él conduce rumbo a nuestro destino, y yo pongo las palmas de las manos sobre mis vaqueros y me concentro en calmarme, pero no me da tiempo, ya que enseguida nos plantamos en el hotel. Andrew le cede las llaves del vehículo a un botones para que pueda aparcarlo.

—Vamos. —Me rodea la cintura con el brazo y atravesamos la recepción hasta los ascensores—. Estarás muy cansada después de tantas horas; ¿quieres darte una ducha mientras pido la cena? Podemos ver una peli tranquilamente.

—No estoy tan cansada —admito sonrojándome.

—Me alegro, porque llevo esperando este día desde que te encontré en aquella sala, en Londres, sola y con un solo zapato puesto.

El ascensor llega en ese mismo momento en el que a mí me ha dejado sin aliento.

—Buenas noches —saluda una pareja, más o menos de nuestra edad, con la que está más que claro que vamos a compartir el trayecto.

A mí no me salen las palabras, y Andrew los saluda amablemente cediéndoles el paso. Subimos en el más absoluto silencio, roto únicamente por la música tediosa que suena en la cabina. Ellos se bajan dos plantas antes que nosotros, y mi yanqui me sorprende empotrando su cuerpo contra el mío, dejándome atrapada entre la pared del ascensor y él, mientras me besa y me acaricia por debajo de la blusa; solo que no dura ni un minuto, ya que llegamos a nuestro piso más pronto de lo que me hubiera gustado.

—Necesitamos relajarnos —dice tirando de mí cuando ya estamos dentro de la habitación.

Me guía hasta el cuarto de baño y me suelta la mano al pararse delante de la bañera, la cual comienza a llenar. Se gira, se quita el jersey, y me dedico a contemplar su torso musculado y perfecto. Sin apartar la vista de él, decido imitarlo y me deshago de la blusa, solo que voy más allá y también me despojo de los pantalones. Bajo la vista hacia la V que desciende dentro de sus vaqueros, queriendo que desaparezcan también, y como si me hubiera entendido, lleva a cabo la acción bajo mi atenta mirada.

—Eres perfecto —le digo justo antes de que se quite los calzoncillos blancos de Calvin Klein.

No dice nada. Se acerca a mí y me besa profundizando en mi boca, invadiéndome con su lengua; de pronto me doy cuenta de cómo me suelta el sujetador sin ninguna dificultad. Después se agacha y me baja las bragas. Salgo de ellas, desnuda frente a él, que se levanta, retrocede dos pasos y me mira. Mis pulsaciones van a mil por hora.

—Eres una preciosidad. —Logra que me sonroje. Él sonrío y me tiende la mano, guiándome hasta la bañera, que ya se ha llenado—. Entra.

Coge una esponja al mismo tiempo que lo obedezco y se coloca detrás de mí. En silencio, vierte gel en la esponja y forma espuma para después lavar mi cuerpo, despacio, con delicadeza. Percibo su respiración en mi oído derecho. Es un momento muy agradable e íntimo. Se está tan bien aquí dentro, y empiezo a sentirme tan relajada que apoyo mi espalda en su pecho, aunque al hacerlo noto su erección pegada a mí.

Lo miro y él sonrío, conocedor de lo que acabo de descubrir, mientras continúa lavándose: ahora el pecho, primero el izquierdo, luego el derecho. Me besa. Nuevamente es un beso profundo con el que

consigue que cierre los ojos. Lo siguiente son sus manos acariciándome. Baja hasta llegar ahí, entre mis piernas. Abro los ojos. Ninguno dice nada, pero cuando presiona el centro de mi placer, gimo por puro deleite. Me pierdo en el precioso azul de sus ojos al tiempo que comienza a mover sus dedos y a darme más goce, dejándome sin aliento, secándome la garganta.

Extiendo mi brazo izquierdo sobre el suyo; necesito agarrarme aún más a él, que lo entiende y busca mi mano con la que le queda libre, entrelazando nuestros dedos, aferrándonos el uno al otro. No tardo en sentir las oleadas de placer que se reparten por mi cuerpo y me hacen terminar temblando entre sus brazos. Después, relajación absoluta. Él me besa en la clavícula y va subiendo hasta mi sien. Acaricia mi mejilla con su nariz y nos miramos sonriendo, ambos de acuerdo en alargar este momento tan nuestro.

Una vez fuera de la bañera, nos secamos cada uno con una toalla hasta que dejo que la mía caiga al suelo. Desato la suya de su cintura y agarro su pene, duro, caliente, recto y perfecto; él me mira fijamente a los ojos.

—Paula...

—Quiero probar algo que nunca he intentado y que ahora mismo estoy deseando.

Me arrodillo y, sin dudar, introduzco su miembro en mi boca. Me sorprende esa sensación, esa suavidad de la piel, ardiente. Me gusta pensar que yo puedo hacerlo gozar también a él tanto o más de lo que me hace disfrutar él a mí. Mientras juego con mi lengua, soy consciente de su respiración, agitada. El calor de la lujuria vuelve a invadirme. Esa corriente electrizante comienza a recorrer todo mi cuerpo mientras lo saboreo, pero al mismo tiempo me siento poderosa. Me gusta, me gusta mucho, y sigo probando movimientos con mi lengua, con mis manos, dejándome llevar por el instinto. Pruebo a presionar con mis labios, a succionar..., y entonces lo escucho jadear. Levanto la mirada hasta encontrarme con la suya. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás.

—Joder..., Paula... —Ahora es él quien gime por lo que yo consigo que sienta, pero entonces me aparta—. Para, ¡para!

—¿No lo hago bien? —pregunto.

—¿Qué? —Aprieta los párpados para recomponerse—. Claro que lo haces bien. —Me insta a levantarme—. Lo haces tan bien que estaba a punto de correrme en tu boca.

—¿Me dejarás probar eso también otro día? —Sonrío y me muerdo el labio inferior.

—¿Qué? —Parece incrédulo—. Si sigues diciendo esas cosas vas a volverme loco. —Acerca mi rostro al suyo para besarme y me coge de la mano—. Vamos a la cama. Voy a hacerte el amor ahora mismo —dice guiándome hacia la habitación.

Con la mano libre aparta el nórdico y hace que me siente. Camina hasta la cómoda y de una caja saca un preservativo. Me ayuda a tumbarme y se coloca sobre mí. Me besa mientras introduce un dedo en mi interior.

—Estás muy mojada —susurra.

Se incorpora un poco para rasgar el envoltorio que tiene en las manos y colocarse el preservativo antes de regresar a mi lado. Recorre todo mi cuerpo, lentamente, parándose a besar cada tramo de mi piel, acariciándome y llevándome al borde de la impaciencia. Lo necesito tanto... Pero Andrew sigue deleitándose conmigo, redibujando todo mi cuerpo con sus labios: el cuello, el pecho, los labios, las piernas... Mordisquea el lóbulo de mi oreja y luego vuelve a asediar mi boca con su lengua mientras comienza a introducirse dentro de mí muy, pero que muy despacio y de la forma más dulce que jamás

habría podido imaginar.

—¿Estás bien?

—Estoy más que bien. —Sonrío, absorta en el bienestar.

Cierro los ojos un momento y, cuando los abro, me encuentro de nuevo con los suyos. Sonreímos. Me acaricia el pelo, me mima y, mientras, sigue abriéndose paso despacio dentro de mí, la más deliciosa de las torturas. Cuando por fin está dentro por completo, ambos somos conscientes de que nos acoplamos a la perfección, y él se mantiene presionando en mi interior, disfrutando de ello; nos recreamos en notar cómo parece que estamos hechos de forma simétrica, que encajamos, como la llave que abre la cerradura adecuada. No solo se ha clavado en mi interior, abriéndome como una flor para recibir el sol, sino que se ha metido hasta el fondo de mi corazón, hasta conseguir que me esponga a él. Me da otro beso, pero ahora en la punta de la nariz, dibujando con ese gesto una de esas sonrisas tuyas con las que se le forman esas maravillosas arruguitas que aparecen debajo de su mirada. Vuelve a moverse en mi interior, aumentando el ritmo: dentro, fuera, dentro, fuera... Jadeo y gimo de placer.

De nuevo, esas sacudidas tan familiares por mi cuerpo, solo que millones de veces más intensas. Y es entonces cuando me pierdo en el abismo. Mi espalda se arquea entre sus brazos, que me abrazan fuerte y con firmeza. Exploto en mil pedazos, pero al mismo tiempo me conservo entera, solo que completamente tuya.

Él vuelve a hundirse todo lo que puede en mi interior una última vez, soltando un leve gruñido, apoyando su rostro entre mi clavícula y mi oreja derecha. Nos hemos fundido el uno en el otro al mismo tiempo, perteneciéndonos mutuamente durante unos instantes, y ha sido extraordinario.

Nos quedamos quietos, en un silencio roto tan solo por la respiración agitada que compartimos. Estamos un par de minutos así hasta que él empieza a repartir suaves besos y caricias por mi rostro.

—¿De verdad estás bien? —pregunta.

Asiento con la cabeza. Él va al baño, y yo me quedo sumida en mis pensamientos. Cuando regresa, viste un pantalón de pijama largo y una camiseta blanca de manga corta. Ha puesto música, y río al reconocer la espectacular voz de Etta James cantando *I just want to make love to you*. Me marco un breve bailecito, sorprendiéndome a mí misma de no sentir vergüenza. Él pone morritos y después estalla en una sonora carcajada.

—¿Por qué estás ya en pijama?

—A ti te he dejado una camiseta encima de la cama —dice antes de beber de una de las dos botellas de agua que saca del minibar.

Miro la camiseta, lisa y de color negro, y me la pongo. Aparentemente me tapa el culo, pero si me agacho un pelín, se me verá todo. Vuelvo al baño a por mis bragas, pero se han mojado con el agua que se desbordó de la bañera, así que salgo de nuevo a la habitación, donde él me mira con curiosidad.

—¿Qué demonios haces? —pregunta divertido, tendiéndome la segunda botella.

—La camiseta no es lo bastante larga, y mis bragas están mojadas. ¿Cómo voy a volver luego a casa sin bragas?

—Esto cada vez me gusta más —dice mordiendo el labio inferior—. Te avisé de que me reservaras tus días libres, y no te voy a dejar ir a ninguna parte. —Posa sus manos en mis caderas, esquivando la tela de la camiseta.

Pongo los ojos en blanco

—¿No tienes algo más... largo?

—No se me ocurre nada. A no ser que quieras unos gayumbos o algún pantalón, pero supongo que

te quedarán anchos.

—¡Una camisa! Las camisas son más largas.

—Ahí está el vestidor. —Señala una puerta aún inexplorada por mí—. Escoge la que más te guste.

—¿Eso es un vestidor? —pregunto, sorprendida de no haberme interesado nunca por esta puerta. Voy hasta ella y descubro un vestidor enorme, aunque con bastante espacio libre. Todos los trajes están alineados en sus perchas, y las camisas, ordenadas según colores, formando un arcoíris de lo más peculiar. Hay dos cajas con un montón de corbatas, también ordenadas según la gama cromática, y una bandeja con una amplia variedad de gemelos. Acaricio la manga de un traje mientras contemplo todo boquiabierto. Inspiro; me encanta cómo huele a él, a su fragancia, a un aroma cítrico con madera.

—¿No te decides?

Doy un saltito cuando lo oigo preguntar, abandonando por completo mis pensamientos. Me giro; está apoyado en la entrada, mirándome con esa sonrisa arrebatadora y ahora, además, triunfal.

—Esto es... ¡guau! —No sé de qué manera terminar la frase. En realidad, quiero decirle que es más grande que mi dormitorio, pero ¿cómo voy a admitir que viviría en su armario?

Me rodea la cintura con los brazos.

—Podrías traerte algo de ropa aquí, si quieres.

—¿Traerme ropa? —repito con cautela—. No paso tanto tiempo aquí.

—Espero que eso cambie. ¿No estaría bien que tuvieras un pijama y ropa para cambiarte?

—Bueno, vivo cerca y solo son tres días.

—Pero yo no quiero que sean solo tres días. Quiero que vengas cuando te apetezca y que puedas estar cómoda aquí. Que tengas tus cosas, tu cepillo de dientes, tu espacio...

—Te quiero —suelto de pronto. Me quedo petrificada al oír mis pensamientos pronunciados en voz alta. ¿Cómo se me ha podido escapar algo así?! Él abre los ojos, sorprendido; en su mirada hay algo indescifrable. ¿Pánico, tal vez? Trato de zafarme de sus brazos al ver que no habla, pero no me lo permite. ¿Por qué he tenido que decirle algo así tan pronto?

—¿Qué has dicho? —pregunta con calma. Me mira de tal modo que parece que quisiera leer mi mente y aún con cara de estar flipando. Decido que, ya que lo he dicho, mejor compartir con él la verdad.

—Creo que me he enamorado... —confieso—. Y... te quiero.

Tarda unos segundos en reaccionar, contemplándome como si fuera lo más singular que ha encontrado jamás.

—Yo también te quiero —dice entonces.

Sus palabras me pillan por sorpresa, pero también me despiertan un calor en el pecho, una energía tranquila, emocionante y apacible como la que transmiten los primeros rayos de sol del amanecer. Por fin me decido a abrazarlo, fuerte, con amor, y él me corresponde. Me alza en volandas y me lleva de vuelta a la cama, donde de nuevo nos convertimos en un lienzo de caricias, besos y muchos más abrazos. No hablamos: ya está todo dicho.

No me puedo creer que haya pasado tanto tiempo sin esto.

Sin él.

No me creo que, por primera vez, el sexo signifique algo para mí.

Con él.

No me puedo creer esa sensación de ser suya y de que él sea mío.

Nos pertenecemos. Nosotros.

Y es perfecto.

Es simple y completo al mismo tiempo.  
Es maravilloso.

Parpadeo, sintiéndome feliz al verlo dormir a mi lado. Pero enseguida mi sonrisa desaparece al pensar en que algún día él se irá a Nueva York. No quiero que llegue el momento, y la esperanza me hace imaginar que tal vez cambie de idea. Que Madrid le sea suficiente. Que yo sea todo.

—Te oigo pensar —murmura, aún con los ojos cerrados.

—No pienso en nada.

—Mientes muy mal.

—Es que estás tan mono durmiendo... —Desvío el tema y lo beso en la frente.

No tarda en abrir esos ojos que me transportan al océano más desconocido e insondable y que tanto me han encandilado. Sonríe y me rodea con todo su cuerpo antes de volver a perdernos entre nuestra piel, amándonos de nuevo. Lenta y perezosamente.



# 19

—Si pudieras cumplir un sueño ahora mismo, ¿cuál sería?

—¿Un sueño o un deseo?

—Cualquier cosa.

—Mmm... La verdad es que me apetece mucho una taza de chocolate caliente.

—No me refiero a eso. Si quieres chocolate, se lo pediremos a una camarera. Me refiero a algo más. Piensa a lo grande, ¡sueña un poco! Si pudieras pedir cualquier cosa, ¿qué te gustaría que fuera?

—Conocer París algún día.

—¿Es tu última respuesta?

—Sí.

—¿Sabes que eres la mujer más dulce del mundo?

—¿Esa es la conclusión que sacas de analizar mis sueños?

—Sí. Otras personas hubieran pedido dinero o no tener que volver a trabajar. Puede que un coche caro... No sé, ese tipo de cosas. Tú, en cambio, has pedido chocolate y una nueva experiencia en tu vida.

—Bueno, París implica disponer de dinero para pagar los billetes de avión y el hotel y...

Me interrumpe.

—No intentes darle la vuelta.

—Supongo que soy sencilla. —Sonrío.

—Me gusta que seas así, bollito. —Me besa la nariz y se levanta. Trastea en su móvil. Cuando termina de escribir, me mira y sonrío—. ¡A la ducha!

—¿Qué? ¿Pero qué hora es? —Estiro el brazo hasta alcanzar su reloj, que descansa en la mesita de noche, y pestañeo al ver la hora—. ¡Andrew, son las siete y cuarto de la mañana de un sábado!

—Lo sé, y aunque no lo prometo, intentaré que esta noche duermas más que hoy. —Me guiña un ojo—. ¡No seas perezosa! —Se lanza a hacerme cosquillas y yo me retuerzo de risa.

—No, para, ¡Andrew! —grito, y se tumba a mi lado con una gran sonrisa.

No puedo pensar en otra cosa que no sea él. Me mira, con sus preciosos ojos azules y esas arruguitas que se le forman cuando me sonrío. Arruguitas de felicidad, me parecen a mí. Intento recordar un instante de mi vida en el que haya sido tan feliz como lo soy ahora, pero soy incapaz. Sin duda, estoy viviendo la mejor época de toda mi existencia.

—¿En qué piensas ahora?

—En que jamás había sido tan feliz.

—Yo nunca me había sentido tan querido por una mujer.

Su confesión me deja atónita unos segundos. Le acaricio la mejilla y él lleva su mano hasta la mía. No puedo evitar besarlo, intentando así transmitirle todo lo que yo siento y más.

—Te quiero —digo a escasos centímetros de sus labios.

—Lo sé. Y nunca me cansaré de escucharlo ni de decirte lo mucho que yo también te quiero.

Nada más abandonar el aeropuerto de Charles de Gaulle, nos adentramos por una carretera bastante concurrida, y recorremos el Boulevard Périphérique hasta la Porte Maillot, que no es más que una rotonda, pero que a mí me parece lo más fascinante del mundo, ya que todavía no asimilo que esté en París.

Cuando me he despertado esta mañana, esto era lo último que esperaba hacer, pero sin duda, es fantástico. A mi cabeza vuelve la imagen de Anna con la bata puesta y apoyada en el marco de la puerta mientras me observaba meter en una mochila un montón de cosas a toda prisa como si fuera una fugitiva. No puedo evitar sonreír cuando recuerdo su cara de horror ante mis bragas de Mafalda.

—No puedes llevar eso —alegó palideciendo.

—¿Y qué opción me queda? —Me senté en la cama y miré a mi alrededor, como si así fuera a encontrar la solución a mis problemas—. Debo ir de compras de forma urgente.

—Tengo un par nuevas, aún con la etiqueta —dijo antes de desaparecer de mi dormitorio.

—¡Genial! Me voy a París con bragas prestadas.

—De eso nada: ¡tendrás que reponérmelas! —le oí decir desde la lejanía.

No me quiero perder ni un solo detalle, así que grabo en mi memoria las fachadas de los edificios, con esos tejados que cubren las últimas ventanas y que casi todas aquellas tienen en común. Los carteles de las paradas del metro; las copas de los árboles, podadas en forma de cubo; las mujeres, jóvenes y mayores, muchas de ellas con la característica boina... Avanzamos hacia el centro de la ciudad por la Avenue de la Grande-Armée. Me encantan los letreros con los nombres de las calles en letras blancas sobre un fondo azul bordeado en verde.

Mi mandíbula cae cuando, en la siguiente rotonda, lo que rodeamos es el Arco de Triunfo. Giro unos instantes la cabeza para mirar a Andrew, emocionada. Él parece contento de verme tan feliz. Vuelvo a centrarme en el monumento, que me parece mucho más grande que en las fotos. Resulta imponente y majestuoso, aunque no tardamos en dejarlo atrás al bajar por la Avenue d'Éna, una calle mucho más estrecha pero más parisina, si ese es un término aplicable a la descripción. Aparecen un montón de toldos rojos que protegen las terrazas de los cafés, tan típicas, donde más de uno está desayunando al calor de la estufa, con las sillas mirando hacia la calle. Me gusta la idea de que puedas observar lo que sucede mientras comes. Las pizarras de los locales anuncian los menús y las especialidades de cada establecimiento, y me entra un ansia increíble por experimentar todo lo que pueda de la auténtica cocina francesa.

—Quiero probar por primera vez en mi vida una *fondue* de queso. —Me giro hacia mi acompañante y me siento como una niña pidiendo regalos—. Y comer un auténtico *croissant* francés.

—Pero... ¿qué clase de francesa eres tú que no has comido nunca esas cosas?

—Lo único que tengo de francesa es un papel que dice que nací en este país. El idioma lo aprendí en el colegio.

El coche se detiene delante de un edificio que parece un palacio pequeño. Al verlo, no puedo evitar recordar las películas de los mosqueteros, y me hace sentir como una auténtica damisela de la época.

—Hemos llegado —anuncia Andrew.

—¿Es aquí? —Parpadeo admirando la fachada—. ¿En serio?

—Sí, aquí es.

Un botones abre la puerta del coche y me da la bienvenida, y yo le doy las gracias dedicándole una sonrisa. Miro hacia arriba y contemplo el espectacular edificio que se cierne sobre mí. El viento me revuelve el pelo y una bandada de palomas alza el vuelo desde el tejado del hotel. Inhalo el aire de París, percibiendo una sensación de felicidad que se extiende desde mis pulmones por cada célula de mi cuerpo.

—Será mejor que entremos. —Andrew aparece a mi lado y me guía hacia el interior.

Otro botones nos abre la puerta, y avanzamos por un *hall* redondo donde una lámpara gigantesca con cientos de lucecitas tintineantes cuelga del techo abovedado.

—*Monsieur Roberts...* —Una morena subida en unos escarpines de tacón infinito se acerca a saludarnos. Bueno, más bien, es a Andrew a quien saluda. Él le tiende la mano para estrechársela, pero ella va más allá e, ignorándome, posa sus manos sobre los hombros de mi yanqui y le planta un beso en cada mejilla. Por momentos, creo que me convierto en un pez globo, conteniendo todo el aire en mis carrillos. Me fijo en sus largas piernas, que terminan casi en mi pecho. Los tacones la estilizan resaltando su figura perfecta y trabajada en el gimnasio. Su tez es pálida y lisa, como si no tuviera poros. Sus preciosos ojos pardos están perfilados con precisión, y su mirada acompaña a su sonrisa cuando esta última se ensancha. Su melena, ultrabrillante y capeada, desciende por encima de su pecho, cubierto por una camisa blanca e impecable que han debido de hacerle a medida.

—Permíteme presentarte a la señorita Martínez —le dice Andrew en español.

—No recuerdo haber leído que venías acompañado —dice ella, como si acabara de percatarse de mi presencia, y extiende la mano para estrechármela.

Me fastidia que conmigo tenga el detalle de la mano y con Andrew se lance como una gatita en celo. Le doy la mía, y me sorprende sentir cómo me hace girarla ligeramente hasta dejar la suya por encima. No me gusta la sensación que me transmite esta mujer petulante de largas piernas.

—*Mademoiselle Martin?* —pregunta, fingiendo no acordarse de lo que Andrew acaba de decirle.

—Martínez —le corrijo, intentando sonreír y fingir que su mera presencia no me molesta. Me aferro más aún a Andrew, como si así marcara territorio.

—Un placer. —Ella sonrío, y lo hace tan bien que parece hasta sincera—. Soy Florence, la directora del hotel.

—Mi novia y yo pasaremos aquí un par de días —informa él.

Dejo de respirar al oírlo. Novia, ¿novia? ¿Lo ha dicho? No es producto de mi imaginación, ¿verdad?

—Permítanme decirles que forman una pareja preciosa. —Agarra a Andrew por el brazo—. Espero que su estancia en París sea lo más agradable posible —añade, tendiéndole la tarjeta de una habitación—. Su *suite* está disponible y preparada para que puedan entrar. Cualquier cosa que necesiten, por favor, no duden en avisarnos.

—Muchas gracias, Florence.

La francesa se retira y a mí se me escapa un bufido antes de dirigirnos hacia los ascensores, que quedan en el lado opuesto a la entrada. Por suerte subimos solos, y él aprovecha para hablar:

—No he tenido nunca nada con ella, ni lo tendría, créeme. Es una empleada muy eficiente que sabe dirigir este sitio a la perfección.

—No te he pedido explicaciones. —Cruzo los brazos y deseo que el ascensor llegue pronto a nuestra planta.

—Me gusta verte celosa —dice alzando las cejas y poniéndome frente a él para besarme.

Las puertas no tardan en darnos la bienvenida a un pasillo en colores crema y enmoquetado en la misma tonalidad. Es evidente que él ha estado otras veces aquí, ya que sabe a dónde nos dirigimos sin mostrar ningún atisbo de duda. En cuanto abre las puertas de la habitación, mi pequeño ataque de celos se desvanece al descubrir delante de mí una mesa de comedor de cristal, muy bien puesta y con un jarrón de flores en el centro, que nos recibe al entrar. Percibo un aroma como a jabón, o algún perfume empolvado, que me hace sentir como cuando vivía con mi abuela. La *suite* tiene techos altos y diseños simétricos con una línea muy clásica, aunque también puedo apreciar ciertos elementos más contemporáneos. Todo a mi alrededor destila grandeza y armonía. El suelo, de madera oscura,

contrasta con las paredes en beis. También hay líneas en amarillo y dorado.

Avanzo y me encuentro con lo que resulta ser el salón. Hay dos grandes y mullidos sofás en tono crema, enfocados hacia una pantalla plana gigante. Destacan las pesadas cortinas que cubren todas las ventanas, y que caen hasta arrastrarse por el suelo, con motivos florales bordados y borlas enormes que las sujetan de una forma muy elegante. Los muebles también son oscuros, acordes a la tonalidad del suelo, y hay unas escaleras de caracol que me indican que la impresionante *suite* continúa en un piso superior. Antes de indagar más arriba, me asomo a las puertas francesas que dan al balcón. Algo ha llamado mi atención, y no estoy segura de que sea verdad. ¡Oh, *mon Dieu!* La emoción me invade al ver cómo la torre Eiffel se alza ante mis ojos. Abro, sin importarme el frío, y salgo a la terraza esquivando jardineras y macetas llenas de plantas. ¡No me lo puedo creer! Estoy aquí, mirándola con una sonrisa de oreja a oreja y tratando de no temblar por el frío.

—¡Paula! —exclama Andrew detrás de mí. Lo miro sin poder ocultar la sonrisa—. ¿Qué demonios haces ahí fuera sin abrigo?

—Es precioso. Me encanta, Andrew. —Me lanzo a sus brazos—. Gracias. —Lo beso—. ¡Gracias por traerme! —Y vuelvo a besarlo.

—Me alegro de que te guste, pero, por favor, entra. No te he traído para que cojas una pulmonía.

—Vale, pero ¿puedo seguir explorando el palacio?

—¿Qué palacio?

—¡Este al que me has traído! —ríó, y entro casi corriendo.

Antes de subir las escaleras, miro atrás y le veo seguirme con la mirada. Está relajado, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y con una sonrisa tan grande como la que tengo yo dibujada en mi rostro. ¡Qué guapo es!

Decido centrarme en mi tarea de descubrir todo esto, así que subo los escalones de dos en dos hasta que llego a una sala de estar con un piano de cola, negro, que resulta ser el protagonista de esta habitación. También hay un escritorio y alguna que otra butaca, y me parece un lugar de lo más acogedor y señorial para inspirarte a trabajar, aunque la sala de la chimenea de Madrid sigue siendo mi favorita. Por fin distingo unas puertas altas y anchas que me indican que detrás se esconde el dormitorio. No espero y voy directa a abrirlas; me recibe la habitación más espectacular en la que he estado nunca. Una cama de al menos dos metros de ancho y dos de largo preside la estancia. Tiene un cabecero sencillo pero elegante. Los colores son los mismos que en el resto de la *suite* y hay algún que otro jarrón con flores frescas que la hacen más acogedora. Las ventanas son altas y permiten admirar la torre Eiffel y el Sena. Cruzo otra puerta, adivinando que se trata del cuarto de baño. Es superluminoso, ¡es gigante! Está revestido en mármol blanco y tiene la ducha separada de la bañera, que, si llega a ser más grande, podría llamarse piscina. Hay dos lavabos debajo de un espejo, en madera y de color dorado cada uno. Las toallas son tan suaves y esponjosas que no me resisto a acariciarlas, y los artículos de aseo son de Dior.

Hace frío, y mi abrigo se queda corto para turistear por París. Es cierto que en Madrid tampoco es gran cosa, pero la diferencia es que siempre voy a paso rápido por la calle, casi trotando hasta bocas de metro, en las cuales estoy resguardada, y siempre termino corriendo por los andenes para conseguir entrar en el tren antes de que se cierren las puertas. Es por eso por lo que he accedido a ir a Galeries Lafayette, que, según Andrew, es un centro comercial tan espectacular que debe aparecer en el programa de visitas de la ciudad. Allí iremos a la caza de un abrigo calentito que nos permita

recorrer las calles sin que me acaben castañeteando los dientes en medio de alguna de las majestuosas *rues* parisinas.

El coche nos deja a la entrada del comercio, y la verdad es que no me parece nada del otro mundo, al menos según cruzamos las puertas. Me recuerda a cualquier centro de El Corte Inglés, con sus joyerías y tiendas de complementos en la planta baja.

—Debo atender esta llamada, solo serán dos minutos —me avisa Andrew. Me da un beso en los labios y se aleja con el móvil.

Me aflojo la bufanda, su bufanda, esa que me dio y que ya no me quito nunca, y comienzo a revisar las vitrinas de mi alrededor para pasar el rato. Me llama la atención una especialmente iluminada. Me acerco y me quedo embelesada por un montón de gemas superbrillantes engarzadas en diferentes anillos. Los hay de oro con cristales transparentes, de plata con piedras azules o amarillas, y uno maravilloso y simple, de plata, con un cristal que despidió millones de destellos y que me atrae de entre todos los expuestos.

—¿Puedo ayudarla, señora? —me pregunta una mujer en francés.

—Eh... —Dudo si preguntar, pero sería un bonito recuerdo de la ciudad, y yo no tengo anillos, por lo que me lanzo—. ¿Es plata? —Señalo el anillo que me ha gustado y miro a la dependienta con una sonrisa. Ella baja la vista a la vitrina y luego me mira a mí, perpleja. Me da la impresión de que parpadea muchas veces aposta, hasta que final me responde:

—Es platino con un diamante de dos quilates engarzado, señora. —Me repasa de arriba abajo con la mirada antes de añadir—: ¿Va a necesitar ayuda con algo más?

—No, gracias.

Me muestra una sonrisa forzada y se dirige a otra clienta. Vuelvo a fijar la vista en los anillos, sintiéndome un poco estúpida. ¿Platino? Ni siquiera sé lo que es eso, pero suena caro. Achino los ojos y me centro en la piedra. Así que eso tan brillante, tan puro y tan embriagador es un diamante... Quiero verlo mejor. Me agacho, hasta que alguien pega su cara a mí, queriendo ver también los anillos. Me sobresalto, conteniendo un aspaviento al mismo tiempo que me enderezo.

—¡Qué susto! —le digo a Andrew con una mano en el pecho.

—Parecías Gollum. Mi tesoooooro... —dice, imitando al personaje de la película *El Señor de los Anillos* y después estalla en carcajadas.

—Muy gracioso... —le digo avergonzada.

—¿Te gusta alguno, bollito? —Los examina. No quiero responder, solo quiero cambiar de tema. Quiero irme de aquí, pero darme la vuelta y marcharme sería una opción pueril y fea—. No voy a comprarte ninguno. Sé que te haría sentir incómoda que me gaste tanto ahora mismo. Solo quiero saberlo para conocer tus gustos un poco mejor, aunque me imagino cuál es.

—¿Ah, sí? —Sonríe al ver que me relajo de repente—. ¿Cuál crees que me gusta?

—En realidad, estoy entre dos. —Señala uno cuya piedra está tallada en forma de corazón—. Una opción podría ser ese.

—Te has equivocado. ¿Cuál es tu otra opción? —Me muerdo el labio inferior, divertida.

—Ya... Muy romántico. Tal vez demasiado, así que... ¡Ese! —Señala el anillo que me ha atraído nada más verlo—. Sencillo, clásico y elegante. ¿Qué? ¿He acertado? —insiste, impaciente por saber la respuesta.

—¿Cómo puedes conocerme tan bien?

—Porque eres el amor de mi vida, y solo a ti puedo conocerte así.

Su afirmación me deja atónita. ¡Siento que voy a derretirme aquí mismo! ¿De dónde saca ese lado meloso cuando menos me lo espero?

—A veces eres más romántico que los cuentos de Disney.

—A veces. —Me guiña un ojo—. Y solo contigo, recuérdalo.

Me sonrojo por ese comentario. Sé que lo dice por la directora del hotel. Quiero añadir que no necesita camelarme, pero no quiero estropear la atmósfera cómplice que se ha creado entre nosotros, por lo que me limito a sonreír.

Pasa la mano por mi espalda y me guía hacia las escaleras mecánicas que nos conducen a uno de los pisos destinados a moda para mujer. Me sorprende la variedad de marcas, pero, a primera vista, todas las que veo aparentan ser caras. Empiezo a recorrer perchas y, cuando paso cerca de uno de los balconillos, me fijo en la grandeza del centro comercial. Esto es increíble... ¿Es que todo París va a hacer que me sienta una princesa?

Me giro y busco a Andrew con la mirada. Quiero compartir lo que estoy pensando con él, pero vuelve a estar serio y hablando por el móvil, así que me entretengo en contemplar las vistas desde aquí. Creo reconocer que es arquitectura modernista, aunque no estoy segura, ya que esas cosas no se me dan muy bien. De lo que sí estoy segura es de que este centro debe de ser un paraíso para cualquier amante de las compras. Las plantas son circulares, con grandiosas barandillas como esta en la que estoy, que permiten admirar el patio central, donde se erige un árbol de Navidad impresionante. Levanto la cabeza y me encuentro con una magnífica vista de la cúpula de cristal. Los tonos dorados y azules destacan entre los demás. Lo desconozco, pero el edificio bien pudo haber sido un palacio en algún momento de su historia. Es tan bonito que me deja sin palabras, y pienso que es una visita obligada para toda buena turista que se precie, sea aficionada a las compras o no. Intento a duras penas sacar una foto decente de la cúpula y dedico unos minutos a memorizar cada detalle para describírselo a Anna cuando regrese a Madrid. Se volvería loca con todo esto. Miro hacia abajo, a toda la gente realizando sus compras, y me siento una auténtica dama.

Trato de buscar otra vez a Andrew. Nunca ha estado un fin de semana tan pendiente del teléfono. Es más, ni en días laborables ha estado tan atento al dichoso aparatito, así que algo debe de haber pasado. Me centro de nuevo en mi misión de encontrar un abrigo. Al fin y al cabo, es a lo que hemos venido. Una música celestial suena en mi cabeza cuando veo el cartel de Zara. ¡No me lo creo! Ahí seguro que encuentro algo decente y más o menos barato. Me lanzo en dirección a las perchas de la marca española y me fijo en una camiseta que tenía fichada en Madrid. ¡Aquí es más cara!

—¿Has visto algo que te guste? —me pregunta al unirse a mí.

—No —respondo soltando la etiqueta.

—Oye... Sé que será complicado, pero ¿podrías pedir unos días más en el trabajo?

—No me quedan vacaciones para este año, y en las fechas en que estamos no puedo faltar. Casi he tenido que suplicar por tener tres días juntos.

—Ya lo suponía...

—Algo va mal, ¿verdad?

—Tengo que estar el martes en Nueva York. —Suspira—. Lo siento.

—Pero el martes... —No continúo.

El martes a primera hora se supone que volvíamos a España para que yo pudiese llegar a mi turno de tarde en el trabajo, solo que, en lugar de decirlo en voz alta, trato de comprender por qué no puede solucionar lo que sea en Madrid.

—¿Por qué?

—Negocios.

—¿Qué negocios? —insisto. Siento que necesito saber más.

—Un tipo de la competencia se ha propuesto apropiarse de un contrato que hasta ahora nos habían

dado a nosotros y la cosa se está poniendo fea. Todos los años he tratado yo en persona con este cliente en concreto y nunca habíamos tenido ningún problema. Necesito ir a Nueva York, reunirme con él y convencerlo de que su mejor opción sigue siendo mi empresa. —Me acaricia la mejilla—. No te haría esto si no fuera importante.

—¿Por qué me has traído a París? —susurro, decepcionada.

—¿Qué?

—¿Sabías que tendrías que irte?

—¡Por supuesto que no! Elliot me llamó cuando estábamos comiendo porque se enteró de quién era nuestro competidor y de lo que estaba ofreciendo. —Me coge las manos—. Quiero que vengas conmigo.

—Te acabo de decir que no puedo.

Me aparto de él y me giro. Estoy nerviosa por la situación. Hemos venido en su avión, así que... si él se va y yo me quedo... Niego con la cabeza pensando en el dinero que tengo en mi cuenta corriente. ¿Por qué he tenido que dejar que me traiga aquí? ¿Qué demonios hago perdiendo el tiempo en un centro comercial? Y lo peor de todo es que decido preguntarlo en alto:

—Entiendo lo que me has dicho. —Lo miro otra vez—. No es mi intención sonar egoísta. Pero... ¿has pensado en mí?, ¿en cómo regreso yo a Madrid?

—¿No habrás creído ni por un solo segundo que iba a dejarte aquí tirada? —comenta casi en un susurro, horrorizado al ver mi expresión de enfado—. Me encargaré de que vuelvas a Madrid en las mejores condiciones.

No me atrevo a contestar, porque esa posibilidad sí que ha pasado por mi cabeza. Me cruzo de brazos y bajo la vista.

—¿Por qué te has puesto así? —dice Andrew.

No sé qué decirle. Ni quiero admitirlo ni quiero que lo sepa, pero tal vez es hora de que sea consciente al cien por cien de nuestra diferencia más notable.

—No estoy segura de que lo que tengo en el banco pueda pagar un billete de avión de última hora, así que supongo que me he asustado.

Está atónito.

—Creo que ambos necesitamos una pausa. —Tira de mí hacia las escaleras mecánicas.

—¿A dónde vamos?

—A sentarnos y a tomar algo.

No digo nada. Enseguida llegamos a una zona con mesas frente a un mostrador donde veo unos pasteles con una pinta exquisita. Lejos de hacerme la boca agua o de querer comer alguno, no tengo hambre. Solo quiero que los últimos minutos desaparezcan. Que él no se vaya a Nueva York.

—¿Qué te apetece?

—Un café con leche, por favor.

Hace un gesto y enseguida una camarera se acerca a nosotros. Él le pide dos cafés con leche, y la camarera no tarda en regresar. Sirve primero el café de Andrew y luego el mío.

—*Merci* —le digo rodeando la taza con las manos para calentármelas.

Cuando se va, Andrew me mira, pero no decimos nada. Cojo el sobre de azúcar que hay al lado de la taza y lo vacío en mi bebida. El silencio se eterniza. Agarro la cucharilla que descansa en el platito y remuevo el contenido de mi taza. Pruebo un sorbo y vuelvo a dejarla. Demasiado caliente para mi gusto.

—Has dicho que no estabas segura de que pudieras pagar un billete de avión con lo que tienes en el banco. —Por fin habla. Yo me limito a probar de nuevo mi café, aun a riesgo de quemarme la lengua

—. ¿Necesitas dinero?

—No. —Dejo la taza con demasiada fuerza, derramando un poco de café. Con una servilleta de papel trato de limpiar el estropicio, pero lo único que hago es crear un desastre aún mayor, así que desisto. Me apoyo en el respaldo de mi silla y él se revuelve un poco en la suya. Me pregunto qué pasará por su cabeza en estos momentos.

—Nunca hemos tratado este tema. —Se echa hacia delante y extiende el brazo, mostrándome la palma de su mano hacia arriba para que le tienda la mía.

—No sé si quiero hablar de esto ahora. —Le doy mi mano y él me la rodea con la suya, acariciándomela.

—Yo sí. —Acerca nuestras manos a sus labios y me besa los nudillos—. Necesito que lo hablemos.

—Andrew...

—¿Cuánto te pagan en la tienda? —me interrumpe, yendo al grano.

—Eh... depende. —Suspiro—. El mes que viene ganaré más porque haré horas extra por Navidad —explico.

—No es una respuesta a mi pregunta —dice, y me aprieta la mano con cariño—. ¿Cuánto te han pagado este mes, por ejemplo?

—Menos de mil euros, pero me corresponden dos pagas extras anuales.

Se queda quieto. Se frota los ojos con la mano que tiene libre y después suspira, pero sigue sin soltarme.

—¿Cuánto te cuesta el alquiler?

—La mitad de mi salario, sin gastos.

—Sin gastos —repite—. ¿Qué gastos hay que incluir?

—Agua, luz, internet, móvil, metro, supermercado...

Me interrumpe.

—¿Cuánto es todo eso?

—Depende. Casi la otra mitad que me queda.

—Pero entonces, ¿cómo lo haces? —Creo que está flipando. Yo solo asiento con la cabeza—. ¿Y si ocurre un imprevisto? ¿No puedes ahorrar?

—Casi nunca. Las pagas me ayudan a llevar mejor el resto del año —respondo a lo que ya sé. Suelto su mano y me reclino en mi asiento.

—Pensaba que tu situación era más favorable.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Tenemos que hablarlo.

—Por favor... —Lo miro a los ojos, suplicante—. Si vas a irte pronto, quiero disfrutar de cada momento que pasemos en París.

Tarda en contestar, pero al final accede.

—Con una condición.

—¿Qué condición?

—Vamos a comprar ropa para tu parte del vestidor de Madrid. —Sonríe.

—¿Quieres comprarme más ropa aparte del abrigo?

—Sí.

Oculto una sonrisa, o más bien una risa. Me doy cuenta de que resulta casi divertido para él incomodarme con esto.

—Andrew, me has traído a París, a esa *suite* impresionante, y en un avión privado... No puedo aceptar...



—Esa es mi condición: llevarte de compras. Considéralo parte de la experiencia parisina.

—Pero sabes que lo odio.

Él se encoge de hombros. Parece encantado con la situación, y yo, al final, acepto. Porque sé que necesito renovar mi armario y porque sé que él se divertirá, por raro que parezca.

## 20

¿Por qué cuanto mejor lo pasas más rápido corre el tiempo? Es algo que no dejo de preguntarme, aunque en el fondo sé que no es así y que el tiempo no se acelera, sino que es una sensación subjetiva, pero me gustaría tener un poder para controlar este fenómeno y ralentizarlo en momentos felices. Lo sé, divago demasiado, pero seguro que a vosotros también os ha sucedido.

Estoy en la habitación, tirada en la cama, y decido extender el brazo para alcanzar mi móvil, que descansa en la mesita de noche. Abro la aplicación de mensajes y me quedo mirando el nombre de Adela, ya muy abajo entre los chats que uso habitualmente.

A veces me paro a mirar la pantalla del móvil y me quedo un rato pensando en nosotras y en qué nos ha ocurrido. Supongo que la distancia y el madurar en ambientes diferentes ha hecho que cambiemos y evolucionemos de forma distinta. Ahora nuestra forma de ser choca, y lo único que nos une es ese lazo que se creó en la infancia.

He perdido la cuenta de las veces que he estado tentada de pulsar la tecla de llamada o de escribirle un mensaje. Decirle la verdad, algo simple y sincero. Un «te echo de menos», que siento con el corazón, con el alma. Pero luego recuerdo lo que ocurrió en Londres y me echo atrás en mi idea de retomar el contacto. Por eso, mis pulsaciones se aceleran cuando su nombre se coloca de pronto arriba del todo, indicando que hay un mensaje sin leer. Casi me resulta una ironía de la vida que haya sido ella quien haya dado el paso que yo me estaba negando a dar.

*Hola, ¿cómo estás? Hace ya un tiempo que me arrepiento de lo que sucedió aquel día.  
Yo... sé que no es excusa, pero estoy realmente estresada en el trabajo y, aunque parezca que todo es perfecto, a veces las cosas con Ed no van tan bien como me gustaría y... te echo de menos.*

«Yo también te echo de menos», respondo al fin.

*Voy a una reunión en Madrid mañana y me preguntaba si te apetece que nos veamos, que desayunemos juntas... ¿Qué opinas?*

*Mañana me es imposible desayunar, pero sí podría verte para cenar.*

*Me iré a las siete de la tarde, por lo que no estaré en la cena.  
¿No puedes intentar hacer un hueco? ¿O es que trabajas?  
¿Y si me acerco a saludar por la tienda con unas magdalenas y un café para llevar?*

*Estoy en París y llegaré para entrar en la tienda a las doce, por eso no puedo quedar para desayunar.*

*¿En París?  
¿Qué haces allí?*

*Me ha traído Andrew para pasar juntos el fin de semana.*

No sé por qué, pero no me sorprende no recibir ningún mensaje más. Suspiro y decido que esto no

me va a amargar lo que me queda en esta ciudad, con Andrew. Aprovecho para observarlo, caminando de un lado a otro, mirando la pantalla de su móvil, nervioso.

—Hablaré con el hotel para que mañana te lleven al aeropuerto, y Fran te recogerá cuando llegues a Madrid.

—Está bien. —Trato de sonreír.

—Lo siento. —Se acerca a mí.

—Es tu trabajo. Lo entiendo.

—Volveré a casa el sábado por la tarde y te compensaré, lo prometo. —Besa mis manos.

—Andrew, son tus obligaciones, no tienes por qué compensarme. ¡Mírame! Me has traído a París y me has comprado un montón de ropa. Yo puedo ser feliz solo con tu presencia, mientras estemos los dos juntos donde sea. Debes irte, y lo entiendo. —Me levanto para poder besarlo.

—Hice bien en perseguirte cuando te conocí —susurra sin apartar la vista de mí.

—Me ha gustado mucho que me trajeras aquí.

—Y a mí. —Sonríe mientras se abrocha la camisa blanca. Me mira con dulzura. Está tan sexy con el pelo húmedo por la ducha... Pero lo noto algo triste, y su suspiro me lo confirma.

—¿Qué ocurre?

—Ojalá pudiera llevarte conmigo.

—Tengo que trabajar.

—Lo sé, pero... —No continúa.

—Pero ¿qué? —Voy hacia él.

—Nada. —Me mira a los ojos y me da un beso—. Mañana no quiero que salgas del hotel más que para coger el coche que te acercará al aeropuerto, ¿me lo prometes? —Se muestra serio.

—París no es peligroso —le digo. Él frunce el ceño—. Pero no te preocupes; el avión sale a las ocho, no dispondré de tiempo más que para desayunar e ir a Charles de Gaulle. —Le ofrezco una sonrisa tranquilizadora y le acaricio la mejilla.

—Escríbeme antes de despegar y al llegar a Madrid.

—Vale. —Asiento con la cabeza—. Llámame tú a mí cuando llegues a Nueva York.

—Lo prometo.

Rebusco en mi bolso mientras Andrew se pone la corbata.

—¿Qué haces?

—Nada..., buscar una cosa. —Saco el sobre con el logo del hotel y vuelvo a su lado—. Para ti.

—¿Qué es esto? —pregunta, confuso, mirando el sobre. Lo abre y saca la foto que un rato atrás le he pedido al recepcionista que imprimiera.

—Me gustaba, y he pensado que al hacerla pequeñita podrías llevarla contigo. —Me sonrojo—. Ya sé que es una tontería, y además está en papel normal, pero...

—Somos nosotros con la torre Eiffel de fondo... Me encanta. —Esboza una sonrisa de oreja a oreja—. La llevaré siempre encima —dice mientras la coloca en su cartera—. Gracias. —Me da otro beso. —Me voy ya—. Me mira un largo rato y luego se pone la chaqueta.

—Ten cuidado.

—Y tú —susurra, contemplándome mientras se coloca el abrigo en un brazo. Con el que le queda libre coge su maleta. Yo lo acompaño hasta la puerta.

—Buen viaje.

—Igualmente, bollito. Duerme bien. —Vuelve a besarme y se va.

La habitación deja de parecerme tan acogedora. Miro a mi alrededor y una especie de vacío mezclado con un frío desolador se apodera de mí. Me encojo en el sillón que está orientado hacia los

ventanales que dan a la torre Eiffel, contemplando el exterior, con las luces de la ciudad parpadeando de fondo.

«Voy a verlo el sábado», me digo a mí misma. ¿Por qué de pronto dependo tanto de él?

Escucho un ruido en la puerta y vuelvo la cabeza, asustada. Andrew aparece entonces. Está serio. Duda unos instantes.

—¿Te has olvidado de algo? —Me levanto y trato de recomponerme de inmediato.

—Más o menos. —Viene a mí y me rodea con sus brazos—. Quería decirte algo antes de irme. — Hace una pausa—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Lo beso y lo abrazo con fuerza.

—Ya estoy deseando verte y todavía no me he ido. —Se pasa una mano por el pelo, nervioso y emocionado—. Soy el hombre más afortunado del mundo. —Me coge en brazos y me lleva a la cama.

## 21

Las semanas comienzan a volar, imitando a las hojas de los árboles, que auguran que este año el invierno llegará antes. No me gusta nada el invierno, odio el frío, pero como me he propuesto tratar de ser positiva, decido que debería agradecer estar en esta estación por varios motivos.

El primero es que, en la tienda, los abrigos ocupan mucho más espacio, y por tanto, al haber menos ropa, resulta más fácil ordenar y limpiar el local. Además, al ser prendas más caras, entra más dinero en la caja, y nuestra encargada se pasea feliz con su melenita corta, sus tacones destrozados —pero de marca— y contoneando las caderas al ritmo del sonido que hacen las monedas en la bolsa donde se recoge el dinero de las cajas registradoras.

El segundo motivo por el que debería adorar esta época del año es la chimenea de la *suite* de Andrew. Ya tuve la oportunidad de quedarme leyendo allí, al amor del fuego, mientras él tocaba y tocaba en ese piano de cola tan espectacular. Confieso que cada vez que recreo la escena en mi cabeza, sonrío y me pongo de buen humor. Lo empiezo a usar como truco cuando mi encargada me chilla por cosas sin importancia: parece que mi felicidad le molesta, porque sus ojos echan chispas y sube su tono de voz aún más.

El tercer motivo que encuentro es la Navidad. Hasta ahora, la odiaba con todas mis fuerzas, pero este año será especial. Rai, Anna y yo hemos acordado comprar un abeto de plástico decente, ya que el que ponemos otros años venía con el piso y empieza a resultar más bien un conjunto de alambres que tratan de representar un árbol de diseño modernista. Me sorprende a mí misma pensando en buscar regalos, en hornear galletas de jengibre y en decorar el apartamento. Ni siquiera me importan los turnos aún más insufribles cargados de horas extra, las clientas detestables buscando el clásico regalo que sea bonito pero barato o esas otras que te piden que dejes el precio en las etiquetas, así como por accidente, para que el destinatario sepa lo que se han gastado.

Hoy, además, Anna vendrá a recogerme porque le prometí que iríamos a buscar un vestido de novia. Su madre nos acompañará y luego cenaremos las tres juntas en un restaurante chino cerca de Orcasitas que a ellas les encanta. Con suerte, si aún nos tenemos en pie, mi amiga y yo iremos al concierto de La Cabra Filósofa, y podré desconectar de la rutina y los diez días seguidos de trabajo.

Salgo de la tienda y oteo la calle en busca de Anna, escondiendo la nariz en la bufanda que Andrew me dio en Londres y agradeciendo el abrigo tan calentito que me compró en París. Unos pitidos insistentes me hacen mirar hacia la esquina, donde diviso un coche parado que no deja pasar a quien venga detrás. El vehículo enseguida avanza ante el escándalo del claxon, lo que me permite reconocer el coche de Anna. Admito que ha vivido tiempos mejores. Se detiene justo delante de mí, frenando en seco y haciéndome sonreír al ver la pegatina que luce en un lateral trasero, junto a la tapa del depósito de gasolina. Es el clásico icono de la gatita japonesa con un lazo rosa. Recuerdo el día que la pusimos las dos juntas, y en su momento nos pareció sublime. Hoy en día queda algo hortera, pero nos resulta entrañable.

La puerta del copiloto se abre y aparece una señora de rasgos asiáticos, menuda pero con gesto simpático, al mismo tiempo que una voz masculina suena como fondo. Al principio no identifico la canción *Yellow*, de Coldplay, pero luego me encanta que la esté escuchando. No sé qué tiene esa

canción, pero podría ponerla en bucle, horas y horas, y seguiría sin aborrecerla.

Saludo a ambas y paso por detrás del asiento del copiloto para hacerme un hueco en los asientos traseros, apartando un paraguas, la chaqueta del uniforme de Anna, un corcho de botella —¿en serio?—, un peluche de algún personaje de videojuego y otras cosas que no quiero saber de dónde han salido ni por qué están ahí.

Elegir un vestido de novia no se me hace tan tedioso como yo había creído. Supongo que el que Anna tenga las ideas tan claras y sepa lo que busca ayuda. Otro punto a favor es que, tal y como nos ha explicado la dependienta, no hay mucha variedad en vestidos cortos, por lo que la búsqueda se reduce de forma considerable. Terminamos por ir a una tienda en un barrio de las afueras que, por lo visto, tiene gangas de primeras marcas. El local no es gran cosa, y todo lo que no es de color blanco termina siendo rosa. Su madre observa desde el sofá, por supuesto, sin decir una sola palabra. Además, desde que estamos aquí, yo no paro de estornudar, y es que hay algo en el ambiente que creo que me produce alergia. Aunque puede que sea ese olor como a alcanfor, muy mal disimulado por un ambientador con aroma a frambuesa de laboratorio. Ya sabéis, uno de esos que echan un soplo de fragancia cada poco rato.

Según me ha traducido Anna, su madre no está muy convencida de que su hija vista de corto en su boda, y yo, que al principio la apoyaba, empiezo a dudar cuando aparece con el quinto modelito: un vestido de tubo cuyo corpiño es un corsé semitransparente construido con varillas y costuras muy marcadas en el pecho.

—Pareces Madonna en uno de sus videoclips de los 80 —comento petrificada. Su madre ahoga un grito de horror y, a pesar de que no hablo chino, creo entender lo que le dice—. No puedes vestir como una devoradora de hombres el día de tu boda.

—¡Está bien! A mí tampoco me termina de convencer. —Intenta calmarnos—. Solo uno más y, si no, nos vamos.

Esperamos, y aunque yo trato de dar conversación a la madre de mi amiga, el silencio se convierte en una bendición, ya que o no me entiende o no quiere hablarme, y ambas opciones me hacen sentir incómoda. Cuando Anna vuelve a salir del probador, parece emocionada, y me recuerda a esos programas de televisión dedicados a novias en busca del vestido perfecto. Su cara es como la de las chicas que han encontrado EL VESTIDO, con mayúsculas, y, sin lugar a duda, tanto su progenitora como yo pensamos lo mismo al verla. Es un elegante vestido liso, de tela de raso y con cuerpo, ya que se nota que está confeccionado con una tela gruesa. Tiene cuello de barco, manguita corta y una falda con volumen, pero fija, de las que no se hunden fácilmente. El único detalle que destaca entre toda la simplicidad es un cinturoncito con un lazo diminuto en el centro de la misma tela que la prenda.

—Es este —dice al borde del llanto. Su madre y yo asentimos—. Es este —repite—. ¡Y lo mejor de todo es que solo cuesta trescientos euros! —Sorbe por la nariz y recupera el aire—. ¡Quiero esos zapatos de perlitas que vimos en el centro comercial!

No lo puedo evitar. Me levanto y la abrazo. Está feliz, y sé que para Anna es un momento importante y emotivo.

—Yo te regalaré los zapatos —le digo sin soltarla.

Esta noche nos lo estamos pasando de miedo. Después de cenar, dejamos a su madre en casa, donde

aprovechamos para cambiarnos de ropa y poner rumbo al local donde tocan los chicos. Estoy bailando con una cerveza en la mano, dándolo todo, ¡contenta!, cuando Anna guiña un ojo al tiempo que señala a alguien detrás de mí; antes de que pueda girarme, siento cómo me rodean la cintura. No necesito darme la vuelta para saber quién es. Ese perfume de Andrew, y que adoro, me asedia. Cierro los ojos y apoyo mi espalda en su torso.

—¿Hay que quedarse mucho más? —me pregunta en el oído.

—¿Qué? —Me giro por fin, divertida por su comentario. Él se encoge de hombros—. ¡Sabes que solo salgo de fiesta cuando toca Rai!

—Tengo entendido que también acudes a eventos aburridos de cierto americano, donde, por cierto, ligas bastante.

Le sonrío y le doy un leve pellizco en el antebrazo. Escucho a mi lado unos gritos que me recuerdan a la sirena de una ambulancia y miro a mi alrededor para comprobar de dónde proceden. Enseguida localizo a Anna haciendo girar su larga melena negra con unos movimientos de cabeza que, si los imito yo, seguro que me parto el cuello.

—¿Pero cuánto ha bebido? —pregunta Andrew sin soltarme.

—Te prometo que solo le he visto beber agua, y no nos hemos separado en toda la noche.

—¡Ese pedazo de batería sabrosón es mi futuro marido! —grita, emocionada y saltando.

Andrew y yo nos miramos, y no puedo evitar partirme de risa mientras él permanece perplejo.

—¡Anna! —grito. Pero no me oye—. ¡ANNA! —vuelvo a gritar, con más fuerza, hasta que nos mira.

—¿Qué? —pregunta con una gran sonrisa.

—¿Cuánto has bebido?

—Tía, ¡sabes que yo no bebo! —dice, confusa, mientras nos muestra un botellín de agua que lleva en la mano.

—Apuesto a que es vodka —añade Andrew. Ella sonrío y niega con la cabeza.

—No necesito beber para divertirme. —Anna levanta el dedo índice para enfatizar lo que dice a continuación—: Además, el alcohol engorda, y debo entrar en mi vestido de novia. ¡Ah! Por supuesto, luego tengo que conducir.

Mi novio se ríe. Anna nos ignora y retoma su extraño baile de saltos y gritos.

—Ya lo has visto. Es una chica responsable —le aclaro a Andrew antes de besarlo.

—Bueno, entonces... ¿cuándo nos vamos?

—¿No te gusta el concierto?

—El concierto no está nada mal, pero no puedo esperar a arrancarte este vestido tan corto que llevas. Son las consecuencias de haberme tenido un mes y medio a dieta de ti, bollito.

—¿Piensas recordármelo toda la vida? —Pongo los ojos en blanco.

—No, pero me aprovecharé de ello mientras pueda. —Me pega aún más contra él y me susurra al oído—: Toda la vida es lo que pienso estar a tu lado.

Mi sonrisa se desvanece ante ese comentario, y dejo de escuchar el ruido de la música, sumida unos segundos en mis pensamientos.

—No me digas cosas que no vas a cumplir —murmuro, sin estar segura de que me pueda oír, ni de si quiero que me oiga.

Me separo de él y me giro para despedirme de Anna, pero entonces siento cómo Andrew me coge de la muñeca y tira levemente de mí. Dirijo la vista desde su mano, que me sujeta, hasta su rostro, serio. Me gustaría ser clara con él, confesarle mis pesares, pero no quiero que lo nuestro caduque antes de lo previsto por decirle que no quiero que se vaya. Con la mano que tengo libre, nos separo y voy hacia mi amiga para avisarla de que nos vamos. Cuando salimos del local, no me sorprende

encontrar a Fran esperándonos, apoyado en el coche. Andrew me abre la puerta del coche para que pase y, después, monta a mi lado.

—Buenas noches —saluda el conductor. Me brinda una sonrisa por el espejo retrovisor.

No decimos nada más. Andrew saca el móvil y se sumerge a saber en qué, concentrándose solo en la pantalla. Nadie vuelve a pronunciar palabra de camino al hotel. Empiezo a pensar que me ha oído decir la estupidez de antes. ¿En qué estaba pensando?

Llegamos, y el botones me abre la puerta, acompañando el gesto del saludo de rigor. Hago un esfuerzo por sonreír, pero no me apetece. Enseguida, Andrew se pone a mi altura y cruzamos el vestíbulo hasta los ascensores.

—Debo hacer una llamada cuando estemos arriba.

—¿A estas horas?

—En Nueva York son las siete de la tarde, y es importante.

—No pasa nada —susurro.

—Te prometo que lo de estas semanas es algo excepcional. Sabes que nunca necesito estar tan pendiente.

No respondo. Empiezo a odiar Nueva York, lo lejos que está, el cambio horario y que su empresa tenga allí la sede central.

Llegamos a la *suite*, me quito el abrigo y lo dejo encima del sofá antes de sentarme, mientras él se acomoda a mi lado y entabla una aburrida conversación en inglés. Decido levantarme y cruzo hasta la estancia del piano para salir al balcón, sin importarme el frío de la noche. Desde aquí, observo la calle, los coches, la gente que pasa, y pienso en mí antes de entrar por primera vez en este lujoso hotel. Yo, que no me imaginaba cómo era ni las historias que escondía. Suspiro y, con ese gesto, percibo el olor de la noche. Ese aroma que tan pocas veces me paro a apreciar desde que vivo en Madrid. Cierro los ojos y aspiro la intensidad que desprenden los arbustos y la tierra; el aire del firmamento, fresco, ya oscuro, renegando de la luz que desprende nuestra urbe, castigándonos con no dejarnos ver más allá. Todo ese conjunto de sensaciones se entremezcla con un suave aroma a limpio que sale de la *suite*. Cuando vuelvo a parpadear, miro al horizonte. Me siento afortunada de poder contemplar la belleza de esta ciudad desde un lugar tan privilegiado como este en el que me encuentro ahora mismo. Miro al cielo, que está bastante despejado, y me fijo en una estrella, tintineante, preciosa en su soledad.

—Vas a congelarte ahí fuera —escucho entonces.

—Mira esa estrella. —Señalo con el índice hacia arriba, ignorando su comentario—. Hay tanta contaminación lumínica que no puedes ver otras, pero esa está ahí, brillando.

—No sabía que te gustasen las estrellas —comenta. Yo me encojo de hombros—. ¿A qué ha venido el comentario de antes?

—¿Qué comentario? —Me hago la tonta.

—Que no te diga cosas que no voy a cumplir. —Se acerca a mí y me pasa el brazo por la espalda.

—Cuando te vayas a Nueva York... —mi corazón se estremece— no quiero recordar palabras tuyas que me causen más dolor aún.

Siento que se tensa con esa frase, y yo no puedo evitar que mis ojos se humedezcan, aunque no lloro. Parpadeo varias veces y respiro hondo. Vuelvo a centrarme en la estrella, esperando a que se me pase. Andrew se gira, apoyándose en la barandilla y mirando hacia el interior de la *suite*.

—Mierda... —Suspira y se frota los ojos—. No he gestionado bien esto.

—Desde el principio fuiste sincero en ese aspecto. No tienes que apurarte.

—Cuando nos conocimos, quería matizar ese punto. No sabía lo que iba a surgir de todo esto. Pero



ahora... ¿cómo puedes pensar que voy a irme y dejarte aquí? —Hace una pausa en la que no digo nada—. Mírame.

Lo hago, y mis lágrimas afloran. Para nada era mi intención que la noche terminara así, pero supongo que no puedo evitarlo y que más vale aclarar las cosas.

—Paula, eres mi pareja, y, francamente, ya no me imagino la vida con alguien que no seas tú. —Pasa sus manos por mis mejillas, para borrar las lágrimas que no paran de brotar de mis ojos—. No me voy a ir a Nueva York sin ti.

—¿No te irás?

—Me iré, pero contigo.

Mi respiración se agita con su declaración. No puedo decir que no me haya imaginado a su lado en Nueva York, pero jamás lo había pensado como algo factible. Siempre terminaba diciéndome a mí misma que él se quedaría en Madrid, pero está claro que esa no es una opción para Andrew. Desde el primer momento dijo que volvería a su ciudad.

Ante mi silencio, leo inquietud en sus ojos. Se pasa la mano por el pelo, como cada vez que está impaciente o nervioso, y me agarra las manos.

—Porque vendrás conmigo, ¿verdad?

—Mentiría si te dijese que últimamente no he soñado con que me llevaras contigo. —Sonrío—. Pero ya me conoces: me da miedo soñar.

—Sueña. —Me da un apretón en las manos—. Maldita sea, ¡sueña! Quiero que lo hagas, sin miedo y confiando en que se puede cumplir. Y prométeme que vendrás a vivir conmigo a Nueva York.

—Te lo prometo. —Sonrío, y me besa—. Atreverme a soñar —digo entonces—. Eso es lo que intentaré. Tú estás consiguiendo que recuerde lo que es volver a ilusionarme.

—Atrévete a soñar junto a mí. —Me besa—. Porque trabajaré en lograr que todos tus deseos se hagan realidad, te doy mi palabra.

## 22

Salgo de la tienda y me quedo contemplando unos instantes el barullo de la vía, más iluminada de lo habitual. Las culpables son todas esas bombillitas que cuelgan de la decoración que cubre las fachadas y las calles. Falta una semana para la Navidad, y siento que mi vida pasa con rapidez. Es curioso, pero parece que las cosas negativas ralentizan el tiempo y los días dejan de correr en el calendario, mientras que ahora, que soy más feliz de lo que jamás hubiera imaginado que podría ser, el reloj avanza a una velocidad de vértigo.

Hace apenas cuatro días que me dieron la paga extra, y va a mermar considerablemente a causa de los regalos que quiero poner debajo del abeto para Anna, Rai y Andrew, así como los regalos de boda para los dos primeros. Pero no me importa, porque quiero recompensar a los que están a mi lado y me apoyan, aunque sea con cosas materiales. Sé que esos detalles los harán felices, y yo quiero sentir esa felicidad rebotando en mi ser, ser partícipe de todo ello.

Sin más dilación, cruzo la calle y entro en el centro comercial que hay frente a mi trabajo. Mi primera parada es la tienda de Montblanc, donde adquiero unos gemelos de acero con un avión grabado en el centro y que me cuestan una pequeña fortuna, pero sé que a Andrew le encantarán.

El segundo lugar en el que voy a parar lo tengo claro, ya que lo he acordado con Anna, y será mi regalo de boda para ella. Se trata de aquellos escarpines blancos de L. K. Bennett, esos con un montón de un montón de perlititas rodeando el borde. Casi me emociono con el envoltorio tan bonito que prepara la dependienta. Al final resulta que estaban rebajados un veinte por ciento, así que decido ampliar su regalo y reponer el frasco de perfume de Nina Ricci, ese con forma de manzana, que a Anna le encanta y que ya se le está terminando. Seguro que no se lo espera.

Rai es sencillo y complicado al mismo tiempo; es por eso por lo que a él le daré un sobre con dinero para que los ayude a costear la boda. Por supuesto que no me olvido de su regalo de Papá Noel, y bajo el árbol encontrará un gracioso jersey de punto con un reno muy navideño. Como me parece divertido, escojo otro de color azul y con un muñeco de nieve para Andrew.

Cuando he terminado de realizar todas las compras, me percató de que he perdido la noción del tiempo en este edificio sin ventanas, abarrotado de gente que se mueve sin control entre estanterías y maniqués. Algunos van solos; otros ríen divertidos; otros hablan despreocupados por el móvil, y algunas personas discuten con sus acompañantes o con los niños, ya sea porque han perdido la paciencia o porque no se ponen de acuerdo con respecto a lo que andan buscando. Mientras tanto, yo, cargada con bolsas que no contienen nada para mí, descendo por las escaleras mecánicas, notando ya un leve dolor de cabeza, probablemente causado por el calor que hace aquí dentro y los villancicos, con ese sonido de xilófonos y panderetas que tienen en común casi todos ellos. Me aparto a un lado en mi escalón para permitir el paso a los que más prisa llevan y decido rebuscar en mi bolso hasta dar con el móvil. He recibido varios mensajes de Anna y unas cuantas llamadas perdidas de Andrew, pero no me sorprende. Cada vez que me olvido del móvil, me pasa algo similar, pero ese no es motivo suficiente para dejar de llevar el teléfono en silencio a todas partes. No me gusta que suene, me pone de los nervios. Llamadlo manía, pero a veces me parece incluso de mala educación, sobre todo si voy acompañada, y en otras ocasiones, prefiero no ser esclava de ese aparatito. Una también necesita su

espacio y sus momentos de soledad.

Es hora de dar señales de vida, empezando por mi novio, el cual me contesta al segundo tono.

—¿Dónde estabas?

—Fundiendo la tarjeta de crédito en el centro comercial.

—Eso no me lo creo, prueba con otra cosa.

—¡Va en serio! Es Navidad y debo recopilar regalitos para poner bajo el árbol.

—¿Y a mí qué me has comprado?

—Me temo que tendrás que esperar a la noche del 24 de diciembre.

—Si vas muy cargada, podemos pasar a recogerte y te acercamos a casa. Luego, si quieres, podemos cenar.

—¿Podemos? ¿En plural? —pregunto sorprendida.

—Ha venido un amigo de Nueva York, y me gustaría que os conocierais.

—¡Estupendo! Estoy en el centro comercial de Goya, ¿te va bien?

—Perfecto, espéranos allí.

Aunque estoy cansada, me siento bastante satisfecha por el día de hoy. Espero acertar con todos los regalos, y me gusta la idea de conocer a un amigo de mi novio, ¡por fin! Salgo a esperar cerca de la parada de taxis, pendiente de identificar el coche de Andrew cuando llegue, y aprovecho para llamar a Anna después de leer en sus mensajes que pretendía que saliéramos juntas. Le explico mi plan y la invito a cenar con nosotros. Me da la impresión de que no ha tenido un buen día, y Rai trabaja hasta las once de la noche, por lo que le vendrá bien evadirse un rato.

Mientras espero, decido escribir a Adela. La situación con mi amiga está latente en el fondo de mis pensamientos, y sigo creyendo que las cosas pueden mejorar y que esto solo es una mala racha. Le pregunto si le apetece hacer un Skype, como en los viejos tiempos, y tras proponerle una hora, me responde con un «*Ok*» que hace que la ilusión, junto con la esperanza, formen un cóctel de emociones en mi interior.

¡Genial! Esta noche podremos hablar. Una parte de mí desea y espera que todo siga como antes de Londres.

En el coche, el amigo de Andrew no muestra ningún interés hacia mí; me saluda levantando la mano y articulando un triste «*Hola*», nada más. Accede a regañadientes a la petición de Andrew de sentarse en el asiento de atrás, desde donde parece continuar una conversación en inglés a la que trato de prestar atención, pero me resulta tan surrealista que a veces dudo de estar entendiéndolo bien. Es como si tuviera la lengua medio adormilada mientras habla; arrastra las palabras y, sin duda, su tono denota una gran tristeza, probablemente mezclada con decepción por el contexto de la historia. Creo entender que estaba casado, o sigue casado, esa parte no termina de quedarme clara. Su mujer iba redecorando una parte de la casa cada mes, de manera que siempre estaban medio en obras, y además le encantaba gastarse auténticas fortunas en las últimas tendencias de moda.

—¿Cuándo te das cuenta de que el amor ha pasado a ser solo costumbre? Parecíamos más bien compañeros de piso que se respetaban, solo que ella, encima, me está desangrando mensualmente con la American Express.

—Elliot, deberías haberle puesto un límite a su tarjeta hasta que obtengas el dichoso divorcio.

—Está ida de la olla. ¿En qué momento he llegado a esto? —sigue lamentándose el otro.

Me dedico a inspeccionarlo a través del espejo retrovisor y su gesto me da verdadera pena. Su rostro muestra dolor y sufrimiento, y esas cosas siempre hacen que se me encoja el corazón. Elliot tiene cara de bonachón, y en ella destacan sus ojos, de un marrón caramelo entrañable. Su piel morena contrasta con su pelo rubio oscuro, y en sus mejillas se difuminan algunas pecas que solo

consiguen que su gesto parezca mucho más dulce aún. Es muy alto, aunque no tanto como Andrew, y, desde luego, está en muy buena forma. Se nota que se cuida y que probablemente acuda al gimnasio con frecuencia. Viste unos pantalones beis, una camisa blanca con los dos primeros botones abiertos y una americana gris oscura. Le veo echar la cabeza hacia atrás y llevarse las manos a la cara, pero enseguida vuelve a una posición erguida debido a que Andrew anuncia la llegada a mi portal, lo que nos saca a los dos de nuestros pensamientos. Mi yanqui se baja del coche conmigo y me entrega las bolsas de mis travesuras, que, cuando me recogió, dejamos en el maletero.

—Si viene algún coche, daré una vuelta a la manzana hasta volver a tu portal, así que tranquila. Si necesitáis tiempo...

—Creo que le voy a decir a Anna que no venga. Es más, tal vez deba quedarme con ella. Elliot...

—No sigas por ahí. Es mi mejor amigo, pero si vuelvo a escuchar una vez más la historia de su mujer, me volveré loco.

—¿Qué ha pasado exactamente?

—Su esposa es una mala persona. Está feo que lo diga, pero es la verdad. Cuando él le planteó una ruptura de mutuo acuerdo, ella se quedó misteriosamente embarazada, y en una discusión se tiró a propósito escaleras abajo y perdió el bebé. Ahora se niega a firmar los papeles del divorcio y se dedica a fastidiar a mi amigo.

—Menudo encanto —digo con tono sarcástico.

—Por favor, necesita despejarse y cambiar de tema, y yo llevo escuchando su historia varios meses.

—Nunca me habías hablado de él.

—Te lo mencioné en París, y de todas formas no está en la época más presentable, así que tampoco quería hablarte de Elliot por el momento.

—Está bien. Dejaré todo esto en casa y bajaré con Anna cuanto antes.

Le doy un beso antes de entrar al portal y subo las escaleras a toda prisa para hacerlo esperar el menor tiempo posible. Cuando llego, Anna está fumando un cigarrillo en el sofá mientras ve la televisión sin prestarle mucha atención. Lleva un vestido verde oliva que resalta su figura y se ha pintado los labios con ese rojo mate que tan bien le sienta. La veo guapa, demasiado guapa para haber un hombre triste esperando en el coche de Andrew y que nos acompañará esta noche.

—Tal vez me he precipitado al invitarte, pero siento decirte que no puedes echarme atrás, porque Andrew no quiere que lo abandonemos a solas con su amigo Elliot —le adelanto mientras voy dejando las bolsas frente al sofá—. Es mono, pero creo que de bueno que es, ha resultado ser tonto. —Me acerco hasta la barra de la cocina mientras Anna me observa—. Al parecer está pasando por una ruptura complicada y no es el alma de la fiesta, precisamente. —Lleno un vaso con agua y me lo bebo de un trago antes de continuar con mi resumen—. ¡Será todo un logro si no queremos cortarnos las venas cuando volvamos a casa!

—Suenas a planazo —ríe—. Pero pobrecito, ¿no?

—Para compensarte, te diré que en esa bolsa están los zapatos de tu boda, pero ¡no! —exclamo cuando se lanza a mirarlos—. Los chicos nos esperan con el coche y tenemos que bajar rápido.

—¡Está bien! —Pone los ojos en blanco y recoge su abrigo y el bolso.

Contra todo pronóstico, la velada se desarrolla tranquila y en torno a temas de actualidad, curiosidades, Historia y, sobre todo, anécdotas de los chicos en la universidad. La presencia de Anna parece haberle hecho bien a Elliot, y Andrew se muestra bastante satisfecho con el resultado, mientras me coge de la mano por debajo de la mesa.

—¿Te acuerdas de aquel año en que le pusimos al capullo de Jack film transparente en el retrete? —recuerda en inglés el amigo de mi yanqui.

—Eso es asqueroso y desalmado. —Anna responde en el mismo idioma y frunce el entrecejo; es evidente que el amigo de Andrew no le ha caído muy bien—. No me quiero imaginar el resultado.

—¡Imagínatelo! —continúa Elliot partiéndose de risa.

—Elliot, por favor, estamos cenando.

—¿Y qué? —pregunta sin dejar de reír—. ¡Ya sé! Juguemos a qué prefieres hacer.

—¿Qué es eso? —se interesa Anna.

—Elliot, no es el momento.

—¿No lo conoces? —pregunta, ignorando a su amigo—. Es sencillo, por ejemplo: ¿qué prefieres, lamer la axila sudada de un orco o mascar un chicle usado del suelo?

—No me gusta este juego —responde Anna achinando aún más los ojos—. Es enfermizo.

Me cuesta creer el cambio tan radical que ha dado su estado de ánimo, y me empieza a preocupar la forma en la que mira a Anna, algo de lo que ella no parece percatarse. No me gusta nada que esté pendiente de llenarle la copa ni que le dedique esas sonrisas mientras yo no paro de pensar en Rai.

—Chicas, sois las dos fantásticas. ¿Cómo no me has presentado a estas preciosidades antes?

—Anna está a punto de casarse —indico yo entonces.

—¿En serio? —A Elliot casi se le borra la sonrisa, lo que aviva mis sospechas.

—¡Sí! —exclama mi amiga, emocionada, llevándose una mano al pecho—. En unas pocas semanas. ¿A que es increíble cómo pasa el tiempo? —pregunta dirigiéndose a mí y a Andrew.

—¿Y él a qué se dedica?

—Es profesor de baile, aunque también toca la batería en un grupo de música. Es brasileño y lleva el ritmo en la sangre. —Mi amiga comienza a hablar de Rai, y me relajo al ver que Elliot parece perder interés en ella, aunque su rostro denota decepción, o tal vez sea solo aburrimiento. Me siento un poco cruel, pero Rai merece que marque territorio en su nombre, y más cuando un tipo guapo, con dinero y que no está en su mejor momento sentimental se fija en mi amiga, su futura esposa.

No tardamos en ponerle punto final a la noche, y yo decido quedarme en casa con Anna para que los chicos puedan estar solos y contarse sus cosas, aunque Andrew no está especialmente entusiasmado con la idea.

—Mañana llegan a Madrid mi prima y una amiga suya para pasar la Navidad aquí. Mi madre se nos unirá también en un par de días —comenta Andrew de camino a nuestro portal—. ¿Comes con nosotros mañana, bollito? Así te las presento.

—Claro —respondo, contenta por la idea de conocer a más gente de su entorno.

—¿Alison? —pregunta Elliot alzando las cejas—. ¿Tu prima, Alison la loca?

—Sí. Y no la llames así —dice Andrew.

—Chicas, un placer, pero yo me vuelvo mañana a Nueva York —comenta Elliot.

—¿Por qué eres así? —se queja Andrew.

—Alison está como una puta cabra, y yo ya tengo bastante con lo mío.

—Mi prima lo ha pasado mal, pero ya se ha rehabilitado —explica Andrew—. Hay que darle otra oportunidad.

—Engañó al psiquiatra para que la soltaran otra vez. —Giro la cabeza para mirar directamente a Elliot, y me sonrío—. O esa es mi teoría, pero se le han dado muchas oportunidades en menos de cuatro años —dice levantando las manos.

Anna y yo nos miramos, pero no decimos nada. Desde luego, no sé qué pensar. Solo espero que las fiestas no se presenten muy moviditas para poder disfrutar de una Navidad tranquila y feliz, después de haber coleccionado unas cuantas sola.

Los chicos nos llevan a casa. Elliot se queda en el coche mientras Andrew nos acompaña al portal, y

Anna, consciente de que los dos queremos un par de minutos de intimidad para despedirnos, sube a casa y nos deja a solas.

—Tengo algo para ti. Dame un segundo.

Vuelve al coche y abre la puerta del copiloto. Después, solo escucho protestas de Elliot porque le ha debido de golpear las rodillas al abrir la guantera. Mi yanqui no tarda en regresar a mi lado, con una cajita roja en las manos.

—¿Qué es esto? —pregunto cuando me la entrega.

—Ábrela —me pide, impaciente.

Hago lo que me dice y me quedo sorprendida al encontrar una estrella de oro amarillo atravesada por una fina cadenita a juego.

—Es preciosa. —La contemplo.

—Quiero que recuerdes las promesas que nos hicimos la otra noche en el balcón, bajo aquella estrella.

—No sé qué decir. —Acaricio el presente con la punta de los dedos—. Muchas gracias. —Le doy un beso, emocionada.

—Esta estrella simboliza la promesa. Ten presente todo lo que hablamos, ¿de acuerdo? —Me roza la mejilla.

—Me encanta, no podría ser más especial.

Un vehículo se acerca, y ambos miramos en la dirección de la cual proviene.

—Tengo que irme.

—Te voy a echar de menos esta noche.

—Y yo a ti, bollito. —Me da un último beso, breve pero cargado de sentimientos, antes de regresar al coche para dejar de obstaculizar el tráfico.

Subo a casa con mi regalo en las manos, pensando en ponérmelo y no quitármelo jamás. Bueno, por las noches sí me lo quitaré para poder dormir sin riesgo de ahogarme, pero el resto del tiempo lo llevaré siempre. Nunca pensé que algo tan tonto como un colgante podría hacerme tan feliz. Supongo que el motivo es el hecho de que me lo ha regalado Andrew y lo que simboliza: promesas, sueños y un futuro juntos. Y sobre todo, lo representa a él, porque él es mi estrella, mi luz.

Cuando ya estoy en el apartamento y en mi nube particular, se me han ido hasta las ganas de acostarme temprano, pero entonces recuerdo que mañana madrugo. Mucho. Porque mi queridísima encargada ha decidido que descargue el camión con las demás, por lo que tendré que estar en el trabajo antes de que pongan las calles. La ventaja es que a las dos de la tarde estaré fuera y podré conocer a Alison la loca y su amiga. ¡Mierda! Se me ha pegado el mote con el que Elliot ha calificado a la prima de Andrew, y debo borrarlo como sea.

En casa, Anna está hablando por teléfono, y yo me dirijo a mi habitación con esa sonrisita tonta que se me ha quedado después del detalle que ha tenido mi yanqui. Cruzo toda la estancia y veo que casi es la hora que había fijado para hablar con Adela por Skype. Me conecto y decido ponerme cómoda mientras hago tiempo para que ella entre en línea. Los minutos van pasando; me siento en la cama con el portátil al lado. Cojo el libro de mi mesita de noche y trato de concentrarme en la historia que tengo a medias, pero sin perder de vista la pantalla del ordenador. Cuando ha pasado ya media hora, decido escribirle un mensaje. Le doy diez minutos para contestar, pero como no lo hace, la llamo, sin obtener respuesta alguna. Es oficial: Adela me ha dado un ciberplantón.

## 23

Me encuentro con Andrew en un restaurante de diseño donde no estoy muy segura de qué tipo de cocina ofrecen. El local es ultramoderno, con luces azules y violetas que te hacen olvidar que en realidad es la hora de comer de un día entre semana y no un sábado por la noche. Las chicas a las que esperamos no tardan en llegar, y me figuro que Alison es la rubia platino que se quita sus enormes gafas de sol, se las coloca en la nuca y se lleva las manos al pecho mientras esboza una mueca forzada, como de sorpresa y emoción, al ver a Andrew.

Él se levanta, contento de verla, y yo lo imito, aprovechando para observar a la acompañante, que la sigue. Otra rubia, aunque con el pelo más color de pollo. Liso, perfecto; delgada y más bajita que yo, a pesar de estar subida a unos tacones de infarto que, además, llevan plataforma.

—¡Tú debes de ser Paula! —comenta en inglés Alison llamando mi atención—. ¡Oh, Andrew! ¡Es una auténtica monada de chica! —exclama mientras me abraza—. Desde hace semanas, cada vez que mi primito vuelve a casa, solo nos habla de ti.

Miro de reojo a Andrew y lo veo sonrojarse por primera vez desde que lo conozco.

—Alison, ya basta —dice antes de atender a la otra invitada—. Kate, ¿cómo estás? Me alegro de verte.

—Bien, ¿y tú? —No espera respuesta, y viene directa hacia mí.

—Hola —saludo con la mano, un poco nerviosa por el gesto que pone al mirarme.

—Hola, cielo. —Me sonrío, pero, no sé por qué, me siento como un ratoncito acorralado por una boa constrictor—. Sí que es guapa, Andrew. —Extiende su sonrisa aún más, como una muñeca de plástico diabólica, y se vuelve a mirarlo—. Lo has hecho bien.

—Tengo sed, ¿podemos pedir algo ya? —Alison reclama de nuevo su protagonismo, y no tarda en comentar la penuria que supone ir en primera clase para cruzar el océano Atlántico, rogándole a Andrew que la próxima vez le deje utilizar el *jet*, aunque Andrew no parece muy dispuesto a dar su brazo a torcer y no para de responderle con negativas. La rubia platino no cesa en su empeño hasta conseguir sacar un «Ya veremos» de mi yanqui.

No tardan en servirnos un vino blanco, caprichito de las recién llegadas. La prima de Andrew parece satisfecha por el momento, hasta que sale el tema de la cena de Navidad.

—Necesitaremos comprar vestidos —dice casi gritando—. Paula, tendrás que llevarnos a las mejores tiendas para poder elegir el adecuado.

—Eh... yo, la verdad... —No sé qué responder, así que sonrío y bebo de la copa de vino que acaban de servirme.

—Eso, Paula. Tendrás que hacernos de guía y recomendarnos tiendas —añade Kate, con esa malicia encubierta que no logro entender del todo.

—Sería una gran idea —añade Andrew.

¡Fantástico! Reprimo las intensas ganas que me han dado de tirarle lo que queda de mi copa en la cara a mi novio y de levantarme para pegarle con el bolso en la cabeza por lanzarme a la aventura con esas dos pijas de vocecilla aguda e insoportable. Trato de relajarme, y para ello me termino la copa de un trago bajo las atentas miradas de todos los presentes. Intento convencerme a mí misma de que el

hecho de sentirme incómoda no se debe a las miraditas que no paran de dedicarme esas dos, sino a los comentarios del idiota de Elliot. ¿En qué momento tuve que conocerlo? Sin duda habría aceptado todo esto de mejor gana sin saber lo del psiquiátrico, el mote de Alison la loca y sin haber sido testigo de que el amigo de Andrew de verdad ha vuelto a Estados Unidos para no toparse con ellas.

—Claro. Iremos a donde queráis —digo al fin—. ¿Cuándo llega tu madre? —le pregunto a Andrew, y me fastidia que quien conteste sea Alison.

—La tía Margarita vendrá pasado mañana —anuncia con voz repipi—. Espero que tengas buen gusto para escoger tu vestido, pues ella es muy exigente.

—Paula, a mi madre le encantará, y está deseando conocerte. Lo que dice Alison no es cierto.

—Estoy convencida de ello. —Trato de sonreír—. Mañana iremos a donde queráis, chicas.

Ellas comienzan a dar palmaditas y mi yanqui parece más que satisfecho, mientras que a mí me invade una avalancha de sentimientos similares a los que tendría si me adentrara en un túnel oscuro cuya salida desconozco. Pánico, nervios e inseguridad. En realidad, me siento como en una montaña rusa de sentimientos, porque comienzo a pensar que todo irá bien y, al segundo siguiente, que todo va a salir estrepitosamente mal. Me obligo a calmarme y decido que afrontaré la situación como surja, ya que no es algo que yo pueda planificar; no está en mi mano que salga mejor o peor. Solo me queda esperar.



## 24

—Estos probadores son superenanos —protesta Alison—. ¿No crees?

—Supongo que son un poco pequeños para el tamaño de algunos de estos vestidos. ¿En serio creéis que algo tan voluminoso es necesario? —mascullo, aplastando la falda de uno que me asfixia aun en la percha.

—Paula, te estás agobiando. Déjame que ponga esto en el otro probador para que tengas más sitio donde colocar las cosas. —Kate coge mi abrigo.

—Gracias, pero no hace falta.

—Cielo, de verdad, yo lo vigilaré. —Kate coge también el resto de mi ropa—. Te van a traer muchos vestidos y no hay espacio para todos.

—En realidad, ninguno me está convenciendo, creo que deberíamos parar.

—Mira, lo ponemos todo en este probador de enfrente, ¿vale? —La prima de Andrew me sonrío.

—Está bien.

—Tienes que darles una oportunidad a estas maravillas. Algunos no te los imaginas hasta que no te los has puesto.

Suspiro y saco el móvil del bolso, que está colgado en un gancho de mi probador. Aún es pronto, pero con ellas la mañana se me hace eterna.

—Voy a quitarme este mientras me traen los otros dos —comento, y guardo el aparato de nuevo en mi bolso.

—Claro, te cierro la cortina.

Empiezo a sacarme el espantoso vestido cuando unas manos se cueclan por el hueco que hay debajo del biombo del probador contiguo y se adueñan de mis zapatos. Mi vestido cae al suelo, y me agacho.

—¡Eh! —Intento alcanzar los zapatos, pero no llego a tiempo. Escucho risas y me asomo tapándome con la cortinilla—. ¡Alison! —exclamo al verla esfumarse con mis zapatos. Asustada, miro hacia el probador donde estaban mis cosas, pero ya no hay nada.

La dependienta aparece.

—Le traigo los otros dos vestidos, señora.

—¿Dónde están las chicas con las que he venido?

—Acaban de irse —responde confusa.

No me lo puedo creer. Esto es una broma de muy mal gusto. Dejo que caiga la cortinilla y cojo las perchas con los vestidos sin importarme que me vea en ropa interior. Estoy demasiado nerviosa como para andarme con remilgos. No le doy ni las gracias, y cierro el probador en sus narices.

—Si necesita ayuda, llámeme —le oigo decir al otro lado.

Saco el móvil del bolso otra vez y llamo a Alison, pero me corta la llamada. Vuelvo a intentarlo, pero nada. Le escribo un mensaje, y tampoco me contesta. No puedo creer que me estén haciendo esto. Una parte de mí espera que aparezcan de repente y digan que ha sido una broma, pero en el fondo, siento que no va a ocurrir.

Puedo llamar a Andrew o a Anna y pedirles que me traigan ropa, pero no sé cuánto tiempo tardarían, y no me siento cómoda en este probador. Miro las etiquetas de los vestidos y me espanto

con los precios. ¡El más barato cuesta seiscientos noventa euros! No lo pienso. Llamo a Andrew, que, por suerte, contesta enseguida.

—Bollito, ¿cómo estás? —me pregunta.

—Hola, cariño. —Trato de aparentar serenidad—. ¿Qué haces?

—Estoy a punto de entrar a una reunión con los clientes de China. ¿Va todo bien?

—Sí —miento.

Se me había olvidado por completo... Andrew lleva esperando a los chinos toda la maldita semana. Está tan ocupado que no puedo distraerlo con una escena así, por lo que suspiro y decido desviar la conversación.

—¿Comemos juntos?

—No puedo, tengo que estar con esta gente.

—Oh, bueno, entonces... ¡suerte!

—¿Nos vemos esta noche?

Siento las ganas de llorar en aumento. Estoy a punto de contarle lo que pasa. De decirle lo que acaba de hacerme la zorra de Alison, pero me recuerdo que acusar a su prima por teléfono y con una reunión tan importante en puertas no es la mejor opción. Así que finjo emoción.

—Claro. Llámame cuando termines.

—Lo haré. Te quiero.

—Y yo a ti. —Lo digo de verdad, deseando abrazarlo.

Llamo a mi opción número dos: Anna.

No contesta. Imagino que estará trabajando. Decido probar suerte con mi último recurso: Rai. Lo intento hasta en tres ocasiones más, pero no descuelga.

Vuelvo a mirar uno de los vestidos, el que cuesta seiscientos noventa euros. Es rosa claro, de raso, liso, con manga corta y acampanado hasta la rodilla. Me lo pruebo; la talla se me ajusta a la perfección, aunque es un vestido del estilo de Alison y digno de una fiesta adolescente. Odio a Alison la loca. ¿Qué digo loca? ¡Zorra!

¡Zorra maldita!

Sí, eso le va mucho mejor.

—¿Cómo va con los vestidos? ¿Necesita ayuda? —La dependienta ha vuelto. Abro la cortinilla de un tirón y me mira—. Es precioso. ¡Le sienta de maravilla!

—Querría unos zapatos. Los más sencillos que haya —añado al recordar los precios de la tienda.

—¡Voy a traerle unos ideales!

Cielos, ¿por qué me grita cada vez que habla? Sale de la zona de los probadores, pero reaparece casi al instante con unos zapatos de la tela del vestido y una piedra gigante en la punta. ¡Qué horror!

—¿No tiene algo más... sencillo?

—¡Podemos ver en el catálogo!

—Es igual. —Amago una sonrisa y cojo uno para probármelo—. Es mi número. Me los llevo.

—¡Maravilloso!

—Puestos —específico—. Me lo llevo todo puesto.

—Eh... De acuerdo.

—¿Puede quitarme la etiqueta del vestido? Ahora mismo salgo a pagar.

Se acerca hasta un mueble a la entrada de los probadores y vuelve con unas tijeras. Le doy la espalda para que pueda cortar el lazo de la etiqueta. Me pongo el otro zapato y agarro el bolso.

—Por aquí —me indica.

La sigo hasta la caja registradora, donde otra dependienta me mira perpleja. Sé que en cuanto salga

de la tienda voy a ser la comidilla de esas dos. ¿Pero acaso yo no haría lo mismo? ¿Y quién no? Las situaciones raras siempre se comentan.

La veo teclear en la pantalla del ordenador táctil y luego vuelve a sonreír.

—Serán mil ciento veinte euros, por favor.

Casi me atraganto al escuchar la cifra.

—¿Cuánto cuestan los zapatos?

—Cuatrocientos treinta euros.

Estupendo, unos zapatos horribles que cuestan lo mismo que mi alquiler de un mes y que jamás voy a volver a utilizar. Saco la cartera con dedos temblorosos y tiro de mi tarjeta de crédito, que siento en mi mano como un yunque. No puedo creer que vaya a usarla para semejante desfalco. Además, tendré que fraccionar el pago y el banco me cobrará unos intereses indecentes. Me prometí no llegar a esto jamás, pero es un caso excepcional. Más bien podría considerarse una emergencia.

Alison..., ¡zorra!

No me reconozco a mí misma, estoy llena de ira y de odio. Jamás había conocido a una persona tan tóxica y tan despreciable como esa Barbie descerebrada.

—¿Señora? —La dependienta llama mi atención al ver que no le doy la tarjeta.

—Perdón —digo dejándola sobre el mostrador.

Cierro los ojos cuando la pasa por el datáfono. No la he usado antes para un gasto así, y tengo miedo de que no funcione.

Que funcione, por favor, por favor... ¡Por favor!

La maquinilla enseguida escupe un recibo, y la segunda dependienta le susurra algo a la que me está atendiendo.

—¿Puedo ver su documento de identidad, por favor?

Saco el DNI y se lo enseño. Lee mi nombre en la tarjeta y comprueba que coincide. Sonríe de nuevo, satisfecha porque todo está correcto. Me tiende el tique y amplía aún más su sonrisa.

—Muchas gracias, y que tenga un buen día.

—Adiós.

Salgo a la calle y un viento helado me recibe y hace que se me ponga la piel de gallina.

¡Zorra maldita!

Solo puedo pensar eso. Levanto el brazo, esperando parar algún taxi, pero todos llevan la luz naranja encendida. No sé cuánto tiempo pasa, pero termino temblando y con las uñas azuladas por el frío. Soy consciente de las miradas de los viandantes y de algún que otro conductor. Al final, consigo parar un taxi para que me lleve.

Una vez en el hotel, cruzo el vestíbulo, todavía tiritando. No sé si es la ira, el frío o una combinación de todo. La risa de Alison capta mi atención, y la busco a mi alrededor. Efectivamente, está sentada a una mesa, junto a su amiga y a una mujer de unos cincuenta y muchos que toma una taza de té con ellas. Me acerco a la mesa. ¡Estoy tan cabreada...!

—¡Paula! —exclama, levantándose y mirándome de arriba abajo—. Ese conjunto te queda genial.

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Quieres unirte a nosotras? —me pregunta sin borrar su estúpida sonrisa de su estúpida cara.

—Alison —pronuncio su nombre y trato de no agarrarla por los pelos—, ¿dónde habéis dejado mi ropa?

—No sé de qué me estás hablando. —Mira a Kate—. ¿Tú entiendes algo?

—Esto te parecerá divertidísimo, ¿verdad? Primero convences a Andrew para que yo os acompañe de compras. Luego soy tan idiota que accedo a probarme esos dichosos vestidos con vosotras, y lo que hacéis es robarme mi ropa y dejarme en bragas en medio de la tienda.

—¡Alison! —exclama la señora que las acompaña, dejando la taza de té en la mesa.

—No sé de qué hablas. —Parpadea sin borrar la sonrisa de su rostro.

—He tenido que comprar esta cosa —señalo el vestido— y estos zapatos que jamás me pondré, solo para poder salir de la tienda con ropa puesta. He esperado un taxi en la calle llevando únicamente esto. ¡En pleno invierno! —Se ríen—. Para ti no significa nada. —Mis lágrimas afloran—. Eres una niña mimada que no sabe lo duro que puede ser sobrevivir, pero yo necesitaré meses de trabajo para poder pagar esto.

Al ver que lo único que logro es alimentar sus risas, me doy la vuelta en dirección a los ascensores, y entonces escucho un ruido seguido de un grito. Giro la cabeza para ver qué ha sucedido. Alison está con la cara torcida y una mano en la mejilla. Pertenece a la señora, que se ha levantado y parece furiosa. Al menos, alguien le ha dado su merecido a esa zorra. ¡No puedo pensar en ella con otro calificativo! Pero soy lo suficientemente inteligente para no emplearlo en voz alta con ella, o de lo contrario podría usarlo en mi contra.

En la habitación sigo temblando. Cruzo la sala hasta llegar al dormitorio y veo que la cama está hecha. Las camareras han pasado ya; mejor, podré estar más tranquila. Sigo andando hasta el baño y voy directa a la ducha; abro el grifo caliente a tope. Me quito la ropa mientras espero a que la temperatura del agua aumente y entro. Me abrazo a mí misma una vez que estoy bajo el chorro y estudio mis uñas, que van recobrando su color natural. Me tomo mi tiempo y me relajo con el aroma de los jabones del hotel. ¡Me encanta! Este momento me lo he ganado. Cuando salgo, me envuelvo en uno de esos albornoces que tanto me gustan y me mimo con crema.

—¡Achís!

Mierda, espero no haberme resfriado. Será mejor que me seque el pelo, pero antes debo desenredarlo. Me esmero para que quede bien seco y con volumen. Me miro al espejo, bastante satisfecha con el resultado. ¿Qué hora será? He pasado tanto rato aquí metida que debe de pasar de la una. Salgo de la habitación y me encuentro a Andrew sentado en la cama.

—¡Madre mía! —Pego un bote y me llevo la mano al corazón—. Perdona, cariño. No esperaba verte aquí.

—Hemos terminado pronto y me he acercado para ver cómo estabas.

—¿No ibas a comer con tus clientes?

—Lo hemos pospuesto a otra reunión por la tarde.

—¡Achís!

Mierda...

—¿Te has resfriado? —pregunta, de camino hacia mí.

—Espero que no.

Me da un casto beso en los labios y me observa.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—¿Ya te ha ido Alison con alguna historia?

—No. Solo sé que mi madre le ha cruzado la cara y me ha llamado hecha un basilisco contándome no sé qué de que te habían dejado desnuda en una tienda.

—¿Esa era tu madre? —Me tiembla la voz—. ¡Ay, no! —Me tapo la cara con las manos—. ¿Pero no se supone que llegaba mañana?

—Cuéntame qué ha pasado. Me has llamado... ¿y no me has dicho nada?

—Te he llamado pensando que alguien podría traerme ropa, pero al decirme lo de los chinos, no he querido involucrarte en esto. No me parecía el momento.

—En fin... Cuéntame qué ha pasado.

—Fuimos a una tienda fea y cara que a ellas les gustaba. Se empeñaron en que debía probarme unos vestidos y se pusieron tan pesadas que accedí. Me quitaron los zapatos por debajo del probador y salieron de la tienda llevándose mi ropa. He tenido que comprarme un vestido y unos zapatos horribles con los que poder salir a la calle. Me he gastado mil ciento veinte euros y ahora no sé cómo voy a pagarlo ni si podré seguir usando mi tarjeta de crédito.

—¡Me parece increíble que te hayan hecho esto! No puedo creerlo, no lo entiendo.

—Quisiera que me devolvieran mi ropa. Llevaba el abrigo que me compraste en París y, bueno, sabes que me gustaba mucho.

Saca el móvil y, tras teclear, se lo lleva a la oreja y espera a que le contesten.

—Ven a la *suite* ahora mismo. Tenemos que hablar, y no acepto ninguna excusa. —Cuelga y me abraza—. Siento mucho todo esto. Me parece tan surrealista que no sé ni qué hacer. ¿En qué estaban pensando esas dos? —Él sigue procesando la información—. De verdad, por más que lo intento, no logro entender cómo han podido.

Enseguida llaman a la puerta de la *suite*.

—Dame un momento a solas con ella. —Andrew sale y cierra a su paso las puertas correderas que separan el dormitorio del salón.

Oigo el recibimiento de Andrew y la voz de Alison, en inglés.

—¿Dónde habéis puesto su ropa? —pregunta Andrew.

—La hemos tirado a un contenedor, porque era basura.

—Pero ¿cómo puedes tener esa actitud? Tienes veintitrés años y vas a casarte. ¡Madura, Alison!

—Ya soy lo suficiente madura —le escucho decir a Alison con autosuficiencia. No puedo evitar poner los ojos en blanco. ¡Vaya bicho que tiene Andrew por prima!

—Tienes que pedirle perdón.

—No pienso pedirle perdón a una sirvienta.

Me olvido hasta de respirar al oír eso.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. No pienso pedirle perdón a alguien de una clase tan inferior.

—Lo que fuera que te metías te ha dejado muy tocada, ¿no?

—Voy a ignorar ese comentario.

—Francamente, me decepcionas. No deberías haber venido a Madrid, y espero que te vayas pronto. En este hotel ya no eres bien recibida.

—¿Me estás echando? —pregunta ella en un tono demasiado agudo.

—Sí.

—¿Sabes por qué he venido? Escuché a nuestras madres hablar emocionadísimas de que por fin ibas en serio con alguien y, cuando me enteré de la clase de chica con la que estabas, supe que debía intervenir. Un hombre como tú no puede mezclarse con alguien como ella. ¡Kate está disponible, y sabes que siempre ha estado loca por ti! ¿Por qué no despiertas, Andrew?

—Eres una víbora.

—Qué curioso: la tía Margarita me ha llamado lo mismo. —Se ríe de manera forzada—. Supongo que no sois tan diferentes; al fin y al cabo, es tu madre. ¿No era ella sirvienta en un avión?

Me tapo la boca con la mano, escandalizada por su osadía.

—No te atrevas a seguir por ahí.

—¿No sufrirás complejo de Edipo? —El tono de Alison es tan burlón que da asco.

—Me sorprende que sepas lo que es eso, y ahora vete de aquí y no vuelvas a pisar ninguno de mis hoteles jamás.

Escucho los tacones alejarse y un portazo. Despacio, abro la doble puerta corredera y lo observo: permanece con la mirada fija en la puerta por la que ha salido Alison. Sé que está dolido por todo lo que acaba de pasar, y me siento en parte culpable. No tenía que haber ido con ellas de compras. Sabía que no era una buena idea, pero lo hecho hecho está.

—Siento lo que ha ocurrido —me atrevo a decir entonces.

—Tú no tienes la culpa de nada. Alison ha sufrido muchos problemas desde que era una adolescente.

—Ya, pero...

—No quiero seguir hablando de este tema, ¿de acuerdo? —Viene hacia mí y me besa en la frente—. Hoy mismo te haré una transferencia para que puedas pagar la tarjeta de crédito y algo más.

—Andrew, no quiero que...

Pero me interrumpe.

—No es negociable.

Al ver su cara, me doy cuenta de que está enfadado, muy enfadado, aunque sé que no es conmigo. Aun a riesgo de que al final parte de su enojo también sea contra mí, decido ir más allá.

—No te daré mi número de cuenta.

—Cariño, tampoco lo necesito. —Muestra una sonrisa torcida—. No estoy de humor para tratar ahora con tu cabezonería, así que, por favor, no me contradigas. Nos veremos esta noche, y acuérdate de coger la nueva tarjeta de acceso a la *suite*. Mandé que te la dejaran preparada en la recepción. —Me planta un beso en la frente y suspira. Lo veo salir de la habitación sin decir nada más y... ¡Achís!

Miro el reloj y casi doy un salto al ver la hora. Llego tarde al trabajo, y como me pille mi encargada, será la excusa perfecta para llevarme otra de sus reprimendas. A toda prisa, me pongo el uniforme y bajo brincando de dos en dos los escalones del hotel para ir más rápido. En la entrada me encuentro con Fran, que justo acaba de dejar a alguien, y le pido el superfavor de llevarme al trabajo. El hombre, encantado de que por fin solicite sus servicios, accede y conduce en silencio hasta la tienda, consciente de que estoy nerviosa debido a la hora que es.

Cuando llegamos, bajo del coche sin mirar atrás y le doy las gracias casi gritando para que me oiga a través de la puerta del vehículo, ya cerrada. Atravieso el umbral y veo que una de mis compañeras me hace señas mientras habla por teléfono.

—Sí, claro, le digo que se ponga. —Me pasa el auricular susurrando el nombre de nuestra encargada. Cuando contesto, prácticamente me arranca el bolso de las manos y me hace quitarme la chupa de cuero marrón que le he tomado prestada a Andrew; hace una bola con todo y lo mete en uno de los cajones donde guardamos las bolsas.

—Dime.

—¿Cuándo has llegado? No te he visto pasar por el vestuario.

—Pues llevo aquí un buen rato —miento como una bellaca. Doy gracias por que no esté delante de mí, ya que no me resulta fácil mentir.

Enseguida aparece en nuestra planta para comprobar que todo está en orden y poder vigilarme de cerca. Parece que se va a marchar, convencida, cuando entonces entra en la tienda Alison, acompañada por Kate.

—Paula, ¡querida! —exclama, alzando los brazos y gritando. La poca clientela que hay en este

momento se vuelve hacia las recién llegadas y yo trago saliva, temiendo que haga o diga algo que pueda perjudicarme.

—Hola, Alison. —Trato de sonreír—. No es un buen momento —me excuso mirando de reojo a mi encargada—. Estoy trabajando.

—¿En serio? ¡Vaya! Esperaba que me asesoraras. Necesito renovar el armario.

—Si viene a comprar, por supuesto que puedes acompañarla —acepta mi encargada con una gran sonrisa que me recuerda a las hienas.

—Claro. —Asiento, nerviosa, y salgo del mostrador, plantándome frente a ellas—. ¿Tenías alguna idea de lo que buscabas?

—No, la verdad. —Desdobra una camiseta para verla mejor. La deja caer donde estaba y coge la de al lado, haciendo lo mismo. Repite la operación con todas las de la mesa y me mira, sonriente.

—Eh... Si quieres renovar, puedo sugerirte que esperes en el probador y te llevo unas cuantas cosas para que te veas.

—Eso suena aburrido. —Se acerca a unos vestidos y toca la tela.

Luego mira a Kate con aire divertido y, agarrando todas las perchas, las tira al suelo. Su amiga la imita: comienza a tirar también todo lo que encuentra a su paso y, antes de que nos demos cuenta, han dejado media tienda patas arriba. Todas las presentes observamos horrorizadas la escena que están montando esas dos.

—Como te atrevas a poner un pie en Nueva York, te destrozaré la vida.

Tras decir eso, se marcha. Mis pulsaciones van a mil por hora. Estoy helada, mirando la puerta por la que se han ido mientras la música martillea mis sienes sin saber muy bien qué hacer, qué decir o qué esperar. Me giro lentamente y me encuentro a mi encargada pegada a mis talones.

—Recoge esto lo antes posible o te planto de una patada en la calle —murmura antes de desaparecer por las escaleras.

No sé cómo lo hacemos, pero mi compañera y yo nos pegamos una paliza recogiendo el estropicio como si no hubiera un mañana, temerosas de las represalias. Ambas necesitamos el trabajo, y aunque nos solemos tomar a broma las reprimendas y los enfados de nuestra encargada, sabemos que esta vez su paciencia pende de un hilo.

En menos de una hora, la tienda vuelve a estar perfecta, y yo recupero mis cosas del cajón de las bolsas y me encierro en el vestuario para poder escribirle a Andrew un mensaje que resuma lo ocurrido. Por suerte, el resto de la jornada transcurre sin incidentes; el ambiente en el local está relajado y se superan con creces las ventas previstas para hoy, por lo que me voy satisfecha y aliviada de vuelta al hotel, aunque moqueando un poco. Creo que definitivamente me he resfriado, aunque mañana no trabajo, así que podré recuperarme.

## 25

—Hola —saludo a la recepcionista con una sonrisa. Ella me devuelve el saludo de forma muy amable.

—Buenas noches, señorita Martínez.

—Andrew me ha dicho que me habían preparado una nueva tarjeta de acceso a la habitación.

—¡Oh! Cierto. —Trastea por el mostrador hasta dar con un sobre—. Aquí está. —Lo abre y me tiende una tarjeta gris con letras en blanco.

—Muchas gracias. —Sonrío al recogerla.

Mi móvil vibra y me paro a leer el mensaje de Anna.

*¿Cenas en casa?*

Estoy a punto de contestarle cuando una chica de metro ochenta se sitúa a mi lado en el mostrador. Desde luego, es la típica mujer que no pasa desapercibida ni para ellos ni para nosotras. Su melena está peinada de forma impecable y es de un castaño brillante, natural y sedoso. Viste un traje beis muy elegante con un top lencero en rosa palo. No lleva tacones, ni los necesita con esa estatura. En su lugar, calza unos mocasines que, además de parecer cómodos, son preciosos.

—Buenos días y bienvenida, señorita. ¿Tiene reserva?

—Buenos días. —Se quita las gafas de sol y muestra, bajo unas largas pestañas, una mirada verde y felina—. Me hospedo con Andrew Roberts. ¿En qué habitación está él?

—¿Disculpe? —La recepcionista traga saliva y mira primero a la recién llegada y luego a mí antes de volver a dirigirse a la otra—. No tengo constancia de lo que me dice.

—¿Cómo que no? Le dije a Andrew que estaba de camino.

—Hola. —Decido intervenir. La desconocida me mira sin entender—. Tal vez pueda ayudarte. ¿Eres de la empresa?

—¿Qué? —se ofende—. ¡Soy su novia!

Sus palabras me caen encima como un jarro de agua fría, pero no soy la única que flipa con esa contestación. La recepcionista le da, sin querer, un golpe al florero que tiene al lado, y este se viene abajo y se hace añicos. La jefa de recepción sale del *back office* por el escándalo que ha causado la pieza al romperse y nos mira a las tres confusa.

—¿Qué ocurre?

—Eh... esta señorita viene a ver al señor Roberts —resume la recepcionista.

—Dígame su nombre, por favor.

—Bonnie Wilson. Soy la futura señora Roberts; ¿cómo no sabían que venía?

—Disculpe. —La jefa me mira y luego vuelve a enfocarse en la americana—. No teníamos constancia de lo que nos dice. Si me permite, avisaré al señor Roberts —añade, descolgando el teléfono.

—¿Se puede saber por qué no paras de mirarme? —me pregunta enfadada.

—¿Cuánto hace que sales con Andrew? —Trato de permanecer serena.

—No es de tu incumbencia. Aunque llevamos lo suficiente para esto. —Exhibe un pedrusco en el



dedo anular.

Ya es demasiado. No puedo seguir aquí, con ella, con esa historia. ¿Qué demonios está pasando? ¿Esto está ocurriendo de verdad?

—Disculpe, señorita Wilson. —La jefa de recepción capta nuestra atención de inmediato—. El señor Roberts ruega que lo espere en el vestíbulo, si es tan amable. —Luego se dirige a mí—. Usted, suba, por favor.

¿Que suba? ¿Qué mensaje es ese? ¿Por qué no baja él a resolver esto? ¿Acaso será verdad? Nadie dice nada. Me quedo ahí plantada junto a la tal Bonnie Wilson, que cada vez parece más indignada por la situación.

—Señorita, suba cuanto antes, por favor —me insiste la recepcionista.

—No —respondo, dejando la tarjeta en el mostrador.

—Aunque no sea de mi incumbencia, se equivoca si piensa marcharse —se apresura a decirme.

—Pues que baje él y lo arregle —espeto antes de girarme y salir casi corriendo del hotel.

A mis espaldas, Bonnie se echa a reír a carcajada limpia.

Me voy de ahí sintiendo cómo se me rompe el corazón. Hace bastante tiempo que no siento un dolor así, y es que siempre he evitado a las personas que podían causarme este daño, hasta que conocí a Andrew y confié en él.

No tarda en vibrar el móvil, que todavía llevo en la mano. Aflojo la presión al darme cuenta de que tengo los nudillos blancos. Por supuesto, cuando miro la pantalla, leo el nombre de Andrew. Al principio pienso en no contestar, pero luego decido que lo único que lograré con eso será alargar el malestar, por lo que descuelgo.

—¿Por qué no has bajado? —le pregunto nada más acercar el aparato a mi oreja.

—No puedo permitir que se monte otro numerito en la recepción del hotel. Además, eso es lo que ella quiere.

—¿La conoces, entonces?

—Sí.

—¿De qué?

—¿Cómo que de qué?

—De qué la conoces.

—¿Podemos hablar esto en persona?

Dudo si dar marcha atrás y regresar al hotel, pero no. Quiero respuestas, ya que está claro que hay algo más, y necesito que no se esconda detrás de su personal ni en una habitación, así que ignoro su petición.

—¿Por qué se ha presentado aquí diciendo que es la futura señora Roberts?

—¿Eso te ha dicho?

—Sí, Andrew. Incluso lleva un anillo de compromiso en el dedo. —Estoy al borde del llanto.

—Paula, te aseguro que esa mujer no es mi prometida. —Por su tono de voz, creo que comienza a desesperarse.

—Respóndeme solo a una cosa —no sé si quiero saberlo, pero la pregunta no para de rondarme la cabeza desde que ella se ha presentado—: ¿en algún momento has tenido algo con ella?

—Sí. —Suspira. Y con ese suspiro, todo mi ser se hunde.

—Dime que fue antes de conocerme —le pido mientras mis lágrimas comienzan a descender por mis mejillas.

—Fue antes de venir a vivir a Madrid. —Hace una pausa—. Jamás te he sido infiel... ni lo seré. Y ahora, por favor, vuelve. Necesito que estés bien.

—Si quieres que esté bien, primero resuelve toda esta mierda.

Cuelgo, y no tarda en volver a llamar, pero esta vez no contesto.

Camino y camino hasta llegar cerca de mi casa. No me apetece nada subir, así que sigo caminando por la calle del Pez. Me fijo en un bar que, aunque siempre ha estado ahí, nunca he pisado. Observo a un grupo de gente que lo abandona al tiempo que por la puerta escapa la música de la España ochentera como si fuera una brisa. Entro justo cuando suena *Bailando*, de Alaska y Los Pegamoides. Me siento en el único sitio libre, al fondo de la barra.

—¿Qué te pongo? —me pregunta un camarero rubio, muy joven, lleno de tatuajes y con unos ojos verdes de infarto.

—Eh... —Recorro con la mirada la fila de botellas que tiene a sus espaldas, hasta dar con un líquido a juego con su mirada y que promete evadirme de verdad—. Absenta.

El camarero mira hacia donde señalo, luego me mira a mí y termina por hacer una mueca y encogerse de hombros. Agarra la botella y saca un vaso de chupito que me parece más grande de lo normal.

—Cinco euros —me dice cuando lo ha llenado. Yo rebusco en mi bolso y le tiendo un billete. Me bebo el contenido del chupito de un trago, sin pensar, sin saborearlo, pero aun así me parece fuerte y asqueroso. No puedo evitar acordarme de todas las novelas que he leído y que hacen referencia a esta bebida, al igual que la historia del París de los años 20, con los bohemios de la época, fieles consumidores de este elixir. Rebusco en mi cartera y extiendo otros cinco euros. El camarero no tarda en acercarse.

—¿Repetimos?

—Sí —respondo, dejando caer el billete en la barra.

El camarero rellena el vaso y, cuando ha recogido el dinero, se aleja a seguir atendiendo a otros clientes. Me concentro en el líquido verde. Echo de menos a Andrew, pero tengo derecho a estar molesta, ¿no? Han pasado muchas cosas esta última semana y ya no puedo más. Parece que todas las malas pécoras de Nueva York están en mi contra desde que se han enterado de que existo. Y lo que me pregunto ahora es si merece la pena sentir este dolor y sufrir la ira de unas cuantas locas a cambio de un futuro incierto, alejado de lo que conozco y que me aporta solo cierta seguridad.

—¿Bebes sola?

Un chico cuyo pelo le cae por la frente y le cubre las orejas se aproxima a mí. Abandono por unos segundos mis pensamientos. Parece de mi edad; es delgado y alto y viste una camiseta de las Tortugas Ninja que me parece bastante cómica.

—¿Te ha comido la lengua el gato o es que no hablas mi idioma? —me pregunta al no obtener contestación.

Me fijo más en él antes de darle una respuesta. Me hace gracia que, con cada movimiento, casi con cada palabra, sus rizos suban y bajen.

—Estoy esperando a alguien.

—¿Puedo esperar contigo? —me pregunta sin borrar la simpática sonrisa de su rostro.

—No creo que te sea muy cómodo quedarte aquí de pie.

—Seguro que esta amable dama lo entenderá. —Le da unos golpecitos en el brazo a la chica que está sentada a mi lado para atraer su atención.

—Hola —saluda ella, tocándose el pelo al verlo. Apenas tendrá veinte años y, sin duda, el chico ha captado su interés.

—Hola, linda. —Le guiña un ojo. Yo no puedo evitar poner los míos en blanco—. Verás, acabo de conocer a mi futura esposa. Y me preguntaba si me cederías tu asiento, no sin antes ofrecerte a ti y a

tus amigas un lugar de primera allí, en aquella esquina, con mi grupo de amigos, ¡todos solteros! Están deseando invitaros a unas copas y sacaros a bailar.

Me cruzo de brazos, deseando ver cómo la chica le suelta alguna fresca y lo manda a paseo, pero entonces, contra todo pronóstico, ella comienza a reírse tontamente y se pone a hablar con sus amigas. Lo más increíble es que todas se ríen como ella, se levantan y van hacia donde el recién llegado ha indicado.

—¿Ves? —me dice señalando el taburete—. No ha sido tan complicado. —Se sienta a mi lado y se fija en mi vaso—. ¿Qué cojones es eso?

—Absenta. —Vuelvo a terminármelo de un trago, solo que esta vez me da tos.

—¡La madre que me parió! —Abre los ojos como platos—. Me encantas, tía. —Asiente con la cabeza y sus rizos hacen lo mismo—. Yo voy a pedirme un *gin-tonic* —dice llamando al camarero.

Decido que es el momento de escribir a Andrew, así que saco el móvil y no me hago de rogar.

*Ha sido una semana muy difícil para mí, y espero que lo entiendas.  
Aun así, no te voy a negar que estoy enfadada y necesito explicaciones sobre lo ocurrido hace un rato.  
Confío en ti. Tal vez eso me convierte en estúpida, pero es así.  
Confío en ti, aunque no sé si estoy dispuesta a pagar este precio. Duele demasiado.*

Lo leo antes de enviarlo y pienso en borrarlo y guardar el móvil, pero es la verdad, es lo que siento y lo que necesito transmitirle en ese momento, así que lo envío. No tarda en llegarme un mensaje suyo.

*Siento mucho lo que ha pasado.  
Sé cuál es la raíz del problema, y te prometo que voy a solucionarlo.*

«Solúcionalo y después ven a buscarme», le respondo, y adjunto la ubicación del garito en el que me hallo.

—¿Con quién te escribes? —me pregunta el rizos.

—Con mi novio —respondo sonriendo.

—¡Qué bromista eres!

Sigo haciéndole caso a mi móvil.

*¿Dónde estás?*

*En un bar, cerca de mi piso.*

*¿Tú sola?*

Por unos instantes pienso en mencionarle que no, pero no quiero ser cruel, así que me limito a decirle:

*Sí, estoy sola.*

*Paula, vuelve a casa, por favor.*

¿Quién demonios se ha creído que es para decirme que regrese a mi casa? Mi cabreo va en aumento. «Solúcionalo primero», escribo, y guardo el teléfono en mi bolso.

No sé cuánto tiempo pasa, pero de pronto me siento muy relajada, incluso feliz, escuchando las anécdotas del Erasmus que cursó el tipo que se me ha acoplado esta noche. Con cada anécdota consigo que me ría, aunque no tenga tanta gracia. Supongo que la absenta es más fuerte de lo que pensaba, además de estar amarga y... horrenda, para qué me voy a engañar. En parte me siento defraudada porque Andrew no ha venido a buscarme, lo cual me hace pensar que no ha podido resolverlo o, peor aún, que no le importo tanto como creo. En ese momento, con esos pensamientos, me empiezo a poner triste, hasta que el rizo ataca de nuevo con otra de sus historias y me río otra vez. Definitivamente, la absenta me vuelve bipolar, por lo que desconecto y me muevo al ritmo de la música en mi taburete mientras le pido al camarero que rellene el vaso, esta vez amontonando monedas de un euro en la barra.

—Yo te invito —se ofrece mi improvisado compañero.

—No —me niego en redondo—. Ni lo zueñess. Puedo pagarme yo misma el alcohol.

Creo que estoy un poco borracha y sé que he sido una borde, pero ni por esas me deshago del tipo. Él sigue hablando y yo finjo escucharlo, aunque a veces su voz se entremezcla con las voces de Tequila interpretando la canción *Salta*. ¿Dónde me he metido? Es increíble que lleve tantos años viviendo en esta calle y nunca haya venido a este local. Sin duda, Anna, Rai y yo nos hubiéramos echado unas risas.

Llegamos a un punto en el que no tengo ni idea de qué me está contando, pero las caras que pone logran que me entre la risa. Está claro que intenta ligar conmigo, y me siento halagada, pero esta noche es solo para mí. Estoy a punto de decir algo que lo espante, aunque no sé muy bien el qué. Me he pasado con la bebida y eso no me permite pensar con claridad.

—¿Y vives muy lejos? —me pregunta el chico.

—Súúúúúúúúúúper *far away* —respondo mientras noto una mano en mi hombro.

—¿Qué?

Está claro que no ha entendido mi respuesta, y yo estoy demasiado ocupada en averiguar de quién es esa mano y quién se ha creído que es para tocarme.

—Esfúmate. —Escucho la voz de Andrew desde mi espalda dirigiéndose al chico que tengo delante.

¡Ah! Es él; bueno, vale. Puede poner la mano en mi hombro.

—¿Quién te has creído que eres? —El otro parece mosqueado—. Que decida ella.

—¡Madre mía! —Hundo la cara en el brazo que he posado en la barra—. Vete —añado, y hago gestos con la mano, como si así fuera a espantar al de los rizos.

—Será mejor que nos vayamos —me susurra Andrew.

—No. —Intento erguirme en el taburete y parecer serena—. ¿Has arreglado todo?

—Casi.

—Eso no me vale. —Vuelvo a hacerle señas al camarero para que se acerque—. Te he dicho que vinieras cuando estuviera solucionado.

—Ya has bebido suficiente.

—Soy una mujer libre.

—También eres valiente y fuerte. Por eso te admiro y estoy contigo. —No esperaba que me diera la razón ni que añadiera eso—. Pero no debes seguir bebiendo.

—Vale. —Coincido con él en lo de la bebida—. No me encuentro muy bien —digo tapándome los ojos. Todo empieza a dar vueltas—. Quiero ir a casa —le pido—. Pero a mi casa.

El camarero se acerca a nosotros. Lleva en la mano una botella con forma cuadrada, un líquido verde en su interior y una etiqueta en la que aparece un hada en color azul.

—Oh... *fuck*... —dice Andrew al verla—. ¿Cuántos le has puesto?

—Cuatro —responde encogiéndose de hombros—. Este sería el quinto.

—No va a haber un quinto. ¿Te ha pagado ya?

—Sí.

—Pues nos vamos. —Me ayuda a bajar del taburete.

Esa simple acción hace que todo el líquido que he ingerido se mueva en mi estómago y la sensación de malestar aumenta. A cada paso, creo que tengo un mar agitándose en mi interior, con olas que luchan por salir, aunque sea traspasándome la piel.

—Necesito irme de aquí —le pido con urgencia.

—¿Estás muy mareada?

Le miento, negando con la cabeza, y aprieto los labios para pensar en cualquier cosa que me distraiga del sentimiento que se está apoderando de mí. Me agarro a él como si fuera un koala y, cuando llegamos a la calle, me atrevo a inhalar el aire frío del invierno. Inspiro una gran bocanada esperando que me haga sentir mejor. Pero no funciona y, sí, voy a vomitar.

—Paula, estás blanca como la porcelana.

—¡Quita! —Lanzo un grito semiahogado.

Intento empujarlo para que me dé espacio y que no ocurra lo que pasa a continuación, pero está tan preocupado por sujetarme que no se aparta, y le vomito en los pies salpicándole también los pantalones. No sé qué me hace sentir peor, si el alcohol que he consumido o haber vomitado sobre Andrew.

—Tranquila. —Me dirige hasta un hueco entre dos coches aparcados en la acera.

—Lo siento.

Vuelvo a vomitar, esta vez en el asfalto, medio agachada y sintiendo cómo Andrew me aparta el pelo de la cara.

—Perdón. No era mi intención... —balbuceo, avergonzada y asqueada.

—Lo sé, tranquila.

—Lo siento.

—Deja de disculparte, bollito.

Y que no se enfade conmigo y use ese apelativo me hace sentir aún peor, porque la culpabilidad me invade todavía más.

No estoy muy segura de cómo conseguimos subir hasta mi casa, pero cuando Andrew abre la puerta, encuentro a Anna acurrucada en el sofá junto a Rai, con la manta y la estufa cerca. Al verme colgada de Andrew, ella corre a encender la luz y Rai pausa la película, sosteniendo el mando a distancia como si se hubiera quedado petrificado al verme.

—¡Por Buda! ¿Qué ha pasado? —pregunta Anna, alarmada y extendiendo los brazos, sin saber muy bien qué hacer o cómo ayudar.

—¡Tío! —grita Rai con cara de asco—. ¿Eso de tus pantalones es pota?

—Es un poco largo de contar —explica Andrew mientras avanzamos en dirección al aseo.

—¡Joder! —Rai arruga la nariz y hace que descendan las comisuras de sus labios mientras los aprieta. Es demasiado expresivo—. Apesta a pota y alcohol.

—¿Qué ha bebido? —pregunta Anna, siguiéndonos hasta el baño.

—Absenta —responde mi novio. O espero que lo siga siendo después de todo.

—¿Andrew? —pregunto apurada mientras me siento en el suelo junto al retrete. No puedo seguir hablando porque tengo que esconder la cabeza dentro de la porcelana blanca para seguir vomitando. Él se sienta detrás de mí, retirándome con una mano el pelo y rodeándome la cintura con el brazo

que tiene libre.

—¿Puedes traer un par de toallas y ropa limpia? —oigo que le pide a mi amiga—. Necesita una buena ducha.

—Agua —reclamo yo entonces—. ¡Agua!

—Vale, agua también, pero sigue echando esa mierda.

No soporto ser el centro de atención en este momento. Me siento decepcionada conmigo misma, y recuerdo que también estoy enfadada con Andrew. Por suerte, Anna trae ropa limpia para los dos, toallas y agua antes de cerrar la puerta del baño y dejarnos solos. Yo continuo vomitando, y me da la impresión de que voy a echar hasta la primera papilla.

—No sigas mirándome así —le digo a Andrew.

—Mucho me temo que no me pienso separar de ti.

—Estoy avergonzada; lo siento.

—¿Estás mejor?

—Sí, pero ahora tengo frío.

Andrew enciende la pequeña estufa que guardamos en el baño y me observa, como si quisiera cerciorarse de que estoy en mejor estado.

—¿Qué te parece un baño?

—Me apetece dormir —me quejo.

—Me imagino, pero antes deberías entrar en la bañera. Te ayudará a despejarte y te sentirás mejor, créeme.

Estoy a punto de volver a protestar cuando me reviso las puntas del pelo, haciendo grandes esfuerzos por no llorar debido al bochorno que estoy sufriendo. Tengo vómito en el pelo, así que supongo que ni estoy en condiciones ni debo contrariar a Andrew en su propuesta de pasar por la ducha.

La borrachera me desaparece casi por completo cuando me veo sentada en la bañera, con Andrew en calzoncillos, lavándose. Inhalo el olor a jabón y trato de relajarme un poco, pero no puedo. Me siento demasiado culpable por haberle vomitado encima y que haya sufrido ese espectáculo en primera persona.

—¿Un poco mejor ya?

—Lo siento —vuelvo a disculparme, ignorando su pregunta—. Nunca he... Jamás he hecho esto antes.

—¿En serio? ¿Has vivido sola desde los diecinueve y jamás te has emborrachado hasta este punto?

—Lo juro. Perdóname.

—No te disculpes más, ¿de acuerdo? —Me mira a los ojos y asiento—. En fin, está claro que para todo hay una primera vez. No ha sido agradable para mí, pero mucho menos lo es para ti. No debería ser justificable, pero entiendo que últimamente todo se ha complicado.

No hablamos más. Me concentro en el aroma del jabón y me dejo hacer, sintiéndome poco a poco más serena y, sobre todo, limpia. Ojalá los problemas se marcharan también así.

—¿Yo te importo? —inquiero entonces.

—Eres lo más importante de mi vida. —No aparta sus ojos de los míos—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Supongo que necesitaba escucharlo.

—Paula, voy a arreglar todo esto. —Me coge la mano y me mira fijamente—. Voy a ir a por Alison y voy a arreglarlo. No voy a permitir que te hagan daño, te lo prometí en su momento y no pienso faltar a mi promesa.

—¿Cómo sabes que ha sido ella?

—Bonnie me lo ha confesado.

Suspiro. Me agarro las puntas del pelo y me las acerco a la nariz. Por fortuna ya no huelen a vómito, pero mis ganas de dormir vuelven a apoderarse de mí. Tengo que esforzarme a conciencia para poder abrir los párpados.

—Me estoy durmiendo; vámonos a la cama, por favor. Mañana será otro día.

Antes hay que secarte el pelo, bollito. Lo último que necesitas es ponerte enferma.

Nuevamente, tiene razón. La sensación de sentirme cuidada y protegida se apodera de todo mi ser, transformándose en puro amor, pero en el fondo, sigo avergonzada por la situación que le he hecho vivir.

Cuando hemos terminado con el secador, me lleva en brazos a mi dormitorio y me deposita con cuidado en mi cama, donde me arropa antes de sentarse en un extremo.

—¿Por qué no te tumbas a mi lado?

—No voy a quedarme. Ya te he dicho que voy a solucionar todo esto de una vez por todas, y para eso debo ir a Nueva York.

—No sé si puedo continuar con esto.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. Duele. Bonnie me ha dolido.

—Estás borracha y dices tonterías.

—No, Andrew. Lo digo en serio.

—Que ni se te pase por la cabeza semejante ocurrencia. Lo solucionaré.

Yo asiento y, a continuación, él posa sus labios en mi frente.

—Se me hace raro verte con la ropa de Rai —digo, tirando de la sudadera gris que lleva puesta.

—Y a mí, créeme. —Luego suspira—. Volveré antes de lo que crees. Y ahora, duerme.

## 26

A la mañana siguiente, todo me parece un mal sueño. Miro a mi alrededor recordando a Andrew sentado en mi cama, con ropa de mi amigo, y entonces me doy cuenta de que fue real. Me incorporo y siento que la cabeza me da vueltas. Poso mi mano en la frente, como si al sujetármela fuera a parar de girar todo, pero no consigo nada. Mi estómago se revuelve, y la vomitona acude a mi memoria para avergonzarme, aunque me encuentre sola en mi cuarto. El móvil descansa en mi mesilla de noche, y no dudo en tocar la pantalla para que me muestre la hora.

—Joder... —digo para mis adentros al ver que son casi las tres de la tarde.

Es en ese instante cuando siento lo pastosa que tengo la lengua, bueno, la boca en general. Hay un mensaje de Andrew debajo del reloj. Lo abro y experimento una mezcla rara entre alivio y culpabilidad al leer sus palabras.

*«Te quiero y siempre te querré. Te echo de menos, pero espero estar de vuelta mañana».*

Lo releo y me quedo pensando en las sensaciones que me invaden. Siento alivio de no haberlo espantado después de... ¡Oh, cielos! Le vomité encima, sí.

Pues eso, siento alivio porque dice que me querrá siempre a pesar de mi comportamiento de anoche y de haberle vomitado.

La culpabilidad me viene por la situación que se ha creado. De haber subido a la habitación cuando la recepcionista me lo pidió, nada de todo esto habría pasado. Andrew estaría ahora mismo en Madrid, conmigo, y yo no querría morir por el malestar que la absenta ha dejado como recuerdo y aviso.

Supongo que si no hubiera actuado como actué, tal vez ahora estaría más feliz, pero me carcomería por dentro todo lo ocurrido durante las veinticuatro últimas horas. Una parte de mí se arrepiente, pero la otra es consciente de que mi experiencia nocturna fue el detonante para que Andrew se pusiera serio con la zorra de Alison. Es evidente que no estoy orgullosa de mí misma, y no pienso repetir. Es más, me prometo no repetir con absenta jamás. En realidad, no debería volver a probar el alcohol y punto.

Con cuidado, salgo de entre las sábanas y abro la puerta de mi habitación. La luz me hace entrecerrar los ojos. Las cabezas de Anna y de Rai rápidamente viran hacia mí.

—Buenos días. —Mi amiga se levanta del sofá—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si un tren me hubiera pasado por encima.

—Necesitas comer proteínas y tomarte un ibuprofeno con Coca-Cola para sentirte humana otra vez —explica Rai mientras hace *zapping* en el televisor.

—¿Pero qué clase de remedio es ese? —dice Anna.

—Estoy seguro de que, en medio de todo ese malestar, a Paula le apetecerá un buen plato de macarrones con tomate y queso.

—No creo que... —Mi amiga se apresura a protestar, pero entonces, sorprendiéndome a mí misma, la interrumpo.

—¿Con salchichitas cortadas? —Me siento mejor solo de imaginar el plato.



—¿Lo ves? —Rai se pone en pie y le guiña un ojo a Anna—. Toma asiento, princesa. Te he reservado un plato que solo hay que calentar en el microondas.

—Lamento lo de anoche.

—Explotaste. Solo que no nos imaginábamos que fueras a hacerlo de esta manera —expone mi amiga—. Al parecer lo de ayer fue el colmo de las locuras de Alison.

—Veo que habéis hablado con Andrew. —Tomo asiento en uno de los taburetes.

Anna asiente y el microondas comienza a pitar. Rai saca el plato y lo pone delante de mí, en la barra. Alza el índice, como si se hubiera acordado de algo, y se gira a por el molinillo de pimienta.

—¿El toque del chef? —Anna, divertida, observa cómo se mueve su prometido.

—Por supuesto —responde, concentrado en moler un poco de pimienta sobre mi plato. Luego saca de la nevera una lata de Coca-Cola Zero, la cual abre y me sirve en un vaso—. Solo me falta un detalle. —Va al baño mientras yo me decido a clavarles el tenedor a unos cuantos macarrones, y antes de poder llevármelos a la boca, Rai vuelve y coloca un ibuprofeno en el borde de mi plato—. Ahora sí. *Bon appetit!*

—Me da la impresión de que me he cargado la Navidad y que estaré sola en esta casa.

—Cariño —Anna se acerca a abrazarme—, no has sido tú quien lo ha estropeado, sino la enferma de Alison la loca.

Me llevo las manos a la cabeza.

—Ayer pensaba romper con él, pero hoy lo veo todo al revés. No me plantearía dejarlo, pero él... no sé qué va a hacer.

—¿Qué? —Rai arruga la frente al escucharme.

—Va a dejarme. Seguro.

—No va a dejarte —asegura Anna.

—Ha huido a Nueva York después de que le vomitase encima.

—Es evidente que sería un motivo de peso —dice Rai con sarcasmo—. Pero volverá, así que hazte un favor y no te rayes más.

—Es verdad. Escucha a Rai. Ayer estabas borracha y dolida, y hoy tienes una resaca insoportable —resume Anna.

Trato de sonreír y comienzo a comer, sumida en mis pensamientos, repasando lo que ha ocurrido en los dos últimos días.

Lejos de pasar las fiestas sola, como pronosticaba, Andrew volvió a Madrid justo a tiempo para la cena de Navidad. Me sentí culpable por lo ocurrido; aunque la locura de Alison no es asunto mío, está claro que fue la causa de que ahora ella esté encerrada en un loquero y la madre de Andrew haya regresado a Nueva York para apaciguar los ánimos de su cuñada. No estoy segura de en qué lugar me deja eso, pero cada vez me gusta menos la idea de mudarme a la Gran Manzana. Todavía tengo atragantado el breve titular que leí en la web del *New York Times*:

**«ALISON ROBERTS, INGRESADA  
POR CUARTA VEZ EN UN HOSPITAL PSIQUIÁTRICO».**

Con respecto a eso, mi yanqui no quiere darme muchos más detalles. Le cuesta hablar de ello, y está claro que es una inquietud dentro de la familia. Alison es muy joven y acumula ya demasiados problemas.

He decidido olvidarme de los pensamientos que rondan mi mente sobre si nuestra relación merece la pena. He comprendido que con él yo soy más feliz, aunque a veces la felicidad también puede traer momentos de dolor, pero supongo que es un precio que hay que pagar.

Aun así, Andrew se ha esforzado por que la Navidad sea lo más normal posible, fingiendo que nada ha pasado, pero yo sigo cargando con ello, y algo me dice que traerá consecuencias, solo que tardan en llegar bastante más de lo que esperaba. Y es que, a veces, las cosas vienen cuando menos te lo esperas o cuando ya has bajado la guardia.

Las fiestas tocan a su fin y de repente ya estamos en la primera semana de febrero. Lo fuerte de la campaña de rebajas ha pasado en su mayoría, y yo acumulo una larga lista de horas extra que, con suerte, redundarán en días libres. Hoy Andrew está en Nueva York, y mi trabajo se está dando tranquilo, cosa que agradezco, ya que llevo un par de días sintiéndome como si fuera a ponerme enferma. Pero seguro que todo es debido a la cantidad de trabajo que he tenido.

Cuando casi es el momento de marcharme a casa, mi encargada me llama al despachito cutre del sótano.

—Te avisé de que tu rendimiento había disminuido y de que mantuvieras alejadas a las visitas.

—Por favor, te repito que lo de la loca aquella no fue culpa mía, y hoy solo me han traído un sándwich —trato de explicarme—. Mis turnos son difíciles, y no es más que un emparedado.

—No puedo tener a alguien así de cara al público. Debes concentrarte en arreglar la tienda y atender a los clientes. Nada más. No se te paga para que te escondas a comer.

—Pero no afecta a mi trabajo, y me lo como en el tiempo que legalmente debería ser mi descanso. Ese hombre me ha traído un sándwich y se ha ido.

—No da buena imagen. —Sonríe de lado.

—¡Pues asígname turnos normales de mañana o de tarde, como al resto de mis compañeras!

—No es eso, es que últimamente te niegas a hacer horas extra, quieres librar más... —Ella continúa buscando pretextos mientras coge unos papeles que tiene boca abajo en la mesa.

—¡Eso último no es verdad! —Estoy atónita—. Solo te pedí que me dejases librar un día porque

no podía más. Llevaba dieciocho seguidos y estaba cansada.

—Desde luego, ese Don Perfecto que te has echado de novio no te beneficia.

—¿Qué tiene que ver mi novio en todo esto?

—Que te ha hecho cambiar, y por eso me veo obligada a darte esto. —Me tiende un papel y un boli, el cual rueda hacia el borde de la mesa.

—¿Qué...? —Leo el encabezado; el bolígrafo cae al suelo. El sonido me sobresalta, y vuelvo a la realidad—. ¿Me despides? ¿En serio?

—Te he avisado.

—Oh, no... —Me fallan las fuerzas y me siento en la silla que hay entre nosotras.

—¿En qué piensas? Firma y ve a por tus cosas para irte a casa. —Recoge el boli del suelo y lo vuelve a posar sobre el papel con ímpetu.

Decido no alargar más este momento. Firmo sin leer siquiera la cantidad del finiquito. Necesito salir de aquí y que me dé el aire. Por un lado estoy destrozada, pero por el otro, aliviada; solo que la idea de carecer de ingresos a partir de ahora me empuja más bien hacia lo primero. Adiós a mi ansiada estabilidad.

Sin decir nada más, me levanto, malgastando las pocas fuerzas que me quedan después de la jornada de trabajo, y voy a mi taquilla. Guardo la copia de mi despido en el bolso sin importarme que se pueda arrugar, me pongo el abrigo y me voy. Soy consciente de que mis compañeras me miran, pero no me despido de ellas. No quiero hablar con nadie ahora mismo; necesito ir a mi casa, tomarme una tila y descansar. Lo mejor será que espere a mañana para volver a buscar trabajo.

Salgo a la calle y la lluvia me golpea en la cara. ¡Estupendo! ¿Algo más? Sin duda hoy se han alineado todos los astros para hacer que mi día sea una mierda. Me pongo la capucha y saco el móvil para comprobar la hora: las seis y media de la tarde. En Nueva York debe de ser mediodía. Ay... Echo de menos a Andrew y tengo ganas de que vuelva. Quiero llamarlo por teléfono, pero decido escribirle por si está reunido.

«Puedes hablar ahora?», envió. Su respuesta aparece en forma de llamada entrante a los pocos segundos.

—Hola —saludo, y me refugio en un portal.

—Hola, bollito. —Está de buen humor, pero oír su voz termina consiguiendo que suelte todas las lágrimas que llevo conteniendo desde que mi encargada me llamó a su despacho—. Paula, ¿qué ocurre?

—Lo siento, no quería ponerme así. No puedo evitarlo —digo obligándome a calmarme.

—¿Estás bien?

—Acaban de despedirme.

Al decírselo, siento que de repente es real. Sí, me han despedido. No tengo trabajo. Con esto no quiero decir que no me lo hubiese creído. El finiquito y los papeles del despido son muy reales, pero, a veces, noticias así no las asimilas hasta que no las compartes o, en este caso, hasta que no lo pronuncias en voz alta.

—Joder...

—No me lo esperaba. —Lloro más. Soy consciente de que la gente que pasa cerca de mí me mira. Debo de parecer ridícula—. Me han despedido... ¡No doy crédito!

—Paula, cálmate. Ese trabajo te estaba consumiendo. En el fondo, te han hecho un favor. Vales para algo mejor.

Alucino con su respuesta, aunque es lo mismo que Anna y Rai llevan repitiéndome mucho tiempo. En este momento no quiero oír algo así, aunque, en realidad, tampoco sé lo que quiero oír. Supongo

que lo que necesito es que me escuchen a mí, y no ser yo la que preste atención a las palabras de los demás.

—¡Ese trabajo pagaba mis facturas!

—No quiero que te preocupes por el dinero, y no vamos a hablar de esto ahora. Lo veremos con más tranquilidad a mi regreso, ¿de acuerdo?

—Está bien —cedo, e intento sosegarme. No quiero que nos enfademos estando a miles de kilómetros.

—¿Dónde estás ahora?

—En la calle. Espero en un portal a que deje de llover para ir al metro.

—Envíame tu ubicación y mandaré que alguien vaya a recogerte.

—Creo que ahora mismo prefiero ir sola a casa para despejarme un poco después de lo que acaba de pasar, ¿te importa?

Se hace un silencio en la línea, y después Andrew suelta el aire de nuevo.

—Está bien. En realidad, estaría más tranquilo si te quedaras en el hotel.

No quiero ofenderlo ni que se enfade. Sin embargo, aunque la idea de descansar en esa cama tan maravillosa y calentita me atrae, no me siento cómoda con la idea de estar sola en su hotel.

—De momento prefiero ir a mi casa.

—Está bien...

—Gracias por entenderme... o intentarlo. Te echo mucho de menos estos días.

—Yo también te echo de menos. —Me hace sonreír—. Oye, en serio, no tienes que preocuparte por nada. Si necesitas dinero...

—No —lo interrumpo al instante—. Tema tabú, por favor.

—La situación ha cambiado, bollito. Hablaremos de ello a mi vuelta. Ahora tengo que dejarte, pero escíbeme.

—Vale. Besitos.

—Un beso —me dice antes de cortar la llamada.

Respiro hondo. La lluvia continúa cayendo, aunque bastante menos abundante. Decido ponerme en marcha nuevamente hacia el metro. Apenas hay gente en el vagón. Me siento en uno de los múltiples sitios que hay libres y sigo con el móvil en las manos, como si al agarrarlo fuera a estar más cerca del amor de mi vida. Debo de resultar patética...

El trayecto de vuelta a casa se me antoja más largo de lo normal, y hago un gran esfuerzo por levantarme y salir. ¿De verdad estoy tan floja? Fuera de la estación, la lluvia vuelve a recibirme, y me abro paso entre un mar de paraguas hasta llegar a mi calle, que está desierta y desastrada. Han arrancado los carteles que anunciaban una corrida de toros en una fachada y ahora están empapándose en el asfalto. Hay mondaduras de naranja fuera de uno de los dos contenedores que nadie se ha molestado en guardar en el portal de al lado por la mañana, y el imaginar que se están llenando de agua por tener la tapa abierta me asquea. Al menos, me siento aliviada de estar tan cerca de mi cama. Vale, no es la cama superconfortable del hotel, pero es mi cama.

No sé qué es lo que piso en este instante que me hace resbalar y me estampo contra la calzada al mismo tiempo que veo mi móvil colarse por las rendijas de una alcantarilla. Tardo un poco en reaccionar, pero no lloro.

«Paula no va a llorar más hoy», me repito.

Paula NO va a llorar.

Paula ha llorado suficiente y ahora se va a levantar como si esto no hubiese pasado.

En fin...

Es oficial.

El día de hoy ha entrado de cabeza en la lista de los peores días de mi vida. Bueno, de cabeza he caído yo. Jamás pensé que podría superar tan pronto el mal día que me hizo vivir Alison.

Me escuecen las palmas de las manos y, al examinarlas, observo que ambas están raspadas, pero no parece nada importante. Estoy empapándome y me duele la rodilla izquierda.

Sin duda, este es uno de esos momentos en los que sientes que has perdido toda la dignidad. Miro a mi alrededor, pero no hay nadie. Tengo un agujero en el pantalón a la altura de la rodilla, que me duele, por lo que deduzco que me he debido de hacer una herida. Me arrodillo, ignorando el pinchazo que siento en la articulación al moverme, y escudriño el hueco de la alcantarilla en la que segundos atrás he visto colarse mi móvil. No se ve nada, solo oigo pasar mucha agua.

Trato de levantar la tapa, pero es imposible. Ahora sí que debo de resultar patética. Me pongo de pie, y el pinchazo de mi rodilla esta vez es tan fuerte que se me escapa un grito ahogado. Miro la tela rasgada del pantalón, que se está empapando de sangre. Intuyo que puede ser grave, así que introduzco los dedos en el agujero de la prenda y rasgo aún más para comprobar lo que me he hecho.

—Joder... —digo, tratando de tranquilizarme al ver un cristal marrón clavado. Vuelvo a echar un vistazo a la calle y encuentro restos de un botellín de cerveza—. ¡Pero qué asco de gente! —grito, y el eco de mi voz se mezcla con el sonido de la lluvia.

Y en el fondo, siento que todo esto me da igual. Estoy tan consternada por el despido que no puedo preocuparme por otra cosa que no sea eso. De lo único que soy consciente ahora mismo es de que no puedo andar mucho en este estado.

Cuando entro por la puerta de Urgencias del hospital de La Paz, es increíble lo sola y pequeña que me siento. Me repugna este lugar cubierto por baldosas verdosas y este tufillo a desinfectante. Casi me da náuseas, y, sí, en resumen, odio los hospitales con toda mi alma. Los sonidos, los olores, los gestos de dolor, sufrimiento y preocupación de la gente. Todo ello me hace recordar siempre a mi abuela y el último año que pasé con ella en Fuenterrabía. Pero hoy tengo que mantenerme con fuerzas, no volver a desmoronarme y ver el lado bueno de las cosas. Me paro frente al cristal que me separa de la recepcionista y espero a que me mire para poder hablar. La mujer, de unos cincuenta años, con el pelo recogido y unas gafas de pasta grandes, me dedica un suspiro de hastío.

—¿Qué te pasa? —me pregunta sin decirme siquiera «Hola», «Buenas tardes» ni nada.

—Me he caído, me he clavado un cristal en la rodilla y ahora tengo una herida bastante profunda que no para de sangrar.

No contesta. Teclea en el ordenador y luego descuelga un teléfono por el que dice algo que no llego a entender.

—Déjame tu tarjeta sanitaria —me pide sin mirarme.

Se la doy a través de la bandeja que hay entre el separador y yo. La coge y teclea de nuevo. No tarda en devolvérmela, junto con un papel, antes de mandarme a la sala de espera. A duras penas camino hasta allí, y dudo si sentarme será lo más conveniente para mi rodilla. Observo por encima a la gente y trago saliva.

—Paula Martínez, consulta tres —escucho por la megafonía.

Me sorprende la rapidez con la que me llaman. He sido la última en llegar y me mandan entrar antes que a toda esa pobre gente que está pasándolo mal, aunque supongo que sangrar de forma considerable te da una especie de pase vip en Urgencias. Cojeo por el pasillo hasta que llego a la

consulta que me han indicado, donde una enfermera de mi edad me espera mientras va depositando material quirúrgico en una bandeja metálica. Lleva el pelo, negro, recogido en una coleta alta, y su rostro parece dulce y amable. Sus facciones son aniñadas y tiene la piel cubierta de pecas que la hacen parecer más tierna aún. Al verme, me saluda con una sonrisa.

—Pasa, pasa —me indica al ver que me quedo en la puerta—. Veamos esa herida. Siéntate aquí. — Con las manos enfundadas en unos guantes de látex azules, toca la única camilla de la estancia—. Uff... Te va a quedar una buena cicatriz y tendré que ponerte unos cuantos puntos.

—Estupendo. —Sonrío amargamente.

—Venga, podría ser peor. Te pincharé un poco de anestesia para que no duela.

Me paro a pensar que podría ser peor. Tiene toda la razón. Podría ser peor, y doy gracias por que no sea así. Cuántas veces he creído que una situación no podía empeorar y al final lo ha hecho... Trato de ser optimista. Tengo que pensar en el lado positivo de todo esto, y comienzo por la tienda. Sí, ese lugar hacía años que se había convertido en mi infierno personal, pero por miedo a perder la estabilidad laboral no me había marchado. La tienda me daba de comer, pagaba las facturas y me permitía cierta seguridad, pero el sueldo era precario y los horarios, una venganza de la envidiosa de mi encargada. Ahora puedo centrarme en encontrar otra cosa, y ya no importa si es un contrato indefinido o un trabajo temporal: al fin y al cabo, en algún momento, Andrew querrá que nos mudemos a Estados Unidos.

—¡Auch! —Un fuerte pinchazo consigue que vuelva a la realidad.

—Se pasará ahora mismo —me dice la enfermera, que sigue inyectándome anestesia.

Enfoco la vista en un reloj de pared, simple, con números negros y fondo blanco. El segundero avanza de una forma que se me hace terriblemente lenta. No siento dolor, pero sí tirones que consiguen que se me revuelva el estómago. Intento no desviar la mirada a la bandeja metálica en la que, de vez en cuando, oigo cómo deja el instrumental que está usando.

—Vamos a ponerte la antitetánica a modo de recordatorio.

—De acuerdo —respondo mientras saca un apósito blanco y cuadrado.

—Esto ya está. —Lo estira sobre la fea costura que me ha dejado.

—Genial —mascullo, aunque luego me arrepiento por mi tono. La pobre no tiene la culpa de nada—. Gracias —añado, en esta ocasión con voz sincera.

—No hay de qué. —Saca la vacuna de un cajón—. Ahora solo un pinchacito y habremos terminado.

Decido no responder ni comentar nada al respecto hasta que me dirige las siguientes palabras:

—Necesito que te gires para poder pincharte en el pompis, cielo.

—¿Perdón? —Parpadeo. Espero no haber oído bien.

—Tengo que pincharte en el trasero, en el culete. —Me ofrece una sonrisa.

—¿Es necesario? ¿No puede ponérmela en el brazo y ya está?

—Es mejor el culete —insiste. Empiezo a odiar el término con el que se refiere a mis nalgas—. La antitetánica suele dejar molestias varios días en la zona donde se inyecta, por eso suele pincharse ahí.

—O sea que, además de no poder caminar, tampoco podré sentarme.

A pesar de todo, me doy la vuelta, como me ha pedido.

—No seas tan exagerada.

No quiero ser antipática con la pobre enfermera. Ella solo realiza su trabajo. Supongo que todas las circunstancias de mi día interfieren contra mi propósito de intentar ser amable, pero me han despedido, me he clavado un maldito cristal en la rodilla y ahora me van a dejar el trasero dolorido. Creo que son razones más que suficientes como para justificarme, aunque la enfermera no sea

consciente.

Me aparta un poco la costura de la ropa interior antes de clavarme la aguja, que a mí me recuerda a una banderilla, y sí, me ha hecho daño, me ha hecho mucho daño, y probablemente haya sido su venganza por mi actitud.

—Esto ya está —anuncia ajustándome la ropa—. Tendrán que curarte los puntos con antiséptico cada dos días y vigilarlo por si se infectara. En ese caso, lo más recomendable sería que volvieras aquí. Si tienes dolores por la vacuna o por los puntos, lo mejor será que te tomes un analgésico.

—De acuerdo. —Me masajeo la zona en la que acaba de efectuar su venganza.

—Por lo demás, todo perfecto. —Sonríe—. Cuídate e intenta pasar la tarde lo mejor que puedas. —Me tiende el informe, y lo acepto de mala gana.

—Gracias —le digo antes de irme.

Salgo de allí cojeando y casi sin poder mover la pierna izquierda, que coincide con la nalga que me han atacado. ¿Acaso no podía repartir un poco a la derecha también? A duras penas, consigo llegar al paseo de la Castellana, donde hay una parada de taxis muy próxima al hospital.

En diez minutos aparezco en el hotel y, disimulando la cojera, tarea casi imposible de llevar a cabo, sonrío a la recepcionista, y nos saludamos como de costumbre. Solo quiero montar en el ascensor y subir a la *suite*. De camino, saco de mi cartera la llave de la habitación. Al entrar, me dirijo al teléfono, descuelgo y marco el nueve, que me comunica con el personal de la recepción.

—Buenas tardes, señorita; ¿en qué puedo ayudarla?

—Hola. Necesito que por favor llame a Andrew y me pase la llamada.

—Ahora mismo, no se retire —escucho antes de la música de espera—. Disculpe, pero el señor Roberts no contesta.

—Insista hasta que lo haga, por favor. —Suspiro, tratando de no perder los nervios.

—Pero...

—Por favor, es muy importante. Insista las veces que sean necesarias.

—Por supuesto, señorita. —De nuevo escucho la música de espera.

—¿Paula? —La voz de Andrew me pilla desprevenida.

—Andrew, perdona por llamarte. Sé que estás reunido, pero...

—¿Qué ocurre? —Su voz suena impaciente.

—Me he caído en la calle y me he clavado un cristal en la rodilla, pero ya he estado en el hospital. Me han curado y puesto puntos y...

Me interrumpe alarmado.

—¿Que te has clavado un cristal? ¿Dónde te has caído?

—En la calle que lleva a mi portal. Había restos de una botella de cerveza rota...

De nuevo me interrumpe.

—Paula, tenías que haber ido directa al hotel cuando hablamos.

—¡Andrew! —le corto, y vuelvo a llorar—. Está siendo un día horrible. Me han despedido, me han dado ocho puntos en la rodilla izquierda y se me ha quedado el culo dolorido por culpa de la antitetánica, ¡así que no me digas ahora lo que debía haber hecho! —Respiro agitada y soy consciente de que mi paciencia hace un buen rato que se ha agotado. No quería gritar a Andrew, pero me encuentro tan mal que ya no puedo evitarlo—. Solo necesitaba decírtelo porque, además, se me ha caído el móvil en una alcantarilla y ya no tengo teléfono.

—Lo siento mucho, cariño. —Me sorprende que me llame «cariño» en lugar de «bollito». No está siendo un día fácil.

—No —coincido.

—Pediré que te lleven comida y que estén pendientes de cualquier cosa que necesites.

—Gracias. —Consigo tranquilizarme un poco—. Y lo siento, no quiero parecer una niña, pero tengo la impresión de que es así como me estoy comportando.

—Es un mal día... No hagas conjeturas y trata de descansar.

Ya de madrugada, me despierto al escuchar una voz familiar que habla en inglés en el salón. Parpadeo y me doy cuenta de dónde estoy. Reconozco la voz de Andrew, así que me levanto y voy hacia el salón forzando lo menos posible la pierna izquierda. Me siento como un pirata con pata de palo, avanzando torpemente por la *suite*. Abro un poco la doble puerta corredera y ahí está Andrew, hablando por teléfono, mirando por la ventana con una mano en el bolsillo de su pantalón. No me da tiempo a abrir mucho más las puertas, porque se gira y me ve.

—*I'll phone you later* —dice antes de colgar—. Veo que vuelves a robarme las camisas. —Se acerca a mí.

—Has vuelto. —Sonrío, ignorando su comentario. Me siento un poco ridícula si pienso en confesarle que llevar puesta una de sus camisas me hace sentirme más cerca de él, protegida, como si fuera una armadura ligera que desprende su aroma. Posa sus manos en mis caderas y me mira, serio, preocupado.

—No pensarías que te iba a dejar pasar esto sola. —Me da un casto beso en los labios—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—¿Y esa pierna? —Se agacha hasta quedar a la altura del apósito.

—Parece más aparatoso de lo que ha sido en realidad. —Trago saliva y continúo—: Perdón por ser tan cabezota a veces. Supongo que no estoy acostumbrada a que me cuiden tanto. He pasado muchos años sola y esto es nuevo para mí.

—Creo que te está dando fiebre o algo —bromea él.

—En serio, Andrew. Te quiero, y me siento muy afortunada por tenerte. —Las lágrimas se agolpan en mis ojos, y tengo que esforzarme por no volver a llorar.

—Yo también te quiero, y solo quiero lo mejor para ti, así que no llores más. Sé que ha sido un día de emociones fuertes, pero ya ha pasado.

—Gracias por haber adelantado tu regreso.

—Te he traído un teléfono para sustituir al tuyo. Mañana será otro día, y lo configuraremos, pero ahora deberíamos descansar.

—Sí, deberíamos. —Suspiro—. Mañana será otro día.



## 28

No puedo dormir, y eso desemboca en que no paro de dar vueltas en la cama. En uno de mis múltiples giros, me envuelvo en la sábana como una oruguita. Trato de desenrollarla sin despertar a Andrew, y pienso que lo he conseguido cuando le escucho susurrar medio dormido: «*What happens, Paula?*». Que me lo pregunte en inglés ya me demuestra que no está al cien por cien, así que ignoro su pregunta y me quedo totalmente quieta para ver si así vuelve a caer en el mundo de los sueños. No tardo en oírlo respirar fuerte de nuevo, y por fin me atrevo a suspirar sin esa sensación de culpa que me había invadido por despertarlo.

En mi empeño por dormirme, vuelvo a girarme, con tan mala suerte que me hago daño en los puntos de la rodilla. Quiero gritar y llorar, pero en su lugar muerdo la almohada mientras se me saltan un par de lágrimas. Cuando ya no puedo aguantar más en la cama, decido levantarme tratando de no emitir ningún ruido. Consigo llegar al salón, cerrando con cuidado las puertas correderas que voy atravesando. Cuando llego allí, solo tengo clara una cosa: mis ojos están abiertos como platos y no hay posibilidad de conciliar el sueño.

Pienso en entretenerme con uno de los libros que he ido trayendo al hotel, pero ya los he leído, y alguno, incluso releído. Recorro la estancia en busca de cualquier distracción que me ayude a pasar las horas cuando veo el MacBook de Andrew. Nunca lo he cogido sin su permiso, aunque siempre me dice que puedo usarlo, y hasta me dio su contraseña de acceso. En realidad, no voy a hacer nada malo, y es el dispositivo ideal para conocer la hora en la que vivo y disfrutar de HBO sin molestar, ya que puedo conectar los auriculares.

Convencida de mi decisión, me acomodo con el portátil en el sofá y me echo por encima la mantita que descansa en el reposabrazos. Son las cinco de la mañana, estoy en la gloria y me dispongo a disfrutar de un maratón de la serie *The Big Bang Theory*.

—Paula. —Una voz familiar comienza a llamarme en casa de Leonard y Sheldon—. Bollito, así te va a doler el cuello.

—¿Qué? —Parpadeo y me encuentro a mí misma hecha un ocho, abrazando el portátil cerrado y con los auriculares puestos—. ¿Por qué estoy aquí? —pregunto, al mismo tiempo que recuerdo mi excursión hasta el sofá en la madrugada—. No podía dormir —aclaro antes de que él diga nada.

—¿Quieres que te lleve a la cama?

—No. —Niego con la cabeza, quitándome los auriculares—. Cogí el ordenador para ver una serie —me explico.

—Tengo que irme a trabajar, y lo necesito.

—Oh... vale. Sí, claro. —Se lo entrego.

—¿Estás mejor hoy?

—Sí, estoy bien. Solo me cuesta un poco andar; por la rodilla, ya sabes.

—¿Qué has planeado hoy?

—No lo sé. —Evito recordarle que no hay nada que pueda hacer—. Supongo que intentaré dormir, aunque tal vez debería plantearme acudir a una oficina local para solicitar el subsidio por desempleo, o incluso buscar un trabajo.

—¿Y por qué no te olvidas de todo eso y te dedicas a descansar? Tu rodilla te lo agradecerá. Tómate esta semana con tranquilidad y piensa en algo que te gustaría hacer cuando estés mejor. Algún sitio al que ir.

—Un día podemos ir a la sierra, ¿qué te parece? Me apetece respirar el aire puro de la naturaleza.

—Hace mucho que no me tomo unas vacaciones decentes. Podríamos irnos juntos a cualquier otra parte.

—¿Unas vacaciones? —pregunto pensativa—. ¿A dónde?

—A la montaña. A mí también me apetece respirar ese aire que dices.

—Suenan bien. ¿Y en qué pensabas? ¿El norte, tal vez?

—En Estados Unidos. Poseo una propiedad en el estado de Tennessee.

—¿En Tennessee? —Alzo las cejas.

—Sí, en Butler, cerca de la frontera con Carolina del Norte. Cuando estoy en Nueva York me escapo algún que otro fin de semana. Ya te dije que me gustaba escabullirme a la sencillez de vez en cuando, y desde que estoy en Madrid no he tenido ocasión de ir. La casa no es muy grande, pero está aislada y las vistas son impresionantes. Estaríamos solos, y, siempre y cuando te veas con fuerzas, podríamos salir a practicar *trekking*.

—Me parece bien.

—La verdad es que ahora que lo estamos hablando me apetece mucho. Esa casa me encanta, y el lugar siempre me hace pensar. Es el típico sitio que no cambia por más que el tiempo avance, y eso consigue que reflexiones acerca de lo mucho que yo voy evolucionando... Ya lo verás, estoy seguro de que te van a encantar los paisajes y, sobre todo, los atardeceres.

—Me estoy emocionando por momentos.

—¿Tienes ropa de montaña?

—Eh... no.

—Pues habrá que ir de compras.

—Te encanta torturarme, ¿verdad?

—Me encanta gastar dinero en ti y no dejas que lo haga a menudo, así que voy a aprovechar estas ocasiones. ¿Qué tal si nos vamos en un par de semanas? Ya te habrán quitado los puntos, y Anna y Rai habrán celebrado la boda... Sí, hablaré con mi secretaria para que despeje mi agenda.

—¿Dos semanas?

—Sí. Ahora que has aceptado venir a Estados Unidos conmigo, no puedo dejar que cambies de opinión.

Coge el teléfono y marca algo en la pantalla antes de llevárselo a la oreja.

—Hola, Andrea. Paula y yo nos marcharemos en unos quince días a Butler y necesito que lo prepares —dice mientras me mira con esa sonrisa que tanto me gusta—. Ajá, perfecto, gracias. —Cuelga y deja el aparato sobre la mesa.

—Qué rapidez.

—Si me sigues mirando así, voy a hacerte el amor, bollito —añade, regresando a la cama.

—¿Ah, sí? —Me muerdo el labio inferior.

—Joder... —Se pasa la mano por el pelo—. Te has convertido en mi vida entera.

—Y tú en la mía. —Sonrío y me acerco a él para besarlo.

Leer frente a la chimenea es un placer indescriptible. Estoy tirada en el sofá, en una postura que,

aunque cueste creer, me resulta cómoda, mientras me dedico a devorar una de mis últimas adquisiciones literarias. Ahora que tengo la rodilla llena de puntos, Andrew me ha dado sus claves de la cuenta de Amazon y me he comprado algún que otro libro de esos que llevaban mucho tiempo en mi lista de pendientes.

Oigo abrirse la puerta de la *suite* y me quedo expectante mirando hacia la entrada de la sala. No tarda en aparecer mi yanqui. No decimos nada, solo nos sonreímos; se acerca hasta mí y me besa.

—Hola —me dice entonces casi en un susurro.

—Hola —respondo. Dejo el libro abierto sobre un extremo del sofá para volver a besarlo mientras le acaricio el pelo.

—Me gustaría comentar algo contigo. —Se sienta a mi lado y busca en un bolsillo interior de su americana hasta sacar una tarjeta negra, que me tiende.

—¿Qué es esto? —Le doy la vuelta entre mis dedos—. No —zanjo al leer mi nombre en la American Express. No sé si será por los nervios, pero me parece más pesada que cualquier tarjeta convencional—. Andrew, no voy a aceptar esto. —Se la entrego, pero él no parece dispuesto a recibirla.

—Ahora no trabajas, y vamos a ir a Estados Unidos.

—Me da igual. Cuando regresemos, buscaré un trabajo. Además, me hiciste la transferencia por la bromita de Alison, así que dispongo de un poco de dinero.

—¿No has comprobado tu cuenta últimamente?

Me observa arrugando la frente y conteniendo una sonrisa, con lo que me doy cuenta de que me estoy perdiendo algo. Como no coge la tarjeta, se la dejo sobre las piernas y agarro mi nuevo iPhone para poder comprobar mi cuenta corriente. Cuando veo la cifra, me tiemblan las manos. Lo miro boquiabierto y después niego con la cabeza.

—No puedo aceptarlo, no puedo. ¡Me has ingresado diez mil euros! —digo, dándole también mi móvil—. Quiero que des marcha atrás. ¿Cómo te devuelvo esto?

—Necesito que tengas seguridad económica y, junto con la tarjeta, es un buen comienzo. —Me devuelve la American Express y el teléfono.

—Pero...

—Confío en ti, y sé que le darás un buen uso. Cuando vayas a pagar algo, no quiero que uses la que está ligada a tu banco, sino esta. ¿De acuerdo?

—Andrew..., no, por favor.

—Permití que quedase pendiente aquella conversación que tuvimos en París sobre el tema económico, pero ahora las cosas han cambiado. No quiero discutir por esto, y si finalmente no lo aceptas, no te voy a obligar, pero, por favor, replantéate la situación, ¿vale?

Suspiro y opto por no seguir con el tema. En el fondo, sé que mi situación actual no pinta bien, y que si nos vamos a Estados Unidos, en algún momento pasaré a depender de él, al menos al principio.

Andrew se levanta y me observa.

—Esta noche toca La Cabra Filósofa, ¿verdad?

—Sí.

—¿Vas a ir a verlos con Anna?

—Sí. De hecho, no tardará en llegar. Quiero pasar tiempo con ella antes de la boda.

—¿Puedo apuntarme al plan?

—Por supuesto que sí. —Me siento feliz. Se me ocurre una idea—. Si la uso para pagar por internet, ¿también cuenta?

—¿Qué estás tramando?

—Desde hace unos días tengo pendiente salir a comprar ropa de montaña; prometo usarla solo si puedo comprarla *online*, desde este sofá. Sabes que detesto ir de compras.

—Me parece estupendo. —Sonríe y me planta un beso rápido antes de irse—. Pide envío en veinticuatro horas, urgente o lo que sea que ofrezcan cuando compres. Así nos aseguraremos de que tienes todo lo necesario a tiempo —dice antes de desaparecer por la puerta.

## 29

Solo faltan dos días para la boda de mis amigos, y el concierto de La Cabra Filósofa está resultando grandioso. A mí me han quitado los puntos de la rodilla esta misma tarde, y aunque suene raro, me siento liberada de esa carga. El grupo ha dedicado varias canciones en honor a la feliz pareja y han hecho varios chistes a costa de Rai, que en una ocasión atizó con una baqueta al guitarrista, avivando con su gesto las risas de todo el público. Pero lo que no me esperaba es lo que pasa entonces.

—Ahora vuelvo. —Andrew me da un beso y sube al escenario, donde de pronto sacan un teclado y lo ubican frente a mi novio, que se pasa ambas manos por el pelo, nervioso. Las luces se apagan casi en su totalidad y comienza a sonar el piano.

—*Oooh, New York* —escucho al cantante mientras una luz lo enfoca—. *Oooh, New York*.

—¡Es la canción de Alicia Keyes! —exclamo sorprendida.

—Llevan ensayando semanas —me confiesa mi amiga, emocionada.

—¿En serio? —le pregunto. Ella asiente con la cabeza.

Al principio acompañan solo con el piano, como en la versión original. Se me hace muy raro escuchar que un hombre la interpreta, pero debo decir que me gusta incluso más que la versión original. Esta suena más roquera, lo que, al fin y al cabo, es el estilo que venimos a escuchar aquí.

De pronto, una luz enfoca a Leo, y cinco segundos después se ilumina todo el escenario con luces multicolor, lo que hace que Rai y el bajista entren en escena. Los asistentes gritan entusiasmados. La versión es genial.

Contemplo al amor de mi vida, que da la sensación de que está pasándose en grande, y más tarde miro hacia Rai, al que le dedico una sonrisa que me devuelve junto con un guiño. Todo el grupo parece disfrutar como nunca, y el público salta, baila, grita; un grupo de unas veinte chicas hasta entonan la canción enfervorecidas. El grupo la alarga, repitiendo la letra de nuevo, sin cesar de tocar la batería y los demás instrumentos. Jamás había visto a los espectadores tan entregados ni un ambiente tan divertido en el local, y todo esto hace que la noche sea maravillosa.

Cuando Andrew baja del escenario, lo vitorean como no he visto que hagan con nadie en ningún concierto de La Cabra. Él se abre camino hasta mí, posa una mano en mi cintura y otra en la espalda, haciendo que me incline hacia atrás, y me planta un beso de película. De nuevo todos vuelven a estallar en gritos y aplausos.

—Así que *Empire State of Mind*.

—Me ha parecido lo más adecuado dado que por fin te he engañado para llevarte a Estados Unidos.

—Pero nos vamos a Butler, ¿recuerdas?

—Tú dame tiempo, bollito. —Me guiña un ojo y vuelve a besarme.

—Por cierto —interrumpe Anna—, Andrew, he pensado en lo que me comentaste sobre dormir en el hotel la noche antes de la boda, pero prefiero quedarme en casa con Paula, si a ella no le importa. Quiero pasar mi última noche como soltera con ella, como en los viejos tiempos, solo nosotras dos. —Me mira con los ojos brillantes.

—¡Por supuesto que sí! —La abrazo y le doy un beso en la mejilla.

—¿Y Rai? —pregunta Andrew.

—Se queda a dormir en casa de Leo —explica ella justo cuando el susodicho aparece por detrás y la sorprende haciéndole cosquillas.

—Quería entregaros vuestro regalo de boda. —Andrew coge su chupa, la cual aún estaba custodiando yo. Rebusca en un bolsillo hasta dar con un sobre, que entrega a Rai.

—Tío, no hacía falta.

—Pero quiero hacerlo, así que, por favor, ábrelo.

Anna me mira. Yo me encojo de hombros, pues tampoco me esperaba algo así. A Rai se le borra la sonrisa de la cara cuando descubre dos billetes de avión y un bono de hotel.

—Nos has regalado un viaje a Hawái —susurra mi amiga llevándose las manos a la boca.

—¿Cómo podemos agradecerte algo así? —dice Rai.

—Seguid siendo tan buenos con Paula como lo habéis sido siempre.

Mis amigos se besan; después, Anna se lanza a abrazar a Andrew y Rai choca los cinco con él. Sin duda, mi novio se ha portado mucho mejor de lo que me hubiera podido imaginar, y, lejos de haber incomodado a mis amigos, estos se muestran realmente felices y agradecidos, lo cual me hace respirar tranquila.

—Deja que te invite a una cerveza. —Rai le propina una palmada en el hombro a Andrew.

—Claro.

—¿Vosotras queréis algo? —pregunta Rai.

—No, gracias, estamos bien. —Muestro mi vaso con Fanta de naranja—. Todavía estoy recuperándome de aquella noche en la que experimenté con la absenta.

—Estamos bien —asegura Anna mientras los chicos se van.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto. Aún tiene los ojos brillantes, y puedo ver la emoción y la ilusión en su rostro.

—No. Al contrario: estoy tranquila y segura. Es Rai, así que no me preocupa.

—Es cierto, es Rai.

—¿Y tú? ¡Vuestro primer superviaje!

—¿No crees que lo mío con Andrew tal vez va muy rápido?

—Te voy a ser sincera, Paula. No te entiendo. —Toma aire antes de proseguir—: Primero tienes miedo de que Andrew no quiera algo más; luego temes que se marche, ¿y ahora dices que va rápido? ¿Por qué no disfrutas de lo que estás viviendo? Que yo sepa, tú sabías lo que querías en un hombre, y Andrew es un tío experimentado que tiene muy claro lo que busca en una relación y lo que necesita en una mujer. Si los dos estáis seguros, ¿por qué esperar y no vivir la vida? Te aseguro que el camino es más divertido con alguien con quien compartirlo. ¿Acaso tus sentimientos hacia él han cambiado?

—No, eso no. Andrew es genial. Lo quiero, y espero que sea el definitivo.

—Eso sería muy bonito. Yo espero lo mismo con Rai, pero como no lo sabemos, aprovecha el ahora y lánzate a todo lo que te proponga y quieras hacer con él, porque al final todo es reversible, menos la muerte.

## 30

Me parece escuchar ruido en la cocina, así que decido que, dadas las circunstancias, es mejor levantarme. Hoy se casan Anna y Rai, por lo que intuyo que el sonido de cacharros proviene de una asiática nerviosa peleando con la batería de cocina.

No me equivocaba. Cuando salgo, la encuentro mirando fijamente la tetera que ha puesto al fuego, y un montón de cacerolas y tapas sobre la barra.

—¡Buenos días! —exclamo entusiasmada, pero no obtengo respuesta; ella sigue absorta en la tetera—. Los nervios de última hora, supongo.

—Pensaba que no me pasaría a mí. Quiero decir..., es Rai, ya sabes. Llevamos años juntos, y todo es sencillo aunque emocionante a su lado. No sé si me explico.

—Lo sé, pero hoy es tu gran día, y que sea Rai no cambia nada. Es normal que estés nerviosa. Todas las novias del mundo están nerviosas el día de su boda, y quien diga lo contrario miente. Es más, te aseguro que a los novios les ocurre lo mismo.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Lo estoy y punto. No cuestiones. —Me percato de sus marcadas ojeras—. No has dormido mucho, ¿me equivoco?

—No. ¿Tan horrible estoy?

—Para nada, mi pequeña osa panda. Pero contaba con ello, y como buena amiga que soy, he invertido en unos parches antiojeras que prometen dejarte divina.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

—¿Te vas a poner en plan moñas?

—En serio, Paula. Hace tiempo que te convertiste en parte de mi familia.

—Y tú, en la mía.

—¿Has vuelto a saber algo de Adela?

—No.

—Siempre he pensado que no te merecía. Tú le has aportado más a ella, al menos desde que te conozco. Y siempre has estado ahí para ser su hombro en el que llorar, y no al contrario. Cuando tú has querido compartir algo con ella, ya fuera bueno o malo, te has quejado de que no te escuchaba y de que al final siempre era ella quien hablaba por Skype sin darte pie a intervenir. No debería meterme, pero es lo que pienso. Creo que estarías mejor sin ella ahora que ha demostrado que es una envidiosa y que, en realidad, no quiere que a su amiga le vayan bien las cosas.

—Bueno, no hablemos de algo así ahora. ¡Es el día de tu boda!

—¿Recuerdas cómo conocimos a Rai? —Su cambio de tema me sorprende.

—Sí. Y quién iba a decir que una situación tan estafalaria iba a derivar siete años después en una boda...

—Fue bonito.

—¿Bonito? Para mí, no. Aquellos italianos borrachos pretendían hacer un *simpa* en el bar y llevarme como *souvenir*.

—Recuerdo cómo te auparon a hombros mientras gritabas que estabas trabajando y que te soltaran.

—Yo recuerdo tu cara al verme y cómo pasaste por encima de la barra.

—Sí, me sentí como una atleta saltando vallas.

—Esa sería tu percepción, porque yo recuerdo a una china trepando y apartando los vasos sin temor a que se le subiera la minifalda.

—¡No era tan mini! —exclama indignada.

—Tal vez fue eso lo que atrajo a Rai, y no el verte colgada de la espalda de un italiano mientras le pegabas puñetazos para que me soltara —le digo, picándola.

—Si no hubiera sido porque Rai se metió en medio para rescatarnos, nos habrían terminado sacando del local, ¿te das cuenta?

—¡Oh! Rai, el príncipe azul salvador de damiselas, con su noble corcel de dos ruedas atado en una farola.

—Fue muy caballeroso por su parte.

—Fue horrible pero bonito. Y reconozco que se portó bien al llevarnos en taxi al hospital para que te vieran la muñeca.

—Me hice un esguince, y a aquel tipo no parecía causarle ni cosquillas, y eso que le pegaba con todas mis fuerzas.

—Doy fe de ello, pero piensa que él estaba borracho y, probablemente, con los sentidos anulados. Seguramente al día siguiente le doliera y se despertase con algún que otro moratón.

—No sé cómo lo haría ese asqueroso, pero, desde luego, yo me desperté al día siguiente con una cita agendada, y ahora me voy a casar.

Permanecemos en la cocina hablando y hablando durante un rato hasta que llega su madre a casa y, entre las dos, le aplicamos los parches antiojeras bajo los ojos a mi amiga, los cuales dan pie a un buen rato de carcajadas. Cuando se los quita, tanto su madre como yo pretendemos probar los que quedan en el *pack*. Para mi sorpresa, la señora comienza a relatarnos el día de su boda en un español un poco complicado de entender. Agradezco que se esfuerce en ello, pues demuestra interés por su parte para que yo pueda comprenderla. Mientras peina la larga melena de su hija, yo, a su lado, me dedico a pintarme las uñas. Justo cuando termino, ella finaliza esa pequeña obra maestra en la cabeza de Anna. Un hermoso recogido, muy asiático, con un bonito alfiler de plata del que cuelgan hileras de flores pintadas en tonos pastel.

—Estás realmente preciosa —es lo único que logro decir sin ponerme a llorar por la emoción.

Mientras la veo del brazo de su padre, caminando hacia el atril donde una mujer espera para casarlos, me paro a pensar en cómo pasa el tiempo. En lo mucho que avanzamos, cambiamos y evolucionamos. Es el tiempo el que de verdad deja constancia de las personas a las que realmente importamos y nos enseña toda esa experiencia que nos sirve como formación para la vida, la clase de aprendizaje que no te otorga un título oficial, sino que te enseña a tropezar y arriesgarte, vivir. Tan simple como eso. Anna y Rai han podido evolucionar juntos durante parte del camino, aprendiendo el uno del otro y apoyándose. Ahora van a formalizarlo prometiéndose a sí mismos continuar sus andanzas juntos.

Me conmuevo tanto con mis cavilaciones que Andrew se percata de ello y me reconforta al abrazarme.

Aunque cueste creerlo, hasta ahora no he acudido a ninguna otra boda, y debo decir que la de Anna y Rai me parece millones de veces más bonita que la de cualquier película. Es curiosa, como poco, ya que han personalizado la ceremonia mezclando detalles de ambas culturas, occidental y oriental, hasta



convertirla en un ritual solo para ellos. Se celebra por lo civil, y acudimos diecisiete invitados. Los padres y los hermanos de Rai, los de Anna, los componentes de La Cabra, algún amigo de la pareja, Andrew y yo. Simple, sencillo y... perfecto. ¿Para qué más? Es su día, el de los dos, y no sabría decir quién estaba más nervioso al principio. Al final de la corta ceremonia, me entenece ver cómo a Rai se le escapan un par de lagrimitas, que trata de borrar rápidamente de su rostro.

Cuando ya no aguanto más el cansancio, le pido a Andrew ir a dormir al hotel. No solo porque quiero estar con mi novio, sino también para concederles a los recién casados la intimidad que se merecen en un día como el de su boda. Ya volveré a mi casa mañana, a sabiendas de que a ellos les espera el gran viaje con el que llevan meses soñando, y que por fin ambos lograrán disfrutar de un más que merecido descanso en las playas de Hawái.

Aunque mis amigos hayan sido los mejores del mundo al no insinuar ni hacer ningún comentario al respecto, es probable que tras su regreso deba plantearme buscar otra habitación en algún piso compartido, aunque la cosa estará bastante complicada dada mi situación de desempleo. Por otro lado, no creo que Andrew se muestre muy entusiasta con la idea, e instintivamente me llevo la mano a la estrellita que cuelga de mi cuello y pienso en las promesas que simboliza; entre ellas, Nueva York, esa gran desconocida a la que seguramente termine mudándome. Pronto.

# 31

Por fin emprendemos el gran viaje a Butler. Al final no se me hace tan interminable como me parecía al principio, y antes de lo que pensaba, ya hemos aterrizado y están abriendo la puerta del *jet*, desde donde atisbo una furgoneta negra que nos aguarda para llevarnos a la terminal.

—Vamos a poner tu primer sello en ese pasaporte vacío tuyo —comenta Andrew, sonriente.

Cuando cargan también las maletas, nos ponemos en marcha.

El aeropuerto me resulta pequeño, aunque tampoco tengo mucha experiencia. Una vez dentro del edificio, un agente me examina, revisa mi pasaporte y después pasa unas páginas hasta estampar el tampón en él.

—*Welcome to the States* —es lo único que me dice, entregándome el documento.

—Pensaba que para entrar te hacían preguntas —le digo en voz baja a Andrew mientras nos alejamos.

Él no responde, solo muestra una sonrisa de suficiencia mientras caminamos hacia la salida.

Un hombre, que me recuerda físicamente a Fran, aunque algo regordete, nos espera apoyado en una *pick up* roja de cuatro puertas que me parece un minicamión. Andrew le estrecha la mano, y se zambullen en una conversación en inglés de la cual desconecto para observar ese vehículo desconocido para mí. Veo que empiezan a cargar nuestro equipaje en él, lo cual me sorprende un poco. Nunca hubiera imaginado a Andrew en una camioneta.

—Es enorme. —Parpadeo—. En España no hay de estas.

—Es una Ford F-150 —explica Andrew, divertido—. La necesitaremos para cargar leña y comida.

—Me encanta. —Estoy emocionada por los planes que tenemos.

Enseguida se despide del hombre con el que estaba hablando y nos subimos a la *pick up*, rumbo a nuestro destino alejado del bullicio de la ciudad. Pronto dejamos atrás la urbe y nos adentramos por carreteras que atraviesan zonas arboladas. Bajo un poco la ventanilla para poder sentir el aire en la cara. El sonido del bosque, tranquilo, queda roto por el rugido de nuestra camioneta.

En apenas una hora, llegamos a nuestro destino, y entramos en una explanada en la cual se alza una casa que no me parece tan pequeña como Andrew había descrito. Por fuera resulta bastante coqueta, con sus dos plantas revestidas en madera y un tejado a dos aguas de pizarra.

Al bajar del coche, sonrío. El sol acaricia mi piel y una suave brisa fresca se cuela entre mis cabellos. Huele a pino, a tierra y a pureza. Lleno mis pulmones con ese aire maravilloso y me detengo a escuchar el trino de los pájaros. Algún insecto zumba cerca de mi oído, y oigo el sonido de sus alas alejarse a toda velocidad. El conjunto es relajante. Me recuerda un poco a mi infancia, en la casa de campo con mi abuela. La diferencia es que esto está más alejado de la civilización, huele mejor, y estoy con él.

—¡Vamos! —llama mi atención cuando está casi en la puerta de la casa.

Feliz, corro hasta alcanzarlo y accedemos a un zaguán con suelo de madera de roble y paredes pintadas en granate. Me quito el abrigo de plumas y lo dejo en un perchero de pared con colgadores de forja negra.

Hay una escalera sencilla, también de madera, a juego con el suelo y las puertas. Cierro los ojos e

inhalo una mezcla de aromas a leña, manzana y canela que consigue que una gran sonrisa inunde mi rostro. Es como si la casa te abrazase nada más traspasar el umbral.

—Iré a por las cosas —dice estirándose—. Tú puedes investigar si quieres.

Andrew sale para descargar las maletas y yo me asomo por la primera puerta que hay a mi derecha. Entro en la cocina, diseñada en armonía con los colores del recibidor. Hay una isla en medio, con una repisa de piedra clara de la que cuelgan un montón de cacerolas. El protagonismo de la estancia se lo llevan unos fogones enormes de color cobrizo, de gas, y una campana gigantesca que me recuerda a las de los chefs profesionales. El fregadero ocupa el ancho de dos muebles y es de un diseño rústico, de cuarzo beis, que me evoca una pequeña bañera. Sobre este, hay una ventana con vistas a la entrada de la casa.

—¿Qué te parece? —pregunta Andrew detrás de mí.

—Es... es... —No sé ni qué decir. Estoy sin palabras—. Me encanta, de verdad.

—Todavía no has visto nada. —Abre una nevera de doble puerta en color negro y saca un botellín de agua, que me ofrece.

—Gracias. —Lo acepto.

—Habrá que bajar al pueblo para hacer la compra. —Coge otro botellín para él.

—Estoy deseando conocerlo.

—No es gran cosa —me avisa.

—Para ti no será gran cosa, pero para mí, sí. ¡Estoy en Estados Unidos! Todo es nuevo y diferente.

—Seguramente —comenta pensativo—. Siempre he pensado que el primer sitio al que te llevaría cuando consiguiera que cruzaras el Atlántico sería Nueva York y, al final, te he traído a mi lugar secreto. El único al que no he traído a nadie, a excepción de mi madre.

—Me gusta —admito mordéndome el labio inferior.

—Tal vez podamos ir también un par de días a Nueva York. Estamos a solo dos horas en avión. —Parece concentrado mientras habla—. Y también te llevaré a las Great Smoky Mountains.

—¿A dónde? —me río.

—Las Montañas Humeantes. Estamos muy cerca, y es uno de los paisajes más increíbles que podrás admirar en la Tierra. —Destila orgullo solo con explicarlo.

—La verdad es que todo suena genial

—Venga, te enseñaré el resto de la casa.

Me arrastra de la mano y vamos a la siguiente habitación, que es bastante amplia. Queda dividida en dos estancias por una librería enorme. Observo que hay muy pocos libros, y me dan ganas de llenarla con algunos de los que descansan en el suelo de mi habitación, en Madrid. Las paredes siguen siendo granates y los muebles van en concordancia con la madera del suelo. Una mesa cuadrada y rústica, con capacidad para cuatro personas, me indica que eso es el comedor. Avanzo hasta el otro lado de la librería y me encuentro con un piano de pared, en madera muy oscura, cerca de un ventanal. Por supuesto, en cualquier sitio al que Andrew vaya, nunca puede faltar un piano. Al otro lado, un sofá de cuero marrón y con una manta de cuadros escoceses mira hacia una estufa redonda, de algún material de fundición en negro mate. A través del cristal de la puerta, intuyo los restos de un tronco y cenizas que quedaron, probablemente, de alguna de las visitas anteriores de Andrew. También hay un tocadiscos *vintage* en un mueble con pinta de ser macizo y muy pesado, sobre el que también reposa un televisor de pantalla plana.

—¿Eso es una terraza? —pregunto acercándome a las puertas francesas que hay detrás del sofá.

—Sí —confirma.

Se aproxima a mí y abre para que podamos salir al gigantesco mirador que termina justo en la

ladera de la montaña sobre la que está construida la casa. Estar aquí me proporciona una sensación de libertad extraordinaria, aunque reconozco que la vista es vertiginosa. Todo el valle queda frente a nosotros, y desde aquí contemplamos el atardecer más bonito que jamás he visto. Aparecen a mis pies todos los árboles a mis pies, descendiendo por los costados de las montañas, como si intentaran alcanzar el sol, ya casi rojizo, que se esconde para dar paso a la más silenciosa de las noches. El olor del interior de la casa se mezcla con el de la naturaleza. Andrew me abraza por detrás y me besa en el cuello.

—Esto es un auténtico hogar —le digo.

—Lo es ahora que estás aquí.

—Todavía no me has enseñado el dormitorio —comento en un tono picarón.

—Hay dos habitaciones y un baño arriba. Y aunque me muero de ganas de hacerte el amor, no debemos entretenernos mucho si queremos bajar al pueblo a por víveres para sobrevivir esta noche.

Pongo los ojos en blanco.

—Vamos al pueblo. Ya veré luego lo que hay arriba, pero tendrás que compensarme.

—Con gusto complaceré a la señorita —promete, divertido.

Vuelvo al interior de la casa y me enfundo de nuevo en mi particular nórdico con mangas. La verdad es que empiezo a adorarlo.

Regresamos al vehículo. La camioneta despierta con un rugido; los neumáticos carraspean al rodar por la gravilla de la entrada. Mientras volvemos a atravesar esa carretera custodiada por altos árboles que hacen del camino un sendero majestuoso, Andrew enciende la radio y posa su mano sobre mi pierna. Avanzamos de manera tranquila con una música que creo identificar como *country*.

—¿Qué es esto? —pregunto, divertida.

—Es Toby Keith —responde emocionado.

—No tengo ni idea de quién es ese tío.

—Bienvenida al campo, bollito. —Me guiña un ojo y sube el volumen justo cuando comienza el estribillo, entregándose por completo a la canción—... *whiskey for my men, beer for my horses*.

—Me encanta esta nueva faceta tuya. —Me río a carcajadas después del espectáculo que me ha ofrecido.

Él me dedica una de sus fascinantes sonrisas, de esas tan intensas que le forman lo que yo llamo arruguitas de la felicidad bajo sus ojos azules. Doblamos en la siguiente intersección y la carretera no tarda en quedar despejada de árboles, hasta dar lugar a campos lisos con alguna que otra casa desperdigada, la mayoría con ese tejado tan característico de los graneros que salen en las pelis americanas.

Nos adentramos por una explanada asfaltada con un edificio blanco en el centro. Es amplio, de una sola planta, y con una puerta doble de madera, pintada en color turquesa con la pintura algo desconchada por el paso del tiempo. Hay ventanas alrededor de toda la fachada, a juego con el color de las puertas. Junto a una de las paredes, diviso una gran pila de troncos amontonados. Fuera, en el asfalto, hay un par de coches aparcados y tres camionetas similares a la nuestra. Intuyo que, a pesar de no estar señalizado, eso debe de ser el supermercado. Andrew aparca junto a los demás vehículos y me coge de la mano antes de traspasar las puertas del establecimiento. Justo cuando las cruzamos, como por arte de magia, empieza a sonar *Jailhouse Rock*, de Elvis Presley.

Hay banderitas de Estados Unidos colgadas en la pared, así como cenefas festoneadas por encima de las estanterías con los colores de la bandera. Huele a longaniza asada, y me fijo en que detrás del mostrador hay un pequeño electrodoméstico, del tamaño de un microondas, en cuyo interior se hornean unas salchichas. El dependiente es un hombre rubio, de un tamaño considerable, vestido con

una camisa de cuadros verdes y unos vaqueros. Lleva barba y se está quedando calvo por la coronilla. Charla con un tipo de complexión y pintas similares a las de él, y ambos nos saludan despreocupadamente al entrar. Andrew ha cogido una cesta en la entrada y me guía sin soltarme la mano.

—Este lugar es un poco peculiar —comento en voz baja.

—¿Y qué esperabas?

—No sé, una especie de Carrefour, supongo. Sin música de Elvis Presley de fondo. —Frunzo el entrecejo.

Nos adentramos por el primer pasillo.

—Una especie de Carrefour —repite, burlón, y me suelta para coger una bolsa de patatas fritas—. ¿No te gusta Elvis?

—Creo que no. Tampoco lo he escuchado mucho.

—Me temo que vamos a tener que esforzarnos por cambiar eso.

—No puedes cambiar mis gustos musicales.

—Acabas de decir que no has escuchado mucho a Elvis; yo solo voy a transmitirte un poco de la cultura que no encontrarás en los libros, mi pequeña sabelotodo.

Me fijo en lo que Andrew ha dejado en la cesta y lo cojo para leer la etiqueta. Lo comparo con el resto de bolsas de patatas y galletas desconocidas para mí sin mostrar mucho interés. Vuelvo a colocar las patatas fritas donde él las ha puesto segundos atrás y agarro un paquete de galletas Oreo, azul y naranja, que me llama la atención.

—¿Mantequilla de cacahuete? —leo en el envoltorio—. Qué cosas más raras.

—Ahora me toca a mí enseñarte —puntualiza él, orgulloso a la par que contento—. Pero mejor deja eso. Compraremos mantequilla de cacahuete y te prepararé unas auténticas tostadas dignas de tu nueva experiencia estadounidense.

Seguimos avanzando por pasillos y estantes que exhiben botes de salsas de todo lo inimaginable, hasta que llegamos a una esquina donde una explosión de color me hace descubrir las cosas más insólitas que jamás hubiera imaginado: refrescos. Nunca había visto Fanta de tantos sabores. Capta mi atención una lata con un sombrero dibujado en la que leo «DR. PEPPER VANILLA FLOAT», pero justo al lado de esta, cojo otra lata marrón en la que leo «A&W CREAM SODA».

—¿Qué demonios es esto? —Mis cejas casi se juntan al leer la parte trasera; creo no estar entendiendo bien las instrucciones.

—Es asqueroso —reconoce Andrew—. Verás, en un vaso pones tres cucharadas de helado de vainilla y luego le pones ese refresco, que, en mi opinión, huele a producto de limpieza. Lo bates todo bien y obtienes *cream soda* —me explica—. Si te hace ilusión, lo podemos comprar para que lo pruebes.

—No, por favor. —Arrugo la nariz y devuelvo la lata al estante—. Aunque sí quiero probar la Fanta de frambuesa.

—Yo me decanto por las cervezas, pero coge lo que quieras y déjalo en la cesta.

Me retraso un poco seleccionando las latas hasta perderlo de vista; sigo inspeccionando toda esa fuente de información y novedades por descubrir. Sin duda, la excursión al supermercado está resultando incluso divertida. Cuando encuentro a Andrew, está en el pasillo de las frutas. En la cesta ya hay de todo: carne, galletas, patatas, zanahorias, bananas, un bote de mantequilla de cacahuete, pan de molde y unos botellines de cristal marrón con pegatinas verdes donde leo «HAP AND HARRY'S TENNESSEE LAGER».

—Necesitamos café. Del bueno, por favor —aclaro, repasando la cestita—. ¿Cuál me recomiendas?

—No lo sé. Tú eres la sibarita del café. A mí me parecen todos iguales —comenta, concentrado en leer la etiqueta de un bote de piña en conserva.

Me quedo mirándolo entonces y sonrío. Esta escena es tan típica, tan cotidiana, que me encanta. Es lo único que a veces echo de menos de Andrew, esas situaciones de la vida diaria que otras parejas disfrutan y nosotros no. Reconozco que las facilidades que él me proporciona y las comodidades de las que goza son estupendas, o al menos a mí me lo parecen. No siempre estoy dispuesta o con ganas de limpiar la casa o de cocinar. Bueno, casi nunca quiero hacerlo, y con Andrew eso me lo ahorro. Por otro lado, me encanta saber que tiene esta otra opción de evasión a una vida más corriente, por así decirlo, pues si finalmente acabo compartiendo mi futuro con él, alguna vez puede que eche de menos mi rutina anterior, más convencional.

—¿En qué estás pensando? —pregunta al verme ahí parada con las tres latas de Fanta de frambuesa en las manos, mirándolo.

—En que te quiero. —Le planto un beso en la mejilla con cuidado de no tirar nada de lo que llevo.

—Y yo a ti —me dice con gesto risueño. Deja el bote de piña en la cesta y yo hago lo mismo con los de Fanta—. Nos faltan huevos, leche y leña. ¿Por qué no investigas los cafés mientras yo cojo lo demás?

—¿Leña? —Ignoro el resto de lo que ha dicho.

—Sí, leña.

—Esos troncos de fuera no entran en la chimenea que he visto en tu casa.

—Cortaré los troncos como es debido. Y no es mi casa, sino nuestra casa. —Me da un beso en los labios.

—¿Tu cortarás los troncos? —río, sin importarme lo demás—. ¿Tú? ¿Cómo?

—Con un hacha. ¿Cómo crees que se cortan?

Estallo en carcajadas y él me imita.

—Eso sí que no me lo esperaba. Mi novio corta troncos con un hacha.

—Sí. No entiendo cuál es el problema.

—Ninguno, cariño. Pero estoy deseando verlo. Iré a por el café.

No tardamos en salir de allí y dirigirnos a la casa. Prácticamente ya ha anochecido, y Andrew conduce muy concentrado en la carretera y en silencio. Cuando llegamos, colocamos las cosas entre los dos, y Andrew mete un par de cervezas en el congelador para asegurarse de que se enfrían rápido. Yo hago lo mismo con una de mis latas de refresco de frambuesa y guardo las otras dos en la nevera.

—Será mejor que vaya preparando la cena.

—¿Vas a cocinar tú?

—No me mires como si vieras a un alienígena —se queja—. Ya lo hice una vez en tu casa.

—¿Qué vas a preparar? —pregunto, investigando los ingredientes que deposita sobre la encimera de la isla.

—Ensalada César.

—¿Con pollo?

—No, con ancas de rana. ¿Con qué demonios quieres que prepare la ensalada César si no es con pollo?

—Solo me aseguraba.

—Solo te asegurabas... En fin. ¿Por qué no vas a relajarte mientras yo me encargo de lo demás?

—¿En serio?

—Sí. En Madrid tú tienes que hacer esto en tu casa a diario, y a mí me gusta hacerlo cuando estoy aquí. Date un baño o relájate en el salón. Encenderé la chimenea antes de nada.

—¿Dejarás de sorprenderme algún día?

Le hago caso y subo a darme una ducha, no sin antes explorar por mi cuenta la planta de arriba. El baño no es nada del otro mundo. Funcional pero bonito, aunque en discordancia con el resto de la casa. La bañera, la ducha y todo lo demás son ultramodernos, comparado con el toque rústico del resto. Abro la puerta de la habitación que hay a la derecha del baño y veo dos camitas separadas por una mesa de noche. Las paredes están pintadas en amarillo y la ropa de cama es de un blanco impecable. Unas finas cortinas caen ante una ventana, que regenta un escritorio con una lamparita clásica. Cierro y me dirijo hacia la otra puerta, que debe de ser el dormitorio principal. Al abrirla, me encuentro con una cama de matrimonio, aunque no tan grande como la de los hoteles a donde Andrew me ha llevado. Esta parece de un metro setenta; claro que el dormitorio también es más pequeño que el de las *suites*. Las paredes son verde oliva y la ropa de cama, naranja. Decido que colocaré parte de la ropa de ambos en el armario, por lo que abro las maletas y me pongo a ello.

Definitivamente, me encanta esta casa y la vida cotidiana que podemos disfrutar aquí.

## 32

El vinilo gira sin cesar, arañado por la aguja del tocadiscos mientras la voz de Elvis revive en *Can't help falling in love*. Andrew está feliz. Lo sé. Y yo no puedo sentirme mejor ni ser más afortunada. De pronto, él deja los cubiertos a los lados del plato y me mira sonriendo.

—¿Eres feliz? —me pregunta como si hubiera leído mis pensamientos.

—Mucho. ¿Y tú?

—Jamás he pensado que pudiera serlo tanto, y ya no me imagino la vida sin ver brillar a diario tus preciosos ojos plateados.

Con esa confesión consigue que me lleve una mano al corazón y sonreír. Él se levanta y viene hacia mí, mostrándome la mano y haciendo un ademán para que se la acepte. Yo me pongo en pie, y él me sorprende posando la otra mano en mi cadera y llevándose con él al ritmo de la música.

—*Take my hand, take my whole life too. For I can't help falling in love with you* —me susurra al oído al mismo tiempo que Elvis. Yo me aparto para mirarlo y lo repite en mi idioma—: Coge mi mano, toma mi vida entera también, porque no puedo dejar de enamorarme de ti... Te quiero, Paula.

—Yo también te quiero, Andrew.

Le doy uno de esos besos que me salen del alma, de lo más profundo del corazón, sintiendo que él me lo devuelve con la misma intensidad.

—Espera... —digo apartándolo de mí.

—¿Qué ocurre?

—Creo que me estoy mareando. Últimamente me siento más débil.

—Muchas emociones fuertes en las últimas semanas, ¿no crees? Además, hemos recorrido un viaje largo.

—Estoy segura de que es por eso. —Trato de sonreír—. Ya se me ha pasado.

—¿Quieres que vayamos al médico?

—No, estoy perfecta. —Vuelvo a besarlo.

Un ruido me despierta junto con los rayos de sol que se filtran por las espesas cortinas de color verde. Me percató de que son golpes y me levanto a mirar, apartando con cuidado la tela que cubre la ventana. Siento el estómago revuelto esta mañana, pero se me pasa cuando lo veo. ¡No me lo creo! Andrew está cortando leña con un hacha. Me froto los ojos antes de mirar otra vez y se me seca la boca cuando se quita la camiseta; la usa para secarse el sudor de la frente y vuelve a agarrar el hacha. Contemplo cómo los músculos de su espalda se contraen, marcándose e hinchándose mientras brillan debido a la fina capa de sudor que se ha apoderado de él, a pesar del frío de fuera. Jamás me hubiera imaginado que lo de cortar leña fuera en serio, y mucho menos que mi yanqui sabría hacerlo. No sé qué tiene Butler, pero me encanta.

Decido bajar, siguiendo el olor a café que llega desde la cocina. Lleno una taza y lo rebajo con leche antes de salir a observar la escenita más de cerca.

—Buenos días, bollito —me dice al verme.



Yo me limito a mordirme el labio inferior y a tomar un sorbo de mi taza.

—¿Te queda mucho?

—No, ¿por qué?

—Porque me apunto a compartir una ducha y algo más cuando termines. —Pruebo de nuevo mi café para disimular así la sonrisa que se me forma.

Él ríe y deja el hacha clavada en un tronco. Se acerca a mí y me toma por la cintura antes de depositar uno de sus maravillosos besos sobre mis labios.

—Me encanta Butler. —Paso la mano por su pelo y recorro después la barba que empieza a salirle.

—Me alegro de que así sea.

—No me importaría vivir aquí si todos los días fueran tan agradables.

—No me lo digas dos veces, o de lo contrario ordeno que recojan todas las cosas del hotel y las lleven a Nueva York.

—No, eso no.

—¿Y por qué no? Esto es una promesa. —Acaricia la estrella que me regaló—. La promesa de que volverías a soñar y de que vendrías a vivir conmigo a Nueva York. —Me mira como si esperase que yo dijera algo, pero no me atrevo—. Quiero que vengas a vivir conmigo.

—Ya estoy prácticamente viviendo contigo.

—No, así no. Sabes que no me refiero a eso. Quiero estar contigo, en Nueva York.

Abro los ojos de golpe, sorprendida.

—¿Tan pronto?

—Sí. —Pone sus manos en mis caderas—. Te necesito conmigo. En mi hogar.

—Te lo prometí, es verdad, pero no es tan sencillo lo que me pides. —Le aparto las manos y suspiro.

—Es sencillo. Solo tienes que hacer las maletas.

—Sabes que no. Me darán un visado válido para tres meses.

—Veo que has estado investigando.

—Solo me informaba. —Mi cara se pone como un tomate.

—Hacía tiempo que no te sonrojabas así —ríe, y me acaricia las mejillas—. Puedo encargarme de eso: el visado no será un problema.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Has terminado entonces de poner excusas?

—Supongo.

—Aunque... —se apoya sobre el brazo derecho y, con la mano izquierda, toma la mía— existe otra alternativa.

—¿Qué alternativa? —pregunto con interés. Su sonrisa se ensancha.

—Que te cases conmigo.

Siento cómo se me eriza el vello de todo el cuerpo. Al principio llego a pensar que puede ser una broma, pero luego me doy cuenta de que no. Lo está diciendo en serio. Muy en serio.

—¿Te casarás conmigo? —Esta vez es una pregunta.

—Sí —respondo mientras mis ojos se llenan de lágrimas—. Sí, me casaré contigo.

—Me acabas de convertir en el hombre más afortunado del mundo, pero necesito que dejes de llorar.

—Son lágrimas de felicidad, ¿vale?

—Vale —ríe—. Espera aquí un momento. —Me pasa la mano por el pelo, nervioso pero feliz. Más que feliz, si eso es posible—. No tenía planificado pedírtelo así y... No te muevas. Ahora vuelvo.

Desaparece escaleras arriba mientras yo me quedo sin saber qué hacer aquí en medio, apretándome las manos, queriendo gritar para que todo el mundo se entere de la noticia. No tardo en escuchar sus pasos de regreso. Conteniéndose como un chiquillo, muestra ante mí una cajita pequeña de color rojo. La abre, y lo que encuentro en su interior convierte mi sonrisa en sorpresa. Vuelvo a llorar y me llevo las manos al rostro.

—Es el anillo de París —reconozco, emocionada.

—Lo compré ese mismo día, mientras te probabas la ropa —me confiesa—. Jamás he estado tan seguro de algo como de que quería que fueras mi esposa. Si no te lo he pedido antes es porque sabía que necesitabas tiempo, y no quería forzarte a tomar una decisión precipitada.

—Es lo más bonito y lo más romántico que alguien podría hacer jamás.

—Te voy a hacer la mujer más feliz del mundo, bollito.

Y entonces me pone el anillo en el dedo anular. Ambos lo contemplamos con una gran sonrisa. Lo abrazo y nos fundimos en eternos y largos besos. De pronto me coge en brazos y me lleva al interior de la casa, donde nos amamos de la forma más dulce y perezosa.

## 33

Esa misma mañana, cuando me levanto de nuevo de la cama, a sabiendas de que él me observa, de repente, casi sin darme cuenta, un pitido resuena en mis oídos y pierdo el equilibrio. Cuando vuelvo a abrir los ojos, estoy en el suelo; Andrew se halla a mi lado, pronuncia mi nombre sin parar y con su mano acaricia mi mejilla.

—Ya estoy bien —digo tratando de incorporarme—. Quiero sentarme.

—¿Seguro? Creo que no deberías levantarte tan pronto. Vamos a que te vea un médico.

—No hace falta.

—Yo creo que sí. —Se pone muy serio—. Te has dado un buen porrazo y llevas días con estos mareos, así que vamos a ir a un médico.

Decido no añadir nada. Es verdad que tal vez debería ir a que me revisen, pero me da miedo ponerles fin a nuestras vacaciones por algo que lo más probable es que sea una tontería. Pero como mi prometido (qué raro me resulta llamarlo así) se preocupa por todo lo que esté relacionado conmigo y con mi bienestar, en menos de una hora estamos duchados, vestidos y rumbo a no sé qué hospital que ha buscado en el GPS. Cuando llevamos un rato en la carretera, soy consciente de que estamos recorriendo el mismo trayecto que el día que vinimos del aeropuerto, pero a la inversa. Supongo que no quiere llevarme a ningún médico del pueblo, y yo, que ya me encuentro perfectamente, prefiero no comentar nada sobre el tema.

Conduce con precaución, pero más rápido de lo que me gustaría. Sus labios hace más de media hora que se han convertido en una línea recta, tensa y que no me gusta nada. Está preocupado, muy preocupado, lo sé, y no quiero verlo así, pero soy realista, y si me imagino la situación al revés, yo estaría como él o mucho peor. Por suerte, el hospital no está muy concurrido, y además de encontrar aparcamiento en la propia entrada, no tardan ni diez minutos en pasarme a la consulta del médico, donde me formulan las clásicas preguntas rutinarias, junto con un análisis de sangre.

—Podíamos haber esperado a volver a Madrid —le digo a Andrew mientras aguardamos los resultados en la sala de espera.

—Me quedo más tranquilo si te ven aquí antes.

—Pero ya lo has visto —digo refiriéndome al médico—. No parece muy preocupado.

—Prefiero que así sea, créeme.

No hablamos mucho más. El ambiente es de tensión entre nosotros, y yo cada vez me soporto menos, aunque probablemente sea debido a mi odio hacia los hospitales. No tolero el escenario ni el olor, que, por si no lo sabíais, es el mismo que en los hospitales españoles. Apesta a desinfectante y dolor. Una enfermera sale a llamarme y volvemos a la consulta del médico.

—Vaya sustos nos damos a veces —dice de buen humor.

—Sí... —afirmo con cautela—. ¿Ha salido todo bien?

—Bueno, desde luego no son malas noticias. —Sonríe y mira a Andrew, que parece tan perdido como yo.

—¿Pero le pasa algo? —pregunta él.

—Lo único que ocurre es que está embarazada y necesita alimentarse mejor. —Me guiña un ojo—.

Ahora toca cuidarse y comer por dos.

Mi cara debe de ser una caricatura interesante, mezcla de terror con sorpresa. No soy consciente de que tengo la boca y los ojos abiertos por completo hasta que el médico chasquea los dedos delante de mi nariz.

—¿No son buenas noticias? —pregunta, pasando de mi gesto al de Andrew.

—¡Desde luego que sí! —exclama mi novio. Me abraza y me da un beso en la mejilla—. ¿Y de cuánto está? ¿Para cuándo llegará?

—¿Cómo ha podido pasar? —pregunto al fin.

—Bueno... —Andrew carraspea—, no es que hayamos sido muy cuidadosos las últimas veces, ¿no crees? —justifica. Parece tan feliz que da la impresión de que va a ponerse a dar saltos por la consulta en cualquier momento.

—Ahora podré responder a sus preguntas. —El médico se levanta y me indica una camilla mientras la enferma acerca un ecógrafo.

Todo pasa por delante de mis ojos a cámara lenta, y siento que me muevo de forma automática, como si en realidad no fuera yo la que camina hacia la camilla o quien se tumba en ella; como si fuera otra persona y yo lo estuviera contemplando desde una perspectiva escalofriante. Alguien aprieta mi mano, y eso consigue que desvíe la vista hasta ese punto, donde observo los dedos de Andrew entrelazados con los míos. La enfermera me pide permiso para subirme un poco la blusa, pero no espera contestación por mi parte, por lo que sigue con su trabajo. Me embadurna con un gel frío y transparente que me hace meter la tripa por el inesperado frescor. Y ahí, rodeada de gente, me dejo hacer, sin salir de mi asombro, con miedo por lo que se avecina y con las palabras del médico repitiéndose una y otra vez en mi cabeza.

—Ahí está. —Señala una pantalla—. Y eso que escuchan es el latido del corazón.

—No... no veo nada —tartamudeo.

—Esto de aquí. ¿Ve que parece una lenteja? —Apunta a un circulito sobre un fondo de manchas en blanco y negro—. Calculo que está de unas ocho semanas, más o menos.

—¿Ese es nuestro hijo? —dice Andrew, con su radiante sonrisa y sus arruguitas, yendo desde el monitor hasta mi rostro—. Bollito, es nuestro hijo.

—Lentejita —susurro entonces, sin poder apartar la mirada de la pantalla, que emite un «bip» constante—. Es nuestra Lentejita.

## 34

Mi embarazo es la excusa perfecta para que Andrew me pida trasladarnos a Nueva York. Al principio me muestro reacia ante la idea de volar directos, sin pasar antes por Madrid y poder recoger mis cosas, pero la situación ha cambiado, y no me apetece lidiar con más viajes de tantas horas sobrevolando el Atlántico en un periodo tan corto de tiempo. Le cuesta solo un día prepararlo todo y mudarnos a la Gran Manzana.

Anna se emociona con la idea de que me traslade a Nueva York, aunque no me atrevo a confesarle lo de mi embarazo por mensaje. Andrew cambió el billete de vuelta de los recién casados con la idea de que pudieran hacer escala un día en Nueva York en su regreso a casa. Así podré darles la buena noticia.

Y con una alegría tan grande que compartir, escribo a Adela, pero nuevamente es inútil. Empiezo a creer que mi amiga de la infancia ha decidido ponerle fin a todo sin hacerme partícipe de su decisión.

Ahora que apenas llevo una semana en esta nueva ciudad, siento que hace tan solo unas horas que me quedé extasiada contemplando los enormes edificios desde las ventanillas del avión y, más tarde, el vértigo que me dio observarlos desde abajo.

El piso de Andrew es inmenso y se ubica en una de las zonas más céntricas de la ciudad, entre la Quinta Avenida y el zoo de Central Park. Se encuentra en la planta cuarenta y cinco de un rascacielos con amplios ventanales y techos lo suficientemente altos como para dejarte alucinada. El edificio tiene una recepción que me recuerda a la de un hotel, y las vecinas que circulan por ahí parecen salidas de las típicas películas americanas, paseando sus modelitos de las casas de moda más prestigiosas. Sí que me siento un poco desplazada, y una vocecita interior me repite que no encajo en este lugar, pero, por otro lado, supongo que a lo bueno una se debe de acostumbrar rápido, así que no hago un mundo de ello y decido darme tiempo.

El piso es muy bonito y luminoso y cuenta con dos habitaciones. La principal tiene dos vestidores, uno para Andrew y otro para mí, y cada vestidor tiene acceso a un cuarto de baño privado. Solo esa parte de la casa ya es más grande que el apartamento que compartía con Anna y Rai en Madrid. La habitación de invitados es más pequeña y solo tiene un vestidor y un baño. Por otro lado, la cocina es tan bonita y moderna que dan ganas de ponerse a cocinar cualquier cosa solo por el hecho de poder usarla. Donde más tiempo paso es en el salón, donde, por supuesto, no falta un precioso piano de cola negro que acapara toda la atención. Desde esa estancia se puede acceder al despacho de Andrew y a un gimnasio que usa todas las mañanas.

Intento iniciar una vida aquí, pero supongo que es complicado. Me doy cuenta de que vivir en un país extranjero es toda una aventura que no siempre resulta fácil, ya que no es tu casa, por mucho que finjas que sí lo es, al menos al principio. Supongo que tendrán que pasar muchos años para que al final pueda cambiar de opinión y sentir que sí es mi hogar, pero, desde luego, lo que veo hasta ahora es que la gente no me trata como en España. Aquí soy yo la extranjera, y en muchas ocasiones, cuando se percatan de mi marcado acento, se apresuran a hablarme en español, algo que empiezo a

detestar, ya que intento practicar el inglés e integrarme mejor en esta sociedad.

Un día quedo con la madre de Andrew; ella me entiende a la perfección. Al principio tenía miedo de quedarme con esa señora a solas, pero fue iniciativa suya, y no pude negarme. Está entusiasmada con la idea de convertirse en abuela, y parece que no tiene en cuenta lo que ocurrió con Alison; es más, llega a pedirme disculpas y a mostrarse avergonzada por lo que sucedió. También me dice que, por muchos años que pase en Estados Unidos, costará que la gente me trate como en casa, y que siempre echaré de menos olores, sabores, personas y costumbres que serán imposibles de tener en Nueva York, por mucho que lo intente y lo desee.

Vuelvo a casa con Briana, una especie de conductora/niñera que Andrew ha contratado para mí. Reconozco que es muy cómodo que te lleven a todas partes en coche, pero no termino de sentirme a gusto con la idea. La chica es preciosa, un poco mayor que yo, aunque no le calculo más de treinta años, como mucho. Su piel es morena, casi perfecta, y lleva una trenza larga, con cuerpo y brillante. Tiene unos exóticos ojos verdes que te transportan a las hojas de la jungla, y se aprecia el hecho de que va al gimnasio, porque, aunque está delgada, su cuerpo se ve trabajado.

Cuando llego a casa, Andrew está tocando el piano y, al oírme llegar, se levanta para darme un beso.

—¿Cómo estás, bollito? ¿Y cómo está nuestra Lentejita?

—Bien. —Sonrío y me siento en el sofá, agotada, mientras él se acerca al mueble-bar—. La conductora es muy guapa —decido comentarle.

—¿Ah, sí? —pregunta mientras se sirve dos dedos de whisky en un vaso.

—Venga, Andrew, sé que te has fijado.

—¿Qué tal con ella?

—Bien, no sé... ¿Hace mucho que trabaja para ti?

—¿Hay algún problema?

—No... Supongo que me resulta extraño, nada más. —Él da un sorbo a su copa y se apoya en el escritorio—. Hemos hablado. Aunque es un poco distante.

—¿Y de qué habéis hablado?

—En realidad, de casi nada; solo sé que es colombiana y que lleva doce años viviendo en Nueva York. Los siete últimos, en Brooklyn. ¡Ah! Y que nunca pisaré el Bronx.

Frunce el entrecejo.

—Explícame lo del Bronx.

—Le enumeré sitios de Nueva York que querría ver y, cuando nombré el Bronx, me dijo que no iríamos allí. Le pregunté el motivo y, como le insistí, literalmente me soltó: «El señor Roberts me mataría si supiera que hemos ido al Bronx».

—Tienes más peligro del que pensaba. —Suspira, dejando el vaso en el escritorio—. Paula, ya no estás en Madrid, y además estás embarazada. Esto es Nueva York, donde las armas son legales. Ocurren robos y homicidios a diario, así que hay que tener cuidado.

—Bueno, y ¿no podrías decirle a Briana que no esté tan pendiente de mí?

—¿Qué quieres decir?

—Que me gustaría explorar más por mí misma... No quiero tener una niñera que me lleve a todas partes.

Él no contesta; vuelve a coger su vaso para darle otro sorbo y lo deja en el mismo sitio que antes.

—Contraté a Briana porque necesito saber que estás segura.

Decido no seguir con esta conversación. Me cruzo de brazos y me voy, enfurruñada y con ganas de llorar por haber perdido la minibatalla contra él. Entonces me río al pensar en lo infantil que es todo esto y llego a la conclusión de que no me soporto. ¡Malditas hormonas!

## 35

Me despierto y sé que Andrew ya se ha ido a la oficina. Miro la hora en el móvil y sonrío. Por fin hoy estaré entre amigos.

Me centro en mi rutina, comenzando por un buen desayuno, una ducha aromática y el paso por mi vestidor. Elijo una camisa ancha que esconda la tripita que empieza a delatar mi estado. Después, reviso la hora, pero sigue siendo demasiado pronto como para ir al aeropuerto en busca de los chicos. Trato de mantenerme ocupada con un libro hasta el mediodía. El avión de Anna y Rai aterriza a las dos de la tarde en el JFK, así que voy genial de tiempo, pero estoy tan impaciente que no puedo parar quieta. Le mando un mensaje a Briana para que me espere en una media hora con el coche.

Como no les he contado a mis amigos lo del embarazo, pienso en formas de decírselo. Decido que será mientras comemos juntos. Sé que Anna me recriminará que no se lo haya contado antes, pero, para ser justos, yo no lo sabía. Salgo de casa diez minutos antes de la hora, y me sorprende que el coche ya esté delante de la puerta, esperándome. El recorrido hasta el aeropuerto se me hace eterno y no ceso de mirar la hora en el móvil.

Cuando llegamos, casi corro a la zona de espera, y, una vez allí, el cansancio que siento por el embarazo me recuerda que no he debido esforzarme. Busco alguna silla alrededor, pero no hay nada. Por suerte, no tardan mucho, y el primero en traspasar las puertas de llegadas es Rai, con una de sus clásicas sudaderas anchas y unas gafas de sol redondas de color naranja. Arrastra un carrito con maletas seguido por Anna, que parece despistada. Lleva un sombrero y un vestido corto de color verde que resalta el moreno que ha cogido, detalle que no puedo evitar destacar antes incluso de saludarla. Como era de esperar, ambas nos fundimos en un tremendo abrazo, y Rai aprovecha el momento para rodearnos con sus enormes brazos y formar una especie de sándwich entre los tres.

—¿Tenéis hambre? —pregunto cuando nos separamos.

—Me comería una vaca entera —suelta Rai.

—¡No! —exclama Anna—. Yo quiero algo asiático y sano.

—Pero yo ya tengo algo asiático y sano a mi lado —se queja Rai quitándole el sombrero a su mujer y poniéndoselo él—. Quiero una hamburguesa decente.

—¿Y si llegamos a un acuerdo? —propongo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Puedo llevaros ahora a un restaurante de fusión asiática y sudamericana que hay en la Cincuenta y Siete con la Sexta, y seguro que Briana puede recomendarnos alguna hamburguesería para la noche.

—¡Mírala! —exclama Rai observándome bajo sus gafas—. Si ya dice las calles como una pija de las de aquí.

—Yo me quedo con lo del restaurante de fusión —dice Anna.

—Los deseos de sus majestades son órdenes —acepta Rai con un suspiro.

Él se sienta en la parte delantera junto con Briana, y me sorprende ver que ambos se sumergen en una conversación sobre Brooklyn y la vida en general. Anna y yo estamos emocionadas, sin saber ni qué decirnos, ambas con cara de felicidad y todavía cogidas de la mano.

—Te veo radiante —le digo a mi amiga—. Te sienta bien la vida de casada.

—Bueno, pronto tú también lo estarás, aunque ya empieza a sentarte bien el estar en Nueva York.  
—Sonríe—. Estás muy guapa con un poco más de peso. Te veo sana y feliz.

—Ya, un poco más de peso... En realidad, quería contároslo en el restaurante, pero supongo que no puedo retrasarlo más porque necesito compartirlo con vosotros.

Rai baja el parasol delantero para poder mirarme por el espejito que descubre en él. Trago saliva antes de continuar y suelto la bomba.

—Ahí va: estoy embarazada.

—¿Qué?! —aúlla Anna en mi oreja mientras me estruja el brazo.

—Eso sí que es una buena noticia —afirma Rai.

—¿De cuánto estás?

—De dos meses y medio.

—¿Y no me lo has dicho? —Mi amiga se enfurruña.

—¡Es que no lo sabía! Con todo lo de tu boda, lo de Alison, el despido y los nervios por el viaje a Butler... pues perdí la noción del tiempo y llegué a pensar que en realidad estaba enferma, pero no.

—¿Y cómo se lo ha tomado Andrew?

—Al principio, mejor que yo —reconozco—. Está feliz, aunque muy pesado con recordarme que tengo que cuidarme.

—Solo se ha puesto en plan protector ahora que sabe que hay un pequeñín en camino —excusa ella.

Seguimos hablando todo el trayecto hasta el restaurante. Cuando entramos, Anna se muestra encantada con lo que encuentra: techos altos, decoración chic, música de ambiente y comida asiática. Bueno, de fusión asiática. Ocupamos una mesa de madera con un sofá a cada lado y enseguida nos traen las cartas y nos toman nota de la bebida.

—Confieso que es un rollo no poder comer *sushi* —lamento mirando el menú—. Ni beber café, ni comer ciertos tipos de queso... —Suspiro mientras paso otra página.

—¡Oh! Cuando nazca el bebé, tienes que probar los *poke bowl* con pescado marinado. Durante las últimas semanas me he alimentado prácticamente a base de ellos.

—Doy fe. Ha probado todas las combinaciones posibles —secunda Rai.

—¿Y tú? ¿También comías de eso? —le pregunto.

—Yo soy más tradicional, ya me conoces.

—Rai ha encontrado algo que le gustó más que la cerveza. —Anna se ríe por lo bajini—. Sirven unos refrescos con hongos mágicos que te dan la sensación de estar contentilla, pero nada más. Lo mejor es que al día siguiente no tienes resaca ni nada por el estilo.

—¿Hongos mágicos? —Alzo las cejas y abro los ojos como platos—. ¿Pero a dónde os ha mandado Andrew de luna de miel?

Los dos se echan a reír con complicidad, pero entonces unas cotorras que se sientan detrás del sofá de Rai llegan a la mesa y cierto nombre que mencionan en su conversación en inglés nos hace callarnos a los tres.

—Es una lástima que vaya a echarse a perder con esa mujer.

—Siempre he pensado que Andrew Roberts se asentaría y acabaría con alguna de nosotras. ¿Pero esto?

—Creía que ese hombre era más inteligente, pero ella se ha quedado embarazada para conseguir casarse con él. ¿Se puede ser más manipuladora?

—Tú también habrías actuado así.

—Pero yo vengo de alta cuna —puntualiza, enfatizando con un dedo en alto—. Además, estoy



deseando ver cómo se pone gorda.

—A mí lo que más me fastidia es que metieron a Alison en un psiquiátrico por culpa de esa zorra —dice otra, bastante molesta.

—Querida, Alison no estaba muy bien de la azotea. No creo que debamos culparla por eso. En el fondo nos ha hecho un favor a todas.

—Es verdad: hacía meses que Alison necesitaba ayuda otra vez. Esa chica no estaba en sus cabales.

—Me da igual lo que penséis. Las cosas no se gestionan así.

No sé cómo reaccionar. Anna está encogida en su asiento, atónita por lo que estamos escuchando, y a Rai se le ha borrado por completo la sonrisa; es más, parece que vaya a estallar en cualquier momento. Me abrazo la tripa, como si así evitara que esas malas vibraciones llegasen a Lentejita, mientras agacho la cabeza. ¿En serio es eso lo que piensan las mujeres de Nueva York sobre mí?

—Estoy deseando que él le ponga delante el acuerdo prematrimonial.

—¡Oh, sí! Me encantaría poder ver esa escena. No me quiero imaginar la cantidad de cláusulas que va a tener que firmar para poder casarse con él.

Rai se lleva la mano a la frente y la baja hasta el tabique nasal, pellizcándose para controlarse, pero no lo consigue. Se gira, reclamando la atención de las tres urracas cotillas; coge aire, como si así se armase de paciencia, y entonces habla.

—Disculpad la intromisión, pero cuanto más os escucho, más pena me dan vuestras tristes vidas de treintañeras amargadas cuya única motivación en la vida parece ser la de atrapar a un multimillonario al que aburrir con gilipolleces de mujer florero.

Ana y yo nos miramos boquiabiertas y luego nos fijamos en las caras atónitas de las urracas. La situación empieza a resultar incómoda, surrealista y, para qué negarlo, divertida al ver sus expresiones ante el comentario de Rai.

—¿Quién diablos eres tú? —pregunta una de ellas, ofendida.

Otra se lleva la mano al pecho, afectada.

—Tenemos veintiocho, no treinta.

—¡Oh, por favor, cállate! —le reprende la que faltaba, una mujer de color, muy agraciada y con un estilo extravagante pero elegante al mismo tiempo. Mira en mi dirección, y percibo que se siente violenta—. Paula, no era nuestra intención que nos escucharas, lo siento.

No hago nada ni articulo palabra alguna. Observo cómo se levanta, y las otras dos la imitan, no sin antes dedicarnos unas miradas molestas y confusas. A continuación, desfilan por el restaurante hasta desaparecer por la puerta del local. ¿Quién era esa última mujer y por qué sabía quién era yo?

—¿Conocías a esa mala pécora? —me pregunta Rai.

—No.

—Pues está claro que ella a ti sí.

Intento recuperar la compostura fingiendo que no ha sucedido nada de lo anterior, y para ello empiezo a bombardear a mis amigos con cientos de preguntas sobre su reciente viaje. Anna es la que más habla, excitada por la cantidad de anécdotas que se ha traído, y Rai la contempla feliz, como si fuera lo único que hay en el planeta. No hay duda de que se aman, y poder ver eso en dos personas es precioso.

—Os voy a echar de menos. Bueno, en realidad, ya os echo de menos.

—Vendremos a verte en verano —dice Rai.

—Es verdad, lo hemos estado hablando y queremos venir unos días a finales de agosto o principios de septiembre.

—Sí. —Rai sonrío—. Justo antes de que mis maduritas empiecen el curso. Además, tengo que

enseñaros todos los secretos de esta ciudad, y en un día no puedo, por lo que es la excusa perfecta para venir a verte.

—Eso suena genial.

—¿Y cuál es el plan para esta tarde? —indaga él con cara de sospecha.

—Pues Andrew quiere darte una sorpresa. —Sonrío.

—¡Sí! —Da un golpe en la mesa con la palma de la mano—. ¡Lo sabía!

—No se te escapa una, ¿verdad?

—Estamos en Nueva York, justo hoy juegan los Knicks contra los Chicago Bulls y tu futuro marido sigue al mismo equipo que yo, ¡no era difícil de adivinar! Sabía que Andrew se enrollaría.

—Lleva todo el vuelo dándome la chapa con lo mismo. —Anna pone los ojos en blanco.

—Pues me alegra hacerlo tan feliz —dice Paula.

Además, Andrew ha conseguido asientos en primera fila, y ni Anna ni yo hemos visto un partido de la NBA en vivo, así que supongo que será una agradable experiencia para todos.

Las gradas están llenas de gente chillona que contagia el buen rollo que se respira en el ambiente. Aunque el campo es más pequeño de lo que imaginaba, reconozco que el pabellón es inmenso, y me da la impresión de que no cabe ni un alfiler. Unas pantallas gigantes suspendidas en el centro anuncian los jugadores de cada equipo, y me pregunto cuándo empezará el juego. Anna parece estar como yo, boquiabierta, y los chicos no paran de comentar partidos anteriores, muy concentrados en su conversación.

—¿Cómo te sientes al estar casada?

—La verdad es que igual.

—Solo que ahora te has convertido en una señora de forma oficial —dice Rai, picándola. Me doy cuenta de que ambos nos miran al ver el rumbo de nuestra conversación.

—Sí, ahora supongo que ya no puedo cabrearme cuando me llamen «señora» —ríe Anna—. Seguro que tú ya estás pensando en el vestido. Sé que te encantan esas cosas.

—En realidad, no —comento, llevándome una mano al vientre.

—Ha decidido aplazar la boda —dice Andrew.

Eso me confirma que no está muy contento con mi decisión, y me fastidia que lo manifieste delante de mis amigos y no en privado, como creo que se debe tratar un tema de esta envergadura.

Anna parpadea sin entender.

—Ha sido idea mía. —Trago saliva e intento explicarme—: Estoy nerviosa con el embarazo y no conozco esta ciudad y...

—Te has acojonado —sentencia Rai.

—Yo solo...

—Respeto su decisión. Sé que todo ha venido de golpe y muy rápido, y esperaremos el tiempo que sea necesario. —Andrew finiquita el tema.

—¿Quieres hablar de ello? —me susurra Anna para que los chicos no la oigan.

—No, ahora no. —Trato de sonreír y, justo entonces, por suerte, comienza el partido.

## 36

La marcha de mis amigos me deja un poco tocada anímicamente, y la semana se me hace tediosa. Andrew trabaja más horas de las que me gustaría, aunque ha prometido que solo serán unos cuantos días. Me siento sola en esta jungla de cemento y cristal que constituye la ciudad de Nueva York. Apenas encuentro actividades con las que entretenerme, pues todo me cansa en mi estado, y soy consciente de que las hormonas están haciendo mella en mí, pues a veces ni yo misma me aguanto.

Esta mañana, me sorprende leer el nombre de Adela en las llamadas entrantes del móvil.

—Hola —saludo al descolgar.

—Hola, ¿te pillo en mal momento?

—No, dime.

—¿Dónde estás?

—En Nueva York —aclaro, pensando en que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que hablamos. Ni siquiera he tenido la necesidad de compartir las últimas noticias con ella.

—Oh, vaya... ¿Y cuándo vuelves a Madrid? Tengo una reunión la semana que viene y tal vez...

—No voy a volver a Madrid de momento.

—Caray, eso sí que no me lo esperaba. No me lo habías contado.

—Últimamente es complicado hablar contigo.

—Oye, no te pongas borde —dice, y comienza a llorar.

—Lo siento —susurro mientras la culpabilidad me invade—. Pero reconoce que las veces que he intentado hablar contigo has pasado de mí.

—No me ha ido muy bien, ¿sabes?

—¿Quieres hablar de ello? —Suspiro y me siento, preparándome para una larga conversación sobre ella.

—Edward y yo nos hemos dado un tiempo, ¿y tú me preguntas si quiero hablar de ello como si fuera una obligación? ¡Mi matrimonio se está yendo a la mierda!

—Lo siento —repito sin ganas.

—Eres una rencorosa. Yo solo intentaba salvarte de la relación en la que te has embarcado.

—¿Cómo? Empiezo a ver que no tenemos el mismo concepto de lo que significa salvar a alguien.

—Y yo, que no te queda muy claro lo que son las aspiraciones y los caprichos.

—¿Cómo...? —Pero me detengo ahí.

No merece la pena iniciar una discusión sin sentido. Está herida y ha recurrido a mí; ¿acaso no tiene amigas en Londres? Y antes de que me dé cuenta, me veo escuchando un monólogo sobre lo malo que es Edward o su comportamiento extraño de los últimos meses. Pero en algún punto de su discurso desconecto y pienso en mí, en mi Lentejita y en que Adela no ha demostrado interés alguno por nada que tenga relación con mi entorno. Se ha vuelto una persona egoísta a la que solo le importan sus prioridades, y ahora que está sufriendo problemas, necesita desahogarse, que la escuchen y que probablemente le den la razón con el fin de sentirse mejor.

Está claro que la balanza se ha inclinado hacia el otro lado, y ahora que yo estoy arriba, ella está abajo. Arrepentida, destrozada y buscando un hombro sobre el que llorar. Pero ya es tarde; no me

considero una de esas personas que niegan segundas oportunidades, pero me he cansado de soportar el daño que sus palabras me han causado en los últimos meses. Lo que me ha dicho, viniendo de mi mejor amiga, de mi familia *nec sanguinem*, duele millones de veces más por ser ella. Escucharla al otro lado del teléfono llorando me parte el corazón, pero yo también he sufrido y a ella no le ha importado nada.

—Lo siento, Adela. Yo ya me he cansado de todo esto.

—¿Vas a darme la espalda?

—No, solo voy a ignorarte.

—Eso es aún peor. ¿Ahora que disfrutas de tu vida perfecta te olvidas de mí?

—No. Es solo que no necesitaba que me dijeras a qué puedo aspirar y a qué no. Con quién debo ir o con quién no. Quería compartir cosas contigo y saber de ti y me has estado ignorando durante semanas y meses. Me he cansado de toda esta mierda. Has cambiado. Yo he cambiado. No quiero rodearme de gente que me cause daño, y eso es lo que tú me has estado causando con tus comentarios desde hace ya algún tiempo. Las amigas no están para eso.

—Eso no es verdad.

—¿No? Te he escrito varias veces, sin obtener una respuesta por tu parte, y ahora solo me llamas para desahogarte y decirme que te has dado un tiempo con Edward, pero ni siquiera me has preguntado cómo estoy yo.

—No me vengas ahora como si fueras la protagonista cuando lo que necesito es consuelo.

—¡Ni siquiera me contestaste cuando te anuncié que estoy embarazada!

—Es algo normal que nos pasa a casi todas tarde o temprano.

—Genial, Adela. Te has cubierto de gloria con ese comentario.

—¿Sabes qué? Eres una egoísta. Ni siquiera viniste a mi boda; y aun así yo te abrí las puertas de mi casa y colaboré para que realizases el viaje de tu vida, pero tú tenías que estropearlo todo e irte con el guapo de la fiesta. La pobrecita Paula, siempre adoptando el papel de víctima... Demasiados años como la desgraciada chica que daba pena con sus historias. ¡Me he cansado de oír siempre lo mismo! Así que mucha suerte y que te vaya bonito en la vida.

Y después de eso..., nada. Solo un silencio en la línea roto por un pitido intermitente que me indica que Adela ha cortado la llamada y, por mucho que me apene, también nuestra relación.

Me siento mal. Tal vez no debería sentirme así. Pero me siento mal. Y de alguna manera, no puedo dejar de reflexionar si tendrá razón en algo de todo lo que me ha dicho, pero la verdad es que no me importa. Mi vida ahora está en otro sitio, al lado de otra persona, y con los años sé que formaré otro círculo de gente que será importante para mí. Porque las personas vienen y van. A veces solo están de paso y otras aparecen para quedarse contigo. Creí que Adela estaría siempre conmigo, y nos imaginaba a ambas de ancianas, compartiendo recuerdos y batallitas juntas mientras comíamos caramelos, seguramente en algún parque inglés, dándoles de comer a las ardillas. Una imagen entrañable que ahora se resquebraja como un espejo, ese en el que yo nos veía reflejadas y que dispersa todas las ilusiones fruto de mi imaginación. Y sé que una parte de mí se ha roto, porque ella era eso, una parte de mi historia, de mi vida, de mi infancia y de mi pasado.

En los últimos meses, por mucho que intentaba encontrar a la amiga que yo recordaba, a la Adela que yo conocía, no la encontraba. Creo que ambas sabíamos que seguíamos hablando por costumbre más que por amistad. En el fondo, tal vez demasiado en el fondo, sabíamos que esa amistad ya no era la misma. A veces piensas que las relaciones pueden resistir el paso del tiempo, la distancia, el no hablar en semanas o no verte en años, pero es mentira. Todo eso termina haciendo mella en las personas, y cada una evoluciona a su manera, porque el cambio, el crecimiento personal, es parte del

proceso de la vida. Nosotras hemos madurado enfocadas hacia dos realidades muy diferentes, adaptadas a sociedades y costumbres distintas. Sí, es verdad que compartimos las raíces, nuestros hábitos anteriores y muchos otros detalles que hemos ido perdiendo y que ya solo conservamos en nuestros recuerdos.

Es curiosa la vida y cómo puede doler tanto una persona en quien has confiado, a la que de alguna manera has pertenecido, con quien has crecido, que casi forma parte de tu familia... ¿Cómo alguien así va a ocasionarte tanto daño? Si la persona en la que más has confiado a lo largo de la vida puede despertar esta sensación, ¿qué no pueden hacer otros que apenas llevan meses o unos pocos años a tu lado?

Pero me niego a pensar que esto puede pasarme de nuevo. No veo a Anna, a Rai o a Andrew actuando así, y no voy a amargarme haciendo un mundo de esto y dando vueltas a temas casi filosóficos, intentando encontrar respuestas en el universo. Porque hay ciertas cosas que no entenderé, como la actitud de Adela hacia mí. Cosas que, si me esfuerzo en comprender, no tendrán explicación, porque no son compatibles con mi forma de ser y de vivir.

O tal vez soy yo la que ha cambiado... Ese puede ser su punto de vista.

Sea como sea, tengo cosas más importantes en las que pensar, como en Lentejita, en Andrew y en nuestra felicidad. Porque a veces hay que ser egoístas; porque yo también merezco ser feliz sin pensar en contentar a todos los que me rodean. Porque la vida ya es tan dura y complicada de por sí que debemos disfrutar siempre que podamos, y evadir aquellos sentimientos y situaciones que no nos permiten llegar a nuestra meta, la felicidad.

Porque a veces, para ser felices, hay que pensar en uno mismo.

Decido no darle más vueltas y salir a distraerme. Lo necesito. Le pido a Briana que me lleve a una librería gigantesca que apareció en el buscador de Google cuando estaba aburrída. Mientras el coche avanza, apoyo la cabeza en la ventanilla, observando a la gente, y me doy cuenta de que tal vez Nueva York no se me haga tan duro si de vez en cuando puedo tener aquí a mis amigos y, otras, puedo ser yo quien vaya a verlos. No trabajar se ha convertido en un asco. No me siento útil, pero al mismo tiempo el embarazo me hace estar cansada las veinticuatro horas del día. Tengo que buscar distracciones.

Briana anda con la guardia baja, y me sorprende que entablemos conversación después de que yo salga cargada de la librería.

—¿Qué sueles leer? —me pregunta observándome por el espejo retrovisor.

—De todo un poco, pero lo que más me gusta son los clásicos y la novela romántica.

—Mi pareja tiene una librería. Es pequeña, nada que ver con el sitio donde has comprado todo eso —me explica. Mientras, yo estoy perpleja de que por fin mantengamos una conversación normal—. Los miércoles organizan un club de lectura.

—¿En serio? ¿Y podría participar un día? ¿O necesitas invitación para ser admitida?

—No necesitas nada, excepto leer el libro —dice riendo—. Te traeré el próximo para que puedas leerlo y, si te gusta la idea, podemos ir.

—Me encanta, de verdad. Gracias por decírmelo.

Seguimos hablando, al principio de banalidades y cosas cotidianas, pero luego, de lo que supuso para ella mudarse a Nueva York, y de sus sentimientos e impresiones al comienzo de la aventura, que, a decir verdad, no distan tanto de lo que yo estoy viviendo actualmente. Esa conversación dura apenas treinta minutos, pero también es el inicio de lo que más adelante será una amistad.

## 37

Hacía siglos que no me echaba una siesta, y empiezo a plantearme tomarlo como costumbre, aunque debo intentar no dormir tres horas seguidas si pienso adquirir este hábito. Parpadeo y vislumbro a Andrew, que me observa sonriente.

—Buenos días, dormilona.

—Hola. —Me desperezo.

—¿Prefieres quedarte en casa hoy?

—Oh, no... Se me había olvidado, ¿hoy es la presentación del avión nuevo?

—Sí, pero no tienes por qué venir si no quieres o te encuentras mal.

—Quiero ir. Es importante para ti, y no me lo perdería por nada del mundo. Aunque no sé ni qué ponerme. El otro día estuve rebuscando en el vestidor y todo me marca la tripa, Andrew. Me voy a poner gigante, y es horrible.

—No me vengas con tonterías. —Sonríe—. No es horrible, es algo precioso. Es la tripita de una futura mamá, y estarás igual de radiante o más sin tratar de disimularla.

—¿Tú crees?

—Claro, y ahora será mejor que nos preparemos o llegaremos tarde.

Nunca he visitado los hangares situados a las afueras de la ciudad, y que son parte de la inmensa colección de naves que forman un trocito de la empresa de Andrew. Hasta hoy, no me había parado a pensar en el poderío que debe de tener. Kilómetros y kilómetros de su propiedad, y eso es solo un pedacito de su imperio. Me siento tan abrumada que, por momentos, creo que me falta el aire. En realidad, estoy muy cansada, y en parte creo que no debería haber venido, pero sé que mi presencia como su futura esposa es casi obligada en un evento tan relevante como este.

Llegamos al epicentro de la atención, y el motivo por el que hoy todos están aquí, y es un avión que, la verdad, me parece igual a todos los demás, aunque tal vez las alas, creo distinguir, son más anchas. Sea como sea, no estoy segura de apreciar la diferencia, pero supuestamente es más ecológico.

En otras circunstancias en las que me encontrase mejor, seguramente bombardearía a mi novio a preguntas y mi curiosidad estaría asomando desde hace horas, pero esta noche, no. Miro a mi alrededor en busca de algún sitio donde poder sentarme, pero no logro avistar nada. Siento unos pinchazos en la tripa y me llevo una mano a la zona, pensando en Lentejita.

—¿Estás bien? —Andrew coloca su mano sobre la que yo acabo de poner en mi vientre.

—Me duele un poco, pero estoy bien, tranquilo. —Amago una sonrisa.

—Podemos volver a casa si lo necesitas.

—No. —Me esfuerzo aún más en ensanchar mi sonrisa para tranquilizarlo—. Estoy bien, en serio.

Pero lo cierto es que me siento bastante incómoda y se me ha levantado un insoportable dolor de cabeza que, sumado al de mi tripa y a la hinchazón que tengo, me hace replantearme el hecho de volver a casa.

De pronto, soy consciente de una humedad extraña por mis muslos, deslizándose cada vez más

abajo. Preocupada, suelto la mano de Andrew y aplasto mi falda para poder verme con claridad las piernas. Contemplo horrorizada cómo, por detrás de mi rodilla izquierda y expandiéndose por las medias, la sangre va bajando hacia mis tobillos. Es mucha sangre. El bolso se me cae al suelo, y el ruido atrae la mirada de Andrew y de las personas que están a nuestro alrededor. Alarmado, sus ojos pasan de los bajos de mi falda a buscar mi mirada. Un hormigueo avanza como un rayo por mis piernas y mis brazos al mismo tiempo que un pitido ensordecedor consigue que mi amado se difumine en un fondo blanco.

## 38

Entre parpadeos, la luz blanca deja de parecer tan agresiva, y comienzo a distinguir un televisor de pantalla plana en una pared gris oscura. Aunque me cuesta, me esfuerzo por mover un poco los dedos de mi mano. En el brazo izquierdo tengo una vía, y al mover la mano derecha siento que alguien me está agarrando. Es Andrew, que me dedica una leve sonrisa cuando lo miro. Lleva la camisa remangada, con dos botones del cuello desabrochados, y la corbata le cuelga del bolsillo izquierdo del pantalón.

—Bienvenida —me dice—. Será mejor que avisemos de que te has despertado —añade, tocando un pulsador que hay a su lado—. ¿Estás bien?

—¿Qué ha pasado? —Ignoro su pregunta—. ¿Cuándo he llegado aquí?

—Durante la presentación te desmayaste en mis brazos. Has estado casi dos horas inconsciente.

—No... —susurro al recordar la sangre. Me llevo las manos al vientre—. Andrew... —Los ojos se me llenan de lágrimas—. No, por favor... Dime que está bien... —le pido, pensando en Lentejita.

—Lo siento, cariño... —Sus ojos también se humedecen, y hunde su rostro en mis manos entre sollozos.

Jamás había visto llorar a Andrew, y jamás hubiera pensado que alguien pudiera transmitirme tanto dolor y sufrimiento con su llanto. Le acaricio el pelo mientras las lágrimas me recorren las mejillas, pero las enfermeras no tardan en llegar, apartándolo de mí.

—No. —Agarro su mano, fuerte.

—Sí, cielo —dice una de las dos que han entrado—. Tiene que recomponerse, y nosotras tenemos que comprobar que estás bien.

Es horrible cómo el tiempo parece haberse detenido en esta fría habitación de hospital. Me sorprende la visita de Elliot, que trae un ramo de flores, pero ni las hermosas plantas consiguen alegrar el ambiente. La madre de Andrew es la única que de verdad parece entender mis sentimientos, y se dedica a hacerme compañía en silencio, compartiendo mi dolor, aunque conocedora de que, en realidad, lo que más necesito es estar sola y descansar.

Los médicos me han recetado ansiolíticos, que me dejan medio ida, adormilada, y solo así el tiempo pasa un poco más rápido. Aún me pregunto qué pudo ocurrir, qué fue lo que hice mal o por qué he perdido algo que tanto significaba para mí. Parpadeo al notar a alguien a mi lado, y me encuentro directamente con la mujer negra que vi en el restaurante cuando fui con Rai y Anna.

—Siento mucho lo que te ha ocurrido —me dice. Yo no respondo—. También quería disculparme por lo del otro día, y te prometo que nadie volverá a hablar de forma despectiva sobre ti. Las chicas a veces podemos ser demasiado crueles entre nosotras, y tú no has hecho nada para merecer que se digan las cosas que se han dicho.

—¿Por qué has venido?

—Porque yo soporté lo mismo que tú estás sufriendo ahora y sé lo que duele. Jamás ninguna mujer debería pasar por algo tan horrible como la pérdida de un bebé deseado. —Me mira, y puedo ver



amargura en sus ojos, pero también infinito dolor, y juraría que arrepentimiento—. Te deseo suerte, y espero que no te abandonen como a un animal de granja que ya no vale para tener crías.

La puerta de la habitación se abre en ese momento y entra Andrew, que se queda petrificado al ver a la visitante a mi lado.

—Yo ya me iba. —Trata de sonreír y se encamina a la puerta, pero antes de marcharse se para frente a mi yanqui—. No se te ocurra hacer lo mismo que él —le dice poniendo una mano sobre su hombro—. Adiós, Andrew.

Si lo de antes era raro, esto me ha dejado helada. ¿Quién demonios es esa mujer? ¿De qué conoce a Andrew? ¿Cómo ha sabido que yo estaba en el hospital?

—¿Quién era? —decido preguntar.

—La esposa de Elliot —responde, confundido—. ¿Qué te ha dicho?

Niego con la cabeza y me sumo en mis pensamientos. Por fin la historia de ese hombre, el mejor amigo de Andrew, cobra sentido. Y me sorprende que, de todas las mujeres que estaban en el restaurante aquel día, ella pareciera la más íntegra después de lo que había hecho, pero supongo que a veces la desesperación nos lleva a cometer actos atroces de los cuales nos arrepentimos. Está claro que ella se lamenta, o al menos es lo que denota al haber venido a verme al hospital. Me gustaría conocer su versión de los hechos, pero después del comportamiento de las demás, algo me dice que no variaría mucho de la de Elliot.

—¿Cómo estás? —me pregunta, acercándose a coger mi mano.

—Supongo que mejor.

—Los médicos han dicho que podemos irnos a casa mañana. No es necesario que pases más tiempo aquí.

Pero ni siquiera contesto. No me importa lo que los médicos digan, y ya me da igual volver a casa o no. Solo quiero a Lentejita de vuelta, pero eso es imposible.

## 39

Al entrar en casa, el olor me reconforta. Huele a limpio, a plantas y a madera. En definitiva, me alegro de percibir el aroma de mi hogar.

Siento ganas de llorar, pero no me quedan lágrimas, y las pastillas que me han dado los médicos no me dejan pensar con claridad. Estoy bloqueada, deprimida, con ganas de dormir todo el día... Pero supongo que eso es lo que esperan. Que no cavile, que descanse y que lo supere.

—Quiero ir a la cama —pido en un susurro.

Andrew me acompaña y me ayuda a ponerme el pijama. Ninguno de los dos articula palabra alguna. Me siento cansada a pesar de no haber hecho nada que justifique este estado, y él lo sabe, de manera que deshace la cama y, cuando estoy dentro, me arroja, antes de tumbarse a mi lado, sobre el nórdico, todavía vestido.

—Te quiero —me dice.

—Y yo a ti —le respondo. Siento dolor por lo que nos ha sucedido, pero lo quiero.

—Lo que ha ocurrido no cambia nada entre nosotros.

—Lo sé.

—Esto pasará. Y lo superaremos. Juntos.

Sus palabras resuenan en mi cabeza. Sé que es verdad, que esto pasará. ¿Pero lo olvidaremos? ¿Un dolor así llega a superarse hasta el punto de dejarlo en el olvido? Algo me dice que no. Que esto nos ha marcado a ambos y que, en el fondo, quedará grabado en nuestra memoria como una muesca en la madera. Será una cicatriz que no veremos, pero que estará ahí, invisible para los demás pero visible para nosotros dos. Sé que lo recordaremos. Al principio con mayor frecuencia y, después, solo en alguna ocasión. Nos pararemos a pensar en ello y dolerá. Unas veces mucho, otras menos, y conforme el tiempo avance, iremos aprendiendo a llevarlo mejor. Tiempo es, sin duda, lo que necesitamos.

Casi dos semanas es lo que paso aquí, encerrada en mí misma y sin querer compañía, lamiéndome mis heridas, ingiriendo pastillas y durmiendo. Me sorprende que, una mañana, Andrew me anuncie la visita de Briana, y la conversación agradable que mantuvimos aquel día en el coche viene a mi memoria, como un rayo de luz en mi corazón.

Me duele la cabeza, ya no me pesan las piernas, pero estoy terriblemente cansada. Siento el alma herida por mi pérdida y, aunque una parte de mí misma sabe que de nada sirve pensar en lo ocurrido, necesito de verdad pasar por mi duelo. Nuestro duelo, pues sé que Andrew lo lleva a su manera sin mostrármelo mucho, probablemente fruto de la creencia de que así yo lo sobrellevaré mejor.

Cuando salí del hospital, no quise hablar con Anna y Rai. Tampoco quise pasar tiempo con mi futura suegra. En realidad, solo soportaba la presencia de Andrew, pero sé que hasta a él se le empieza a hacer complicado verme en esta situación.

Cuando la puerta del dormitorio se abre, Andrew solo me mira, sin decir nada, y sin darme opción, hace pasar a Briana, vestida de negro, como siempre que la he visto, y con el pelo recogido en esa trenza perfecta. Lleva un libro en las manos y parece dudar antes de hablar.

—Te he traído el próximo libro que comentarán en el club de lectura. —Me lo entrega. Yo lo acepto, aunque solo la miro a ella—. Habrá buen ambiente, y Heidi, mi novia, suele preparar pastas y café del bueno. Algunos de los asistentes suelen llevar también *muffins* y bollos, y la verdad es que te recomiendo que vayas. —No soy capaz de responder. Ella se aprieta las manos, probablemente preguntándose si ha sido buena idea venir a verme—. Si quieres acudir, dímelo. No tienes que decidirte ahora, aún faltan seis días. Y ya sabes que, para cualquier otra cosa que necesites, solo tienes que avisarme.

Se marcha sin esperar una respuesta por mi parte. Solo se va, sin añadir nada más. Agradezco que no me haya hecho las preguntas que no paran de formularme a diario: ¿estás bien?, ¿te encuentras mejor?, ¿cómo van esos ánimos...?

Ojeo el libro que tengo en las manos y presto atención al título. *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen. No puedo evitar sonreír mientras lo acaricio, contemplando la edición tan bonita que me ha prestado. Esa fue la lectura que llevé a Londres, cuando conocí a Andrew. Pienso en él y en lo sumida que estoy en la oscuridad. No es ni justo ni bueno para mí. No es justo ni bueno tampoco para él.

Abro el libro por la primera página y comienzo a leerlo con calma, entregándome a cada palabra y acariciando cada página. No sé cuántas horas paso leyendo, pero no levanto la vista del libro hasta finiquitarlo. Cuando lo he terminado, lo cierro, apoyándolo en mis piernas y mirando a la nada. Mi estómago emite un rugido, y soy consciente de que tengo hambre. No sé qué hora es; apartando las sábanas, me dispongo a salir de la cama. Con un poco de esfuerzo, sintiéndome débil, acierto a meter los pies en las zapatillas de estar por casa y después deambulo por el apartamento, sin saber muy bien qué hago o lo que busco. Me asomo al despacho de Andrew y me asombro al comprobar que no estoy sola en casa.

—Hola —le saludo.

Él abre la boca, sorprendido, y se levanta rápidamente para venir hacia mí.

—Hola —responde con cautela.

—Tengo hambre. —Me llevo las manos al estómago—. Me comería una buena hamburguesa. Con patatas fritas. —Sigo pensando en lo que me apetece—. Y quiero sentir el viento. Oler el exterior. Salir. Sí. Necesito salir.

Lo miro directamente a sus preciosos ojos azules y entonces se le dibujan esas arruguitas. Las echaba de menos y las necesitaba.

—Iremos a donde quieras. —Sonríe.

—Lamento haber estado así. —Necesito decir esas palabras—. Quiero volver a sentir y a hacer cosas.

—Te quiero —me dice abrazándome.

—Y yo a ti.

Me levanto feliz, algo que me sorprende. Decido escribir a Briana y le pido que me acompañe al club de lectura del que me habló. La emoción se ha apoderado de mí, y no sé muy bien qué espero encontrar. Lo que sí sé es que me apetece hacer cosas nuevas, rodearme de gente y vivir. Sí, quiero vivir.

Cuando llegamos al local, me encuentro con una librería reformada, pero que conserva parte de su aspecto *vintage*. Desde luego, por fuera el lugar ya promete ser un pequeño paraíso para todos los amantes de la literatura y de los libros en general. Parece antiguo, y se nota que ha sido renovado

respetando el escaparate inicial y los elementos decorativos de todo el frontal, que aportan una gran personalidad al establecimiento. Todo está construido con madera pintada en verde oscuro, y el rótulo de la entrada, en color blanco, corona la fachada con el nombre «LA LIBRERÍA DEL GATO». En el extremo superior izquierdo, hay un gato de forja negra, perfilado junto con un libro abierto del mismo material. El cartel no pasa desapercibido entre los viandantes que van despistados por la calle sin fijarse en los escaparates.

Antes de abrir la puerta, observo un cartel en el escaparate en el que se informa de que se busca personal. Sonríe, pues me parece algo tan tradicional que creo que le aporta aún más encanto al lugar. Cuando por fin me adentro, mi olfato se ve embriagado por ese olor tan característico a libro. Pero a libro auténtico. Sin duda no huele igual que esas librerías gigantes que proliferan en todas partes. Aquí el olor a historia te invade y dibuja una sonrisa en tu rostro como por arte de magia. Y es que adoro este aroma a papel, a tinta, a palabras y cultura que se respira, entremezclado con el del café recién hecho. Debería existir un ambientador así.

Me siento totalmente relajada y feliz habiendo dado apenas tres pasos hacia el interior. El maullido de un felino llama mi atención y agranda aún más mi sonrisa. Desde el mostrador, salta hacia donde yo estoy y se pasea entre mis piernas ronroneando.

Subida a una escalera corredera frente a una estantería, una mujer rubia platino, de ojos azules y muy pálida, sonrío al vernos llegar.

—¡Hola! —exclama acercándose a nosotras. Me recuerda a una *hippie* de los 70, y su rostro, risueño, me hace sentir a gusto—. Tú debes de ser Paula.

—Te presento a Heidi —me dice Briana—. Mi novia.

—Hola —saludo—. Este sitio es fantástico.

—Gracias, cariño. —Me coge de la mano—. Ven, sígueme; te presentaré a todo el mundo.

Avanzo tras ella, que me guía sin soltarme. Esquivamos a los dos únicos clientes que parece haber en este momento y subimos por una escalera de caracol que rodea una especie de tronco de árbol formado por libros abiertos y una madera vieja y muy rústica. La copa la simulan un montón de plantas de enredadera que cuelgan en macetas del techo, pintado de color azul marino, desde donde caen también guirnaldas de luces que imitan pequeñas estrellas. Me llevo la mano al cuello, donde pende la que Andrew me regaló, y no puedo evitar pensar en él y en todo lo que significan las estrellas para tanta gente: promesas, ilusiones, esperanzas, emociones y, sobre todo, sueños.

Vuelvo a la realidad cuando llega a mis oídos el murmullo de la gente: no estábamos tan solas como había pensado. Arriba, algunas personas ocupan ya varias de las sillas, dispuestas en círculo, mientras esperan a que el evento dé comienzo. Otras se arremolinan cerca de una mesa donde hay dos termos con café y leche y una tetera humeante, junto a una amplia selección de bolsitas de té que me hace arrugar la nariz solo con recordar el sabor de esa bebida. Bizcochitos, galletas y hasta una tarta Victoria Sponge se acumulan en la abarrotada mesa, que, con solo mirarla, ya te da ganas de sucumbir al pecado.

La sesión se hace de lo más amena, aunque no me atrevo a decir ni una sola palabra. Decido que hoy seré una mera oyente. He venido a investigar y a saber cómo funciona el club, pero, definitivamente, seguiré acudiendo a sus reuniones y participaré en el futuro, aportando mis perspectivas e ideas.

Me quedo recorriendo las estanterías y voy recopilando libros hasta que me doy cuenta de que ya no puedo cargar más entre mis brazos. Todo el mundo se ha marchado, y Briana está con Heidi, hablando y riendo en el mostrador. Cuando me acerco, ambas me miran con una sonrisa.

—¿Te gustan los gatos? —pregunta Heidi mientras introduce mis libros en una bolsa.

—Me encantan los animales.

—Nuestros gatos han tenido familia, una camada preciosa —me explica Briana.

—¡Son para comérselos! ¿Por qué no vienes a verlos? —dice Heidi.

—¿En serio? —pregunto.

—¡Claro! —responde Heidi.

Al final, acabo en casa de Briana y Heidi, rodeada de gatitos y jugando con ellos sin parar.

Uno es prácticamente blanco, con la nariz rosa y una especie de antifaz difuminado, en marrón muy claro, que rodea sus preciosos ojos, de un azul zafiro intenso. Sus orejitas son marrón oscuro, mientras que la cola es de la misma tonalidad que el contraste que presenta en su cara. Cuando me aproximo, sus dos hermanos corren hasta el sofá, pero él se queda mirándome sentado sobre sus patitas traseras.

—Hola, cosita bonita —le digo sonriéndole. El animal tuerce la cabeza y sigue mirándome—. ¿Cómo se llama?

—Todavía no tiene nombre —responde Heidi.

—Hola —vuelvo a decirle al gatito mientras extendiendo la mano y le acaricio el lomo con dos pasadas—. ¿Puedo cogerlo? —pregunto a Briana.

—Claro que puedes.

—Madre mía, casi me cabe en una sola mano. —Lo sujeto con cuidado. Me lo acerco al pecho y lo acaricio—. ¡Está ronroneándome!

—¿Por qué ese y no uno de sus hermanos? —pregunta Heidi.

—No lo sé, me ha gustado desde que lo he visto. —No puedo dejar de sonreír—. Es adorable. ¿Es él o ella?

—Es un macho —dice Briana.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Seis semanas. Ahora está empezando a comer paté, pero hace cuatro días todavía estaba solo mamando de su madre —contesta Heidi.

—¿Quién es el gatito más guapo del mundo? —le pregunto al felino, y entonces maúlla, como si respondiera así a mi pregunta, lo que provoca que las tres estallemos en carcajadas—. Por favor, tienen que ponerte nombre ya. ¿Qué tal Klimt?

—¿Como el pintor? Me gusta —apunta Heidi.

—¿Podré venir a verlo otro día? —pregunto.

—Claro, podemos venir mañana. Pero no los tendremos mucho más. Queremos buscarles un hogar —dice Briana.

—Nosotras no podemos tener más gatos: ya tenemos a sus padres —me aclara Heidi.

—Klimt... —le susurro al minino, y él vuelve a maullar y frota su cabeza contra mi pecho con cara de felicidad—. ¡Creo que le gusta ese nombre! —añado entusiasmada y, sin dejar de sonreír, miro a Briana, que me toma una foto por sorpresa.

—Ha quedado preciosa —dice.

—Deja que la vea. —Bajo a Klimt al suelo y cojo el móvil; el felino me sigue—. Se la mandaré a Andrew. —Decido entonces cambiar de tema y miro a Heidi—. No he podido evitar fijarme en el cartelito de la tienda donde pone que buscas personal.

—Sí, quiero contratar a un ayudante a media jornada. Supongo que tal vez un estudiante o un perfil similar.

—Paula, te conozco desde hace poco y veo por dónde vas —me interrumpe Briana—. No creo que a Andrew le guste mucho la idea.

—No tiene que gustarle ni aprobarla. Pero necesito hacer algo; estoy acostumbrada a trabajar, a sentirme útil, y además me gustan los libros. Algo a media jornada o por horas sería perfecto. — Vuelvo a dirigirme a Heidi—. No quiero crear un conflicto entre vosotras; si así fuera, prometo dejar el tema para siempre, pero tengo experiencia en comercio y adoro la literatura. No he trabajado antes en una librería, pero aprendo rápido y soy responsable. Puedo mandarte un currículum si quieres.

—No hace falta. —Heidi mira primero a Briana, que asiente con la cabeza, y luego a mí—. Podemos concertar un día de prueba, sin compromiso, ¿vale?

—No te arrepentirás, ¡te lo prometo!

De vuelta en casa, y con una bolsa de comida china que he parado a comprar, me siento feliz. Al pasar por delante de un espejo, me sorprende a mí misma con una sonrisa pintada en la cara, y comprendo que después del naufragio de sentimientos que he sufrido, por fin parece que estoy llegando a puerto. Escucho un ruido, como un maullido, que viene del salón, y me encuentro a Andrew intentando hacer que un gatito se quede quieto en el suelo, sin éxito.

—¿Qué? —pregunto al verlos—. ¿Ese gato es...?

—Es Klimt. Así lo has llamado, ¿no? —Se pasa la mano por el pelo y mira al animal, y después a mí—. Cuando he visto la foto esta tarde y he contemplado tu gesto, tenía que hacerme con aquello que te estaba devolviendo la felicidad, así que supongo que ahora tenemos un nuevo miembro en la familia.

El gato corre hasta mí; olisquea la bolsa y maúlla mientras Andrew espera un movimiento mío, algún gesto que le diga si ha sido buena idea.

—Eres el mejor novio que se puede tener. —Me agacho a coger al gato y dejo la bolsa en el suelo—. Y te quiero cada día más que el anterior, por increíble que eso pueda sonar.

—Yo también te quiero, y me siento muy afortunado de poder estar contigo.

—Baila conmigo —le pido. Sus cejas se alzan por mi petición.

—¿Bailar?

—Sí, como en Londres o en la casa de Butler.

—¿Ahora?

Asiento y alcanzo mi móvil, rebuscando en mis listas de reproducción hasta romper a reír.

—¿Qué tramas?

—Tengo el tema perfecto.

Varios instrumentos de viento resuenan de pronto en el salón, seguidos por una sensual voz de mujer que hace que mi novio arrugue la frente.

—¿Marilyn Monroe? —pregunta divertido.

—*I wanna be loved by you* —le canto mientras lo insto a levantarse.

—Poco convencional —me dice adoptando una postura de baile conmigo—. Y me encanta.

Bailamos arrimados el uno al otro, y después decido cambiar a Elvis y la que se ha convertido en nuestra canción predilecta: *Can't help falling in love*, la cual repetimos una y otra vez bajo la atenta mirada de Klimt, que al principio nos observa sin entender, pero que, cuando la canción va a reiniciarse una tercera vez, se cuela entre nuestros pies, bien sea por llamar la atención, porque no soporta más la tortura a la que lo estamos sometiendo o porque cree que nos hemos vuelto locos.

Esa noche no me entrego a las pastillas; estoy bien, me siento de nuevo yo, aunque tan emocionada que casi no puedo conciliar el sueño. Pensaba que Klimt no me dejaría dormir y que probablemente

maullaría por echar de menos a sus hermanitos, pero no es así. Creo que me ha tocado un gato dormilón por naturaleza, porque las veces que me asomo, lo veo boca arriba, durmiendo plácidamente en el sofá para mascotas que Andrew le ha comprado. Ha sido todo tan precipitado que estuvimos eligiendo en Amazon algunas cosas, como el arenero y los comederos, para que nos los trajera un mensajero lo antes posible.

Y aquí estoy, de vuelta en el mundo de los vivos. Dándome cuenta de que la vida es una prueba de superación constante, de supervivencia, pero también de sueños que podamos perseguir, de ilusión por seguir adelante.

—Buenos días.

Lo saludo con una gran sonrisa desde el sofá, con el gato a mis pies y mi última adquisición de James Joyce en las manos. Lo compartiremos en el próximo club de lectura, y estoy deseando que llegue el día en el que poder comentarlo con los demás.

—Buenos días —me saluda él, sorprendido.

—¿Comemos juntos hoy? Ayer descubrí un restaurante indio en la Cincuenta y Seis con la Sexta que está genial.

—Claro. —Me da un beso en los labios—. Iremos a donde tú quieras, bollito.

—Antes voy a pasarme por una peluquería. Hace meses que no voy y creo que me lo merezco. Así podrás presumir de prometida en el restaurante. —Le guiño un ojo y él se echa a reír.

Se sienta a mi lado y mira al gato, al cual acaricia entre las orejas, haciendo que ronronee. Para y me mira; hoy sus arruguitas de felicidad me transmiten una paz especial. No me había dado cuenta hasta este momento de cuánto necesitaba volver a contemplar su mirada brillante, sincera y feliz.

—Te echaba de menos —confiesa antes de juntar sus labios con los míos, fundiéndonos en un beso que dice mucho más que las palabras—. Me alegro de que vuelvas a ser la chica de siempre.

No respondo. Tampoco veo necesidad de agregar nada más que lo que nos hemos transmitido en el beso. Me roza la mejilla con la palma de la mano mientras yo le sujeto la muñeca, deseando que no vaya hoy a trabajar, pero lo dejo marchar.

La mañana avanza más rápido de lo que me gustaría, aunque ya es más bien por la tarde cuando recibo un mensaje de Anna dándome los buenos días. Decido llamarla para contarle todas las novedades en mi vida y contarle la ilusión que me hace empezar mi nuevo trabajo en la librería.

—Me alegra tanto oír que estás mejor... —dice en cuanto la he puesto al día.

—Estoy feliz, y las cosas comienzan a encajar. Creo que estoy encontrando mi sitio en esta ciudad, ¡por fin! Tengo muchísimas ganas de hacer la prueba en el negocio de Heidi. Solo son tres o cuatro horas diarias, y ni siquiera serán todos los días, pero ¡estoy emocionada!

Hablamos, hablamos y hablamos. Planeamos su próxima visita a Nueva York y divagamos sobre cientos de planes que ambas queremos llevar a cabo. Al final, cuando ya nos vamos a despedir, las últimas palabras que Anna me dice por teléfono consiguen, cuanto menos, pensar y sonreír por la gran verdad que encierran.

—De verdad, te mereces todo esto, y estoy muy contenta por ti. Disfruta estos momentos; al fin y al cabo, de eso trata la vida, ¿no? Así que vive el presente al máximo e intenta ser feliz con la gente que te quiere y a la que de verdad quieres. Eres fuerte, y sé que valorarás lo que tienes, porque ya has visto que no sabes cuándo puede ocurrir algo que cambie tu mundo. Ahora que por fin has encontrado a alguien que te ama sobre todas las cosas y a quien tú amas como no has amado antes, quíerelo y

vive... Quiere a Andrew, déjate querer, sé feliz y, sobre todo... que los miedos no te impidan soñar.  
Recuerda siempre que nunca es tarde para volver a soñar.



## EPÍLOGO

La campanilla de la puerta reclama mi atención anunciando que un nuevo cliente accede al local.

—¡Vaya sorpresa! —escucho a Heidi antes de que a mí me dé tiempo a reaccionar.

Aún con un par de libros en la mano, me echo un poco hacia atrás y estiro el cuello lo suficiente como para ver la entrada a la tienda desde detrás de un mueble.

Andrew está aquí, con una sonrisa y un traje impecable. Ha debido de salir antes de la oficina. Saluda a Heidi e introduce de forma despreocupada una mano en el bolsillo del pantalón mientras, con la otra, se coloca bien la corbata y observa el entorno. Sus ojos topan entonces con los míos, lo que me hace esbozar una tímida sonrisa.

Hace un par de semanas que trabajo aquí y es la primera vez que se asoma por el establecimiento. Unas mariposas se instalan en mi estómago, recordándome las sensaciones que despertaba en mí los primeros días, cuando lo conocí.

Con cuidado, dejo los libros en la balda y bajo de la escalera metálica en la que me encuentro.

—Lo siento, señor, pero estamos a punto de cerrar —bromeo, y lanzo un vistazo al reloj.

—¡Y yo ya me iba! —anuncia Heidi recogiendo su bolso y rodeando el mostrador—. A Briana le encanta la sopa de cebolla que preparan en el bistró de la esquina y se merece que la mime. ¿De verdad no te importa cerrar tú hoy? Sabes que si tienes cualquier duda, puedes llamarme y estaré aquí en cinco minutos, ¿verdad?

—Sí, tranquila. Márchate y dale un beso a Briana de mi parte.

—Paula es la mejor —le dice Heidi a Andrew antes de irse—. Al final querré tenerla aquí todo el día.

—¡Vete ya! —exclamo entre carcajadas mientras siento cómo me sonrojo.

Cuando sale, la campanilla vuelve a tintinear, y me fijo en que no hay ningún vehículo esperando fuera.

—¿Cómo has venido?

—En metro. —Se encoge de hombros.

—No te creo.

—Mi chófer está disfrutando de su luna de miel y Briana tiene la gripe del siglo, ¿cómo iba a venir?

—No lo sé. ¿En taxi?

—He venido en metro. Y creo que no está tan mal. Hay todo tipo de gente, y el traqueteo del tren te ayuda a pensar. Empiezo a entender por qué te gusta ese medio de transporte.

—Eres tan poco convencional... —Me pongo de puntillas para darle un beso en los labios.

—Si no fuera así, no estarías conmigo —dice dándome una palmadita cariñosa en el trasero—. Te veo cada día más llena de felicidad, y no sé si será este sitio, pero estás realmente preciosa.

—¡Andrew! —pronuncio su nombre a modo de aviso al ver por dónde va. Él se limita a morderse el labio inferior y posa sus manos en mi cintura.

—¿No necesitas ayuda en el almacén, bollito?

—¡No! —exclamo riendo. Me aparto de él para acercarme a la puerta y darle la vuelta al cartel que indica «abierto» o «cerrado». Giro el pestillo de seguridad y me giro para mirarlo—. ¿Esto es porque sabes que llevo el nuevo conjunto de lencería?

Traga saliva y su rostro se torna más serio, al tiempo que sus ojos azules se vuelven más profundos y perspicaces.

—A veces eres peor que yo.

—Lo sé. Y por eso pensaba en comida china para llevar, unas cuantas velas por el salón, esa botella de champán que hay en nuestra nevera y en hacerte el amor toda la noche. —Mi sonrisa se ensancha al ver su gesto, que me indica lo mucho que desea llevar a cabo mi plan.

—Pero iremos en taxi.

—Pensaba que empezaba a gustarte el metro.

—El taxi llegará antes, y quiero comenzar primero por el postre.

Río y lo abrazo. Él no tarda en corresponderme y hunde su rostro entre mi melena, justo en el hueco que queda en mi cuello.

—Te quiero como jamás pensé que podría llegar a querer a alguien —susurro en su oído.

—Te aseguro que el sentimiento es mutuo.

—Eres un sueño. —Lo miro a los ojos.

—Y tú eres mi estrella.

Acaricia mi colgante, ese que me regaló en Madrid, y nos besamos, fundiéndonos en nosotros mismos, sumergiéndonos en nuestro mundo y ajenos a todo lo demás, a este lugar, a todo, porque en este instante somos únicamente Andrew y Paula compartiendo el amor que sentimos el uno por el otro, deseando que sea eterno. Porque, después de todo, hemos pasado mucho, pero también poco. Porque nuestra historia aún está comenzando y porque tenemos toda la vida por delante.

Ya no solo me atrevo a soñar de nuevo, sino que ambos nos atrevemos a afrontar el camino de la vida juntos.

## SINOPSIS



Paula tiene su vida perfectamente organizada. Huérfana desde muy pequeña, siempre ha tratado de evitar todo aquello que pueda conllevar complicaciones: cosas como enamorarse, dejar su cómodo pero aburrido trabajo para buscar otro más emocionante o conocer a nuevas personas aparte de sus dos compañeros de piso y su adorada amiga de la infancia.

Pero esta vida monótona se verá alterada con la aparición de Andrew, que resulta ser todo lo contrario a lo que ella está acostumbrada. Andrew cambiará el horizonte de Paula, que empezará a comprender que para vivir y ser feliz hacen falta metas e ilusiones y que hay que amar y atreverse a soñar.

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Amelia Chardin nació en el norte de España un día nevado de febrero. Ha vivido en diferentes lugares, aunque en su corazón siempre llevará las montañas y los ríos que alberga su tierra.

Es adicta al café y a las librerías. Le gustan los gatos, el invierno, el olor de los libros nuevos, viajar en avión y descubrir nuevas canciones, y nunca sale de casa sin llevar papel y boli, siempre con la esperanza de hacer soñar a sus lectores con sus historias.

**[ameliachardin.com](http://ameliachardin.com)**

**IG: [chardinamelia](https://www.instagram.com/chardinamelia)**

**TW: [@AmeliaChardin](https://twitter.com/AmeliaChardin)**

# PLAYLIST DE SPOTIFY

## DE

### ATRÉVETE A SOÑAR JUNTO A MÍ



**LISTA**  
**Atrévete a soñar junto a mí**  
Creada por Amela Chardín • 21 canciones, 1 hr 16 min

REPRODUCIR

Filter

TÍTULO	ARTISTA	ÁLBUM	
Across the Universe	Scorpions	Comeback	2020-02-01
Take Me Out	Frans Ferdinand	Frans Ferdinand	2020-02-01
Skinny Love	Bon Iver	For Emma, Forever Ago	2020-02-01
I'm a Fool to Want You	Billie Holiday	Lady In Satin	2020-02-01
Poison	Alice Cooper	Trash	2020-02-01
Sweetest Thing	U2	The Joshua Tree (Super Deluxe)	2020-02-01
Réverie	Claude Debussy, Albin Planes	Debussy: Estampes, Pour le piano, Piano W...	2020-02-01
Liebesträume, SS41/42's - No. 3: Nocturne in A-Flat Major	Frans Liszt, Jend Jandó	Liszt: Scherzo and March / 3 Liebesträume ...	2020-02-01
Le Malin	Yann Tiersen	Les Retrouvailles	2020-02-01
Dream A Little Dream Of Me - Single Version	Ella Fitzgerald, Louis Armstrong	Love, Ella	2020-02-01
Yellow	Coldplay	Parachutes	2020-02-01
If I Ain't Got You	Alice Keys	The Diary Of Alice Keys	2020-02-01
Like A Star	Corinne Bailey Rae	Corinne Bailey Rae	2020-02-01
I Just Want To Make Love To You - Single Version	Etta James	At Last!	2020-02-01
Balade	Alaska Y Los Pegamoides	Los Singles (1980-1982)	2020-02-01

